

*i Préstame tu
nombre!*

IRIS BOO

Serie "Préstame" 9

Préstame tu nombre

Serie Préstame n° 9

1ª edición: febrero 2020

© Iris Boo

Diseño de cubierta: Iris Boo

Iris Boo

iris.boo.writer@gmail.com

La historia, ideas y opiniones vertidas en este libro son propiedad y responsabilidad exclusiva de su autor.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Prólogo

Serguéy

Cuando llegué a Estados Unidos, pensé que dejaba atrás todos los problemas. Un país nuevo, una familia nueva, una vida nueva. Pero me equivoqué.

Mi primer error fue pensar que Moscú estaba demasiado lejos de Las Vegas; no, no lo estaba. El segundo, pensar que esa distancia era suficiente para mantener a Constantin Jrushchov lejos. Cuando empecé a pelear para él, sabía que entraba al servicio del demonio, pero estaba dispuesto a hacer lo que fuera para poder pagar las facturas médicas de mi padre. Él se sacrificó hasta el último momento por mí y por mi hermana, era de ley que yo le devolviese parte de ese sacrificio.

Cuando llegaron los Vasiliev a nuestras vidas fue como recibir a las fuerzas de liberación, las malditas fuerzas especiales al rescate. Eran pocos, pero se las ingeniaron para sacarnos a mi hermana y a mí del país pasando bajo las garras de Constantin Jrushchov.

En Estados Unidos, nos dieron una nueva vida, trabajo honrado y la oportunidad de prosperar con nuestro esfuerzo. Pero era un sueño demasiado bonito para durar, ¿verdad?

—¿Por qué estás aquí?

—He venido por ti, amor.

—No sabes lo que es amar, nunca lo has sabido. Así que no digas que estás aquí porque me amas. —Caminó hacia mí y, en cada paso, sus cabellos dorados se balanceaban.

—He venido hasta aquí por ti, idiota. He desafiado las órdenes de mi hermano, he abandonado la seguridad de mi casa, de mi familia, de mi país. ¿Y te atreves a decir que no es por amor? — Sus dedos se posaron suavemente sobre mi mejilla mientras me miraba con esa mezcla de fragilidad y dulzura que sabía fingir a la perfección. Pero no era real, ella no lo era. ¿Por qué lo sabía? Porque había estado a su lado lo suficiente como para descubrir lo que había dentro de esa perfecta imagen.

—Estás aquí porque eres de esas personas que solo desean lo que no pueden tener. —Como por arte de magia, sus ojos se tornaron duros, implacables. Sí, esa era ella.

—Había más como tú, Serguéy, pude tomar a cualquiera, pero te escogí a ti.

—No, me escogió tu hermano.

—Como a muchos otros, pero yo te elegí de entre todos ellos.

—Me elegiste porque era el que más peleas ganaba y a ti siempre te ha gustado tener lo mejor. El mejor coche, el mejor vestido, la mejor casa, el mejor marido...

—El mejor amante.

—Seguro que los has tenido mejores.

—No te infravalores, Serguéy. Si no hubieras sido bueno, no habría repetido.

—Repito, ¿por qué estás aquí?

—Mira que eres cansino. He venido por ti, amor.

—Hui de Rusia, hui de Constantin, hui de ti, ¿no lo quieres entender? —Me removí en la silla y mis ataduras se clavaron aún más en mi carne.

—Sssshhh, no luches contra lo inevitable. Volveremos a estar juntos y todo será como antes. Tu pelearás para mi hermano y él será feliz porque le harás ganar dinero. Y después de las peleas, estaremos juntos. Volverás a amarme, como antes.

—Era solo sexo, tú lo dijiste. Me usabas como un juguete para satisfacer tu placer, no te

importaba si estaba demasiado lastimado para cumplir con tus exigencias. Solo querías un semental que calmara tus necesidades.

—Tú me querías.

—Nunca dije tal cosa. Es más, si no recuerdo mal, las tres últimas veces te dije que te odiaba.

—Aun así, cumpliste.

—Porque sabes muy bien cómo hacer que el cuerpo de un hombre reaccione, maldito súcubo.

—Ella sonrió complacida. Sí, le gustaba que le dijese lo buena que era, aunque la llamaran zorra.

—Volverás a amarme.

—Eso nunca ocurrió y no ocurrirá ahora.

—¿Lo dices por esa mosquita muerta con la que te has casado?

—A ella no la metas en esto. —No, no podía permitir que Ella sufriera por esto, era mi problema, no el suyo.

—Sé que muchos se casan para conseguir la nacionalidad, pero, la verdad, pensé que tendrías mejor gusto. Casarte con una gorda como ella, qué bajo has caído. —Apreté los dientes. No estaba gorda, tenía todas las curvas que un hombre deseaba en una mujer y las tenía muy bien puestas. ¿Cómo las llamaban ahora? Sí, *curvy*, era una *curvy*.

—Al menos no es una anoréxica como tú. —El grito casi llegó al mismo tiempo que la bofetada. Sí, así era ella, alguien que te hacía sufrir simplemente porque podía hacerlo.

—Soy perfecta y volverás a decirlo. Solo necesitas recordar lo que has olvidado en esta mierda de país.

—Nunca dije que fueses perfecta.

—Lo dijiste.

—No. Lo que dije fue que eras preciosa, pero eso solo fue la primera noche que pasamos juntos. Después, descubrí que no eras más que un bonito frasco lleno de veneno.

Capítulo 1

12 meses antes...

Serguéy

No era la primera vez que íbamos a reunirnos con nuestros primos en su despacho del Celebrity's, su hotel-casino. Pero esta vez sí había algo diferente. Cuando Viktor me llamó, su voz no tenía ese tono alegre, parecía... sobrio. Era más como el viejo Andrey y eso no me daba buena espina.

Tenía la mirada perdida en las puertas del ascensor, cuando la voz de mi hermana Irina me devolvió al presente.

—¿Crees que son malas noticias? —Me encogí de hombros mientras volvía mi rostro hacia ella.

—No sé, pero no tiene pinta de que sea algo bueno.

Cuando llegamos a la planta reservada de los Vasiliev, las puertas se abrieron con rapidez. Sentí los ojos de alguien sobre nosotros y no pude evitar pensar que seguramente era así. Nadie llegaba hasta allí si no tenía la autorización correspondiente, y nosotros no teníamos ninguna de esas tarjetas o llaves especiales de acceso; solo quedaba una opción, que vigilasen y controlasen nuestros movimientos.

Lo primero que vimos en el largo y suntuoso pasillo era un hombre parado frente a la enorme puerta de madera del despacho de Yuri. Era Phill. Al vernos, esbozó una pequeña sonrisa y saludó con la cabeza en mi dirección.

—Os están esperando. —Dio un par de golpecitos y de seguido abrió la puerta. Cedió el paso a Irina y después a mí.

—¿Tú no entras? —le preguntó mi hermana a Phill.

—Mi orden es esperar a que me llamen más tarde —y cerró la puerta a mis espaldas.

Aquella sí que era una auténtica reunión de la cúpula Vasiliev. Todos los hombres de la familia estaban allí, salvo el marido de Lena, y sabía por qué. Geil llevaba todo lo relacionado con las empresas Vasiliev, o casi todas. Era una especie de director ejecutivo y se centraba en el desarrollo «legal» del negocio familiar. Yuri y mis tres primos llevaban cada uno su parte de zona oscura. Me sentía agradecido de no formar parte de todo aquello, pero no tenía ninguna duda de que si necesitaban que pasara la línea, por ellos lo haría.

—Si tomáis asiento, empezaremos con todo esto. —Irina y yo nos sentamos en las dos sillas que quedaban libres en la enorme mesa de reuniones.

—¿Es algo malo? —Irina no pudo aguantar para preguntar. Yo había aprendido a esperar a ver hacia dónde iban las cosas.

—Jrushchov tiene a un hombre siguiendo a Irina. —Así era Viktor, directo al grano, sin rodeos inútiles.

—No tienes que preocuparte, pequeña —intervino Yuri. Al ver la cara de mi hermana, comprendí por qué lo había dicho.

—Lo primero que quiero que entendáis es que todo se está desarrollando como Viktor anticipó. —Viktor asintió con la cabeza, pero no era suficiente para tranquilizar a Irina.

—¿Quieres decir que todo este tiempo habéis sabido que me estaban buscando? —Viktor se levantó de su asiento, caminó hasta llegar a Irina, tomó sus manos y se agachó hasta que sus ojos estuvieron casi al mismo nivel.

—Estos tres meses no queríamos recordaros a Jrushchov ni sus intenciones, pero todos sabíamos que no iba a quedarse quieto. Tú también lo sabías, ¿verdad? —Irina inclinó la cabeza, confirmando las palabras de Viktor.

—Boby le ha dedicado todos nuestros recursos, esperando a que llegara a nosotros o, mejor dicho, a ti. Porque si te tiene a ti, tiene a Serguéy. Eres la reina de esta partida de ajedrez —explicó Yuri.

—¿Y ahora que me ha encontrado? —preguntó Irina.

—Ahora es cuando le damos la vuelta a todo.

—¿Y cómo lo hacemos? —quise saber.

—Esperábamos que con el truco del apellido, él pensara que habíamos fracasado en nuestro intento de esconderos. —Sí, cuando nos hicimos con nuestra identificación estadounidense, aprovechamos para ponernos el apellido Sokolov, Sokolova en el caso de mi hermana. Realmente, nuestro apellido era Ivanov. Sokolov solo hacía referencia a que éramos hijos de Sokol. Más que renunciar al apellido del abuelo, para mí era una manera de perpetuar el nombre de mi padre, porque aquí, en Estados Unidos, mis hijos no llevarían mi nombre como en Rusia, sino el de mi padre. Su nombre perduraría, sería de alguna manera su legado.

—Eso quiere decir que tenéis un plan. —Ya conocía a Viktor y su forma de actuar, metódico, detallista y, sobre todo, previsor. Aquella maldita sonrisa ladeada suya me acababa de confirmar que el tipo ya estaba siguiendo su estudiado plan de ruta.

—No sé cómo se llama esta jugada en el ajedrez, pero, básicamente, vamos a hacer desaparecer a la reina delante de sus narices.

—¿Y por qué no se ha hecho antes? La desaparición definitiva, quiero decir —Las mujeres y su curiosidad.

—Porque queríamos que llegara a nosotros, que sepa que estamos aquí, jugar en nuestro tablero.

—Algo así como que nuestro equipo juega en casa —añadió Nick.

—No voy a aburrirlos con una explicación detallada de nuestro plan estratégico, porque solo tenéis que concentraros en vuestra parte.

—Y porque tampoco te iban a entender, Viktor, a veces incluso a mí me cuesta seguirte. —Viktor sonrió a Nick de forma petulante:

—Qué forma tan sutil de llamarme genio. En fin, como decía. Ahora es el momento de hacer desaparecer a Irina de forma más concienzuda.

—¿Cómo de concienzuda? —quiso saber ella.

—No vas a hacer nada ilegal, tranquila. Hay una manera de hacerlo, de forma totalmente legal, rápida y efectiva. Y por si fuese poco, además será segura, muy segura.

—¿Por eso estamos aquí los dos? —pregunté.

—Por eso estáis aquí los tres —aclaró Yuri.

—¿Qué?

—Te vamos a casar —Que eso lo dijera Andrey ya me decía que hablaba en serio.

—¿Casarme, con quién? —Puede que yo no fuese tan lento como Irina, pero enseguida lo vi claro.

—Phill. —Yuri sonrió y Andrey asintió con la cabeza.

—A grandes rasgos, tu matrimonio con Phill te dará un nuevo apellido. Uno con el que los

hombres de Jrushchov ni pensarán en buscarte. Y segundo, tendréis que viajar —aclaró Yuri.

—En Miami tenemos un negocio, un club, al que me gustaría que le dieras una nueva dirección. Sé que conoces el terreno y que tu perspectiva le daría el enfoque con clase que queremos darle. Ya me entiendes, hacer que algo vulgar sea algo elegante y más rentable —detalló Viktor.

—¿Queréis que dirija el club?

—Queremos que lo conviertas en algo con clase y sabemos que puedes hacerlo. Te proporcionaremos todo lo que necesites. El resto, es cosa tuya. —Irina se estaba mordiendo el labio de esa manera que tenía ella, cuando su mente estaba dándole vueltas a algo que le interesaba.

—Y no estarás sola, Phill viajará contigo y, como será tu «esposo», estará cerca de ti en todo momento. Ya detallaremos más después.

—Me he tomado la libertad de preparar la documentación del divorcio y los certificados para el enlace. De esta manera, no habrá ningún problema a la hora de disolver el matrimonio. —Andrey, él sí que pensaba en todo.

—Aquí, mi hermano mayor, lo que no os ha dicho es que se ha sacado un certificado para poder officiar bodas, así se asegura lo de la confidencialidad y esas cosas —puntualizó Nick. ¿Se estaba riendo de Andrey? Creo que sí, porque el pobre había puesto los ojos en blanco.

—A ver, quedamos en que íbamos a dejar el menor número de pistas posibles, ¿no? Pues eso. Bueno Irina, tú decides. ¿Quieres hacerlo o buscamos otra alternativa?

—¿La hay?

—Claro, pero no sería legal, o implicaría un confinamiento indefinido en casa de mis padres. Yo creo que mi idea es la mejor, pero, claro, no soy yo la que va a pasar por un matrimonio falso, huir a Miami y dirigir un club. Son demasiados cambios y de mucho peso.

Irina alzó la mirada y supe que Viktor había ganado. Eso y esa maldita sonrisa suya mal disimulada. El cabronazo sabía que se había ganado a mi hermana en cuanto le dijo lo del club. Y qué quieren que les diga, mi hermana iba a estar a salvo, haciendo algo que le gustaba y bien protegida, para mí era suficiente. Lo único que no me gustaba mucho era que Phill se hiciera pasar por su marido. Antes de que se fueran tendría que dejarle un par de cosas bien claras.

Capítulo 2

Serguéy

Tenía que reconocer que lo de estar forrado de pasta estaba bien, muy bien. ¿Que hacía falta hacer un viaje a mitad de la noche sin pasar por una terminal de aeropuerto? Pues nada, se llamaba al piloto y se le decía que había que hacer un viaje con varias paraditas. Por eso del manifiesto de vuelo, se entiende.

No me moví hasta que las ruedas del avión abandonaron el suelo.

—Va estar bien, tranquilo. Phill es un gran tipo y moriría antes de permitir que tu hermana sufriera cualquier daño. —Me giré hacia Viktor.

—Eso lo sé. Ahora es cuando me vas a contar lo que no has querido decir delante de ellos — Viktor inclinó su cabeza y sonrió levemente.

—Eres un cabrón intuitivo.

—Más de lo primero que de lo segundo, y mi hermana es la que va en ese avión, así que desembucha. —Viktor miró hacia atrás, asegurándose de que había una gran distancia entre nosotros y cualquier oído indiscreto.

—Era cuestión de tiempo que Jrushchov diera con vosotros dos y estoy seguro de que no queréis pasaros la vida mirando por encima del hombro.

—Eso no es vida.

—No, no lo es. Por eso decidimos atacar esto de una forma diferente.

—¿Cómo de diferente?

—No era casualidad que Irina trabajase en la recepción de nuestro hotel. Necesitábamos un lugar visible, donde fuese fácil de localizarla, y al mismo tiempo mantenerla completamente vigilada.

—Para protegerla.

—Y para detectar a cualquiera que la estuviese vigilando.

—En un hotel-casino eso es prácticamente imposible. Demasiadas personas entrando y saliendo.

—No si tienes un sistema de vigilancia audiovisual de última generación que cubre todas las superficies del recinto, conectado a un software que es capaz de reconocer pautas, personas, fórmulas de juego...

—Pero...

—No, esto no era como pillar a contadores de cartas, pero solo hizo falta cambiar el tablero de juego y cambiar las normas, el resto llegó solo.

—Encontrasteis al que la estaba vigilando.

—No sé cómo Bobby dio con él, algo de un algoritmo matemático y triangulación espacial, sumado con reconocimiento facial.

—Ese Bobby es bueno.

—Sí, y cuando se junta con Sara, son demoledores, puedo asegurarlo. El caso es que pinchamos su teléfono y su laptop y descubrimos que Jrushchov se había puesto en camino hacia Las Vegas.

—Así que viene para acá. —Viktor levantó la muñeca y miró su reloj.

—Si no me equivoco, en estos momentos está volando hacia aquí. Tomará tierra en menos de

una hora.

—¿Y ahora que no está Irina?

—Pues ha perdido la manera de coaccionarte. Eres libre para afrontar esto como quieras. — Mmm, eso tenía muchas posibilidades. Terreno Vasiliev, sin nadie por quien preocuparme... No es que fuera una persona violenta, pero tenía unas ganas enormes de meterlo en un cuadrilátero y obligarlo a recibir golpes, como él hizo conmigo, solo que esta vez no sería yo quien recibiera.

—Se me ocurren un par de ideas.

—¿Aceptas sugerencias? —Oh, cuando Viktor decía eso era que tenía algo muy bueno en mente.— De momento, ve poniéndote esto en la muñeca. Parece un simple reloj de los que puedes encontrar por menos de treinta dólares, pero Bobby lo ha «tuneado». Es sumergible y es vital que lo lleves puesto siempre. Puedes quitártelo, pero procura tenerlo siempre a mano. Es un seguro de vida que espero no llegar a usar, pero que no está de más tener.

Me quité el que tenía y ajusté el nuevo a la muñeca. Sí que parecía un reloj normal y corriente. Este Viktor no dejaba escapar ningún detalle.

—Listo. ¿Y cuáles eran esas sugerencias que me decías?

—Lo que tengo en mente seguro que te va a encantar.

Viktor

No es que antes hubiese trabajado con Constantin Jrushchov, pero conocía a los tipos como él. El idioma, el país, no cambian demasiado a los tipos como nosotros. ¿Qué éramos? Hombres de negocios. Me había pasado todo este tiempo, desde que Andrey y papá trajeron a los primos a Estados Unidos, pensando en cómo podría enfrentarme a Constantin Jrushchov. ¿Cómo vencer a un tipo así? Pues siendo más listo que él y yendo un paso por delante.

Paso a paso, había seguido cada paso de mi estudiado plan.

1. Traer al gran jefe a un terreno que no fuera el suyo. Jugar en nuestra casa limitaría sus recursos. Hecho. El cebo de Irina había funcionado.
2. Quitarle la ventaja que creía que tenía. Hecho. Irina estaba fuera de su alcance y por un tiempo ilimitado, lo que jugaba a nuestro favor.
3. Darle algo que fuera más importante que un chico que puede sustituir fácilmente. Teníamos algo que Constantin Jrushchov valoraría mucho más, pero, eh, no se juega con los Vasiliev y mucho menos se los coacciona o chantajea, así que ese «regalo» venía con sorpresa. Soy malo, lo sé, pero tengo a Katia para compensar. Yin y yang, eso dicen.

Teníamos el espacio, el tiempo y la forma. Y si todo eso fallaba, teníamos la fuerza. No soy muy de física, pero creo que teníamos todas las variables cubiertas.

Andrey

Lo primero que hice cuando Viktor me explicó su plan con Jrushchov fue ponerme a trabajar con Nick para encontrar algo que le sirviera. ¿Empresas pantalla? Teníamos a patadas y en paraísos fiscales herméticos, pero lo que Viktor quería era una que llevara tiempo usándose, pero de la que tuviéramos que deshacernos. Algo difícil, porque Nick controlaba eso con precisión milimétrica. Si una sociedad era investigada, o levantaba sospechas, enseguida hacía limpieza. Resultado, íbamos dos pasos por delante de la ley. Pero seguro que podíamos encontrar alguna.

Yo solo tenía que hacer que, de forma legal, se hiciese una transferencia o venta limpias. Cuando llegara el momento, Viktor se encargaría del resto.

Ahora, lo más importante era mantener a toda nuestra familia vigilada y a salvo. Constantin Jrushchov era un hombre sin escrúpulos que no dudaría en buscar alternativas a Irina. Y si no podía coaccionar a Serguéy, lo intentaría con otro miembro de la familia. Miré hacia la cama, donde Robin dormía ocupando tanta superficie de colchón como podía. Constantin Jrushchov no iba a ponerle un dedo encima a mi familia, no ahora que había encontrado lo que me faltaba. Antes estaba dispuesto a matar por los míos, pero ahora, si ese desgraciado cruzaba la raya con Robin y nuestro bebé, podía irse preparando, porque le destrozaría, lenta y dolorosamente.

Despacio me metí en la cama, ajustando mi cuerpo al de Robin. En cuanto sintió mi presencia, se aferró a mí como un koala, buscando esa tibieza que mi cuerpo le ofrecía. Incliné la cabeza hacia ella, para meter la nariz en su pelo. Olía tan bien... Esto sí que era llegar a casa, y no la acción de entrar por la puerta de un simple edificio. Mi hogar, allí donde estuviese Robin era mi hogar.

Capítulo 3

9 meses después... en Miami.

Danny

Con tantos niños de por medio era difícil encontrar un día para nosotras solas. Un día de chicas. Ahhhh . No es que fuéramos a hacer algo como irnos de spa o algo así, no, lo nuestro era algo tan básico como ir a la peluquería.

—Mmm, no pares, sigue ahí. —La voz de Susan nos hizo girarnos hacia el lavadero de cabezas y sonreír. Vaya con la doctorcita, necesitaba un buen masaje de cabeza.

—Te dije que Amanda era una artista con las manos —puntualizó María, mientras dejaba que la encargada de la peluquería le pusiese sobre los hombros una de esas capas de plástico.

La peluquería no es que fuese demasiado pequeña, pero nuestro grupo la había tomado por completo. Había cuatro puestos y eran nuestros, y una estaba esperando su turno. Un gustazo que Ingrid y las abuelas se hicieran cargo de los pequeños, con la ayuda de algún que otro papá, claro. ¡Qué demonios! Con las mujeres fuera, seguro que se habían reunido todos en casa de Angie y Alex para hacer su particular reunión de chicos. Ellos, sus herramientas, sus chapuzas y sus cervecitas frías.

—¿A que no te arrepientes de haber dejado a Gabriel con las abuelas? —Alcé una ceja mientras miraba a una sonriente Angie con papel de plata en la cabeza.

—No, para nada. Amo a mi bebé, pero necesitaba un día solo para mí.

Bien por mi Angie. No podía quejarse de la ayuda que tenía, con la abuela Lupe disfrutando de su bisnieto, Carmen y Tomasso ejerciendo de omnipresentes abuelos y un entregado Alex; pero poder dejar de estar pendiente del reloj a todas horas, esperando que todo esté controlado, es un descanso para cualquier madre. Y, si no, bastaba con mirar a María. Bruno y Hugo eran dos dulzuras de niños, pero estaban en esa edad en que descansar era una palabra que no entraba en su vocabulario; y eran dos, nada menos. Además, si entraba su hermana Paula en juego, parecía que eran como cinco pequeños correteando por todas partes. Menos mal que Tonny parecía tener energía suficiente para agotarlos al final del día. Y Susan... ella que estaba tan contenta con su pequeña Bianca y, ¡zas!, gemelos. Carlo y Francesco, buen remate para su orgulloso padre. No había quien aguantara a los dos hermanos Di Angello, y ahora había otras dos parejas más. Mundo prepárate, porque esos pequeños tenían muchas posibilidades de convertirse en unos auténticos rompecorazones. ¡Si incluso los gemelos de Susan tenían hoyuelos al sonreír! Demoledores.

—¿Lo de siempre? —Alcé la vista para encontrar los ojos dulces de Star al otro lado del espejo. Parecía tan cansada... El maquillaje era incapaz de cubrir sus ojeras permanentes.

—Ponme guapa, que hoy quiero volver loco a mi marido. —Me sonrió y asintió. Retiró la toalla de la cabeza y empezó a acomodar los mechones de pelo para alisarlos. La silla de mi lado se movió y enseguida vi el reflejo de Susan sonriéndome.

—No sé lo que le vas a hacer a Danny, pero yo quiero lo mismo. —Amanda levantó la toalla y empezó a acomodar los mechones de forma metódica.

—¿Quieres que te ponga unas mechas?

—No, quiero que me pongas guapa para volver loco a mi marido.

Todas echamos a reír. Cómo había espabilado la doctorcita. Claro, con un marido así, como para no aprovecharlo. Y que conste que no me quejo, con mi Mo estoy muy bien servida. Empecé a sentir que Star me tiraba suavemente del pelo mientras me cogía pequeños mechones para cubrirlos de tinte y envolverlos con el papel de plata. Tenía aún la atención puesta sobre Susan y noté que la expresión de su cara le cambiaba. No, no era por lo que le estaban haciendo en la cabeza, pues tenía la mirada clavada sobre mi peluquera. Seguí su mirada y encontré lo que le había llamado la atención, unas marcas moradas que intentaban asomar por el cuello de la camisa. Su cara se contraía cada vez que repetía un movimiento concreto, como si le doliera enormemente. No es que estuviese habituada a tratar con pacientes adultos, pero como enfermera podía reconocer las señales de maltrato físico. Ella intentaba cubrir los hematomas con camisetas de manga larga, una prenda poco habitual en Miami. Pero el dolor no era tan fácil de ocultar. Miré su rostro con atención. Parecía joven, tal vez 25, con un ligero sobrepeso, piel muy pálida, como si no viese mucho el sol. Volví a mirar a Susan y ella asintió. Las dos habíamos llegado a la misma conclusión, había que ayudarla.

—Anita, ¿qué tal si nos haces la manicura a mi amiga Susan y a mí mientras estamos en el calor?

En la peluquería tenían ese aparato que da calor, con unas placas o algo así, y que se va moviendo de lado a lado, para que las mechas suban más rápido. ¿El porqué de la manicura? Pues por Anita. Es de esas personas que hablan por los codos y que se saben la vida de todo el mundo; en una palabra, una cotilla. Así que, cuando nos acomodaron en la zona de tránsito, empezó mi investigación sobre el asunto.

—Oye, Anita, ¿Star está casada? Porque conozco a un chico que sería estupendo para ella. —Y como si le dieras al botón de arrancar, Anita alzó la cabeza y se acercó hacia mí en *petit comité*:

—¿Casada? No, pero tiene a ese impresentable de novio, que... —Oh, nadie se puede resistir a ese toque de silencio dramático y balanceo de cabeza. Anita era buena, muy buena.

—Me has intrigado, cuenta, cuenta. —Anita acercó su pequeño taburete y empezó a manipular sus herramientas de trabajo con mecánica eficiencia.

—Pues es un hombre de difícil convivencia, no sé si me entiendes.

—¿Tiene mal carácter? —Anita miró a ambos lados, asegurándose de que nadie la escuchaba.

—Lo tiene todo, el muy cabrón. Es violento, celoso, posesivo, controlador.

—Ay, pobre, ¿y cómo es que no le ha dejado?

—Lo hizo una vez, pero fue peor.

—¿Peor?

—Antes venía con algún moratón, pero ahora hay días que hasta a mí me duele verla moverse. Y el hijo de... No, su madre no tiene la culpa del hijo tan demoníaco que trajo al mundo, eso espero, porque el tiparraco la tiene casi encerrada en casa, la pobre no va sola ni a hacer las compras. La trae y la recoge del trabajo. —Miré el reloj, calculando el tiempo que quedaba para que finalizara el turno de mañana.

—Huy, a lo mejor le vemos hoy y todo. —Anita arrugó la nariz con asco.

—No, ese cretino la espera siempre fuera, sentado en su coche. Solo entra en la peluquería el día de cobro para coger su cheque.

—¡Wow! ¿Y la dueña se lo da?

—Tiene el consentimiento de Star. No puede hacer nada. Si por Amanda fuera, le vetaba la entrada.

—Porras, ¿y no ha pensado en denunciarle? —Anita soltó eso que era una mezcla de bufido y risa.

—¿Denunciar? Es policía. ¿Por qué crees que no podemos hacer nada por ella? Cuando ella le dejó, el muy cabrón vino a buscarla y se la llevó por la fuerza. Llamamos a la policía y no hicieron nada. Lo único que conseguimos fue que nos amenazara.

—¿Os amenazó? —Jod... con el tiparraco.

—¿Abuso de poder? Lo de Alvin lo sobrepasa, y mucho. —Susan, Anita y yo miramos hacia Star con disimulo. Pobre mujer, no había manera de escapar de algo así, a no ser...

Con las uñas terminadas y las mechas listas para lavar, Star me llevó al lavadero de cabezas. Y ahí entré a atacar.

—Si hubiese una posibilidad de escapar de Alvin, ¿lo harías? —Se le abrieron los ojos como platos al tiempo que sus manos se quedaban congeladas sobre mi cabeza.

—¿Cómo sabes...?

—Eso no importa ahora. ¿Estarías dispuesta a huir? —Ella volvió a ponerse con los trozos de papel de plata hasta que me soltó todo el pelo para seguir con el proceso.

—Ya lo intenté una vez y las consecuencias fueron peores.

—Porque no tuviste ayuda. —Vi el reflejo de su rostro apenado en uno de los espejos que tenía delante. Era lo bueno de las peluquerías, que había espejos por todas partes.

—Ellos... ellos no pueden. Mi familia es... es complicado. —Empezó a frotarme la cabeza para quitarme el tinte bajo el agua.

—Te estoy ofreciendo ayuda, Star.

—No, no puedo. Alvin... Alvin... os metería en demasiados problemas. Si descubre que me ayudasteis... Es detective de policía, me encontrará. —Volvió a frotar con energía.

—Conozco a alguien que puede ponerte a salvo, alguien al que Alvin no podrá intimidar.

—Eso no es posible.

—Lo es. —Star se mordió el labio como si realmente estuviese considerando aceptar—. Solo tienes que decir que sí. —Nuestras miradas se cruzaron en el espejo y pude ver la esperanza en ellos.

—¿Lo harías? ¿Por mí? No me conoces.

—No necesito conocerte para saber que necesitas mi ayuda y ofrecértela.

—Yo...

—Solo di que sí y en un segundo lo pongo todo en marcha. —Fue lento, casi imperceptible, pero vi su cabeza moverse hacia delante y atrás—. Bien, ese es el primer paso. El segundo, es dejarte llevar. Confía en mí. —Ella asintió de nuevo y una amenaza de sonrisa luchó por asomarse a su rostro, casi consiguiéndolo.

—¿Qué tengo que hacer? —Mis dedos estaban volaban por el teclado del teléfono, uniendo las letras para configurar el mensaje que pondría todo en marcha.

—¿Hay algo que necesites llevarte? ¿Algo a lo que tengas apego? —Star negó con la cabeza al tiempo que recibía la respuesta a mi mensaje—. Entonces prepárate, porque Alvin no va a volver a ponerte la mano encima.

Capítulo 4

Viktor

El mensaje me sorprendió y alegró. Más lo primero que lo segundo. No es que esté loco, no, pero que Danny, mi prima pequeña, recurriese a mí porque necesitaba ayuda, me llenó de orgullo.

—*Necesito tu ayuda, es URGENTE.*

—*Lo que necesites* —¿Qué otra cosa podía decirle?

—*Vete preparando un viaje a Miami con la caballería, luego te llamo.*

¿Caballería? ¿Qué entendía Danny como caballería? Si me basaba en nuestra experiencia juntos, no podría ser otra caballería que Igor y los chicos de mi primer viaje a Miami, cuando la conocí. OK, eso lo podía tener preparado en cuestión de minutos. Busqué el teléfono de Bobby y marqué.

—*Localiza al piloto y prepara plan de vuelo para Miami. Lo quiero todo listo en una hora.*

—*Llamaré al hangar para que vayan preparando el avión.*

—*Bien. Y libérate todo lo que puedas. Es probable que te necesite en línea.*

—*Sí, jefe.* —Aquella sonrisa en su voz, ¡joder!, había creado un monstruo. Pero esta vez no iba a llevarlo conmigo, necesitaba que se quedase en la central con todos los recursos que podía gestionar desde su potente equipo.

Danny

—*Gracias, cariño.* —Colgué la llamada y sonreí a Sara—. Los chicos ya están fuera. —Miré por el ventanal y, efectivamente, la monovolumen de Marco estaba aparcada fuera. Moví mi melena al viento y sonreí a mis compinches—. Es el momento. —Todas miramos a Star y ella asintió. Tomó su bolso y lo aferró con fuerza contra su cuerpo. Amanda se la acercó por detrás y posó una mano en su hombro.

—*Puedes hacerlo.*

—*¿Y vosotras?* —Amanda le besó la mejilla y dio un paso atrás, donde el resto de las chicas de la peluquería esperaban.

—*Estaremos bien. Tú solo piensa en ponerte a salvo.*

Tomé el brazo de Star con cuidado y la llevé a la puerta. Sara salió la primera, miró a ambos lados y abrió la puerta lateral del vehículo. María sostuvo la puerta de la peluquería abierta y yo salí a toda velocidad arrastrando a Star. Angie cerraba la comitiva. En un santiamén estábamos todas dentro del coche, camino a la seguridad.

—*¿Has avisado a todos?*

—*Equipo de rescate a su servicio, señora* —respondió Marco mientras me dedicaba una mirada y media sonrisa a través del espejo retrovisor.

—*Bien, entonces, llévanos a casa.* —Fuimos directos a la casa de Angie y Alex porque todos estaban reunidos allí. Estacionamos el vehículo en el lateral de la casa y enseguida vimos al comité de bienvenida: cuatro tipos realmente fuertes, dos abuelas y un par de gemelos. Supuse que el resto estaría en la parte de atrás, en el gran jardín.

—*Os estábamos esperando.* —Alex se adelantó para estrecharle la mano a una asustada Star—. Soy Alex y mi casa es tu casa.

—Gra... gracias. Soy Estrella. —¡Ah! Así que de ahí venía lo de Star; curioso.

Angie se acercó a Alex y este la tomó entre sus brazos para besarla. Marco alcanzó el bebé que estaba en los brazos de Carmen y lo recostó contra su pecho al tiempo que besaba su cabecita.

—¿Mi pequeño Carlo le dio mucho trabajo a la abuela? —Lo juro, ese hombre me tenía fascinada. Los gemelos eran dos bolitas idénticas de dos meses y él podía distinguirlos a simple vista. De Susan lo entendía, trabajaba con bebés y no se le escapaba ningún detalle, pero Marco solo vendía coches, no podía entenderlo.

—Ha sido un santo. —Apuntó su abuela política Carmen. Sí, política, porque era la novia del abuelo biológico, el padre de Marco. Susan fue a por el otro bebé que estaba en manos de la abuela de María.

—Francesco es como un osito perezoso. No se despierta ni para comer —dijo Carmen.

Esta mujer sí que tenía energía. Estaba jubilada, pero lidiaba todos los días con los tres pequeños de María, los tres de Susan y con el de Angie, y solo tenía la ayuda de la abuela Lupe. A la casa de Angie y Alex la llamaban «la guardería» y no podía estar más de acuerdo. Eran auténticas profesionales. Carmen se acercó a Star, o Estrella, para abrazarla y guiarla hacia el patio trasero, con el resto de la gran familia.

—Tranquila, pequeña, aquí vamos a cuidar de ti.

—No quiero ser un problema para ustedes. —Mo estaba a mi lado y me dio un pequeño beso antes de contestarla.

—El problema lo va a tener ese tipo si se atreve a acercarse por aquí. —Tonny se acercó a Mo, y le tendió el puño para chocarlo de esa manera que hacen los tipos duros, ya saben.

—Ya te digo, y uno bien grande. Soy Tonny. —María se puso de puntillas para darle uno de esos piquitos y, como a su marido no le pareció suficiente, la tomó con un brazo y la levantó para alcanzarla mejor y hacerse con un buen beso.

Estrella volvió su rostro sonrojado hacia el suelo y entonces recordé que tenía algo pendiente.

Me acerqué a la abuela Lupe, que estaba dándole la papilla a la pequeña Paula, la bebé de María y Tonny, mientras instaba a Gabriel, la pequeña de Angie y Alex, a que se terminase su plato de macarrones. No sé dónde había más tomate, en el plato, en sus manos, en su ropa o en su cara.

—Hola, Lupe, ¿podrías ocuparte de nuestra invitada? Tengo que hacer una llamada. —Lupe me sonrió afable.

—Por supuesto. ¿Te gustaría ayudarme con mis angelitos? —Estrella asintió y tomó la cuchara que le tendió Lupe.

Viktor

Cuando terminó la conversación, tenía dos cosas muy claras. La primera era que Danny era toda una Vasiliev. ¡Qué pelotas! Había visto que algo estaba mal y se había metido de cabeza a arreglarlo, sin miedo a los riesgos. Y la segunda, que pondría a salvo a la «nueva amiga», como había llamado Danny a la chica en cuestión. Cuando me explicó la situación, tuve ganas de matar al hijo de puta de su novio. Alguien que maltrata sistemáticamente a otra persona, que abusa de su posición para hacer daño por el simple hecho de que puede, no merece el aire que respira. Y estaba claro que la chica había intentado salir de aquella situación, pero el gilipollas no la había dejado.

De alguna manera, me recordó a mi Katia, solo que ella sí que consiguió, de alguna manera, escapar de las garras de su exnovio. Precisamente por eso supe que tenía que ayudarla. En parte

porque mi propia conciencia me obligaba a hacerlo y, en parte, porque si no lo hacía, Katia me tostaría las pelotas en la barbacoa del jardín sin habérmelas arrancado antes. Y lo haría con la ayuda del resto de las mujeres Vasiliev, no tenía duda.

Mi cabeza ya estaba maquinando la manera de ayudar a la chica, pero iba a ser complicado, porque ¿cómo puede esconderse una persona de un detective de policía? Y si de algo estaba seguro era de que el tipo era vengativo, posesivo y violento. Junta todo eso y tenías a alguien que capaz de remover cielo y tierra para recuperar lo que le habían robado.

Capítulo 5

Estrella

Decir que estaba agradecida y abrumada era poco. Aquellas personas me habían incluido en su círculo familiar y estaban ayudándome sin apenas conocerme. Apreciaba su ayuda, pero no podía dejar de tener miedo, por mí y sobre todo por ellos. ¿Y si algo salía mal? ¿Y si Alvin me encontraba y les hacía pagar por haberme ayudado? Sabía que necesitaba ayuda para escapar de Alvin, sabía que sola no podría hacerlo, pero no quería ocasionarles ningún problema. Quería mi libertad, sí, pero no a cualquier precio. Aunque no los conociese, no quería ser la culpable de su sufrimiento, ellos no lo merecían. Quizás por egoísmo, quizás porque la situación empeoraba cada día, había decidido aprovechar aquella oportunidad. Había decidido asumir el riesgo de que todo fuese a peor —aunque eso iba a pasar igualmente—, porque si salía bien, tenía mucho que ganar.

En cuanto a mi familia... No podía seguir cuidando de ellos, porque estaba metida en esta situación en parte por protegerles. Es algo difícil de explicar y tampoco debía hacerlo, porque sería incumplir con la premisa que nos mantenía a salvo de un mal aún peor. Pero esta vez tenía que volverme egoísta y pensar en mí. El tío Samuel había rehecho su vida y el primo Oscar estaba en la universidad, labrándose su propio futuro. Si todo salía mal, ellos tenían más que perder que yo, por eso no me extrañó que regularan cuando Alvin les amenazó. Sí, para el resto del mundo, Samuel y Oscar eran mi padre y hermano, pero nuestro lazo familiar era algo más difuso, sobre todo después de lo que ocurrió hace catorce años. No fue mi culpa, pero a su manera me responsabilizaban de que lo perdieran todo.

—Bueno, ya tenemos un plan en marcha. Ahora hay que ponerse en movimiento de nuevo. — Danny levantó la mirada del teléfono y sonrió.

Me puse en pie y entregué a la pequeña Gabriel a su madre. Era una niña monísima con mucha energía, pero no lamentaba separarme de ella porque no dejaba de manotearme en la clavícula, donde me crecía un gran cardenal, el último «regalo» de Alvin.

Escuchamos unos gritos que llegaban de la parte delantera y enseguida sentí que me arrastraban hacia un lugar más protegido, al tiempo que varios de los hombres corrían hacia la parte delantera de la casa. La abuela Lupe se encargó de la pequeña Gabriel, mientras Angie corría a cerrar cuanta puerta estuviese abierta.

Mo

Menos mal que decidimos vigilar por si el tipo daba con nosotros, porque había demostrado tener recursos. Dos malditas horas, nada más, y ya lo teníamos exigiendo entrar por la puerta de casa. También era una suerte que ese turno me hubiese tocado a mí. Lidiar con impresentables alterados era mi especialidad.

—Le he dicho que su «lo que sea» no está aquí. —El tipo volvió a intentar meterse en la casa. Algo difícil, porque yo defendía mi puesto como un safety, un puesto de defensa en el fútbol americano.

—Sé que está ahí.

—Le he dicho... —El tipo rebuscó en su bolsillo y sacó una cartera. La abrió para mostrarme una de esas placas de policía. No había duda, ese era el ex de Estrella.

—Soy policía y voy a entrar ahí a buscar a mi novia. —Empezó a empujar de nuevo, cuando oí una voz a mi espalda.

—¿Tiene una orden de registro? —Era Simon, el hermanastro de Angie. El tipo no es que hablase mucho, era uno de esos surferos de pelo largo y chanclas, y esa no era una frase que esperaba oírle decir.

—¿Eh?

—Orden de registro, señor.... —se acercó a la placa y leyó en la identificación— detective Sanders. Si no tiene una orden de registro, no puede entrar por la fuerza en una casa, a menos que su propietario le autorice y, como ve, no es el caso.

—Le he dicho a su amigo que mi novia está aquí dentro, solo necesito hablar con ella unos segundos, solo eso.

—Conozco a todas las mujeres que están en esta casa y, de las que están solteras, estoy seguro de que ninguna tiene novio en estos momentos. Así que, detective Sanders, le rogaría que siga buscando en otra parte. Está interrumpiendo una fiesta familiar.

Que eso te lo dijera un tipo con las manos en los bolsillos de uno de esos pantalones cortos con bolsillos enormes y una camiseta que hacía unos cuantos lavados que debía haber pasado a mejor vida, con esa calma monástica, descolocaba a cualquiera. El detective Sanders apretó los dientes, me miró y le regalé una subida de cejas. Pues eso, gilipollas, ya te puedes ir yendo. Miré hacia el costado de la vivienda, donde aparecieron algunos de los otros «hombres de la casa». Sí, los flancos estaban cubiertos. El tipo endureció la mandíbula, metió la identificación en la chaqueta y se giró para volver al coche, no sin antes lanzarme una de esas miradas asesinas de «me he quedado con tu cara». Sí, gilipollas, amenaza lo que quieras, nosotros no nos vamos a dejar intimidar. Cerré la puerta y me quedé observando tras el cristal de la cocina. El gilipollas era testarudo, porque aparcó a solo unos metros de la casa. El buitre carroñero no iba a abandonar su presa tan fácilmente.

—Eso va a ser un problema. —Tonny estaba parado a mi lado, mirando por la venta también.

—¿Alguna vez han visto a los tipos esos que hacen juegos de cartas en la calle? —Otra vez la voz de Simon y, como siempre, había que esperar a que soltara su pequeña perla, porque el hombre las tenía, joder que si las tenía.

—¿Los de «encuentra la reina»? —Simon apuntó con la cabeza hacia el coche del detective Sanders y, ¡oh, joder!, era eso. El tipo era rápido pensando, sí, señor.

Alvin

Cabrón hijo de puta. Me había costado más de lo que estaba dispuesto a admitir, pero había llegado a la puñetera casa donde el coche que llevaba a Star se había detenido. Lo tenía delante, estaba aparcado delante de mis narices y el cretino de la entrada y ese muerto de hambre no me dejaban entrar. Puñetera orden de registro... Cuánto daño habían hecho las películas policíacas. Ahora todo el mundo parecía saberse sus derechos. Pero tenía razón, si entraba en esa casa, aquellos mastodontes podían obligarme a usar el arma y joderme el futuro no entraba en mis planes. Ya me había salido suficiente del camino para conseguir las grabaciones del comercio frente a la peluquería. Luego tuve que recurrir a las cámaras de tráfico hasta que di con esta calle. Y luego comprobar casa por casa hasta dar con la maldita monovolumen. Pero no se iban a escapar, de aquí Star no saldría sin que yo lo supiese.

—Tranquilo, Sanders, vamos a encontrarla. —Esa era otra. Cooper, mi compañero, creía que se habían llevado a mi novia con algún engaño e insistía en que debía poner una denuncia. Me

costó un triunfo convencerlo de que no quería que otro se encargara del asunto, pero debía tener cuidado.

—Ese es el vehículo, Cooper. La tienen ahí dentro.

—Entonces esperaremos a que la muevan o despejen la casa y podamos echar un vistazo en el interior. —Asentí con la cabeza. No había otro remedio, a menos que metiese al resto de la comisaría en esto.

Veinte minutos después, una de esas furgonetas gastronómicas llegó a la casa, aparcando en el lateral. ¡Hijos de puta, habían pedido refuerzos! O al menos eso pensé, hasta que la furgoneta empezó a moverse unos minutos después y, con ella, varios de los vehículos. Era una puñetera estampida. Intenté identificar a las mujeres que subían a los vehículos, pero a aquella distancia era difícil reconocer a cualquiera. Y sí que iban a vaciar la casa, incluso se llevaban a la abuela y los bebés. Esto no estaba bien. El primero en salir fue uno de los coches, seguido de la furgoneta de comida y luego el resto de vehículos. Tenía que hacer mi apuesta rápido, si se separaban, tendría que decantarme por un vehículo. Saqué fotos a cada una de las matrículas, así, si me equivocaba, tendría algo con lo que trabajar de nuevo.

—La furgoneta de comida.

—¿Tú crees?

—Es la única que tiene un acceso en la parte trasera, que han ocultado de nuestra vista. Con su gran volumen es imposible ver si alguien se sube a ella, y lo saben. —Arranqué el coche y me dispuse a seguir a aquella maldita caravana.

—Espero que no nos equivoquemos.

—Hemos visto subir a las demás personas en los otros vehículos y no has reconocido a tu novia entre ellos, así que solo quedan dos opciones: o la han dejado en la casa o se la llevan en la furgoneta.

—Tienes razón. Entonces nos la jugamos por la furgoneta de comida.

Cuando llegamos al primer cruce, la caravana se mantuvo unida, pero después se fue desmembrando en distintas intersecciones. No todos a la vez, no todos en la misma dirección, y no siempre de uno en uno. Malditos, era imposible encontrar una pauta lógica en su forma de actuar. ¿Cuánto tiempo llevaba planeando esto Star? Había dado con unos auténticos profesionales. Y eso me jodía sobremanera, porque yo controlaba sus horarios, controlaba los lugares a los que iba y, lo más importante, controlaba su dinero. La zorra había hecho un trabajo estupendo ocultándomelo todo, la había subestimado. Me había hecho pensar que la tenía totalmente en mis manos y no era verdad. Cuando la atrapara, primero la castigaría por haber escapado y, después, la encerraría a conciencia. La ataría en corto, mucho más corto.

Serguéy

Viktor estaba sentado en su despacho, enfrascado en una conversación telefónica. Me hizo gestos para que me sentara y yo obedecí. Cuando cortó la conversación, se centró en mí.

—Necesito tu ayuda con un asunto.

—Lo que sea.

—Espera a saber de qué se trata. —Desde que llegué a este país, se habían cuidado mucho de involucrarme en algo ilegal. Pero si tenía que hacerlo lo haría. Les debía demasiado para no hacerlo y, además, eran familia.

—Cuéntame.

—Ya te comenté que teníamos otra prima en Miami.

—Sí, dijiste que ella estaba fuera de nuestro mundo.
—Tiene una vida normal y sencilla y queremos que siga siendo así. Por su seguridad.
—¿Tiene algo que ver con mi hermana?
—No.
—Vale. ¿Qué tengo que hacer?
—Casarte.
—¿Qué?!
—Tranquilo. ¿Recuerdas lo que tuvimos que hacer con tu hermana para que Constantin no pudiese encontrarla?
—Quieres que yo haga lo mismo con otra chica.
—Necesita esconderse una temporada.
—¿También la persigue la mafia?
—Es algo más complicado. Estoy investigando el asunto, porque de momento tengo poca información, pero ahora tenemos que movernos rápido.
—¿Cómo de rápido?
—Salimos en media hora para Miami. Será mejor que anules tus citas hasta mañana.
—Llamaré al gimnasio. Basili puede encargarse de los chicos durante un par de días si es necesario.
—Bien. Entonces hagamos las llamadas de camino al aeropuerto.
—Viktor.
—¿Sí?
—Enviamos lejos a Irina para mantenerla a salvo. ¿No crees que darle mi nombre la pondrá en el punto de mira de Constantin?
—Solo vas a prestarle tu nombre, Serg, solo eso.
—Pero puede ocurrir. Sokolov no es un apellido tan usual aquí en Las Vegas.
—Afrontaremos ese problema cuando llegue. De momento corre más prisa sacarla de allí.
—De acuerdo. Tú mandas.
—Confía en mí.
—Lo hago, siempre.

Capítulo 6

Alvin

Me despistó el que la furgoneta de comida se quedase sola, y mucho más que se detuviera junto a la zona de playa. Había otra furgoneta de comida, así que decidí acercarme, porque no quería caer en otra de esas estrategias de fuga. Si Star estaba allí dentro, iba a encontrarla.

—Quédate al volante, Cooper. Si salen pitando, quiero seguirles.

—OK, Sanders. —Caminé hasta la furgoneta y me posicioné cerca para poder estudiarla. Por las ventanillas de venta vi movimiento. Había dos personas dentro. Cuando una de las ventanillas se levantó, me acerqué a la... mujer, era una pequeña mujer de pelo rojo y ojos color miel. Bonita, pero tenía esa postura de «puedo con lo que me echas» que no me seducía en lo más mínimo, a mí me gustaban más... dóciles.

—Hola. Todavía no hemos abierto.

—Policía, quiero ver sus permisos. —Le enseñé mi identificación y ella arrugó el ceño.

—Los detectives de policía no suelen pedir permisos. —Le ofrecí mi mejor mirada de «no se juega conmigo» y ella simplemente se encogió de hombros y desapareció dentro de la furgoneta. Era mi oportunidad. Me moví rápido hacia la puerta trasera y abrí sin llamar. Allí estaban, dos mujeres, la pelirroja y mi... Oh, vaya, aquella mujer tenía el pelo castaño como Star, pero estaba más delgada, con buenas curvas, sí, pero más delgada, y era más mayor, por lo menos el doble de la edad de Star.

—¡Eh! ¿Qué cree que hace? —Me la habían jugado, aquellos cretinos me la habían jugado.

Estrella

Cuando me metieron en la habitación para cambiarme de ropa, lo que menos me esperaba era que me pusiesen la ropa de la abuela. Sí, lo sé, estoy gorda, pero... ¡la ropa de la abuela! Pero, eh, funcionó, no podía quejarme. Llevaba un vestido de esos camiseros de estampado floral, con forma de enorme campana. Un pañuelo en la cabeza, con el pelo recogido en un moño abultado, pero bien escondido debajo de la tela. Y unas medias de esas que parecían leotardos. Todo adornado con una chaquetita de punto y calzado ortopédico. Además, me maquillaron para que pareciese vieja, muy muy vieja.

—Ya hemos llegado.

Levanté la vista para encontrarme con una alta verja metálica por la que se accedía a una propiedad de esas muy privadas. Muros altos, carretera privada y la casa bien escondida de la vista desde el exterior. Las puertas se abrieron a nuestro paso con rapidez, cerrándose a la misma velocidad nada más atravesarlas. Al final del camino, había una enorme casa, porque era demasiado moderna para llamarla mansión por muy grande que fuese.

En la puerta de entrada, había una pareja esperando. Ella era una preciosidad rubia, de ojos claros; él era un tipo de esos fuertes, tipo militar de las fuerzas especiales, o al menos me dio esa impresión. Tenía el pelo corto y estaba muy pendiente de todo cuanto les rodeaba. Vigilante, esa era la palabra. Cuando quise darme cuenta, Danny había saltado del coche y estaba abriéndome la puerta trasera.

—Vamos, es seguro. —Asentí con la cabeza y empecé a caminar hacia la pareja de

desconocidos, sintiendo el reconfortante brazo de Danny sobre mis hombros. La chica rubia se acercó a Danny y la tomó la mano.

—Soy Irina. Viktor nos avisó de que vendría. —Tenía un marcado acento extranjero, como ruso, creo.

—Soy Danny y, si no me equivoco, somos familia. —La chica rubia sonrió y abrazó como pudo a Danny, pero no se entretuvo mucho, porque yo estaba allí estorbando en aquella reunión familiar.

—Será mejor que entremos. Seguro que esta chica quiere quitarse esa ropa de abuela. —Irina se posicionó a mi otro lado y entre ambas me llevaron al interior.

Phill

El jefe fue claro, proteger a la chica hasta que él llegara. La maldita casa era un bunker inexpugnable, así que sería fácil hacerlo. Activé las medidas de seguridad nada más atravesaron la puerta de entrada, y los chicos de seguridad estaban prevenidos. Me había costado encontrar buen personal y de confianza, pero ahora podía decir que lo tenía. Seis tipos experimentados, duros y muy capacitados, y todos en estado de alerta esta noche, cubriendo todo el perímetro de la propiedad. Si alguien se acercaba, el sistema de vigilancia lo detectaría.

El hombre que acompañaba a las chicas, el marido de la Vasiliev «secretaria», se acercó a mí mientras me tendía la mano educadamente.

—Soy Mo.

—Phill.

—Espero que podamos detener al cabrón. Se presentó en la puerta de casa y tuvimos que recurrir a un truco para conseguir despistarlo.

—¿Os han seguido?

—A nosotros, no, pero seguro que se ha hecho con nuestra matrícula y localizará el coche y a nosotros.

—Entonces será mejor que lo ocultemos. Lo meteremos en el garaje subterráneo, y después entraremos en la casa. —Tenía que avisar al jefe. El tipo era más peligroso de lo que suponía.

Viktor

¡Cabronazo! El tipo se movía rápido. Con razón la chica no había conseguido escapar de él antes, era un cabronazo rápido y con recursos. ¡Ah!, pero me gustan los desafíos.

—Boby, necesito que entres en las cámaras de tráfico de Miami y borres el rastro de un vehículo. Te envío una foto con la matrícula.

—Tardaré un rato jefe, Miami no es Las Vegas.

—También quiero que consigas todo lo que tengas sobre Alvin Sanders, detective de policía de Miami. Quiero saber...

—Sí, jefe, cuantos pedos se tira antes de ir a cagar. —Vaya, sí que era predecible en algunas cosas. Pero eso era bueno, el chico ya sabía lo que quería, cómo lo quería y cuando lo quería—. Se lo enviaré a su correo, como siempre.

—Bien. Quiero algo antes de aterrizar. —Corté la comunicación y me centré en el ceño

fruncido de Serguéy.

—¿Se están complicando las cosas?

—El tipo sigue siendo un grano en el culo, solo que un poco más grande de lo que esperábamos, solo eso.

—¿Cómo de grande? —OK, había llegado el momento de explicarle dónde le había metido. Y si era el hombre que creía que era, no se echaría atrás, no dudaría en ayudar de la forma que fuese.

—La chica tiene un novio violento, pero uno que no está dispuesto a dejarla ir fácilmente. Y si eso no fuese suficiente, el tipo es detective de la policía de Miami y, por lo que he comprobado, no solo abusa de su puesto, sino que sabe sacarle todo el partido posible.

Ví sus puños apretarse sobre el sillón. No es que su caso fuese idéntico, pero Serguéy sabía lo que era estar bajo el yugo de alguien que hará cualquier cosa por tenerte encerrado en su puño, que juega con tu dolor y al que no le importa si te rompes por el camino.

—Entonces, esta es una misión de rescate.

—No te quepa duda.

—Hasta que no lo viví en mis propias carnes, nunca imaginé que la mafia rusa hiciese estas cosas.

—Y no las hacemos. Estos son casos especiales. Tú e Irina sois de la familia.

—¿Y la chica?

—Es una amiga de Danny.

—Y si ella te lo pide, harás lo que sea por ella.

—Me salvó la vida, literalmente. Así que, si ella quiere que haga del puñetero Batman, me pondré el antifaz y volaré tan rápido como pueda.

—Eres un blando, primo.

—Pocos han dicho eso, y todos han acabado con algo roto. Así que siéntete afortunado de que te necesite entero. —Y el cabronazo se rio. ¡Mierda! Odio cuando saben que no voy a cumplir una amenaza. Y eso solo ocurre con la familia.

Capítulo 7

Serguéy

—Diez minutos para aterrizar en Miami.

La voz del piloto resonó en toda la cabina, haciendo que mi trasero se removiera inquieto en el asiento. Hacía media hora que Viktor me había tendido su teléfono para que le echara un vistazo a la información que Bobby había conseguido sobre el tipo. Si mirabas su hoja de servicio, veías a un tipo con muchas condecoraciones y triunfos. Alguien que continúa con la tradición familiar de ser policía. Un tipo que parecía un auténtico paladín de la justicia, de esos con armadura de oro. Pero Viktor me mostró lo que realmente significaba aquello. Un chico con un padre autoritario, a todas luces maltratador como él, con algunas acusaciones por malos tratos a su mujer que no prosperaron. El pequeño vástago, había seguido también esa tradición familiar. Lo que hacía que se me pusieran todos los pelos de punta era saber que su anterior novia había muerto en un accidente. Viktor había puesto a Bobby a escarbar sobre aquello, pero estaba convencido de que encontraríamos algunos agujeros muy «convenientemente».

¿Ganas de encontrármelo? ¡Joder, sí! Quería darle un poco de su propia medicina. Si le gustaban los golpes, le iba a dar un buen lote de ellos. O eso pretendía, antes de que Viktor me recordara que estaba en este país con un permiso de trabajo y que agredir a un policía no sería algo bueno para mí. Si la chica era americana 100 %, mi matrimonio sería un paso más hacia la nacionalización. Pasos legales que, con un poco de persuasión Vasiliev, me llevarían a ser un ciudadano de pleno derecho. El cabrón de Viktor había pensado en todo. Con aquel matrimonio falso ganábamos los dos.

—Relájate, Serg. Lo que menos necesita la chica es ver a alguien dispuesto a repartir golpes.

Me miré los nudillos, blancos de tanto apretar los puños. Sí, lo que menos necesitaba esa pobre chica era encontrarse con otro cavernícola que solo sabe golpear. Pero es difícil abandonar los viejos hábitos, demasiado tiempo viviendo bajo la ley de los puños. Menos mal que en el gimnasio podía soltar parte de esa ansia que me consumía de vez en cuando por dentro.

Estrella

—Ya están aquí.

Estiré el cuello para mirar por la ventana y me encontré con un par de SUV que habían estacionado frente a la entrada principal de la casa. Las dos mujeres salieron disparadas hacia la entrada, mientras Mo y yo las seguíamos, más calmados. Llegamos justo a tiempo para ver a Danny dándole un abrazo a un tipo alto de pelo negro, con unos ojos azul intenso. A su lado, Irina hacía lo mismo con el otro hombre, también impresionante, pero totalmente diferente. ¿Impresionante? Vaya, algo me había pasado para dejar de sentir miedo lo suficiente como para darme cuenta de que todos los hombres que rodeaban a Danny eran auténticos especímenes masculinos. Las mujeres también tenían su brillo particular, eran bellas, incluso la abuelita Lupe, con sus trenzas de pelo casi blanco. Y entonces supe por qué, porque sonreían a cada momento.

Escuché un extraño idioma que supuse sería ruso. Irina y aquel hombre hablaban con fluidez, bajo la atenta mirada de Phill, su guardaespaldas.

—Estrella, este es mi primo Viktor. Él te va a ayudar.

Miré hacia el hombre de ojos increíblemente perfectos y sentí la seguridad y el poder que irradiaba. Sí, por una vez en mi vida, había alguien capaz de darme la seguridad que necesitaba. Me estudió con sus inteligentes ojos y me sentí pequeña. Aunque me había quitado el pañuelo, las medias y el maquillaje, aún llevaba el vestido de la abuela Lupe; la ropa de Irina era imposible de que me entrase. Reconozcámoslo, ella era perfecta, una diosa nórdica. Yo no era más que una masa de carne fofa y blanda que necesitaba mucha más tela para tapar su imperfección. La mano de Viktor estaba tendida en mi dirección y yo la tomé para corresponder a su saludo. Sí que tenía un apretón firme y seguro.

—Viktor Vasiliev.

—Estrella Martínez.

—Este es mi primo Serg y entre los dos haremos que Alvin quede en el pasado. —Miré al otro hombre y le tendí la mano de igual manera que a Viktor. Ojalá sean hombres de palabra.

Serguéy

Tomé la suave mano de la mujer y la sostuve con cuidado. Tenía en su rostro dibujado todo un camino de sufrimiento. Su sonrisa era tímida y cansada, pero lo que más me llamó la atención fueron aquellos ojos castaños, enmarcados por unas profundas ojeras, pero, aun así, brillantes por la esperanza que albergaban.

—Serguéy Sokolov.

—Gracias. —Antes de que pudiese decir nada, Viktor ya estaba dando órdenes a todo el mundo.

—Siento si no nos quedamos mucho, pero tenemos que irnos lo antes posible. —Irina se aferró de nuevo a mi cuello y me pidió que tuviese cuidado. Sentaba tan bien volver a tocarla después de tanto tiempo. Pero ella estaba bien y Phill estaba haciendo un trabajo estupendo.

Viktor

Puedo ser un frío insensible algunas veces, pero esta vez tenía que serlo. Cuando se trataba de la seguridad de alguien, no quería correr ningún riesgo. Con aquel cabrón, la velocidad era nuestra mejor baza. Si le daba tiempo, acabaría alcanzándonos y no quería ningún problema con la policía. Y mucho menos que relacionaran a Danny conmigo.

Me puse al costado de la chica para ayudarla a subir al SUV si lo necesitaba. No era muy alta y, como decía Katia, esos coches no estaban hechos para las mujeres de su tamaño. Podía cogerla en brazos y meterla dentro, como muchas veces hacía con Katia, pero no creo que soportara que la tocara un desconocido, sobre todo un hombre grande como éramos todos nosotros. Así que dejé que ella resolviese el problema. Estrella comprendió que necesitaba agarrarse bien para impulsarse y, al alzar uno de sus brazos, vi el dolor en su gesto; aun así, no dijo nada, no mostró ningún signo de flaqueza, se metió en el vehículo y se acomodó en el asiento. Al girar la vista, encontré los ojos de Serg. Él también lo había advertido. Ambos estábamos acostumbrados al dolor físico, es lo que tienen las peleas, y podíamos reconocer una lesión con facilidad. ¡Maldito cabrón! Ese Sanders no merecía poder caminar.

Cuando me senté al lado de la mujer, mi mente ya estaba pensando en qué hacer con aquel nuevo dato. Tecleé rápido en mi teléfono. Andrey estaba al corriente de todo, así que no necesitaba explicarme demasiado.

—*Necesitamos una orden de alejamiento para el tipo.*

—*Lo había pensado, pero llevará su tiempo, porque hay que convencer a un juez antes.*

—*Prepara un reconocimiento médico completo. Tiene que haber algún protocolo para malos tratos. Actívalo.*

—*¿Está herida?*

—*Sí.*

—*Yo me encargo. En cuanto lleguéis, lo tendré todo listo.*

—*Ok.*

Bien, si había alguien capaz de usar todos los recursos legales disponibles, ese era Andrey. Aunque el tipo consiguiera localizar a la chica, habría una orden de alejamiento contra él. Ya, eso no sirve de mucho, pero si la infringía, al menos podíamos encarcelarlo por ello.

Miré hacia Estrella, que aferraba su bolso con fuerza sobre su cuerpo. Estaba asustada, pero no se echaría atrás. Podía entenderlo, estaba en manos de unos completos desconocidos que, si lo pensabas fríamente, la habían secuestrado. Debía estar realmente desesperada por escapar de lo que conocía para arriesgarse de esta manera.

—*¿A dónde vamos?*

—*A Las Vegas.*

—*¿Las Vegas?*

—*Bien lejos de Sanders, donde puedas empezar una nueva vida.* —Ella asintió y volvió la mirada hacia el frente, aferrando con más fuerza el bolso. El miedo puede bloquear a una persona de muchas maneras, y todos tenemos miedo. Lo que nos diferencia a unos de otros es si dejamos que el miedo nos venza o si decidimos seguir adelante a pesar de él. Y ella había decidido seguir caminando.

Capítulo 8

Viktor

Andrey estaba esperándonos a pie de pista y, si la vista no me engañaba, Lena estaba con él. ¿Qué coño estaba haciendo mi hermana allí? No podía esperar a bajar del avión para saberlo, así que le mandé un mensaje a Andrey.

—¿Lena?

Le vi encogerse de hombros y sonreírme después de leer mi mensaje. ¡Cabrón! Que mi hermana estuviese despierta a las tres de la mañana ya era malo de por sí, pero si además estaba esperándonos... como escuché una vez por ahí: «agárrense los machos».

—Serg, ¿podrías ayudar a Estrella? —Él asintió, y se quedó a su lado. Tenía que conseguir que se familiarizara con él, que le tomara confianza.

Cuando llegué al final de las escalerillas del avión, Lena y Andrey ya estaban allí. Antes de abrir la boca, Lena ya estaba soltando su sermón, solo le faltaba gritármelo al oído, mientras me tiraba de la oreja.

—¿De verdad pensabas someter a la pobre chica a un reconocimiento médico por agresión sin la compañía de otra mujer? Con lo inteligente que eres, me sorprende que pasaras por alto algo tan importante... Hola, cariño, soy Lena, la hermana de este gigantón.

Y así, con la facilidad de una Vasiliev, Lena se hizo con el control de la situación. Qué decir tiene que tenía razón. No había pensado en que Estrella se sentiría más cómoda con una mujer a su lado, y Lena era buena en hacer que todos la siguiesen. Prácticamente arrancó a Estrella de las manos de Serguéy. Andrey se puso a mi lado para ponerme al corriente de todo.

—Tenemos a un par de especialistas esperando para examinarla, pero no parece que necesite asistencia médica urgente. —La miró de reojo, mientras Lena se acomodaba junto a ella en el coche. Serguéy lo hizo en el asiento delantero.

—Créeme, necesitará calmantes. Y no estaría de más que comprobaran que no tiene alguna fractura o fisura.

—No parece que se queje de nada.

—Y no lo ha hecho. Es más, no le he comentado nada del reconocimiento médico, pero sé que revelará mucho más de lo que ella diga.

—Aún está asustada.

—Lo está, pero no dará marcha atrás.

—Es valiente.

—Más de lo que cree.

Estrella

No sé por cuantas pruebas me hicieron pasar, pero ninguna fue tan dolorosa como para quejarme. Entendía por qué lo hacían, querían una prueba en contra de Alvin y yo era un gran saco de ellas. Después de casi dos horas de exámenes, caí rendida sobre la camilla de reconocimiento. Me dormí, aunque solo llevaba encima uno de esos camisones de reconocimiento y enseñaba más

carne que en la playa. Pero estaba tan agotada que ya todo me daba igual.

Sentí algo rasposo que me cubría y el escaso frío que tenía desapareció. Lena me trataba como si fuese su hija y, por unos breves momentos, regresé a los buenos tiempos, cuando mi madre aún estaba conmigo.

Serguéy

—...varias lesiones óseas en distintos estados de cicatrización, tejidos inflamados y múltiples hematomas. Las lesiones no son irreparables, pero atestiguan un continuo maltrato físico.

—Gracias, doctor. Necesitaremos una copia de todas las pruebas, además del informe pericial correspondiente —aclaró Andrey.

No sé cómo demonios podían permanecer tan tranquilos, yo estaba al límite. Aquel hijo de puta la había utilizado como saco de boxeo. Y sé lo que duelen todas y cada una de esas lesiones, yo he padecido muchas de ellas. Algunas eran resultado de interminables horas de entrenamiento en una disciplina deportiva tan exigente como era la gimnasia a nivel olímpico, pero el resto habían sido el resultado de las peleas clandestinas en las que conseguía algo de dinero para el tratamiento de mi padre. Y juro que hice pagar cada una de ellas. Si Estrella consiguió devolver algún golpe, estaba convencido que tuvo que pagarlo muy caro.

—Se lo traeré en unos minutos. —Cuando los médicos nos dejaron solos en la habitación, mis ojos seguían clavados en las radiografías que mostraba el monitor

—En cuanto tenga el informe, empezaré con los trámites de la orden de alejamiento.

—¿No le dará una pista de dónde se encuentra ella? —pregunté a Andrey.

—Pediré que no quede reflejado el origen de la orden y haré que se la entreguen delante de varios testigos, para que quede buena constancia de que la ha recibido.

—Bien, entonces ponte a ello. Mientras llega, hay que ir preparando lo del cambio de apellido.

—En cuanto se emita la orden, celebraremos la boda. Ya tengo todos los documentos preparados.

—Bien, mientras tanto, trataré de explicarle el porqué del matrimonio simulado y haré que lo acepte —agregó Viktor.

—¿Y después? ¿Qué va a suceder con ella?

—Me ofende que pienses que no tengo algo preparado. Lo primero es cambiar su aspecto, buscarle un lugar donde pueda alojarse y luego un trabajo. Cuando antes esté asentada en su nueva vida, antes podrá liberarse del pasado. —¡Joder con Viktor! Lo tenía todo pensado, con razón siempre le dejaban los planes a él. Y Andrey era un puñetero meticuloso. Unirles a los dos era peligroso, sobre todo si estabas en el equipo contrario.

—Puede quedarse en mi apartamento, al menos hasta que rehaga su vida —la ceja de Viktor se alzó.

—Vas a casarte con ella, no esperaba menos.

—Gilipollas —le solté.

—Yo también te quiero —me respondió. Me repatea que haga eso, pero por eso lo hace.

Lena

Sabía que tenía que despertarla para poder irnos, pero parecía que necesitaba tanto dormir... Estaba hecha una pelota bajo la sábana, como intentando protegerse de lo que la rodeaba. Al final decidí sacarla de su sueño porque era infinitamente mejor llevarla a casa y que durmiese en una

cama en condiciones. Me acerqué y sacudí su hombro con cuidado. No gritó, pero sus ojos se abrieron al mismo tiempo que su cuerpo se ponía rígido como una tabla. Dios, ¿qué le había hecho aquel desgraciado?

—Tranquila, soy yo, Lena. Te traigo algo de ropa para que te cambies, es hora de irnos.

Ella asintió con la cabeza y se sentó en la cama. Tomó las prendas y empezó a quitarse la bata hospitalaria. Estaba de espaldas a mí, por lo que no pudo ver cómo me metía el puño en la boca para ahogar el improperio que no debía oír. Su espalda era un mosaico de colores que pasaban desde el amarillo de los golpes más antiguos al casi negro de los más nuevos, todos ellos dibujados sobre el pálido lienzo que era su piel. Escuché el suave clic de la puerta al cerrarse a mi espalda y supe que no había sido la única que no soportaba ver aquello.

Serguéy

Cerré la maldita puerta a mis espaldas, intentando dejar atrás lo que había visto, pero era imposible. Aquella maldita imagen se me había quedado grabada en la retina y no se borraría nunca.

—¿Están listas? —preguntó Viktor.

—Se está vistiendo. —No preguntó más. Mejor, porque no tenía muchas ganas de hablar, sino de golpear a alguien en concreto durante un buen rato. Creo que dejaría que Lena se la llevara a casa, como había dicho que quería hacer, y yo aprovecharía para pasar un par de horas por el gimnasio. Había un saco de boxeo que necesitaba destrozar.

Capítulo 9

Lena

Geil siempre decía que era como una apisonadora cuando me proponía hacer algo. Me llevaba por delante cualquier cosa que se interpusiese en mi camino. Pues el medicucho que tenía delante no había recibido el memorándum. El muy estúpido me estaba diciendo que no podíamos llevarnos a Estrella a casa por no sé qué protocolo médico-policial.

—Tenemos que esperar a la policía, señora. La paciente está en su derecho de poner una denuncia y es ella quien...

—Vamos a ver. Que es una víctima de malos tratos, lo sabemos, que hay que tomar medidas legales, también. ¿Pero qué se cree? ¿Que la hemos traído aquí para ver cómo le quedan esas ridículas batas de hospital?

—Pero...

—Nosotros nos vamos a encargar de todo mi... fundación se encargará de ella, porque... es lo que hacemos. —Creo que el tipo no notó las pausas en las que buscaba algo que decirle. Improvisar siempre se me dio bien y, además, Andrey estaba detrás del médico, apoyando cada una de mis palabras, porque si yo decía fundación, él ya estaba pensando en preparar todo el papeleo para crearla de la nada y que fuese legal.

—¿Fundación?

—Claro, la Fundación Blue Star. Nosotros nos encargamos de proteger a las víctimas de malos tratos y de darles un nuevo futuro. —¿Señor! Tenían que darme un Oscar, hasta yo me lo estaba creyendo.

—No he oído hablar de esa fundación. —El médico era terco, pero no era rival para mí.

—Pues si entorpece nuestra labor social, nuestro equipo legal se encargará de usted con sumo gusto. —Y como si ese fuese el pie para entrar en escena, que lo era, Andrey se adelantó hacia el tipo y sacó una tarjeta de su cartera para dársela.

—Andrey Vasiliev, de VA & asociados. —¡ZAS, en toda la cara! El doctorcito reculó como un gato delante de una manguera de agua. Médicos y abogados, mejor no se mezclan.

—Así que, si no le importa, vamos a llevarnos a esta criatura a un lugar donde se sienta más arropada y querida. —Y dicho eso, me di la vuelta y entré en la habitación para recoger a mi *Blue Star* y salir de allí pitando.

Estrella

No podía creer hacia donde me llevaban. Era un hotel enorme y me llevaron directamente a una de esas suites gigantes; sí, de esas que tienen hasta despacho o sala de reuniones, yo que sé. Lena me acompañó hasta la habitación y mandó a todos los demás a sus casas. Dijo que yo necesitaba descansar y que ya hablaríamos de lo demás cuando hubiese dormido y comido algo, no precisamente en ese orden.

Yo no soy una persona de discutir, aún menos cuando tienen razón. Así que me quité la ropa, me puse una camiseta y me metí en aquella enorme cama a dormir. La ciudad estaba despertando, como quien dice, pero yo había terminado con ese largo día.

Serguéy

Viktor pensó que era mejor idea llevar a Estrella al hotel para que no sintiera que la llevábamos a una casa de esas en las que encierran a las prostitutas. La verdad es que traté de ponerme en su situación y no me resultó fácil. Es normal, yo soy un hombre fuerte, alguien que se defiende a golpes, alguien a quien es difícil doblegar por la fuerza, pero ella... Ella era una persona frágil, no débil, porque estaba claro que aguantaba, resistía, y eso para mí no es debilidad. Cuando vi aquellos ojos por primera vez, sentí como mi estómago se contraía. Había tanta dulzura allí dentro... ¿Cómo podía ser eso posible con la vida que tenía? Golpeé el saco otra vez, con más fuerza, haciendo que las costuras cediesen un poco más. Lo sentí por Viktor, por haberme ofrecido su gimnasio privado del hotel, pero yo necesitaba desahogarme y lo estaba pagando con su equipo de entrenamiento.

Tenía que estar en el gimnasio, entrenando con los chicos, pero en vez de eso, estaba en el hotel, esperando a que mi teléfono sonara para avisarme de que tenía que acudir a mi propia boda. ¿Nervioso? Por la boda, no, no era más que una firma sobre un papel, pero sí que me preguntaba cómo se lo tomaría Estrella. La habíamos sacado de una relación asfixiante con un maltratador para meterla de cabeza en un matrimonio con un desconocido. Muy bonito se lo tenían que poner para que aceptara.

Andrey

Estaba dando el último repaso a los documentos, cuando Viktor llegó al despacho del Celebrity's.

—Todavía está durmiendo —dijo nada más sentarse en la silla frente a mí.

—No me extraña. A saber cuánto hace que no duerme sin temor a que la lastimen.

—Hay hombres que no merecen pertenecer a la raza humana. Pegar a una mujer por placer... Me dan ganas de...

—Lo sé, Viktor, lo sé, a mí me pasa lo mismo.

—¿Y qué tienes ahí? —señaló los papeles que tenía en mis manos.

—Nuestra intrépida hermana, que se mete en unos líos...

—¿Qué ha hecho esta vez?

—Pues sacarse de la manga una fundación para la asistencia a víctimas de malos tratos. — Viktor soltó una enorme carcajada al tiempo que se recostaba en su asiento.

—Oh, dios, eso quiero que me lo cuentes. —Le hice un resumen mientras él escuchaba atentamente.

—...y así me metió en medio de todo este lío. ¿Y qué tuve que hacer? Ponerme a gestionar la documentación para dar cobertura legal a la fundación. —Estiró la mano para tomar las hojas y echar un vistazo.

—Fundación Blue Star. Muy propio de Lena.

—Sí, no puedes decir que no tiene imaginación.

—Blue Star, si no me equivoco ella se llama Estrella, que en inglés es *star* y *blue*, además de azul...

—Sí, triste, lo sé.

—Estrella triste, lo ha clavado.

—Ya te digo. ¿Hablaste con ella sobre la boda?

—No, es algo que tengo que hacer en privado, sin que Lena esté presente.

—Sí, yo también preferiría tenerla bien lejos. —Viktor miró su teléfono y se puso en pie de nuevo.

—Bueno, creo que voy a ver si la novia ya está despierta.

Estrella

Alguien puede pensar que es imposible que recuerde los nombres de toda esta gente —la familia de Danny en Las Vegas, los amigos de Miami—, pero es que siempre fui buena para esas cosas. Mamá siempre decía que iba a ser la primera de la familia en ir a la universidad, porque tenía una memoria muy buena. Pero todo se fue al traste el día que mi vida cambió por primera vez. Después, poco pude hacer, sobre todo porque, aparte de tener menos recursos, se suponía que no debía ser demasiado visible. El miedo ha gobernado mi vida desde que tenía 11 años. Lo peor había sido el último año, sí, pero tenía la esperanza de que al menos la sombra de Alvin se quedara en Miami, lo suficientemente lejos como para que no me alcanzara.

Alguien llamó a la puerta de mi habitación, pero nadie entró.

—¿Sí?

—Solo quería comprobar que estabas despierta —sonó la voz de Viktor al otro lado.

—Deme unos minutos para salir.

—Por favor, tutéame.

—De acuerdo.

—Me gustaría que charláramos un rato, porque hay algo importante que deseo comentar contigo.

—Por supuesto.

—Lena trajo algo de ropa para que puedas cambiarte y a mí no me importa esperar a que te des una ducha. Cuando estés lista, coge el teléfono y marca la extensión 1, vendré a buscarte.

—Lo haré.

No pude escuchar cómo se iba, porque la habitación era de esas enormes. Solo un portazo se oíría y Viktor era demasiado educado para eso. Así que hice lo que me pidió, fui al baño y me di una larga y reconfortante ducha. Sentaba tan bien que me dio pena salir de allí. Cuando vi la ropa, no pude evitar sonreír. Lena había escogido un vestido suelto muy veraniego, algo que le quedaría bien a alguien de mi tamaño y de quien no sabías la talla exacta. Los zapatos eran unas sencillas sandalias. Cuando estuve lista, hice la llamada.

Capítulo 10

Viktor

Hice que la chica se sentara en el sofá y yo hice lo mismo frente a ella, dándole el espacio que podría necesitar, sin sentirse rechazada o incómoda. Todo calculado.

—Verás, Estrella, con un tipo como Alvin, cualquier precaución es poca, así que hemos ideado una estratagema para ponerle muy difícil el dar contigo. Es crucial que entiendas el porqué de cada paso.

—Está bien.

—Traerte al otro extremo del país es una manera de poner distancia entre ambos, mucha distancia.

—Son muchos kilómetros, sí.

—Lo del reconocimiento médico era necesario para tramitar una orden judicial de alejamiento. Ahora no solo estás lejos, sino que hay una razón legal para evitar que él se desplace hasta aquí, si llegara a encontrarte. —Noté que un escalofrío le recorría el cuerpo al oír aquello. Me aguanté las ganas de soltar una palabrota y continué—: Es policía, así que tiene más recursos a su alcance que una persona normal, de ahí el siguiente paso. Tenemos que cambiarte el nombre y hacerlo de forma legal, con pocos registros y rápido, y la solución que mejor se ajusta es el matrimonio.

—¿Eh?!

—Sí, lo sé. Suena drástico, pero no te preocupes. Andrey preparó unos papeles de divorcio para que ambos los firméis antes de casaros oficialmente. De esta manera, cualquier trámite o posible complicación se simplifica. Solo tienes que cumplir con el matrimonio durante un período prudencial, para no despertar sospechas y que lleguen a invalidarlo.

—¿Y por qué se anularía?

—Ahí está el único problema. Por desgracia, en la familia están casi todos los hombres casados y el único que queda disponible tiene un permiso de residencia, porque es extranjero. Así que inmigración meterá sus narices. Tú eres ciudadana americana, por lo que no tendrías ningún problema, quizás una sanción, pero Serguéy... a él podrían deportarlo a Rusia y, créeme, es algo que no queremos que pase, sobre todo él.

—Vaya.

—Por eso te pido que hagas todo lo posible para que evitar que eso suceda.

—¿Cómo podría hacerlo? Él se juega mucho por ayudarme. —Buena chica.

—Si tienes alguna pregunta, este es el momento. Y si no estás dispuesta a hacerlo, también ahora es el momento de decirlo.

—No, creo que lo has dejado muy claro.

—Bien, entonces, vayamos a ponernos con el papeleo. —Ella asintió, cogió su bolso y se dirigió hacia la puerta conmigo.

Boby

Esto de preparar páginas web en diez minutos no es que fuese mi especialidad, pero era divertido cuando te lo pedían los jefes. Fundación Blue Star para la asistencia a las víctimas de malos tratos. Qué humor se gastaba Andrey, menos mal que estaba al corriente de lo que estaba

pasando, si no tendría la mosca detrás de la oreja. Y hablando de estar al corriente. El feje me pidió que investigara al tipo ese, el detective Alvin Sanders y por ende a su ya exnovia. No había ninguna denuncia interpuesta por la chica por malos tratos, bueno, sí, había una, pero se retiró. Como soy un cotilla, intenté investigar todo lo que pude y, como una cosa siempre lleva a la otra, al final estaba investigando la vida y milagros de la pobre chica y la de su familia. ¿Qué ocurría ahí para que nadie la ayudase con ese desgraciado? Y así, investigando, encontré algo extraño, algo que me decía que toda esa familia había aparecido de la nada hacía catorce años. ¿Ilegales? Tenía que investigarlo, porque Serguéy no necesitaba meterse en un jaleo como ese siendo ruso. Estaba en medio del proceso de investigación, cuando Sara pasó a mi lado.

—Espera, espera. Vuelve atrás.

—¿Dónde? ¿Qué quieres ver? —Sara se inclinó sobre mi monitor y señaló con el dedo.

—Esos números de la seguridad social, los del chico y el hombre mayor.

—El padre.

—Ya, si es el padre, ¿cómo explicas los números de la seguridad social correlativos? —Arrugué el entrecejo. ¿Qué pasaba ahí? ¡Ah, joder! Era verdad. Demasiada coincidencia que fuesen correlativos. El hijo podría estar incluido en la seguridad social del padre, salvo que tuviese el suyo propio si había trabajado, pero no eran iguales, luego correspondían a dos trabajadores diferentes. Sara había encontrado algo.

—¿Números falsos?

—Tiene toda la pinta, pero... ¿cómo de falsos?

—¿Qué quieres decir? —Ahí sí que me tenía cogido, ¿qué quería decir con eso?

—Existen dos posibilidades, falsos ilegales o falsos legales. —Sacudí la cabeza hasta que finalmente lo entendí. ¡Oh, mierda! Eso sí que podían ser problemas.

—Tengo que averiguarlo. —Sara me dio una palmada en el hombro antes de seguir su camino.

—Suerte con eso. —¿Suerte? Era el puñetero rey del ciberespacio, yo me hacía mi propia suerte.

Viktor

El mensaje de Bobby llegó dos segundos antes de que se abrieran las puertas del ascensor. Salimos y, en vez de seguir caminando, detuve a Estrella por el brazo.

—Un momento. —Ella asintió, como si mi acto fuese de lo más normal—. ¿No tienes algo que decir antes de meternos en esto? —Ella pareció meditarlo, y finalmente negó con la cabeza.

—No, dejaste todo muy claro.

—No me refiero a la charla de antes, sino a por qué tu hermano y tu padre tienen números de la seguridad social correlativos. —Ella pareció confundida.

—¿Qué estás ocultando, Estrella? ¿Es ese tu verdadero nombre, Estrella Martínez? —Y ahí es cuando ella entendió. El color ya escaso de su rostro desapareció. Buscó un apoyo y lo encontró en la pared a nuestro lado.

—Es... es una historia complicada.

—¿Cómo de complicada?

—Lo que queda de mi familia y yo estamos en protección de testigos. —¡La madre de...! Respira, Viktor. Pero no puedes dar marcha atrás. Cuando Bobby me mandó aquella información, lo último que podía haber pasado por mi cabeza era precisamente eso. Ilegales, infiltrados, robo de identidad, estafa... demasiadas opciones. Protección de testigos... ¡Joder con Estrella!

—No voy a juzgarte por haberlo ocultado, pero necesito saberlo todo por la seguridad de mi

familia y por la tuya propia.

—Yo... no quiero ser un problema, me iré y...

—No, Estrella. La familia Vasiliev no huye de los problemas, los afronta, pero nos gusta saber qué tenemos delante. Sé que puede ser difícil, pero debes confiar en mí —Tomó aire y asintió con la cabeza al tiempo que apretaba con más fuerza ese viejo bolso contra su pecho.

—Mi familia y yo vivíamos en Tucson, en la zona hispana. No sé si conoce esa zona, pero hay barrios... hay barrios que están bajo el control de los pandilleros. Todo el mundo los teme, nadie es capaz de llevarles la contraria o denunciarlos.

—¿Tú lo hiciste?

—Fue algo más que eso. Un día estábamos todos reunidos en casa cuando mi madre me mandó a casa de la vecina para que nos prestara unos huevos. Cuando volvía, escuché unos disparos y gritos. Venían de mi casa. Vi tres hombres salir con los colores de los Madre Santa. Escondían en sus ropas las armas con las que acababan de disparar a mi familia.

—¿Los reconociste?

—Vi sus caras, vi la cara del otro que esperaba junto al coche en el que huyeron y vi al hombre que estaba dentro.

—Testificaste contra todos ellos.

—El FBI detuvo a cuatro con mi testimonio y, a cambio, nos dio nuevas identidades a los miembros de la familia que no murieron esa noche.

—¿El resto murió?

—Mi padre, mi madre, mi hermano, mi hermana pequeña, mi tía y el bebé que estaba esperando.

—¿Entonces tu padre y hermano?

—Son mi tío y mi primo. Ellos no estaban en la casa en ese momento porque estaban regresando de trabajar.

—¿Y el hombre que no atraparon?

—El que estaba dentro del coche. Con mi descripción no consiguieron identificarlo, así que aún está libre.

—Por eso protección de testigos. —Ella asintió.

—Si no quieren seguir adelante, lo entenderé. —Lo medité unos segundos. Habían pasado catorce años, la probabilidad de que la encontraran y la reconocieran era minúscula, pero, aun así, pondría a Bobby a investigar. Hay que estar preparado, ¿recuerdan?, y tampoco me asusta un pandillero de Tucson. Soy un Vasiliev, que se atreva a aparecer para joderme el día, porque lo iba a lamentar. Y, ¡eh!, ¿qué es la vida sin un poco de emoción? Esto se ponía interesante.

—Tranquila, podemos con ello. —Le tendí la mano para que se apoyara en ella mientras caminábamos hacia el despacho de Yuri.

Capítulo 11

Serguéy

Sabía que era una farsa de matrimonio, igual que el de Irina, pero me pareció que tenía que vestirme para la ocasión. Fuera, jeans y camiseta de algodón; hola, pantalón elegante y camisa de botones. Aún tenía el pelo algo húmedo por la ducha, pero creo que, en conjunto, podía pasar por alguien refinado. No era un estilo tan impecable como el de Andrey o Yuri, pero podía servir.

Tampoco es que me sintiera incómodo con ese tipo de ropa, había tenido que llevar traje en incontables ocasiones, pero en aquel momento no sabía qué hacer con mis manos. Y el cabrón de Andrey, observándome con esa mirada torcida y esa sonrisilla suya, no hacía mucho por mejorar mi situación. La puerta se abrió en aquel momento y todos nos giramos para ver a Viktor mientras sostenía la puerta para una asustada Estrella. Mi mandíbula se tensó y mis puños se cerraron a mis costados. ¿Ahora sí sabíais qué hacer? No tenía ni idea de qué le había dicho Viktor, pero por muy boda falsa que fuera, no iba a forzar a ninguna mujer a casarse conmigo. Yo no podía hacer eso, se la veía tan frágil, tan... pequeña. Irónico, ¿verdad? Le sobraban al menos veinte kilos, así que «pequeña» no era un adjetivo que encajara. Pero era mirar su rostro, aquellos dulces expresivos ojos, y el mundo se caía a mi alrededor. Se la veía tan diminuta...

—¿Estamos listos? —Viktor preguntó a todo el mundo y si bien todo parecía correcto, para mí aún no lo estaba. Me acerqué a Estrella con cuidado, de la misma manera que lo haría con un cervatillo asustado. Tomé su mano, incliné mi cabeza y hablé suave.

—No tienes que hacerlo si no quieres. Encontraremos otra manera. —Ella tragó saliva, miró directamente mis ojos y pude ver cómo aquella pequeña mujer, escondida en sus ojos, se ponía de puntilla para crecer, aunque solo fueran unos centímetros.

—Está bien. Voy a hacerlo. —Asentí y la guie hasta Andrey quien tenía desplegados todos los documentos.

—Bien, no quiero que tengáis ninguna duda, así que, si hay algo que no veáis claro, preguntad, ¿de acuerdo? —Ambos asentimos.

—Mejor nos sentamos —intervino Viktor. Y todos obedecemos.

—Lo primero, esto es un documento de divorcio básico en el que he incluido vuestros datos, salvo las fechas de enlace y petición de divorcio. Hay dos juegos completos, por lo que ambos firmaréis ambos para que cada parte disponga de una copia que pueda presentar cuando crea que ha llegado el momento de disolver el matrimonio. Yo custodiaré la de Serguéy y tú, Estrella, te llevarás la tuya y la guardarás en un lugar seguro.

—De acuerdo.

Estrella tomó los impresos y, en vez de ir directamente a firmar en los lugares marcados, empezó a leer. Miré a Andrey, igual que Viktor. Las cejas de mi primo el mayor casi rozaban su flequillo y una sonrisa se le dibujó en la cara antes de asentir. Cualquiera pensaría que esa sencilla acción le había complacido. Tenía que darle la razón, por muy primo mío que fuese, era abogado y sabía que no hay que firmar nada sin antes leerlo. Después de unos minutos, ella se dio por satisfecha y firmó donde correspondía. Después, cada uno tomó su copia. Bueno, yo le di la mía a Andrey. ¿Confiar en él? Le confiaría mi vida, aunque fuese abogado y mafioso. Ahora que lo pensaba, esa era una combinación peligrosa, muy peligrosa.

—Bien, ahora, estos son los documentos de matrimonio. Tampoco llevan fecha, porque antes

quiero la confirmación de que se ha entregado la orden de alejamiento, que ha de ir a nombre de Estrella Martínez. No vamos a hacer todo esto para nada.

—¿Cómo va la orden? —preguntó Viktor.

—Presenté la demanda esta misma mañana. Espero tener noticias pronto —nos informó Andrey.

—Sí, he oído que has tenido una mañana muy ajetreada. —Viktor se recostó en el respaldo y adoptó una postura mucho más relajada. Su sonrisa acusadora hizo que Andrey pusiese los ojos en blanco.

—Lena a veces en un grano en el culo. —Ah, sí, eso lo había oído. Andrey tuvo que crear una fundación que Lena se sacó de la manga y conseguir que fuese totalmente operativa. Lo que tenía que hacer uno por una hermana, pero no nos importa hacerlo; sé de lo que hablo, yo haría cualquier cosa por la mía, era lo único que me quedaba en esta vida capaz de hacerme sonreír.

—Ah, hablando de granos en el culo. Tengo un teléfono para ti de parte de Bobby. —Viktor se sacó un teléfono de última generación del bolsillo y se lo tendió a Estrella. Ella lo miró extrañada antes de aceptarlo—. Y antes de que te sientas ofendida, el grano es él. —Y con eso hizo que le asomara una pequeña sonrisa. Viktor era bueno.

—Gracias.

—Están programados los teléfonos de Andrey, Lena... Vamos, los de la familia. Así, si alguien te llama, sabrás quién es. Si el teléfono no está en la agenda, no respondas. ¿Entendido?

—Sí.

—Bien. ¿Alguna pregunta antes de irnos?

—¿Quién es Bobby? —Viktor soltó una carcajada y se inclinó hacia ella.

—Esa es una buena pregunta, a veces ni yo mismo lo sé. De momento, dejémoslo en que es uno de mis empleados.

—Debe ser importante si le nombras de forma tan familiar.

—Sí, es importante. Para mí, todos mis empleados son importantes, pero tienes razón, Bobby es mi favorito. ¿Alguna pregunta más?

—Creo que no.

—Ok. Entonces vamos bajando, que Lena te está esperando para llevarte a comprar algo de ropa. —Estrella se mordió el labio antes de hablar.

—Yo... quiero agradecerlos todo lo que estáis haciendo por mí. Pero no es necesario que gastéis dinero en mí. Buscaré un trabajo y con lo que gane compraré ropa nueva y... —Mi boca se puso a soltar palabras por su cuenta:

—Eh, eh. Para un momento. No tienes que ponerte a trabajar de inmediato. Tienes un marido que puede mantenerte hasta que estés preparada para volver a trabajar. No tienes que preocuparte por la ropa nueva, la comida, el alquiler o cualquier cosa para la que haga falta dinero. — Sí, sonó un poco... lo que fuera, pero Estrella no iba a ponerse a trabajar aún, no pensando en que no tenía otra opción. Iba a tener a alguien que cuidara de ella, al menos hasta que pudiera... hasta que pudiera ser independiente.

—Pero es un matrimonio de mentira.

—Estrella, necesitas un período de adaptación. Acabas de llegar a una ciudad nueva y te enfrentas a una nueva vida, sé lo que es eso, créeme. Cuando yo llegué a este país, tuve a alguien que me ofreció el respaldo que yo te estoy ofreciendo. La mejor manera de agradecerlo es ofreciendo lo mismo a alguien en una situación parecida. Acéptalo, Estrella. Puede que no pueda comprarte un coche nuevo, pero puedo ofrecerte un techo seguro y cubrir tus necesidades básicas. —Yo no sería un hombre si permitiera que mi mujer, ficticia o no, saliera en su estado a buscar

trabajo.

—Suenas como una cadena de favores. Está bien, pero pienso devolverte el favor —asintió ella tras meditarlo casi durante un minuto.

—Puede que llegue el día en que tú puedas ayudar a otra persona, como estoy haciendo yo contigo. —Tenía que darle algo distante, algo que le diera fuerza para llegar hasta ello.

—Puede que suceda, pero, mientras tanto, buscaré una manera de agradecértelo, de agradecerlos a todos, aunque sea a base de cortes de pelo. —Creo que todos en aquella habitación sonreímos. Era una terca... Era de las que se empeñan en conseguir las cosas con su propio esfuerzo para demostrarse que es capaz y demostrárselo también al resto del mundo.

—Bien. Todo aclarado, sonreíd para la foto. ¿Qué sería de una boda sin una constancia gráfica de tan trascendental acontecimiento? —Viktor y su manera tan retorcida de decir que necesitábamos una prueba más de aquel matrimonio por conveniencia.

Me puse en pie, tomé la mano de Estrella y la pegué a mi costado sin soltarle la mano. Viktor preparó su teléfono y sonrió hacia nosotros:

—Hacéis una estupenda pareja, Serg.

—¿Serg? ¿También acortaron tu nombre? —Estrella me miró.

—Americanos, les molesta decir el nombre entero. Así que ya que estamos aquí, sí, Serg —le contesté mientras ponía los ojos en blanco.

—Te entiendo, conmigo fue igual. Cuando tienes un nombre latino, enseguida lo americanizan.

—¿Por eso lo de Star? Danny te llamó así la primera vez que hablamos por teléfono —intervino Viktor.

—Star fue el diminutivo que me pusieron en Miami, pero cuando era pequeña, en el colegio, me pusieron otro. Al final, en casa siempre me llamaban Ella.

—Ah, Ella, de Estr-ella.

—Exacto.

—Ella Sokolov, bienvenida a Las Vegas. —Andrey y su costumbre de hablar poco, pero con palabras de peso. Ella Sokolov, sonaba bien.

Capítulo 12

Estrella — Ella

Ella Sokolov, sí que sonaba diferente a Estrella Martínez. Estos hombres sí que sabían hacer las cosas bien. Miles de kilómetros, nuevo nombre... Ahora solo necesitaba una liposucción y una cirugía plástica y Alvin jamás me encontraría.

—Bueno, bueno, aquí está la recién casada. —Lena me asaltó nada más atravesar la puerta del despacho. Su brazo agarró el mío y, aunque sentí una leve molestia, le sonreí—. Hay que preparar a la novia.

—¡Eh! ¿Eso no se hace antes? —intervino Viktor a mi espalda.

—Somos Vasiliev, ¿recuerdas? Somos toda una institución en eso de hacer las cosas de manera diferente, sobre todo las bodas. —Viktor soltó una gran carcajada, mientras Andrey sonreía de una manera más discreta, comedida.

—Pero yo soy Sokolov, no Vasiliev —le aclaré.

—Cuestión de semántica, querida. Aquí, tu marido, lleva sangre Vasiliev corriendo por sus venas y eso es una marca genética de la que es difícil escapar, ¿verdad?

Mi todavía no oficial marido, se encogió de hombros, mientras escondía las manos en los bolsillos de los pantalones. Uf, ¿por qué no había notado antes lo atractivo que era? Sí había advertido que era un buen espécimen de hombre, pero... es que era algo más que «buen», era... Era el tipo de hombre que estaba fuera de las posibilidades de una mujer con mi aspecto y era mi marido, o casi. ¡Ja! Quién me lo habría dicho hace unos días, o semanas, meses... en toda mi vida. Siempre he sido una chica entradita en carnes, ya se entiende lo que quiero decir, pero últimamente, desde que las cosas empezaron a empeorar con Alvin, esas «carnes» habían crecido hasta convertirse en mis mejores amigas. La ansiedad es lo que tiene, que me hace comer de forma descontrolada, y con Alvin tenía mi buena dosis de ansiedad a diario.

—Si tú lo dices. —Sentí el leve tirón de Lena para llevarme más rápido lejos del resto de hombres.

—Te la devolveré más tarde, tú haz lo que tengas que hacer mientras tanto. —No pude escuchar su respuesta, porque Lena y yo estábamos demasiado lejos para oír a ninguno de ellos.

—¿A dónde vamos?

—¿Cuánto hace que no has tenido un día de chicas? —Intenté hacer memoria, pero si lo analizaba a fondo, lo que se entiende como día de chicas...

—Nunca. —Lena nos paró en seco al oírme decir eso.

—¿Nunca? Pero cortarte el pelo, hacerte la manicura, ir de compras... —Mientras enumeraba cada una de las actividades empecé a negar con la cabeza.

—Soy peluquera, lo que no podía hacérmelo yo, me lo hacía alguna compañera. Y las compras... no es que tuviese mucho para gastar.

—Pues, aunque sea por un día, toda mujer se merece tener un día de chicas. Puede que aún sea pronto para un día de spa, pero hay unas cuantas opciones que podemos disfrutar mientras tanto —dijo Lena mientras retomaba el ritmo anterior, solo que esta vez parecía más decidida.

Salimos del hotel para subir directamente a un coche que esperaba en la entrada. No noté hasta ese momento que había un par de hombres siguiéndonos y que se subieron uno a nuestro coche y otro, a un vehículo aparcado detrás del nuestro. No tenía que esforzarme mucho en pensar en que

esta familia era importante y tenía muchos recursos económicos a su disposición. Escoltas, suites en hoteles, oficinas en el mismo hotel, aviones privados... Este era un mundo que ni soñaba cuando estaba en Miami.

Serguéy

Sentí el apretón de Viktor en el hombro, mientras veía a Lena y Ella alejarse. Ella, bonito nombre. No es que Estrella fuese feo, y le pegaba muchísimo, pero Ella tampoco estaba mal. Era como una reconversión de su antiguo yo, que es lo que estábamos haciendo con ella.

—Serg, te acaban de levantar a tu mujer.

—Sí, bonita manera de celebrar el día de mi boda.

—Bueno, oficialmente todavía no estáis casados. Pero en cuanto le ponga la fecha a los documentos... —añadió Andrey según se acercaba por el otro lado.

—Genial, avísame entonces. Mientras tanto, iré a ver cómo están los chicos.

—¿No se ocupaba Basili de ellos? —me recordó Viktor.

—Sí, pero conociéndolos, seguro que están llorándole para descansar todo lo que puedan. Basili es un poco blando a veces —aclaré.

—Rompe piedras. —¡Joder! Otra vez ese maldito apodo. Me perseguía como la peste desde que empecé a entrenar a los nuevos boxeadores. De los cinco iniciales, solo dos habían resistido, y tenían un potencial increíble. Creía que «Rompe piedras» era el apodo que corría por el circuito, no pensé que llegara a oídos de Andrey, pero, claro, mis primos eran los dueños y además iban de vez en cuando al gimnasio a destrozar la moral de los novatos. Tarde o temprano se iban a enterar.

—Sí, bueno. Algunos no saben aguantar un entrenamiento de verdad. —¿Qué les iba a decir? Algunos chicos pensaban que les bastaba con sudar y golpear el saco. Yo me forjé dentro del deporte de élite. Un olímpico se consigue a fuerza de trabajo, sacrificio, dolor y una constante negación a rendirse. Por eso era bueno en las peleas clandestinas, tenía todo eso bien arraigado en mis entrañas. Yo no entrenaba a buenos boxeadores, yo entrenaba a los mejores, darse cuenta de ello era la diferencia entre seguir adelante o rendirse, y los números me avalaban. Mis chicos estaban bien arriba en el ranking.

—¿Quieres que te acerque al gimnasio? —Miré a Andrey y luego miré mi ropa. No, no era muy apropiada para viajar en la moto, pero se podía hacer.

—No, gracias. Tengo la moto en el subterráneo. —Andrey asintió.

—Entonces os dejo, tengo mucho trabajo que hacer y alguna hora de sueño que recuperar. —Viktor sonrió con malicia; sí, ahí venía una de sus pullas.

—Te estás volviendo un blando, Andrey, supongo que será por la edad. —Andrey le dedicó una media sonrisa a su hermano y se giró para darnos la espalda.

—No tan viejo, Viktor, no tan viejo.

—Bueno. Yo también tengo un negocio que atender y una hija que pasar a ver por la guardería. Ventajas de ser el dueño. —Viktor se despidió con la mano y desapareció.

El cabrón era más que el dueño de la guardería. No se limitó a comprar una, la creó de la nada tras acondicionar un local apropiado en el Crystals, donde tenía su propia central de seguridad. Había blindado la guardería a la que confiaba a su pequeña y a la que creo que acudirían el resto de niños Vasiliev en cuanto tuviesen edad para hacerlo. El tipo se tomaba muy en serio la seguridad de los suyos, de todos ellos, de todos nosotros.

Bajé al sótano y cogí mi moto para salir de allí. Era algo que rápidamente había incorporado a

mi vida, gracias al clima y las ventajas que ofrecía. ¿Conducir una moto en Moscú? Un suicidio, o casi. Entre el frío, que en invierno hacía que la conducción fuese una tortura y un desafío constante por las capas de hielo, y la policía corrupta, que te detenía cada dos por tres para sacarte dinero con cualquier excusa... Por eso, conducir una moto aquí era una auténtica oda a la libertad. Además, aprendí que, en una ciudad como Las Vegas, era más rápido ir en moto que en coche.

Llegué al gim y estacioné en mi sitio asignado. Caminé hacia la entrada y nada más atravesar la puerta acristalada, lo primero que me recibió fue la sonrisa de Lucy. ¡Ah, mierda! No había pensado en ella. Cuando se enterase de que me había casado, se iba a cabrear, y mucho. ¿Por qué? Pues porque tuvimos algo y precisamente le dije que yo no era de los que tenían relaciones serias, así no pasaríamos de un par de polvos esporádicos. Y ahora, faltó dos días y regreso casado. Sí, directo al manual de *Qué no hacer para estropear el buen ambiente en tu lugar de trabajo*.

Capítulo 13

Serguéy

—¡Vaya! Basili dijo que no vendrías hasta mañana.

—Terminé antes de lo que pensaba. —Pasé a toda prisa por delante de la recepción del gim y fui directo a los vestuarios. En parte por evitar a Lucy y en parte por evitar que me vieran vestido de esta manera tan... elegante. Reconozcámoslo, en el ambiente de los gimnasios de boxeo, el único que lleva ropa elegante es el que maneja el dinero y ese no soy yo, yo solo hago que los chicos lo den todo para alcanzar la victoria.

—¡Joder! —Sí, ese era Lucas, un puertorriqueño con una derecha letal y que, según mi plan de trabajo, tendría que estar en ese momento haciendo su tercera serie de oblicuos. En otras palabras, no estaba haciendo su trabajo programado.

—Sí, joder. Voy a cambiarme, cuando salga, espero verte empezando la rutina de hoy. —Lucas puso esa cara de «no me jodas», mezclada con «no seas malo, profé», pero eso no funcionaba conmigo y lo sabía. Sí, soy un cabrón, lo sé, pero luego los resultados son lo que son.

Cuando regresé a la sala de trabajo, Lucas y Nino, mi otro pupilo, estaban machacándose en las series que sí debían estar haciendo. Y como esperaba, Basili estaba «un poco al margen»; el tipo sabía cuándo lo habían pillado.

—Te dejo dos días al mando y ¿les das vacaciones? —Basili se encogió de hombros y siguió mirando la rutina de los chicos.

—Solo he dejado que se relajen un poco, nada más. —Me crucé de brazos a su lado y controlé los ejercicios de los chicos.

—Ya se relajan suficiente cuando salen de aquí. Este es un lugar de trabajo y lo que tienen que hacer es trabajar.

—Sí, jefe. —Puse los ojos en blanco y me puse con mi propia rutina. Nada como predicar con el ejemplo. No, no soy el jefe, ese era el tipo del dinero o, mejor dicho, los Vasiliev. Luego estaba el entrenador, que se encargaba de las técnicas y la lucha. Yo era el encargado de poner a los chicos en forma, de potenciar su resistencia, su aguante. Por último, estaba Basili, que se encargaba de las lesiones, los masajes, y de que toda la utilería estuviese en su lugar. A los combates, fuera del gimnasio, iban el entrenador y Basili. Mi trabajo se quedaba en el gimnasio.

—Cuando terminen, empezaremos con la lona. —Eso quería decir que me iba a meter con ellos a bailar un poco dentro del cuadrilátero. Su oportunidad de vengarse por mi tortura, mi oportunidad de demostrarles que aún tenían mucho que trabajar.

—Necesita echar un polvo. —Se suponía que yo no debía oír eso, pero lo hice. ¡Qué manía! Los boxeadores solo piensan en eso, que si quieres relajarte solo hay dos opciones, golpear con los puños o meterte dentro de una mujer.

Ella

Fue ver dónde aparcó el coche Lena y ya sabía dónde me estaba metiendo. ¿Un centro comercial de lujo? Lo más cerca que había estado en mi vida de un sitio como ese era en las películas de la tele, pero, ¡eh!, yo no iba a ser la que le dijera nada. Lena que tomó por el brazo y me arrastró hacia la zona comercial.

—Lo primero es encontrar algo de ropa bonita y después podemos... ¡Para, para! —¿Para? Pero si era ella quien me llevaba a mí a rastras—. Tenemos que entrar aquí. —Dirigí la mirada al interior de la puerta acristalada.

—¿Una peluquería? —Lena me sonrió y empujó la puerta para que entráramos.

—Una chica tiene que ir guapa de pies a cabeza. El extremo por el que empecemos no importa.

—Pero no tenemos cita, ¿verdad? —Lena hizo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—No la necesitamos. Confía en mí. —Se acercó a la recepcionista y le sonrió con simpatía—. Hola, soy Helena Vasiliev y quisiera un cambio de imagen para mi amiga. —Entonces es cuando la chica debería mirar la agenda y decirnos que lo sentía, pero que lo tenían todo ocupado, como mucho nos podría dar cita para otro día. Pero eso no sucedió. Alguien que debía de ser la dueña del local se presentó a nuestro lado mostrando su perfecta dentadura.

—Señora Vasiliev, qué agradable sorpresa. Tenemos todo ocupado, pero seguro que podemos hacerle un hueco. Acompañenme. —Lena y yo caminamos detrás de la pizpireta mujer mientras Lena se inclinaba para susurrarme al oído.

—Es el apellido. Mi hermano tiene la central de su empresa en este edificio y lleva la seguridad de la mayoría de los negocios de por aquí. —Ya, ahora sí que lo entendía.

—Siéntese aquí, señorita...

—Ella, es mi amiga Ella.

—Bien, Ella. ¿Tenías algo en mente? —Miré a Lena, luego a la dueña del local y me mordí el labio. ¿Podía hacerlo? ¿Realmente me atrevería a cambiar mi aspecto? ¿Por qué no?

—Pues en realidad sí. Me gustaría decaparme el pelo para sacar unas ondas naturales. Aplicar unas mechas balayage un par de tonos, o tono y medio, más claras que mi color natural. Unos reflejos en la parte frontal y...

—Espera, espera. Veo que tienes una idea demasiado clara de lo que buscas, así que necesito que vayas un poco más despacio. —Asentí. Sí, a una peluquera le gusta desarrollar su propia creatividad. E incluso hacer su propia versión de lo que le pida una clienta, así que lo que yo estaba pidiendo era demasiado específico.

—Discúlpame. Es una idea que tengo desde hace tiempo. —La mujer arrugó el ceño, mientras me observaba desde el otro lado del espejo.

—¿Eres estilista? —Lo medité unos segundos. La diferencia básica entre peluquera y estilista era el sueldo, así que...

—Podría decirse que sí. —Entonces mi «agente» saltó a la cancha.

—Ella es estilista, sí. Acaba de mudarse a Las Vegas y está valorando abrir su propio negocio, pero estoy intentando convencerla de lo contrario. —Las cejas de la dueña se alzaron con interés—. Oh, sí. Sé lo que es tener tu propio negocio, y si se vuelve empresaria, me temo que no volveremos a tener tanto tiempo para pasar juntas. Un negocio absorbe mucho tiempo. —La dueña asintió conocedora.

—Sí, así es. ¿Y no has pensado en trabajar para otra persona o incluso asociarte? Un empleado solo tiene que cumplir con su turno y listo. —¡Ah, pillina! Ahora sí que entendía el juego de Lena. Esta rubia era muy lista.

—Pues... tendría que sopesarlo. Como dice aquí mi amiga Lena, trabajar para uno mismo puede que no sea lo que necesito en este momento. —La dueña me sonrió, como si ella fuese la que me había convencido.

—Si al final decides que quieres trabajar para otra persona, pásate por aquí y hablaremos sobre ello. Sería fabuloso ver cómo trabajas. —Le sonreí, aunque no tanto como lo estaba haciendo por dentro. Mi primer día en Las Vegas y ya había conseguido un marido y una oferta de

trabajo. Tenía que ir buscando el cinturón de seguridad, porque mi vida estaba yendo muy deprisa.

Cuando salí de la peluquería, me sentí ilusionada por ir de compras, porque ahora sí que tenía un motivo para comprar ropa bonita.

Viktor

Tenía a Tasha medio adormilada sobre mi pecho mientras revisaba las cámaras de seguridad del Crystals. Vaya con Lena, sí que se había tomado en serio lo del día de chicas. Llevaban casi tres horas en el edificio y sin duda habían sido productivas, al menos por el número de bolsas que llevaban encima. Y por algo más.

Miré el reloj y sonreí con malicia. Moví el ratón de mi PC hasta acceder a las cámaras de seguridad del gimnasio en el que trabajaba Serg. Sí, esto de llevar toda la seguridad de los negocios familiares, y alguno más, tenía sus ventajas. Y allí estaba mi primo bebiendo de una botella, recuperando fluidos. Cogí el teléfono y marqué su número. Me gusta hacer estas cosas, ver la cara de la persona a la que estoy llamando.

—Dime, Viktor.

—Espero que tengas un armario grande.

—Sabes el armario que tengo, tú me encontraste el apartamento.

—Sí, lo sé. Pero no tengo ni idea de con qué mierda los llenaste.

—Al grano, Viktor.

—Me gustaría invitaros a cenar, a tu esposa y a ti, porque sé que ella tiene ropa para ir a un restaurante y sé que tu nevera está más vacía que una pelota de golf.

—¿Cenar? —Le vi rascarse la barbilla mientras lo sopesaba. Sí, podía ver en su cara que no había pensado en que tenía que alimentar a su mujer. Me encanta dar esos golpes de efecto.

—Sí. Katia y yo pasaremos a recogeros a eso de las ocho. Así que ponte guapo.

—Tengo que comentárselo a Ella. No sé si Lena ha terminado ya con ella.

—Ah, algo me dice que sí. Nos vemos esta noche. —Cerré la comunicación y solté una carcajada cuando le vi mirar su teléfono confundido. ¡Joder! Qué bien sienta ser el ojo que todo lo ve.

Capítulo 14

Serguéy

Lena dijo que llegarían a mi casa en cinco minutos y eso había sido hacía siete. Levanté la vista de nuevo calle arriba y allí vi los dos coches de Lena y su equipo de seguridad. Esperé a que llegaran a mi altura, donde pararon. Llegué hasta la puerta polarizada de los pasajeros antes que cualquiera de los hombres de seguridad. Abrí la puerta y ayudé a... ¿Ella? ¡Jesús y los doce apóstoles! Era Ella, pero no era Ella. Definitivamente, no lo era. Ella estaba... mejor, mucho mejor.

—¿Ves como sí necesitábamos un día de chicas? Anda, ayúdanos con las compras. —Asentí mecánicamente con la cabeza mientras recogía una buena cantidad de bolsas que me tendía uno de los hombres de Lena.

—¿Habéis dejado algo en la tienda? —Ella pareció disculparse con aquellos expresivos ojos suyos. Wow, parecían brillar como si fuesen de ámbar.

—No seas quejica. Tu mujer no tenía nada que ponerse. Hemos tenido que comprar de todo, enaguas incluidas. —Lena sonrió de esa manera traviesa que solo conseguían los Vasiliev.

—¿Enaguas? —Escuché la risa mal contenida de Ella mientras pasaba delante de mí, siguiendo el camino que iba abriendo Lena. ¡Joder! ¿Aún existían esas cosas o me estaba tomando el pelo a conciencia?

Cuando llegamos a mi apartamento, aún seguía dándole vueltas a todo, hasta que Lena me preguntó dónde tenía que dejar la bolsa que llevaba en la mano. No había dedicado ni un segundo a pensar dónde dormiría Ella.

—En el cuarto de Irina. —Ella se quedó petrificada.

—Yo... no debería... —Un poco tarde para eso, pensé.

—No creo que le importe que ocupes su habitación mientras está fuera. —Entonces recordé que tenía que hablar con Viktor. El asunto de Constantin aún estaba pendiente y no quería que Ella estuviese bajo su punto de mira.

—OK, Serg. Ella y yo nos ocupamos. —Dejé las cosas sobre la que había sido hasta ahora la cama de mi hermana y salí de la habitación, tenía una llamada importante que hacer.

Viktor

—Dije que pasaría a recogeros a las ocho, Serg.

—Lo sé. Es solo que quería saber cómo va el asunto de Jrushchov. —Pasaron un par de segundos hasta que ordené en mi cabeza la información que podía darle a Serg. No necesitaba saberlo todo, pues no quería que se preocupase por cosas innecesarias.

—Tranquilo, no creo que se le ocurra mover un dedo contra ti en estos momentos. Ella está a salvo de momento.

—¿Cómo de «a salvo»? —Me rasqué la cabeza inconscientemente.

—Estamos en una especie de negociación amistosa. Algo que le interesa cerrar de buena manera. Cualquier acción violenta por su parte interrumpiría esas negociaciones, y asegura que está muy interesado en que lleguen a buen término.

—No tengo ni idea de lo que hablas, pero confío en ti.

—Porque sabes que os mantendré a salvo, a todos.

—¿E Irina? ¿Cuándo podrá volver?

—De momento dejémosla allí. Está haciendo un buen trabajo, está relajada y lejos de Constantin Jrushchov.

—De acuerdo.

—Todo saldrá bien, Serg. Te lo prometo.

—Nos vemos en un rato entonces.

Corté la llamada y me dirigí hacia la habitación en la que se estaba preparando Katia. Podía oír el agua de la ducha y no necesitaba imaginar lo que estaba sucediendo allí. Miré el reloj, era pronto. Tasha ya estaba en casa de sus abuelos maternos y no tendríamos que preocuparnos de ella hasta la hora de recogerla de la guardería hasta el día siguiente. Con Sam allí, estaba tranquilo. Así que empecé a quitarme los zapatos y los calcetines mientras caminaba hacia nuestro baño. ¿Cómo era eso que decían? «Cuando el gato no está, los ratones hacen fiesta». Pues papá ratón y mamá ratón iban a montarse una buena.

Ella

Lena estaba parada frente al armario, admirando su creación. Habíamos puesto la ropa de Irina en una mitad y en la otra estaba la mía. ¿Confundirme? Imposible, mi ropa era más... grande. Ver aquella ropa de talla minúscula, me hacía sentir aún peor. ¿Dónde iba yo con mi talla 48/L?

—No lo pienses.

—¿Eh? —Lena estaba frente a mí, dedicándome una mirada mitad enfadada, mitad... no lo sé exactamente.

—Cada persona es diferente a otra e Irina usa una talla más pequeña, eso es todo. Fíjate, yo tampoco entraría ahí dentro. —Puso las manos en la cintura para que apreciara su figura. No, no era tan delgada como Irina, pero tampoco era un croissant relleno como yo.

—Es mejor que no hagamos comparaciones.

—¿Sabes lo que te digo? Que tienes razón. Cada uno tiene que pelear con las armas que le han dado, así que tienes dos opciones: rendirte o entrar en batalla con todo. —Sacó un vestido y unos zapatos de tacón y los puso frente a mí—. Más te vale ser de las segundas, porque tengo mucha fe en ti. —Me encogí de hombros y agarré la percha del vestido.

—Puede que en otro momento.

—¿Necesitáis ayuda? —La voz de Serguéy nos hizo volvernos hacia la puerta.

—No, aquí hemos terminado.

—Bien, porque Viktor vendrá a recogernos para ir a cenar. —Lena alzó las cejas y empujó el vestido contra mi pecho.

—Este es el momento —dijo mientras salía de la habitación—. Y no penséis que esta es una cena/banquete de bodas. De esa me encargo yo. —Serguéy entró en la habitación sin perder de vista a Lena mientras se iba.

—No soy un hombre que se asuste con facilidad. Pero eso, definitivamente, me da miedo. —No pude contener la carcajada que brotó del fondo de mi pecho—. Sí, ríete ahora. Ya me darás la razón después.

—No puede ser tan mala. —Serg centró su atención en el vestido que aferraba con cuidado.

—Vendrán a buscarnos en media hora. Será mejor que empieces a arreglarte.

—Solo tengo que cambiarme de vestido, el resto ya lo tengo hecho. —Señalé con la mano los cambios en mi pelo y maquillaje, para que notara que eso ya podía tacharlo de la lista.

—Te queda bien.

—Gracias. —Serg se balanceó sobre sus talones mientras metía las manos en los bolsillos y miraba hacia el suelo.

—Yo iré también a cambiarme de ropa. Conociendo a Viktor, seguro que nos lleva a uno de esos sitios finolis, y este pantalón está demasiado arrugado.

—Entonces, el que primero termine, que espere al otro, ¿te parece?

—Perfecto. —Se giró lentamente hacia la puerta y me dejó sola.

Serg

Soy un cotilla, lo sé, pero no me pude resistir a entrar en la habitación. Quedaban apenas un par de minutos para que fuese la hora y Ella aún no había salido de su cuarto. Así que entré. La habitación estaba vacía, pero se veía la luz del baño encendida. Me acerqué con sigilo para poder ver algo a través de la puerta entreabierta.

—Me rindo. —Aquello sonó de una manera cansada y triste, por eso miré con más atención. Y allí estaba. Ella miraba derrotada el lavabo. Retrocedí unos pasos.

—¿Ella? Ya casi es la hora, ¿necesitas ayuda? —Su rostro asomó tímidamente por la puerta del baño.

—Eh, ¿podrías... podrías echarme una mano?

—Por supuesto, lo que necesites. —Ella se volvió hacia el espejo y me dio la espalda. Cuando vi las marcas violáceas de su espalda, la sangre volvió a congelarse en mis venas.

—¿Puedes... puedes subirme la cremallera? —Ella estiró sus brazos hacia la espalda y, al ver su gesto de dolor al intentarlo, un resorte dentro de mí me hizo ponerme en acción.

—Lo tengo. —Con cuidado, deslicé los dedos sobre la cremallera y tiré del enganche hacia arriba. Cuando estuvo totalmente cerrada, mis manos se deslizaron con cuidado sobre sus hombros y mis ojos buscaron los suyos al otro lado del espejo.

—Te prometo que ese hijo de puta no volverá a ponerte una mano encima. —Los ojos se le tornaron acuosos mientras una sonrisa tímida apareció en sus labios.

—Gracias, por todo.

—No me las des, todavía no. —No, todavía no. Cuando encontrase a ese engendro del demonio, iba a darle tanto y tan fuerte, que ni la cirugía lograría hacerle parecer una persona de nuevo. Deslicé mi pulgar sobre la suave piel de su hombro y me fui.

Capítulo 15

Viktor

Decir que mi ego se sentía enorme, amén de otras cosas, era decir poco. Katia estaba intentando acomodarse en el asiento del acompañante, pero estaba claro que cierta zona estaba algo... dolorida o sensible o como diablos se diga cuando esa parte se había «ejercitado» bien. Llegábamos quince minutos tarde por culpa de aquello, y eso que nos habíamos vestido a toda velocidad y que me había saltado algunas normas de tráfico.

Cuando llegamos, mandé un mensaje a Serg para que bajaran.

—¿Esa es la chica? —Volví la mirada hacia la puerta de entrada al edificio, por donde salían Serg y una Ella bastante mejorada. ¡Vaya! Lena sí que sabía cómo gastar el dinero. Incluso parecía que le había devuelto un poco de color a su rostro.

—Sí. Tiene mejor aspecto que cuando llegó.

Miré hacia Katia y me la encontré bien concentrada en Ella. Sabía lo que estaba pasando por su cabeza. Mi Katia tuvo la suerte de salir de las garras de un maltratador después del primer golpe, pero, aun así, sabía lo que era que te acosasen a cada paso. No volvió a tocarla y eso me alegró muchísimo. Quizás precisamente ese fuese el motivo por el que necesitaba ayudar a Ella en todo lo que pudiese, porque no tuvo tanta suerte como Katia, mi Katia. Existen demasiados despojos de persona como ese tal Sanders y era la misión de hombres como nosotros, los Vasiliev, sacarlos de la circulación.

—Sus ojos dicen que ha sufrido mucho.

La mirada de Katia y la mía conectaron en aquel momento. Pueden llamarlo enlace cósmico, unión de almas o conexión espiritual, el caso es que los dos parecíamos estar... no sé cómo explicarlo... en la misma página del libro, la misma línea. Cuando reconoces el sufrimiento de otra persona sabes que harás todo lo que esté en tus manos para curar sus heridas. Katia podía calmar su dolor, como un suave ungüento, y yo podía sacar esa maldita astilla y lanzarla a la papelera más lejana. La cicatrización tendría que ser trabajo suyo, eso sí. Aunque, con tanto Vasiliev a su alrededor, seguro que entre todos lo conseguíamos. Lena ya se había erigido como su adalid particular, y aún quedaban muchos más Vasiliev por entrar en esta batalla.

Cuando llegaron a nuestra altura, Serg sostuvo la puerta para que Ella tomase asiento en la parte trasera y luego dio la vuelta para acomodarse al otro lado.

—Bienvenida a Las Vegas. —¿No había dicho que Katia era como un bálsamo? Pues ahí estaba una pequeña sonrisa como complemento a sus palabras.

—Gracias.

—Bueno, cuando alguien viene a Las Vegas suele hacer tres cosas: apostar, casarse o ir de celebración. Tú ya te has casado e hiciste tu mayor apuesta al venir aquí... —Advertí por el espejo retrovisor que la mano de Serg se deslizaba para tomar la de Ella y apretarla para darle seguridad. Sí, los Vasiliev estábamos en la misma onda—. Así que solo te queda lo de la fiesta.

—Yo... estoy tomando antiinflamatorios, no puedo tomar alcohol. —¡Vaya! El champán para cerrar la cena quedaba descartado. En fin, soy un Vasiliev, me adapto rápido.

—Esa parte la podemos dejar para más tarde. Hoy celebraremos, pero con clase. —Les sonreí a todos y me centré en la conducción.

Serg

El restaurante resultó ser lo que pensaba, un sitio refinado donde el camarero llevaba planchado hasta el delantal. A mi parecer, una mariconada, pero, ¡eh!, yo crecí en un mundo en lo importante era tener algo que comer encima del plato. Que el mantel fuese de tela, de papel o no existiera era lo de menos. Lo único bueno de estos sitios es que si pedías un filete, la carne estaría rica.

—¿Qué te apetece tomar? —Alcé la cabeza hacia Viktor. ¿Eso no debía preguntárselo yo? Se suponía que era mi mujer, aunque fuese falsa.

—No lo sé. —Ella estaba mordiéndose el labio inferior, no con goloseo ni ansiedad, sino como si no pudiera decidirse entre tantas cosas.

—A mí me pasa lo mismo, todo tiene una pinta increíble —intervino Katia.

—Yo en estos casos suelo dejarme asesorar por el *maitre* —puntualizó Viktor.

—Mientras no sea pasta, me sirve cualquier cosa —esa era mi entrada.

—¿No te gusta la pasta? —Ella no dudó un segundo antes de contestarme.

—No es que no me guste, pero creo que he tenido noodles para una temporada. —¿Noodles? ¡Ah, joder! Esos fideos chinos. Si su dieta se basaba en hidratos de carbono, era normal que tuviera aquel sobrepeso. El cuerpo almacena lo que le sobra, por eso hay que mantener una dieta equilibrada. Desde mañana mismo, me encargaría de llenar la nevera de alimentos frescos y saludables. Ella los necesitaba y a mí me vendría bien parar más por casa y hacer ahí mis comidas principales.

—Entonces no hay más que hablar, proteínas. ¿Carne o pescado? —Ella entrecerró los ojos, sopesando ambas opciones.

—Adoro la carne, definitivamente soy una chica de carne, pero... hace tanto tiempo que no como pescado fresco. Lo sé, en Miami eso no debería ser un problema, pero... —Cerré el menú y lo dejé sobre la mesa.

—Decidido, pescado. Me has convencido. —Y Ella sonrió como si le hubiese entregado la medalla de oro. ¡Joder! ¡Qué bien sentaba ser quien le sacara una sonrisa así de grande y sincera! No es que me apeteciera realmente cenar pescado, lo mío son los filetes, pero merecía la pena cambiar de menú de vez en cuando, como en ese momento.

—Mmm, tramposa. Yo eso no puedo comerlo —se quejó Katia.

—¿Por qué no? —preguntó Ella.

—Ya sabes, las embarazadas y el riesgo de anisakis. Que si el pescado tiene que ser congelado, que si tiene que estar bien hecho... un rollo.

—¡Vaya! Enhorabuena. ¿De cuánto estás? —Mujeres y embarazo, ya teníamos tema de conversación para toda la noche. Soy hombre y estoy soltero, así que esos temas los mantengo bien alejados. Bueno, ya no estoy soltero, pero seguimos con el mismo plan.

—De quince semanas. —Genial, ahora venía lo de las ecografías, coger peso...

—Bien, entonces estoy a tiempo. —¿Eh?! ¿A tiempo de qué? Menos mal que Katia me salvó de hacer esa pregunta.

—¿A tiempo?

—En mi familia teníamos la tradición de tejer a ganchillo prendas para los bebés, ya sabes, crochet. Lo tengo algo oxidado, pero espero que me permitas tejerle alguna prenda a tu bebé.

—¿En serio? Me encantaría. Mi madre guardó durante mucho tiempo unos patucos de crochet que hizo mi abuela. Me encantaría que mi pequeño llevara unos de esos.

—¿Pequeño? Creí que en las ecografías aún no se podía ver el sexo de nuestro bebé —

interrumpió Viktor.

—Lámalo presentimiento, cariño, pero creo que este será un niño. —Ella y Katia se dedicaron una extraña sonrisa conocedora. ¿Qué me estaba perdiendo?

—¿Cuarto creciente?

—Aha. —Miré a Viktor y él estaba tan descolocado como yo. Bueno, al menos no era el único. Sí, lo sé, mal de muchos, consuelo de tontos. Pero si de algo conocía a mi primo, iba a conseguir averiguar de qué estaban hablando y yo pensaba aprovecharme. Ya, los temas de embarazadas no son lo mío, pero soy de esas personas que no pueden quedarse con la duda de nada.

Capítulo 16

Ella

Estaba acostada en mi nueva cama, pensando en que la noche realmente había sido muy agradable, cuando me dio por pensar en mi casi marido. En el restaurante, noté que más de una mujer desviaba su mirada hacia él. Sí, Viktor tenía su ración de atención también, pero Viktor no era el hombre que estaba acostado en la habitación de al lado.

Serguéy era más que guapo, era atractivo. Tenía ese magnetismo salvaje de quien es difícil de domar, como una pantera negra, hermosa pero peligrosa. ¿Por qué sabía eso? Por sus ojos. Dicen que los ojos son el espejo del alma y no puedo saber cómo es la de Serguéy, pero sí sé que cuando me mira, siento que hay un lobo allí dentro. No de los que van a devorarte, sino de los que cuidan de la manada. Con él cerca, me sentía segura. Y luego estaba esa mirada que vi reflejada en el espejo cuando vio mi espalda. Sé lo que hay ahí y sé que sabe quién me lo hizo. Sus palabras podían ser duras, pero en sus ojos... había algo que me hizo estremecer. Era esa determinación de destrozar a su presa. Eso me gustó y atemorizó a partes iguales, ya había tenido mi dosis de hombres violentos en mi vida, no quería más.

Pero había una fuerte contradicción en todo ello. ¿Cómo alguien con tanta fuerza destructiva en su interior podía ponerse en el papel de protector de una víctima? Ironías de la vida, supongo. Dejando eso aparte, tenía que reconocer que era un imán para la vista. Trabajando en un gimnasio, era normal. Las mujeres pagarían lo que fuera por el privilegio de ver ese cuerpo sudado. ¡Ah, porras! Ni lo pienses, Estrella, los hombres como Serguéy, no sueñan con mujeres como tú.

Pero... eso no quería decir que yo no soñara con hombres como él, concretamente con el mismo.

Serguéy

No soy una persona que salga por las noches, al menos no desde que vine a este país. Los llamémosles «malos hábitos» los dejé al mismo tiempo que las peleas clandestinas, en Moscú. Así que, aunque me acosté más tarde de mi hora habitual, mi cuerpo estaba ya programado para salir a correr a primera hora de la mañana. Cuando regresé, Ella aún no se había levantado. Aproveché para ducharme y planificar el día. Es lo que hace la gente normalmente en la ducha, ¿no?, poner la mente a trabajar. Después, me puse unos jeans y una camiseta y me preparé el desayuno, bueno, nos preparé. No sabía a lo que estaba acostumbrada Ella, así que preparé un poco más de lo mío. Zumo natural de naranja recién exprimida, una tortilla de un huevo para ella. Lo dejé sin hacer, solo preparado, porque el zumo tenía que exprimirlo poco antes de beberlo para que no perdiese vitaminas y el huevo batido se tenía que echar a la sartén en el último momento para que no se le enfriase la tortilla. ¡Ah! Y mi vaso de leche caliente con miel, pero eso solo era para mí. No todo el mundo apreciaba la miel, pero tenía que reconocer que era mi maldita perdición. Cuando vivía en Rusia, nuestra economía no nos permitía acceder a ese tipo de alimentos. Y durante mis años en la selección de gimnasia tampoco era un alimento que entrase en el menú pautado por nuestros entrenadores. No, la miel llegó a mí en una de esas fiestas locas que Constantin organizaba después de las peleas. Es lo único que tengo que agradecerle a ese explotador, el haberme convertido en un adicto a la miel. Desde que llegué este país, no podía

faltar mi tarro de miel artesanal en la cocina.

Metí la cucharilla en el tarro y rasqué la densa superficie en busca de mi premio. Cuando tuve suficiente cantidad, pasé la cucharilla a la taza de leche caliente y, después, me metí la cuchara en la boca para limpiar lo que quedaba en ella. ¿Gemir? Como un puñetero yonqui con su dosis de heroína. Aquello era el Nirvana.

—Buenos días. —Me volví hacia el lugar del que procedía la voz de Ella. ¿Pijama, quién usaba pijama hoy en día?

—¿Nubes? —Agachó la cabeza para mirar la enorme nube blanca estampada en su pecho.

—Lo sé, soy más de ositos, pero es lo que había. —Me levanté de mi asiento en la barra de desayuno y le cedí mi silla para que se sentara. Alzó una ceja, pero se acomodó igualmente.

—Te prepararé el desayuno. —Ya estaba calentando la sartén, cuando escuché su voz a mi espalda.

—Puedo hacerlo yo.

—Mi cocina, mi invitada. Preparar el desayuno es cosa mía. —Vertí el huevo batido en la sartén y empecé a cortar y exprimir las naranjas.

—Soy tu mujer. Se supone que he de ser yo quien le prepare el desayuno a mi marido. —Me giré hacia ella, mientras le apuntaba con una cáscara casi exprimida de naranja.

—Estamos en el siglo xxi, los hombres podemos hacer estas cosas igual que una mujer. —Ella levantó las manos en señal de rendición, al tiempo que negaba con la cabeza.

—Me parece estupendo. —Su sonrisa pareció más grande esta vez, sacándome una a mí sin poder evitarlo.

—Bien. No sabía lo que te gustaría desayunar, así que he preparado lo que tenía en la nevera.

—Por mí está bien. Me sirve cualquier cosa. —Me volví hacia la mesa con la tortilla en un plato y el zumo en un vaso.

—Olvidate de eso de cualquier cosa. Mientras estés aquí, vas a desayunar de forma correcta. Compraremos algunos cereales y cualquier cosa que haga falta.

—De acuerdo. —Cogí mi taza y di un sorbo a la leche. Aún estaba tibia. Me recosté en un mueble y me quedé observándola mientras comía. Me pareció graciosa la forma en que se pasaba su pequeña lengua rosa por la boca, intentando atrapar todo el zumo.

—Cuando termines, te cambias de ropa y nos vamos de compras. —Alzó la mano a la frente y me hizo el típico saludo militar.

—Sí, señor.

—¿Me estás llamando mandón? —Ella no contestó, solo sonrió más y se metió otro bocado de tortilla en la boca. Esta diablilla no sabía con quién se estaba metiendo—. Anda, ve a vestirte, yo recojo esto. —Dio un salto y echó a caminar hacia su habitación.

—Sí, señor. —Le vi hacer el mismo gesto militar de antes mientras llevaba su orondo trasero fuera de mi vista.

¿Cuánto tiempo hacía que no tenía una conversación así con una chica? Pues desde que se fue Irina. El resto de mujeres con las que había hablado en este país, salvo mi tía y mis primas, parecían comerme con la mirada. Estaba bien cuando quería precisamente eso, pero... no todo el rato. Me recordaba demasiado al pasado, a Natasha. Sacudí la cabeza intentando sacar aquel mal pensamiento. Natasha había quedado en Rusia, en el pasado, de donde no debía de salir.

Ella

Miré otra vez el abarrotado carrito de la compra y negué con la cabeza. No podríamos

llevarnos todo eso con nosotros. Si la moto de Serguéy ya había protestado cuando me subí a ella, no quería ni imaginar lo que ocurriría si cargábamos con todo eso.

—Servicio a domicilio —dijo la voz de Serguéy muy cerca de mi oído, lo que me hizo levantar la cabeza rápidamente, amén de ciertos vellos de mi nuca que quedaron erizados por completo.

—¿Qué?

—No hace falta ser un genio para saber lo que estás pensando.

—¿Y qué estoy pensando?

—Que necesitamos un coche para llevar todo eso. Pero olvidas que existe el servicio a domicilio, que por solo tres dólares te lleva todo esto a la puerta de casa.

—Yo nunca he usado ese servicio.

—Bueno, pues hoy va a ser tu primera vez.

—¿Tú lo usas mucho?

—No, también es mi primera vez. —Sé que mis ojos se abrieron como platos soperos, porque casi dolía.

—¿Y cómo sabes...? —Serg sonrió maliciosamente travieso.

—Porque me gusta estar preparado para este tipo de cosas. Nunca se sabe cuándo lo vas a necesitar y esta es una buena ocasión, ¿no crees? —¿Qué iba a hacer? Pues asentir con la cabeza. Vi cómo metía en el carro un tarro de cristal con algo marrón en su interior y lo miré intrigada.— Miel. —Me sacó de mi duda.

—Ah, miel.

—Todos tenemos vicios. Otros se mueren por el café.

—¿No te gusta el café?

—Ni el café ni los refrescos de cola. Desde niño he tenido una alimentación muy estricta y esas dos cosas nunca entraron en mi menú. De adulto las he probado y no me han gustado. Pero si quieres que compremos para ti, no hay problema. —Lo medité un minuto.

—Supongo que los refrescos gaseosos no son apropiados en una dieta sana, pero el café... — Serguéy buscó entre las estanterías hasta detener su mano frente a unos paquetes de café.

—Podemos coger un paquete, si quieres. —Me mordí el labio inferior mientras sopesaba mi respuesta.

—No, ese café no.

—¿Prefieres otra marca?

—Puede parecerte estúpido, pero de niña, en casa de mis padres, tostábamos los granos de café y después lo molíamos. Ninguno de esos sucedáneos se acerca a lo que yo considero un buen café. —Serguéy me miró serio.

—No, no lo considero estúpido. Pienso que eres una persona que no se conforma con cualquier cosa. Te gusta lo bueno. —Mi risa resonó entre los estantes.

—Eso es porque no me has visto delante de una tableta de chocolate. Me gustan todas, pero todas, da igual como sea.

—¿Tableta de chocolate? —dijo pasándose los dedos por debajo de la barbilla y raspando aquella sexy barba de unos días que... Mmm, estaba mejor que... Vale, vale, céntrate.

—¿No has oído eso de «el mejor invento desde el pan con chocolate»? Pues eso.

—Pan con chocolate, interesante. Tengo una duda.

—Dime.

—¿Dónde conseguíais granos de café?

—Mi padre trabajaba en un almacén que los importaba y luego los distribuía a las grandes

fábricas que los procesan. Siempre caían algunos granos al suelo. Él los recogía y los traía a casa. Y antes de que lo digas. Los limpiábamos y luego los tostábamos. Ningún germen sobrevivía.

—Curioso. Bueno, creo que lo llevamos todo. ¿Qué tal si pasamos a pagar?

—A mí no me mires, no tengo dinero.

—Entonces tendré que hacerlo yo. —Aquella maldita sonrisa traviesa me decía que estaba jugando conmigo. ¡Ay, señor! Una podía acostumbrarse a esto.

Capítulo 17

Serguéy

¿Dónde demonios se podía comprar eso del crochet en Las Vegas? Menos mal que internet y Google Maps estaban de mi parte y que mi teléfono tenía acceso a ambas. Cuando levanté la vista de mi pantalla, encontré la mirada curiosa de Ella.

—¿Algún problema? —Sí, lo sé, cuando me concentro en algo suelo arrugar el ceño. Era normal que pensase que estaba preocupado. Levanté el teléfono y le mostré el dibujo de mi pantalla.

—Tengo un mapa, no creo que lo tengamos. —Ella se encogió de hombros y subió a la moto, aferrándose a mi cintura. Salvo Irina, era la primera chica que llevaba a mi espalda y notar cómo se aferraba a mí cuando zigzagueaba entre el tráfico era una sensación muy buena. Parezco un temerario, pero no lo soy, controlo muy bien mi máquina. Aunque el peso extra modifica la conducción, puedo adaptarme fácilmente. El sino de mi vida, adaptarme, solo que antes era cuestión de supervivencia—. ¿Lista?

—¿Esta vez podrías ir más despacio? —La tenía algo asustada, lo justo porque no haría nada que la atemorizara de nuevo. Yo no era así, no disfrutaba con el sufrimiento ajeno, al contrario. Pero, ¡eh!, me gustaba quedarme a la puerta de la diversión excitante. Ella necesitaba volver a sentir la adrenalina recorrer su cuerpo sin que el miedo ni el dolor estuvieran presentes. En cuatro palabras, disfrutar de la vida.

—Lo intentaré. —No pude evitar sonreír como el niño travieso que era.

Ella

¡No podía creerlo! Serguéy me había llevado a una tienda de lanas. Jamás en mi vida habría esperado que un hombre, y menos uno como él, me llevara a comprar lanas y ganchillos para hacer labores. No es que no hubiese prestado atención a la conversación que mantuvimos Katia y yo durante la cena, sino que había pensado que iba a necesitar suministros, se había molestado en buscar una tienda para conseguirlos y me había llevado. Los hombres no hacían esas cosas. Había tres razones para que un hombre hiciese eso, y dos de ellas no me encajaban. Una era que intentara ganar puntos conmigo para tener sexo, cosa que, con su aspecto, era algo surrealista. A ver, las mujeres harían una cola quilométrica si él pedía voluntarias para un polvo con él. La otra era que fuese gay y le molaran las manualidades femeninas, pero lo dudaba. La última era que Serguéy simplemente fuese así, atento, servicial... En fin, una joya de hombre.

Oh, espera, quedaba otra opción, pero tampoco me gustaba. Quizás el motivo por el que se había casado conmigo no era solo el ayudarme a cambiar de nombre, sino el asegurarse algo para él. Sí, tenía un permiso de residencia y era familiar de personas poderosas y con dinero, pero... no dejaba de ser un inmigrante. Yo era su forma de, con el tiempo, convertirse en ciudadano americano. En mis manos estaban los documentos del divorcio, si decidía terminar con el matrimonio él volvería a estar en la misma situación de antes. No, calla, Estrellita, sabes que él no haría eso, tiene un corazón demasiado bueno para eso, ¿verdad? ¡Mierda! No podía fiarme ni de mí misma. Mi radar para hombres ya había fallado una vez y de manera estrepitosa.

Bueno, solo podía hacer una cosa y era provechar la situación mientras pudiese. Ahora tenía

casa y protección. Cuando empezase a trabajar, dispondría de dinero de nuevo y con dinero en el bolsillo podía empezar a planificar mis alternativas.

—¿Solo vas a llevar eso? —Miré hacia el par de madejas que tenía en mis manos y los dos ganchillos de metal.

—Solo voy a tejer unos patucos, tal vez un gorrito. No se necesita más.

—¿Estás segura? Porque si es por el dinero, puedo permitírmelo. No voy a arruinarme por llenar la nevera de comida y comprar tres rollos de lana. —Lo tenía a tiro. Llevaba unos días con curiosidad por saber y aquella era mi oportunidad.

—Tu trabajo es muy diferente del de tus primos, ¿verdad? —Sus ojos me prestaron más atención.

—Ellos nacieron aquí, sus negocios llevan años creciendo. Yo llegué hace poco más de un año. Ellos son los dueños del gimnasio en el que trabajo.

—¿Y qué haces allí? —Una sonrisa se instaló en su rostro.

—Soy el entrenador físico de jóvenes boxeadores.

—Ah, les enseñas a pelear.

—No. El boxeo es una mezcla de cabeza y físico. Mi parte es la física. Yo los hago más fuertes, más resistentes.

—Ah, lo entiendo. Sé que es abusar, pero... podrías hacerlo conmigo. —Sí, lo sé, la pregunta era sorprendente, incluso para mí, pero nunca tendría mejor oportunidad que esa para tener a un entrenador personal en casa a mi total disposición. Todo un lujo.

—¿Quieres que te prepare para pelear?

—No, no. No me refería a eso. No me importaría aprender a dar algún que otro buen golpe, toda chica debería, pero lo que yo pretendía era preguntarte si podrías ayudarme con mi cuerpo, ya sabes, a mejorarlo. —Al oír eso su cara pasó de mostrar sorpresa a una suave sonrisa.

—¿Quieres que me convierta en tu entrenador personal?

—¿Puedes? —Sus dedos volaron a la parte trasera de su cabeza, donde supongo que rascarían la nuca.

—Puedo, pero es arriesgado. Entiéndeme, vas a odiarme y duermo en la habitación de al lado.

—¡Eh! Yo no soy de esas. Si tengo que atacarte, no esperaré a que estés dormido.

—¿No? ¿Seguro?

—No. Yo te pondría laxante en el zumo del desayuno.

—Ah, me quedo más tranquilo. —Reímos juntos.

—En serio, ¿lo harás?

—Podemos intentarlo, no quiero ser duro contigo.

—No quiero favoritismos, trátame igual que a otro de tus clientes. —Y aquella sonrisa dulce se volvió traviesa, muy traviesa.

—Créeme, sería demasiado duro para ti.

—¿Cómo de duro?

—Un día dejaré que vengas conmigo al gim, para que lo veas.

—¿Las chicas no entran al gimnasio en el que trabajas?

—Sí, las hay, pero no son como tú. —Ah, vamos, que no era unas masas fofas y blandas como yo—. Eh, eh. —Sentí los dedos de Serguéy alzando mi barbilla, la cual no había notado que estaba muy pegada a mi pecho—. No es nada ofensivo, nada que ver con tu físico. Yo solo me refería a que las mujeres que van allí son chicas realmente duras, no son tan dulces como tú.

—No soy tan dulce como piensas. —Si quería chicas duras, yo podía ser dura. Sabía aguantar golpes, solo me faltaba aprender a darlos.

—La mayoría sería capaz de romper el brazo de otra persona si fuese necesario.
—Podría hacerlo si alguien me enseñara la manera. —Su rostro se volvió serio de nuevo.
—No es cuestión de saber o de tener la suficiente fuerza física, Ella. Se trata de cargar con el remordimiento y las consecuencias de haberlo hecho.
—Tener pelotas, quieres decir.
—Tener pelotas y muy mal genio —respondió con una pequeña sonrisa.
—OK. Entonces nada de aprender a romper brazos.
—Tú no te preocupes. Si hay que romperle el brazo a alguien, ya estoy yo.
—¿Y has roto muchos?
—Eres una cotilla, *gorsnok dlya meda*. —Mejor no preguntar lo que me había dicho, que ya me había llamado cotilla....

Serguéy pagó a la dependienta, que no dejó de sonreírle en todo momento. Antes de irnos, tuve que hacerlo. Lo sé, soy mala, pero me apetecía sacar partido de mi situación. Así que me giré rápidamente hacia la chica, le puse cara de «no te pases» y le solté:

—Deja de mirar así a mi marido. —Decir que la dejé congelada se queda corto. Ah, qué poco cuesta ser feliz, porque, al menos yo, en aquel momento era feliz, condenadamente feliz.

Capítulo 18

Serguéy

Estaba a punto de subir a la moto, cuando el teléfono vibró en el bolsillo del pantalón. Al sacarlo vi el nombre de Viktor en la pantalla.

—Cuéntame.

—Tenéis que daros un paseo hasta la central del Crystals. —Cada vez que Viktor me decía eso era que tenía algo importante que decirme, así que, casi por reflejo, mis tripas se tensaron.

—¿Ocurre algo?

—No, solo quería que Ella tuviese en sus manos lo antes posible una tarjeta que le hemos preparado. Ya sabes, para que pueda ir por ahí y hacer sus propias compras si lo necesita.

—Ya me estoy ocupando de eso. —Escuché el suspiro de Viktor al otro lado de la línea y no me gustó nada.

—Serg, se supone que tiene que volver a una vida normal. Salir de una relación de control y dependencia de un hombre para entrar en otra, no creo que sea bueno.

—Yo no...

—Serg, escucha. Si tiene que depender de ti para sus compras, si no sale a la calle sola, si no explora por su cuenta... se convertirá en un pájaro enjaulado, y sabes lo que les ocurre a los pájaros domésticos cuando escapan de la jaula. —Sí, lo sabía. Un animal domesticado difícilmente sobrevivía en un ambiente salvaje. No sabría procurarse el sustento, no sabría protegerse, acabaría muriendo. Solo los más fuertes, los que más rápido aprendían, eran los que sobrevivían.

—Pero es demasiado pronto para sacarla de la jaula, Viktor. —Miré a mi espalda, donde Ella estaba ojeando el escaparate de una tienda para darme privacidad para la llamada.

—No te estoy diciendo que debas sacarla, solo que dejes la puerta de la jaula abierta.

—De acuerdo, lo entiendo, pero...

—No te preocupes, tendré a alguien cuidando de ella.

—Iremos para allá.

—Os espero.

Colgué y volví mi atención hacia Ella. Estaba quieta frente al escaparate, con el asa del bolso cruzado sobre su pecho y la bosa con las lanas bien aferrada contra ella. Odiaba reconocerlo, pero las señales estaban allí. Cuando estaba sola se sentía insegura y tenía que coger confianza en ella misma.

—Tenemos que pasar por el Crystals. Viktor tiene algo para ti. —Su rostro me devolvió una pequeña sonrisa.

—Pues vamos.

Ella

Caminar por el centro comercial al lado de Serguéy me hacía sentir... poderosa. ¡Eh, mujeres, miren al pedazo de hombre que me acompaña! ¿Sabes que es mi marido? Envídienme.

En la distancia vi la peluquería a la que fui con Lena. En su exterior estaba la mujer con la que hablé, rellenado un dispensador con publicidad. Cuando se giró hacia nosotros estábamos a unos

escasos cinco metros, desde donde pude ver cómo sus ojos me reconocían y después se abrían desmesuradamente al ver a Serguéy.

—Hola.

—Ah, hola. Ella, ¿verdad?

—Sí. Siento si no recuerdo su nombre, pero creo que no nos presentaron.

—Error mío. Puedes llamarme Linette.

—Un gusto volver a vernos Linette.

—El placer es mío. —Sí, eso seguro. Podía ver cuánto placer sentía en aquel momento, porque aparecieron dos pequeñas puntas rígidas que casi le perforan blusa. Creo que podía entrar en el récord Guinness. Excitada de 0 a 100 en menos de tres segundos—. Bueno, ¿y que te trae por aquí? ¿Pensaste en mi oferta? —Sí, esa oferta. El caso...

—Pues realmente veníamos a otra cosa. Serguéy y yo tenemos una visita que hacer, pero, ya que lo dices, es posible que me interese. ¿Cuándo te gustaría hacer esa prueba?

—Oh, pues... —Miró hacia el interior de la peluquería—. Ahora sería un buen momento, si tenéis tiempo, claro. —Ya, tenéis, por eso miraba fijamente a mi acompañante y no a mí.

—Vaya, no creo que mi primo pueda esperar tanto. ¿Te importaría si lo hacemos a la vuelta? —Los ojos de Linette estaban haciendo chiribitas y podía entenderlo, había algo mejor que la visión de Serguéy en jeans y camisa de algodón ajustada, y era escucharle hablar y ser la receptora de su sonrisa. Totalmente *bajabragas*, como diría Amanda, mi antigua jefa. Ya la querría ver yo delante de mí «marido».

—Ah, ¿tu primo trabaja en el Crystals?

—Sí, arriba, en seguridad. Perdona, no me he presentado. Serguéy Sokolov, el marido de Ella. —Y ZAS, golpe directo a la articulación. Se dice eso cuando un luchador desestabiliza a su oponente con una patada tan fuerte que lo deja inestable, ¿no? Pues eso. Su sonrisa vaciló una milésima de segundo, pero aguantó el tipo valientemente.

—Linette Bousson, propietaria de Enchantée. —Señaló la peluquería con su mano, donde la palabra Enchantée flotaba sobre el enorme ventanal del frente.

—Un placer, Linette. Entonces, si te parece, pasaremos por aquí a nuestra vuelta. No creo que tardemos mucho.

—Os estaré esperando.

Serguéy y yo comenzamos a caminar en dirección a las escaleras que daban a la plata superior, pero tuve tiempo para ver cómo Linette dejaba salir el aire de sus pulmones de manera ensoñadora. Sí, bonita, suspira todo lo que quieras, pero de momento es mío.

—Parece una mujer agradable.

—Sí, ¿verdad? —Si él supiera...

Viktor

—Y esta tarjeta es de la fundación Blue Star. Con ella tendrás acceso a una cuenta en la que se ha ingresado una cantidad de dinero para que dispongas de él mientras lo necesites. Ya sabes, para los gastos que tengas hasta que puedas generar tus propios ingresos.

—Sois muy amables, pero...

—Sé lo que estás pensando. Y no, no es un regalo, es un préstamo. Cuando estés en condiciones podrás devolverlo para que así ayude a otra persona en tu misma situación. —La chica arrugó el morro de forma resolutiva. Sí, no me había equivocado con ella. Aún quedaba orgullo allí dentro. Y eso era bueno, tremendamente bueno, porque con un poco de ayuda lo

conseguiría, vencería.

—Gracias. Espero no necesitarla, porque espero empezar a trabajar pronto. —Mi inquisitiva ceja derecha se disparó al cielo al tiempo que miraba a Serg.

—Eh, parece ser que Ella tiene una prueba para trabajar en una peluquería aquí, en el Crystals. —Sí, ahora eran mis dos cejas las que estaban compitiendo por llegar al techo.

—¿En serio? Eso sí que es moverse rápido y tirar bien alto.

—Aún no cantemos victoria, no tengo el trabajo.

—Yo creo que vas a conseguirlo. —Pues sí que tenía confianza mi primo Serg en la chica. Definitivamente, me estaba perdiendo algo, pero ¿el qué?

Estuve espiando todo el tiempo por las cámaras de seguridad. Vi que entraban en el salón de belleza de Bousson y vi a Ella sonriendo todo el rato. Realmente disfrutaba con lo que hacía. El apretón de manos que se dieron al despedirse me dijo que la chica lo había conseguido. Lo que no esperaba es que Serg saliera de todo esto con un nuevo corte de pelo. Pobre conejillo de indias, porque mi primo no era de los que se preocupaba demasiado por su pelo. Tan solo dejaba que Irina se lo cortase cuando lo tenía demasiado largo y se le metía en los ojos. El que se hubiese dejado usar para eso solo me decía lo comprometido que estaba con ayudar a la chica. Ella no sabía la suerte que tenía de haber encontrado a alguien como Serg.

Capítulo 19

Serguéy

¡Uf! En mi vida me habían dado un masaje de cabeza y sentaba de maravilla. El agua tibia, el aroma a algo dulce y florar envolviéndome, los mágicos dedos de Ella haciendo un maldito buen trabajo. ¿Dejar que me cortara el pelo? Podía ponerme un pendiente en la oreja si quisiera. Bueno, no, eso mejor no, pero estaba en la gloria. Y el resultado no estaba mal. Puede que en el gim les sorprendiera verme así, pero... no me quedaba mal. Después me quedé observando mientras transformaba la imagen de la dueña del local bajo la atenta mirada de los otros estilistas. Sus caras parecían decir que les gustaba el trabajo que estaba haciendo. Que le dieran el puesto no me sorprendió. Mi mujer ya tenía su trabajo.

—Así que empiezas el lunes que viene.

—Sí, no quería parecer muy desesperada empezando hoy mismo.

—Sí, lo habría parecido. El lunes está bien. Así te da tiempo a descansar un poco.

—No necesito descansar.

—Sí, lo necesitas. —Podía engañar a otra persona, pero no a mí. Había visto todo lo que había debajo de esa ropa y sé lo que puede llegar a doler todo lo que trataba de negar. Así que ni hablar, iba a descansar y punto.

—No es por echarte, pero ¿no tendrías que ir a trabajar? —Miré mi reloj y sí, ya había perdido demasiado tiempo.

—Sí, llego un poco justo. Llamaré para avisar que llegaré tarde y te llevaré a casa.

—Puedo ir sola. No te preocupes. —Dio un par de palmaditas a su bolso para recordarme que ahora sí tenía una tarjeta para gastar. Aun así...

—¿Estás segura? —Recuerda Serg, tienes que dejar la puerta de la jaula abierta y dejar que ella salga.

—Claro. No tengo 6 años, puedo llegar a casa solita. —Asentí, metí la mano en el bolsillo y saqué el manojito de llaves y un par de billetes.

—De acuerdo. Estas son las llaves de casa, la dirección ya la conoces y esto es algo de efectivo, para que no tengas que ir a sacar dinero para el taxi.

—Aha.

—Llegaré a casa sobre las cuatro.

—Te prepararé algo de comer.

—Genial. Entonces hasta las cuatro. —Y ahí, justo en ese momento, me di cuenta de que teníamos que despedirnos. En mitad del Crystals. ¿Cómo coño tenía que hacer eso? Así que me acerqué, la tomé rápidamente y, con cuidado, deposité un pequeño beso en su frente. —Cuídate.

—Lo haré. —Y me fui, no sin antes mirar un par de veces hacia atrás. ¡Mierda! Me sentía como un padre que deja a su hijo el primer día de colegio.

Cuando llegué al gim, lo último que quería era escuchar los comentarios de nadie, así que cuando Lucy me dijo «Bonito corte de pelo, Serg» solo gruñí y pase de largo.

—¡Eh, Serg! Cambio de look. —Estupendo, no podía ni ponerme la ropa de entrenamiento tranquilo.

—Tenías que estar corriendo en la cinta, Nino.

—Vaya, ese peluquero te cortó el buen humor. —Me quedé clavado, mirando al suelo. En un

segundo, el recuerdo de los dedos de Ella masajeando mi cuero cabelludo me pusieron una sonrisa estúpida en la cara.

—Nop, la peluquera estuvo muy bien. —Nino se paró delante de mí, obligándome a mirarlo.

—Peluquera, ¿eh? Ahí hay un plan o algo.

—Mi plan con la peluquera no tiene que preocuparte, pero sí el que tenemos tú y yo ahora, chaval.

—Tirano.

—Lo sé. A trabajar. —Cerré mi taquilla y le golpeé el hombro para que caminara delante de mí.

Como auguré, Nino no fue el único en tocarme las pelotas con lo del corte de pelo. Creo que saber que había alguien en casa, esperando mi vuelta, me mantuvo con los ojos pegados al reloj. Otros días no me importaba demorarme en la salida, pero esta vez estaba decidido a no hacerlo, para alegría de Nino y Lucas. Fue escuchar el «Se acabó por hoy. A las duchas» cuando se dieron cuenta de que la liberación había llegado. No me quedé a apreciar sus muestras de felicidad, solo me fui a los vestuarios, para ser el primero en pasar por el agua y jabón. Ya estaba casi llegando a la puerta de salida del gim, cuando la voz de Lucy me hizo girarme hacia la recepción, donde ella estaba. O debería estar, porque salía de detrás del mostrador para ir a mi encuentro. Nos detuvimos, uno frente al otro, en mitad del hall de entrada.

—¿Qué sucede, Lucy? —Me sonrió de esa manera que siempre hacía, entre dulce y picante, más picante que dulce, para ser exactos.

—Tienes que firmar unos documentos. —Sí, puse los ojos en blanco antes de tomar los papeles que tenía en sus manos y caminar hacia la recepción para apoyarlos en la superficie plana y firmar. Me estiré para coger un bolígrafo de la parte de atrás y busqué las líneas de puntos. Los de la oficina era unos pesados con tanta firma, pero era imposible librarse de ellos, porque, según dijo Viktor, cada una de esas firmas me mantenía en ese país. Una puñetera nómina, eso era todo. Menos mal que la oficina estaba en otro de los edificios de los Vasiliev, porque tenía ganas de pasarme por ella y decirles que podían mandarme esos papeles una vez al mes, y no todas las semanas.

—Listo. ¿Algo más? —Me giré hacia Lucy, para encontrarla con la vista clavada en mi trasero.

—Había pensado... que hace mucho que no tenemos un ratito para jugar los dos. —En otras palabras, un polvo rápido en alguna parte. Sí, eso era todo lo que nos quedaba. Del último hacía... tres meses al menos. Sí, soy un puñetero monje.

—No va a ser posible. Ahora estoy ocupado. —Se mordió el labio inferior sugestiva.

—Ya sabes que puedo esperar a que no lo estés. —Le entregué el bolígrafo y me dirigí a la puerta.

—Tengo que irme. Adiós, Lucy.

Cuando llegué a casa, lo primero que hice fue meter las manos en el bolsillo para sacar las llaves. Es curioso lo que hacemos por costumbre. Llamé a la puerta y Ella abrió después de un momento. Lo primero que me golpeó fue un olor intenso que hizo que mis tripas gruñeran.

—¿A qué huele? —Ella sonrió y caminó delante de mí hacia la cocina.

—Verduras con arroz y pollo. —Al llegar a la mesa me la encontré preparada para dos comensales—. ¿Tienes hambre?

—Ahora sí. —Me senté en la silla que me indicó y fue en busca de una cazuela que posó cerca de mí.

—No sé si todo esto entra en la categoría de comida sana, pero no me diste unas pautas, así que improvisé. Tendrás que darme unas directrices para la próxima vez. —Tenía la nariz casi

metida en la comida, pero es que no podía evitarlo.

—¿Qué usaste? —Estiró la mano para enumerar con los dedos cada ingrediente.

—Veamos: ajo, tomate, champiñones, judías verdes, arroz y pechuga de pollo. ¡Ah! Y una cucharada de aceite de oliva. Paré a comprarlo de camino. Dicen que es más sano que el aceite de semillas o la mantequilla. —Vaya, se había molestado en investigar las cualidades de ese ingrediente en particular.

—¿Nada más?

—Una pizquita de sal. ¿Se puede, verdad?

—No en exceso, pero sí. —Extendí mi plato hacia la cazuela.

—Echa aquí, vamos a probarlo. —Hidratos de carbono, fibra, proteínas... Lo tenía todo y además olía bien. ¡Oh, vaya! Y sabía tan bien como olía.

—¿Te gusta?

—Muy bueno —respondí después de tragar lo que me quedaba en la boca.

Terminamos con todo y juro que me quedé con ganas de más. Soy un pozo sin fondo, he de reconocerlo, menos mal que lo quemo con el ejercicio.

—Puede que me quedara corta con la cantidad.

—No pasa nada, así empezaremos el plan de dieta y ejercicio. El secreto de una dieta no solo son los alimentos, sino la cantidad.

—¿Empezarás ya a trabajar conmigo? —Se la veía tan ilusionada...

—Dejaremos que la comida se asiente y después nos ponemos a ello, ¿de acuerdo?

—Bien. Iré recogiendo y limpiando todo esto. —Sí, mejor, porque yo no me podía mover. ¿Estaría mal si me recostaba en el sofá unos minutitos? Cuando estaba a punto de llegar a mi destino, encontré algo sobre la mesilla que me dejó sorprendido. ¿Qué demonios era eso?

Capítulo 20

Serguéy

Me había quedado clavado en el suelo, como una estaca sobre el corazón de un vampiro. Ella se dio cuenta.

—Sé que no están muy bien, pero estoy algo oxidada. Llevaba años sin hacer algo parecido. Pero ya sabes, hay cosas que nunca se olvidan, como montar en bicicleta.

Me agaché hasta que mis ojos estuvieron lo suficientemente cerca para apreciar todos los detalles. ¿Había hecho eso en lo que yo había estado trabajando? Además de ir de compras y hacer la comida. No se limitó solo a comprar el aceite, esos pequeños zapatos de lana tenían botones, ¡botones!

—Son... bonitos. Creo, yo no entiendo mucho de estas cosas. —Pero seguro que tenían un trabajo de la leche.

Ella

¡Joder, y dijo que iba a ser suave conmigo! Habíamos hecho hueco en el salón para que pudiese hacer mis ejercicios. Allí es donde iba a morir. Tenía el corazón a dos centímetros de salir de mi boca, mis pulmones a punto de reventar y mi cuerpo era un único e intenso grito de dolor. No, no me dolía, se había convertido en el dolor, así de simple. Pero, ¡eh!, si tenía que sacarle algo bueno era que tenía a Serguéy a mis pies, aguantando mis pantorrillas mientras yo luchaba por hacer una abdominal más. Podía estar hecha un asco, sudada, roja y a punto de morir por un paro cardíaco, pero lo haría con unas vistas inmejorables. Serguéy en pantalón corto y camiseta de tirantes. ¿Saben que está tatuado? ¡Oh, sí, lo está! Y le queda de fábula sobre ese cuerpo. ¿Motivación? Quien la necesita teniendo esto ante tus ojos.

—Y esta es la última. —Me dejé caer de espaldas al suelo, estirando mis pesados brazos por donde pudiese. ¿Hablar? Dejémoslo para más adelante, mi boca estaba muy ocupada llevando aire a mis pulmones—. ¿Podrás llegar a la ducha?

—Luego. —Serg me palmeó la pierna y se puso en pie para tenderme una mano y tirar de mí.

—Luego no podrás moverte. El agua caliente relajará tus músculos. Vamos. —Me puso en pie de un tirón. Sí, me puso, porque era imposible que yo colaborara mucho ahí.

—Tenías razón. —Su ceja se levantó al tiempo que sonreía. Me giré para ir derecha al baño.

—¿En qué?

—En que te odio, mucho. —Escuché su risotada mientras huía como una cobarde del centro de torturas. Pero lo hacía sonriendo.

Serguéy

¡Era la caña! La dejé agotada hasta los huesos y encima tenía ganas de bromear. Cierto que cuidé mucho de no ejercitar las partes que tenía magulladas y doloridas, pero, aun así, la hice trabajar a fondo. Mentira, cuidé mucho de no sobrepasarme con ella. Estaba golpeada y su cuerpo

no estaba acostumbrado al ejercicio físico, por eso fui despacio y sin pretensiones, solo con la intención de averiguar dónde estaban sus límites.

Escuché la vibración del teléfono por la recepción de un mensaje. Al comprobar de qué era, no pude evitar marcar el número de Andrey.

—¿Así que ya estamos oficialmente casados?

—Desde hace dos horas.

—Bien. ¿Sabes algo sobre la orden de alejamiento?

—Sííí. —Cuando Andrey daba esas muestras de divertida satisfacción era que la cosa había sido como él esperaba o mejor.

—Cuéntame.

—Entregada esta misma mañana en la central de policía delante de un buen grupo de compañeros. Por lo que sé, quedó bien claro que era una «orden de alejamiento».

—Me habría gustado ver su cara.

—Y a mí, pero no se puede tener todo en esta vida. ¿Qué tal lo lleva tu señora esposa?

—Mejor de lo que pensábamos.

—Viktor dice que si sale de esta, no volverán a tumbarla.

—Va a hacerlo. Estoy convencido.

—Bien. Ah, si te llama Lena, es porque está organizando una cena familiar para celebrar tu boda.

—Pero es ficticia, Andrey.

—A estas alturas, ya tenías que saber que a mi hermana eso le da igual. Cualquier excusa es válida para celebrar.

—Sí, algo así me imaginaba.

—Tú por si acaso, además de hacerte el sorprendido, ve buscando ropa elegante para esta noche.

—Miraré en el armario.

—Sí, ve desempolvando el esmoquin que te compraste para la cena de aniversario de mis padres.

—Era alquilado.

—Ah, mierda. Eso tenemos que arreglarlo. Como se entere Lena, la has cagado.

—No voy a...

—Tú no te preocupes, yo me encargo... y enviado.

—¿Has enviado qué?

—Robin se encargará de recoger a tu chica y llevarla a casa de... ¡Joder! Paso de hacer planes, Lena ya se ha metido de por medio.

—¿Pero qué mierda estás haciendo?

—Pues estaba manteniendo una conversación con Robin, pero ha hecho un grupo o algo así, porque ahora están metidas Katia, Lena y mi madre. Yo no puedo con estas mujeres. —Sí, era una idiotez reírse del pobre Andrey cuando todo este alboroto me acabaría golpeando en la cara, pero, en fin, era divertido mientras le tocaba a otro.

—Me estáis dando miedo todos vosotros.

—Somos Vasiliev, nosotros nos movemos rápido, ya lo sabes.

El timbre de la puerta sonó en aquel momento y me encaminé a abrir. No necesité mirar por la mirilla para ver quién era, Andrey me lo dijo.

—Robin está en tu puerta.

—Menudo control. Corrijo, no me dais miedo, me dais muuuucho mucho miedo. —Abrí la

puerta y me encontré a una sonriente Robin con su pequeña dormida dentro de una de esas mochilas portabebés.

—Hola, vengo a por tu mujer.

—Se está duchando, le avisaré de que has venido a buscarla. —Andrey seguía al otro lado del teléfono.

—Bueno, en quince minutos paso a recogerte.

—No, que tengo que ducharme.

—Pues hazlo rapidito. Nos vemos. —Y colgó.

—¡Pero qué cosa más cuqui! —Robin tenía las botitas de lana en sus manos como si fueran de caramelo.

—Ah... hola. —Mi mujer, ahora ya oficial, apareció por la puerta con su pijama de... ¿Qué carajo era eso?

—Hola, soy Robin, la mujer de Andrey. He venido a buscarte.

—¿Buscarme?

—Sí. Esta noche tenemos celebración de boda. Así que voy a secuestrarte, como buena dama de honor que soy. —Espera, espera, de eso yo sabía algo.

—¿No es la novia la que escoge a sus damas de honor? —pregunté.

—Si fuese una boda convencional, sí. Pero es una boda Vasiliev, no somos convencionales precisamente. —Estaba a punto de decir que esta era una boda falsa, pero creo que toda la familia ya estaba al tanto, ¿o no?

—Robin, esta boda no es...

—¡Ah, calla! No le quites gracia a la cosa. Yo me casé en una habitación de hospital, así que no vas a quitarme una boda con tarta y banquete, aunque no sea la mía. —Vale, esa era mi señal para cerrar la boca y largarme de allí pitando.

—Voy a ducharme, Andrey viene a buscarme en... —miré el reloj— diez minutos.

—Pues ya estás perdiendo el tiempo. —Empecé a caminar hacia el baño, deteniéndome junto a Ella.

—Vas a estar bien. No te preocupes. —Depositó un pequeño beso en su frente y seguí mi camino.

—Pues claro que va a estar bien. Oye, ¿hiciste tú estos zapatitos?

—Sí, son para el bebé de Katia. ¿Tú quieres unos para tu pequeña?

—¿Lo harías? Oh, genial, pero algo más femenino, ya sabes, mi nena es muy presumida.

El resto de la conversación, gracias a dios, me la perdí. Ay, no envidiaba a Ella. Mis primos iban a ser algo más calmados que esta jaula de grillos. Sí, jaula de grillos. Robin, Lena... no, no me daba envidia, más bien pena, pobre. En qué manicomio la he metido.

Capítulo 21

Serguéy

El dependiente me estaba atando la puñetera pajarita al cuello, mientras yo intentaba no moverme.

—¿Al final averiguaste lo que significaba lo del cuarto creciente? —Viktor levantó la vista del teléfono y me sonrió.

—Las mujeres y sus claves. A ti también te intrigan, ¿verdad?

—Soy curioso, sí.

—Pues parece ser que hay una creencia que viene a decir algo así como «si el bebé nace en cuarto menguante, el siguiente es igualante, si nace en creciente, el siguiente es diferente». En resumen, mi Tasha nació con la luna en cuarto creciente, luego su hermanito será niño.

—¿Y tú crees que eso funciona? —Viktor estiró el cuello.

—Cuando vea la ecografía, te lo diré. —Viktor y su pragmatismo.

El asistente se retiró y me dejó frente al espejo para que apreciara cómo me quedaba el esmoquin. ¡Vaya, sí que estaba elegante!

—Nada como Armani para hacer brillar a un hombre.

—¿No es la mujer que lleva colgada del brazo? —respondí a Andrey mirándole de soslayo.

—¿Crees que no brillábamos antes de tener a nuestras chicas? Lo hacíamos, hombre. La mujer correcta a nuestro lado es la guinda del pastel —dijo Andrey con una leve sonrisa.

—Lo que aquí mi hermano quiere decir es que si pones una mujer excepcional al lado de una piltrafa de hombre, al tipo se le verá menos aún. Es como esos vejestorios que llevan al lado una chica despampanante, lo primero que piensas es que está a su lado por el dinero, y uno no suele equivocarse. Pero cuando la mujer en cuestión va al lado de un tipo como nosotros... lo primero que piensas es que tienen que quemar las sábanas cada noche.

No pude evitar pensar en lo que diría la gente al vernos a Ella y a mí juntos. Ella no tenía un cuerpo de modelo y yo... parecía un chico de anuncio de calzoncillos. Seguro que pensarían que estaba con ella por su dinero o cualquier otra estupidez. La verdad, mi mujer era una persona amable, con un gran corazón y sentido del humor. Pese a todo lo que había padecido, aún tenía ganas de reír y eso decía mucho de ella y su carácter. Las personas solemos imaginarnos con quién querríamos estar en los buenos momentos, pues yo sé que me gustaría tenerla conmigo en los malos, porque es de esas personas que mantienen tu ánimo arriba, no con palabras de aliento, sino poniendo una sonrisa en tu cara; esa era su arma, sonreír. Y eso, sin duda, es mucho mejor que tener al lado a alguien a quien debes arrastrar para salir del agujero, o alguien que se niega a salir. Ella sería quien, cada vez que resbales, diría: «tú sí que sabes tropezar con elegancia».

—¡Joder! —Volví la vista hacia Andrey, que miraba la pantalla del teléfono con el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre? —Viktor se acercó a curiosear lo que llamaba la atención de su hermano.

—En buena hora metimos a Lena en todo esto. —¡Ah, dios! Tenía que preguntar.

—¿Qué ha hecho? —Viktor tenía la nariz muy cerca de la pantalla del teléfono de Andrey, con los ojos abiertos como bocas de metro.

—Esto tiene que ser una broma. —Andrey se ocupó de contestar a la pregunta.

—No, no tiene pinta. De momento, me ha tocado officiar de nuevo la boda. —Viktor se

enderezó antes de mirarme.

—Bueno, si inmigración se pone a investigar vuestro matrimonio, no va a poder decir que hicisteis una chapuza.

—Me estás asustando. —Me acerqué para ver aquello, pero Andrey se guardó el teléfono en el bolsillo con rapidez.

—Ah, Ah. Tú no puedes ver estas cosas. Tendrás que esperar a medianoche.

—¿Por qué medianoche?

—Y yo que sé. Las hormonas de embarazada de Katia, la boda exprés en una habitación de Robin... Lena y su manera de hacer las cosas a lo grande... Ya ni quiero saberlo. —Viktor pasó su brazo por mis hombros y me sacudió.

—¡Eh! Somos Vasiliev, arrollamos con lo que nos pongan por delante.

—Solo soy un cuarto de Vasiliev. —Viktor soltó una carcajada.

—Ser Vasiliev no se cuantifica por porcentajes. Es como estar embarazado o muerto, lo estás o no lo estás, pero no puedes estar solo un poco. —Andrey estaba de nuevo mirando el teléfono.

—¿Sabes algo de unos patucos muy cuqui? —Solté una carcajada. Sí, esta vez, yo sabía algo que estos dos pagarían lo suyo por conocer.

Alvin

¡Maldita perra! Una puta orden de alejamiento, me había enviado una orden de alejamiento. Los compañeros de la central tenían material para reírse de mi durante una buena temporada. Era el maldito payaso de toda la estación y encima estaba convencido de que dañaría mi imagen de cara al ascenso que estaba buscando.

No había tenido bastante con largarse de aquella manera, sino que me humillaba delante de mis compañeros y amigos. Me costó un triunfo hacerles creer que Estrella se había excedido, que no había causa real para aquella orden de alejamiento, que no era tan grave... pero somos policías, todos sabemos lo que hay detrás de una. No me importó hacerme pasar por la víctima en todo aquello, pero no pensaba serlo. Estrella y sus amigos iban a pagar por ello. Iba a encontrarla y terminar con esa relación como debía ser terminada, siendo yo el que dijera la última palabra.

Iba a localizar a Estrella Martinez, iba a dejarle claro que nadie me desobedecía y luego dejaría que me suplicara por su vida. Soy Alvin Sanders, acepto los desafíos y los gano, sea de la forma que sea. Mi padre me enseñó que un hombre asciende tan alto como personas ha de pisar para llegar arriba, y Estrella estaría siempre debajo de mí.

—Buenas tardes, señorita. Soy el detective Sanders, del distrito doce. Quisiera localizar a un juez, para solicitar una orden.

—Por supuesto, detective, ¿cómo se llama el juez? —Le tendí los datos a la funcionaria pública y ella tecleó la información en su terminal. Cuando vi su ceño arrugado, supe que algo andaba mal.

—Lo siento, detective, pero este juez no opera en Miami.

—Puede que lo haga fuera de la ciudad.

—No, este juez no opera en este estado.

—Vaya, ¿está segura? —Estiré el cuello para poder mirar por encima del monitor, pero ella lo giró para evitarlo.

—Lo siento, pero no puedo facilitar ese tipo de información.

—Disculpe. Quizás me dieron mal los datos.

—Seguramente.

—¿Podría darme un listado de los jueces que operan en el distrito? Quizás encuentre a otro al que pueda solicitar mi orden.

—Por supuesto.

Recogí el papel impreso y salí de la oficina. Podías ponérmelo difícil Estrellita, pero iba a dar contigo. Y entonces...

Ella

Era imposible mirarse al espejo y no dejar que tu imaginación volara. Un vestido de novia, estaba metida dentro de un vestido de novia y me sentía... hermosa. Quién lo iba a decir, yo Estrella Martínez... No, espera, Ella Sokolov, era Ella Sokolov. Para Ella, todo era posible, incluso estar casada con un hombre como Serguéy. Y no, no solo era por el físico, Alvin también me pareció muy atractivo en su momento. No, era por lo que había en su interior. Era bueno, de los que se preocupan por los que tienen cerca, de los que se indignan por las injusticias y se implican para combatir las, de los que cuidan, de los que protegen, de los que... ¡Porras! Ella, es temporal, es mentira... No te enamores de él, no lo hagas. Porque para él no eres más que una pobrecita mujer maltratada a la que ayudar. Sí, es agradable contigo, pero porque está en su naturaleza serlo. Los hombres como él no se enamoran de mujeres como tú, Ella. No lo olvides. Sentí una lágrima asomarse a mi párpado derecho, pero no iba a dejarla salir.

—Lo sé. Verse así vestida te llega al alma. —Katia estaba parada a mi lado, mirando el reflejo frente a mí.

—Es un vestido precioso —dije.

—Es solo tela, lo que importa está dentro, mucho más adentro. —Noté como acariciaba su tripita incipiente y me incliné para tocarla yo también.

—Tú sí que sabes de lo que hablas. —Me miró y soltó una risotada.

—Sí, totalmente.

—¡Ya están aquí! —Lena entró en la habitación en aquel momento, exaltada como una colegiala antes de ir al baile de graduación. Mirna, su madre, entró detrás de ella más calmada.

—Lo que la loca de mi hija quiere decir, es que los chicos ya van camino del jardín. —Robin me cogió de la mano y me arrastró hacia la ventana. El jardín de los Vasiliev era precioso, aunque ahora, a unas horas del atardecer, tenía esa luz mágica que lo hacía aún más hermoso. Paul, el mayordomo de Robin y Andrey, se había encargado de decorarlo todo con flores y preparar un lugar para la ceremonia. Había sido divertido ver a Robin y a Paul unificar criterios hasta alcanzar lo que ellos creían que era perfecto.

—¿No están guapos? —suspiró Robin a mi lado. Tenía que reconocerlo, a esta distancia todos aquellos hombres, vestidos de esmoquin, parecían auténticos modelos de pasarela. ¿Es que no había ninguno feo? Si hasta el más madurito tenía buena planta. Esa Mirna, qué suerte tenía. Un hombre de esa edad, en tan buena forma, que la seguía amando con locura. ¿Quién no sentiría envidia?

—Los músicos ya están en su sitio. —Lena señaló el lugar donde en el que estaban sentados tres violines y un chelo. ¿Se dice así, no? No soy muy de música clásica ni de conciertos.

—¿Estás lista? —Katia me tomó de las manos y yo asentí hacia ella—. Bien. Robin, da la señal. —Robin cogió su teléfono y empezó a teclear.

—Algo bueno tiene que Sara esté en la planta de abajo, espero que con la cabeza fuera del...

—¡Robin! —Katia interrumpió a Robin.

—¿Qué?! La pobre está más tiempo vomitando que andando.

—Qué poco te acuerdas de lo tuyo. —Una suave música llegó desde el jardín y todas nos pusimos en alerta.

—Es nuestra señal —aclaró Mirna.

Una a una, nos pusimos en fila y salimos hacia el jardín. Cuando estaba ante las puertas francesas, desde las que nacía un camino de velas blancas, tuve que detenerme para tomar aire. Sentía los pelos de mis brazos ponerse de punta y un escalofrío recorrer todo mi cuerpo.

—Pachelbel, Canon en D Major. Por si quieres recordarlo. —Miré a Katia y asentí. Tomé aire y avancé hacia mi marido.

Capítulo 22

Serguéy

Allá vamos. Es todo lo que pude pensar cuando la música empezó a sonar. Realmente no sabía ni qué hacer ni a dónde mirar, así que busqué algo en lo que centrarme, hasta que la vi aparecer por el camino iluminado.

No sé qué aspecto tendrán el resto de las novias, pero ella... ¿Cómo explicarlo? Su sonrisa era una mezcla entre dulce y triste, imposible no derretirse cuando te miraba así. Pero sus ojos tenían aquel brillo... auténtico, calmado, reconfortante. Era como esa sensación cuando llegas a casa y dejas todo lo demás fuera; problemas, ruido, cansancio. Llevas todo el maldito día deseando llegar a casa, a tu refugio, a tu lugar... No sé cómo explicarlo mejor.

Tomé aire y esperé a que llegara hasta mí.

—Otra vez aquí —puntualizó Andrey.

—Dicen que la práctica lleva a la perfección —dijo Ella. ¿Lo ven? ¿Cómo podía alguien no sonreír con ella cerca?

—¡Eh! La primera vez no lo hice tan mal.

—Más te vale alargarla un poco más esta vez o tu mujer te corta las pelotas por no darle una boda como dios manda —le susurró Viktor a su hermano.

—No les valía con tocarnos las narices con lo de la medianoche, que luego nos han metido prisa porque la luz del atardecer quedaba mejor en las fotos. No se deciden y encima quieren que yo...

—¡Empieza de una vez, Icedman! Se nos va la luz —gritó Robin desde su puesto, interrumpiéndole. Andrey puso los ojos en blanco, pero sonrió.

—Toda la familia Vasiliev se ha reunido aquí, además de para celebrar la boda de Serguéy y Estrella, para alegrar los corazones de aquellos a quien más amamos... —miró a Robin y esta le lanzó un besito con la mano—. Y para aprovechar la experiencia de Paul, aquí presente, organizando bodas en mi jardín. Espero que no se convierta en costumbre, quedáis avisados. Dos es mi tope... —Se escuchó un pequeño grito enojado de Robin, supuse, y Andrey, listo como es, decidió rectificar—. Salvo para la renovación de mis votos con mi esposa, que si ella lo desea será aquí, aunque yo había pensado hacerla en alguna playa paradisíaca.

—Deja de divagar Andrey, ve a lo importante. —La protesta de Lena llegó desde el público.

—Serg y Ella, el destino os ha traído hasta aquí para uniros bajo un mismo nombre, Sokolov, y para haceros más fuertes. Ella, al casarte con Serg, no solo él cuidará de ti. Por si no te has dado cuenta, has entrado a formar parte de la familia Vasiliev y eso implica que todos te cuidaremos. —Se oyó cómo alguien se sonaba la nariz y, a parte de algunas risillas, se escuchó la voz de Nick.

—Es culpa tuya, Andrey. Sara está muy sensible con el embarazo. ¡Auch! Pero es verdad swetty. ¡Auch! Vale, vale, me callo. —El pobre Nick se frotaba el brazo como si los manotazos de Sara realmente le doliesen, pero su enorme sonrisa le contradecía.

—Abrevia, tío Andrey, tenemos hambre —gritó Dimitri, que recibió un pescozón por parte de su madre.

—Por el poder que me ha concedido el estado de Nevada, y, lo siento, no consigo recordar la iglesia esa, yo os declaro marido y mujer. Ya está, a cenar, que se enfría. —Dimitri gritó con los brazos en alto, pero tuvo la precaución de hacerlo mientras corría bien lejos de su madre.

El cuarteto de música volvió a tocar y la gente empezó a dispersarse. Solo quedamos Ella y yo, que permanecíamos parados allí, con las manos entrelazadas. Lo sé, la estaba mirando como esperando... algo.

—Eh... creo que estuvo mejor que la vez anterior.

—Sí, pero no pienso repetir para ver la evolución de Andrey con esto de las bodas.

—Sí, mejor paramos con esta. Si le dejas, la próxima es capaz de venir disfrazado de Elvis. — Me salió una carcajada tan energética que todo mi cuerpo se convulsionó. Elvis, por dios, que imaginación. Cuando pude controlarme, me incliné y le di un besito rápido en los labios, agarré su brazo con el mío y nos llevé a la mesa. ¡Jesús y todos sus apóstoles! ¡Elvis! Ah, mierda. Ahora no podría sacarme esa maldita imagen de la cabeza en toda la noche.

Ella

Pues menos mal que Serguéy me llevaba del brazo, porque no estaba segura de si mi persona seguía totalmente operativa. ¿Se había dado cuenta de lo que había hecho este hombre? ¡Me había besado! No es que hubiera sido algo pasional, pero, ¡demonios!, era un beso. ¿Roja? Como si me hubiesen sumergido en agua hirviendo.

Sentí un tironcillo en la falda y al mirar hacia abajo vi a Tasha levantándose las manos. Me incliné y la alcé para acomodarla en mi cadera.

—Hola, tesoro —La niña me acarició la cara y después continuó con uno de los mechones de mi pelo.

—Guapa.

—¿Tú crees? —Le di un sonoro beso en su papo regordete—. A mí me parece que tu vestido es más bonito que el mío. —Cogió el bajo de su falda y lo levantó para que lo viéramos mejor las dos, o eso creo. Después se abalanzó sobre mi cuello y me regaló uno de esos abrazos que rompen cuellos. Cuánto había echado de menos eso.

—Oh, mira cómo te está poniendo el vestido este diablillo.

Ahí llegaba Mirna para coger a la pequeña y sacarla de mis brazos. Tampoco es que durara mucho en los brazos de su abuela, porque enseguida echó a correr en dirección a la mesa. Noté unas pequeñas sacudidas en la cadera y al mirar vi a Serguéy inclinado con un pañuelo en la mano intentando quitarme la tierra del vestido. ¡Oh, mierda! Los hombres normalmente no hacía esas cosas, a no ser... ¡No! Tenía que ser eso. No le daba importancia al beso que me había dado antes, se preocupaba por mi vestido, era atento y detallista, no se le iba la vista detrás de las mujeres... Solo había una explicación, Serguéy era gay. No existían heteros así.

—No sale del todo.

—No... no te preocupes, no tengo pensado volver a usarlo más veces.

—Pero una novia tiene que estar perfecta el día de su boda.

—¿Y quién dice que no lo estoy? —Me puse una mano en la cadera y me ladeé un poco, como si llevara puesto un traje de alta costura y fuese una modelo de Victoria's Secret. Él me sonrió y me tendió la mano.

—Será mejor que nos demos prisa, antes de que Dimitri empiece a atacar la tarta.

La cena estuvo bien, hasta que estos chicos rusos empezaron a liquidar botella de vodka tras botella. Pueden tener mucho aguante, pero cuando un hombre empieza a hablarte en ruso como si lo entendieras era que había llegado al momento de dejar de beber.

Capítulo 23

Serguéy

Sentía que la cabeza me iba a reventar y desparramarse sobre la almohada. Resaca, ¿cuánto hacía que no pillaba una de estas? Creo que desde que pasé al segundo puesto en los juegos europeos en... Ugh, no podía pensar, me dolía como nunca. Y debió ser una noche épica, porque no recordaba cómo había acabado en una cama desconocida y abrazado a un cuerpo caliente. Era una mujer, porque mi mano estaba bien posada sobre una teta bien grande, como a mí me gustan, y... nada de silicona. Abrí un ojo para ver unas caderas rotundas, cabello castaño y... ¡Oh, joder! Aparté la mano con tanta rapidez, que creo que la saqué de su profundo sueño. ¡Mierda, Serg! ¿Te has acostado con Ella? Me giré para quedar panza arriba y, al hacerlo, noté que no había sido precisamente un buen movimiento. Buenos días, erección matutina. Levanté las sábanas para mirar debajo. Al menos tenía los calzoncillos puestos. Mis ojos se fueron sin querer hacia mi costado, donde topé con un trasero a medio cubrir. Subí la sábana rápidamente, antes de que la persona a mi lado tuviese tiempo de advertir lo que había hecho. Y ya de paso, con el mismo disimulo, doblé una rodilla, para poner una especie de muro protector entre Ella y mi pene.

—Supongo que tendrás un buen dolor de cabeza. —Su cabeza se giró para mirarme por encima del hombro, arrastrando al resto de su cuerpo hasta que estuvo totalmente frente a mí. Espero que pensara que el que tardase en responder fuese efecto de mi resaca, porque la verdad, no era ese el motivo. A ver, resacoso, sí, pero no hasta el punto de no notar esas dos succulentas mamas dirigiéndose hacia mí. Eran grandes, naturales y... ¡Basta!

—Me va a reventar. —Me pasé el brazo sobre los ojos, en parte para escapar de la fuerte luz diurna que entraba por la ventana y en parte para alejarme de la tentación de seguir mirando las tetas de Ella.

—Es normal.

—¿Tú no bebiste?

—Medicación, recuerdas —dijo con una sonrisa triste.

—Pues, perdona que lo diga, pero vaya una mierda de celebración.

—¡Eh! Estuvo genial —golpeó suavemente mi brazo.

—Soy ruso, es decir, somos rusos, si no consumes tu buena cantidad de vodka, no es una celebración en condiciones.

—Tal vez la próxima vez —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Boda o celebración? —retiré el brazo y giré mi rostro hacia ella.

—Lo que primero llegue.

—Bien. De bodas estamos servidos para una buena temporada, pero espero que me incluyas en la próxima ocasión que tengas para celebrar algo.

—Por supuesto.

Volví a girar la cabeza sobre la almohada y me puse de nuevo el brazo encima de los ojos. No quería preguntar, no quería preguntar... pero...

—¿Cómo demonios llegué a la cama? —escuché una risa ahogada y volví a mirarla otra vez. —¿Qué es tan gracioso?

—No recuerdas nada, ¿verdad?

—Dime que no hice el ridículo.

—Yo lo llamaría «integración en el grupo».

—¿Integración en el grupo? ¿Y qué demonios significa eso?

—Pues que todos los rusos estabais más o menos en el mismo punto. Ya sabes, cantando, bailando... esas cosas.

—Seguro que ahora te arrepientes de haberte casado conmigo.

—¿Por qué piensas eso? —dijo seria.

—Soy un ruso patético, que ni siquiera sabe aguantar la bebida. Pero en mi defensa diré que no soy de beber. Ruso, sí, pero atleta. Yo cuido mucho lo que me meto en el cuerpo.

—Era una fiesta, Serg, se suponía que por unas horas dejas de ser el de siempre y solamente te diviertes.

—No me has contestado. ¿Cómo llegué a la cama?

—¿Cómo lo explico? Con todos los hombres borrachos, mujeres embarazadas y alguna cuidando de los niños... las opciones eran muy limitadas.

—¿Cómo de limitadas?

—Digamos que tienes suerte de amanecer en una cama.

—No tengo la cabeza para andar con adivinanzas, Ella, dílo de una vez.

—La parte que pude, te arrastré, la otra, gateaste, y finalmente acabaste sobre la cama — explicó con una gran sonrisa.

—¿Me quitaste tú la ropa?

—Tú no estabas muy por la tarea, así que lo hice, sí. —Ahhhhh, qué lindo, se puso toda roja.

—¿Hicimos... ejem... hicimos algo...?

—¡Por Dios, no! En cuanto caíste sobre el colchón, entraste en sueño profundo. Ah, y roncas, que lo sepas —dijo entre carcajadas.

—¡Yo no ronco!

—Todo el mundo ronca, Serg, solo depende de la postura en la que te encuentres. Y ahora, si me disculpas, voy a cumplir con la llamada de la naturaleza. — ¿Llamada de la naturaleza? ¡Ah, joder! Se estaba meando.

Ella se puso de costado para salir de la cama, levantó la sábana y se encaminó hacia lo que supongo sería el baño.

—Como se te ocurra reírte, te corto el pelo al cero mientras duermes.

—¿Reírme? —¿De qué coño...? Ella dio una sonora cachetada a su trasero, remarcando lo tirante que quedaba la tela de su camisón en esa zona.

—Los camisones de embarazada no se diseñaron para traseros grandes. Solo tetas y barrigas, nada de culos. —Ahora fui yo quien se rio a carcajada limpia. No necesitaba saber más, estaba claro que aquel camisón era uno de los que Robin había usado durante su embarazo. ¡Ah, mi cabeza! Pero ni por esas podía parar de reír.

Cuando el baño quedó vacío, aproveché a atender mi propia «llamada de la naturaleza», o como se diga. Soy un tipo educado, le doy a cada uno su momento de privacidad cuando lo necesita, y... tampoco era plan de ir y enseñarle a Ella mis cosas «privadas». Después de cargar con un Serg borracho y meterlo en la cama, podía darle ese grado de confianza que se merecía, pero no tanta.

Cuando salí de allí, Ella ya no estaba en la habitación. Así que me duché, me puse algo de ropa encima, que no tengo ni idea de donde había salido, y bajé a desayunar a la cocina. Antes de llegar allí, encontré a un Viktor aún dormido sobre el sofá, o eso pensé, hasta que Paul me preguntó qué me apetecía desayunar.

—¿Queréis dejar de dar gritos por la mañana? —Sonreí mientras esperaba a que Paul me

acercara la leche y un trozo de bizcocho. No, no había miel para mí.

—Quejica.

—Ya, quejica. ¿Tienes idea de la bomba que tiene Andrey en ese bar? Casi 90°, ¡que cabrón!

—No haberlo bebido.

—¡Já! Soy un Vasiliev. Si mi hermano Andrey puede, yo también. —Se levantó lentamente y caminó hasta llegar a la mesa y sentarse a mi lado. Necesitó apoyar la cabeza en sus manos, pero mantuvo la verticalidad.

—¿Qué desea desayunar?

—Café, mucho café —respondió Viktor alzando la cabeza hacia Paul.

—No creo que hoy puedas ir a trabajar. —Me miró con esa cara suya de duende travieso.

—Vasiliev, ¿recuerdas? Aunque tenga un brazo colgando, iré a controlar mis negocios. —Su cabeza finalmente cedió y cayó sobre la mesa—. Aunque puede que hoy lo haga desde casa.

—Te estás haciendo mayor. —Viktor ladeó su sonrisa, algo que las chicas decían que era maliciosamente sexy.

—Acabo de dejar embarazo a mi mujer de nuestro segundo hijo, yo no me llamaría viejo.

—Hay tipos de 70 que tienen hijos —apunté.

—No me toques las pelotas, Serg, así no tendré que cortar las tuyas. —Sonreí antes de beber mi primer trago de leche caliente. No, sin miel no era lo mismo, pero era lo que había, así que mordí un trozo de bizcocho y listo.

Ella

—¿De verdad que no necesitas que te lleve a casa?

—No, Robin me va a acercar después.

—Sí, Serg. Deja a tu mujercita con las chicas de la familia. Prometo devolvértela de una pieza —añadió Robin.

No es que se fuera muy convencido. Se acercó a mí, me besó en la frente y se fue. ¿Recordaría el beso de anoche?

—Bien, ahora que estamos solas, quiero que me pongas al día de todo. —Atacó Robin en cuanto Serg desapareció de nuestra vista.

Capítulo 24

Ella

Hablar con Robin fue catártico. Expulsé mis miedos fuera y ella fue comprensiva, pero tampoco me dio tregua. Robin es una persona fuerte, por dentro y por fuera. Me dijo que había sido agente del FBI y que si necesitaba a alguien para patearle el culo a Alvin, ella se ofrecía voluntaria. No ponía en duda de que pudiese hacerlo, pero... algo me decía que ese marido suyo, Andrey, se pondría en su lugar antes que permitir que Alvin le respirase encima.

—Ojalá yo fuese tan fuerte como tú.

—No es cuestión de fuerza, bueno, un poquito sí, pero lo importante es saber cómo golpear y, sobre todo, dónde.

—Ya me gustaría saber hacer ese tipo de cosas. De haberlo hecho, tal vez las cosas hubiesen sido diferentes.

—Si algo he aprendido es que lamentar el pasado no te ayuda para mejorar tu futuro. Así que, si quieres aprender a defenderte, aún estás a tiempo. Solo tienes que hacerlo.

—¿Crees que yo podría aprender a defenderme como tú?

—Igual, seguramente no. Yo estuve muchos años entrenando para llegar donde estoy, pero... algunos trucos y algunos golpes... seguro que eso sí podemos hacerlo.

—¡Eso sería genial! ¿Me enseñarías?

—Pues claro, pero tendrás que prometerme algo.

—¿El qué?

—Que no le dirás nada a mi marido, ni a Viktor ni... Vamos, a ningún hombre de esta familia.

—¿Se lo tomarán mal?

—Uf, no sabes lo sobreprotectores que son los Vasiliev. Pero no me habría casado con uno si no mereciese la pena. Así que, tú te vienes unos días a las clases de pilates de Katia y del resto nos encargamos nosotras.

—¿Pilates? —Ahí me había perdido. ¿Desde cuándo el pilates era un método de defensa?

—Verás, Katia nos da clase de pilates dos veces por semana y yo lo remato con una clase de lucha. Pero como te he dicho, de mi boca no ha salido nada de esto, ¿entendido?

—Sí, señora.

—Bien. Y ahora vamos a comprar lanas bonitas para los zapatitos de mi pequeña princesa.

Robin sacó de su minicuna a su pequeña Nika y la acomodó contra su pecho. Era una monada de bebé, de esos con labios regordetes, papos achuchables. A sus escasos ocho meses, casi siempre estaba dormida, como en aquel momento, y no parecía importarle el que la movieran de un sitio a otro. Tenía unos ricitos dorados que enseguida me hicieron decidir el color que mejor quedaría en sus pies.

—¿Es siempre igual de tranquila?

—Es una bendición de niña y eso me asusta muchísimo —respondió Robin tras besarle la cabecita.

—¿Cómo que te asusta?

—Pues porque, según mi madre, yo era igual de tranquila y mira después el camino que llevé. Definitivamente, si sale a mí, ya puedo ir preparándome. Va a ser el terror cuando cumpla 21.

—Aún queda mucho para eso.

—Eso es lo único que me consuela. Y ahora démonos prisa. Tengo trabajo que hacer en el Crystals y quiero tomarme un café después de dejarla con Yurina.

—¿Quién es Yurina?

—Ah, es una de las niñeras que cuidan a los bebés Vasiliev allí en la guardería de Viktor.

—Pero si solo hay dos bebés, ¿cuántas tienen?

—Hay dos, una por las mañanas y otra por las tardes. Aunque a veces creo que necesitarían a otra de refuerzo, Tasha es como Atila.

—Pero si es un encanto de niña.

—Ya, pero un encanto que no para quieto, revuelve, saca, pinta, corta... ¡Mira! Tener a Tasha como hija me daría mucho más miedo. Sí, definitivamente, compadezco a Katia.

Cuando llegamos a la guardería, me sorprendió lo joven que era Yurina, ¿qué tendría, apenas 20? Pero cuando tomó a Nika en sus brazos, se notó que le sobraba experiencia acarreado bebés. Bastaba con ver cómo la miraba para saber que Viktor había acertado con la chica. Los bebés Vasiliev estaban bien cuidados allí.

Serg

No es habitual que pase de los quince kilómetros en la cinta de correr, pero ese día estaba cerca de los veinte y todavía no había conseguido sudar todo el alcohol que tenía en el cuerpo. ¿Arriesgarme a pelear un poco con los chicos? Ni de broma. Mis reflejos no estaban al 100 % y un golpe de Lucas podía tumbarme en la lona. Puedo soportar los golpes, pero los evito todo lo que puedo; además, está mi ego. Que me golpeen no es bueno para mi reputación. El chico puede creerse muy por encima de mí y eso minaría mi liderazgo. Tenía que seguir trabajando y alcanzarme, y derribarme le haría pensar que lo había logrado, cuando realmente no es así, aunque en un año...

Una sombra se paró a mi lado, miré por el rabillo del ojo y me encontré a Basili. Tenía mi teléfono en la mano.

—Te estaban llamando. —¿Tan concentrado estaba que no me había dado cuenta? ¿Ven porqué hoy no debía subirme al cuadrilátero? Cogí el aparato y vi que me había intentado llamar Viktor, así que le devolví la llamada.

—Cuéntame.

—Uno de los hombres de Constantin Jrushchov desembarcó hace una hora en New York. — Obviamente, me dirigí a la calle. Necesitaba algo de privacidad para aquello y en el gim había demasiados oídos.

—¿Viene para Las Vegas?

—Todo apunta a eso, pero lo raro es que ha venido solo.

—¿Qué quieres decir?

—Pues eso, no ha venido con Constantin Jrushchov, ni con ninguno de los hombres que tenemos registrados en nuestra base de datos. Eso me hace pensar que hay alguien esperándole aquí y ese alguien o ha escapado a nuestro radar o es del país.

Mi cabeza enseguida se puso en modo «zafarrancho de combate». La primera imagen que me vino a la mente no fue la de mi hermana, sino la de Ella. Si el tipo venía a Las Vegas, Irina estaba a salvo, de eso estaba seguro. Solo quedaba otra persona con la que coaccionarme y esa era mi mujer. ¿Cómo mierda se habían enterado tan rápido? Ella había pasado su primera noche en casa hace unos días y la boda solo se hizo oficial ayer. El viaje desde Rusia es al menos diecisiete horas, contando con comprar los billetes, dar las órdenes... Estaba claro que todo se había hecho

muy rápido. Me vigilaban y desde muy cerca. ¡Hijos de puta!

—Voy por Ella. —Ya iba de vuelta a los vestuarios del gim para coger las llaves de la moto y salir disparado.

—Iré preparando un lugar seguro para ella.

—Viktor, esta no es su guerra.

—No te preocupes, estará a salvo. Jrushchov no llegará hasta ella. —Colgué la llamada, abrí mi taquilla, cogí las llaves y salí pitando de allí. Podrían ser casi siete horas de viaje de New York a Las Vegas, pero no podía tomármelo con calma, con Ella no, era inocente en todo esto.

—Serg, ¿a d...? —No detuve el paso y sé que la miré con cara de asesino, pero no tenía tiempo para Lucy.

—¡Ahora no! —Y desaparecí.

Capítulo 25

Ella

Me sorprendió que llamaran a la puerta, y he de reconocer que lo primero que sentí fue miedo. Miré el teléfono, por si había algún aviso de los Vasiliev diciéndome que era uno de ellos el que estaba en la puerta, pero no había nada. Existía la posibilidad, al menos en mi mente, de que Alvin fuese el que estaba al otro lado de la puerta. Así que, después de dudar mucho, caminé sin hacer ruido hacia la mirilla de la puerta. Había visto los anclajes de la puerta y sabía que, si no la abría, quien estuviese al otro lado no podría derribarla. Tomé aire, me puse de puntillas y miré por el agujerito.

—*Ne govori mne, chto ty boish'sya menya, Serguey. Ya znayu, chto vy ishchete eto otverstiye.*

El dedo de la mujer se posó sobre mi ojo y le dio unos golpecitos. No, definitivamente no era Alvin y a quién buscaba era a mi marido. Debía de ser amiga suya. ¿Por qué lo supuse? Sabía dónde vivía, hablaba en una lengua que podría ser ruso y escuché que le llamaba por su nombre. Tomé aire y abrí la puerta, no podía dejar que el miedo me poseyera como cuando estaba en Miami. Allí vivía encerrada, sin abrirle a nadie porque a Alvin no le gustaba que lo hiciera. La rubia con cuerpo de modelo me miró con sorpresa.

— Tú no eres Serguéy. —Arrastraba las palabras mucho más que Serg, con un acento mucho más marcado.

—No, no lo soy. —La mujer miró a un lado y sonrió.

—¿Cuidas su casa?

—No, no lo hago. Y dado que soy yo la que está a este lado, las preguntas debería hacerlas yo. —Sí, un poco borde, pero no me gustó la forma en que me miró cuando insinuó que yo era la criada de Serg. Pareció cambiar de táctica. Tendió su mano hacia mí y se presentó.

—Soy Natasha, una amiga de Serguéy. —La estreché con educación.

—Ella, soy su mujer. —Y sí, los ojos de la rubia despampanante se abrieron como ruedas de camión.

—¿Mujer?

—Esposa, sí, estamos casados. —¡Ah, mierda! ¿Y si Serg no era gay y le estaba destrozando el plan con la chica bombón aquí presente? Tampoco era plan de ponerse a preguntar si la chica y Serg tenían o habían tenido ese tipo de relación...

—Ah, es una sorpresa. ¿No está en casa, verdad? —Estiró el cuello para intentar mirar a mi espalda. ¿Qué se pensaba, qué le estaba tomando el pelo? Seguramente, sí. Aunque nuestro matrimonio fuese real, parecía una broma. Mírennos, no pegamos ni con cola.

—No, no está.

—¿Podría pasar a esperar a que llegue? —Estaba a punto de dejarla entrar, cuando dijo algo que hizo que me saltara la alarma—: Estoy impaciente de que me contéis esa historia mientras tomamos un café juntos. —Café. Si era amiga de Serguéy, sabría que él no tomaba café. Me quedé clavada en el sitio y alcé la mano para detenerla.

—Lo siento, pero será mejor que lo hagamos en otro momento. Me disculpo por ser una grosera, pero ahora estoy muy ocupada. ¿Podrías llamarlo y quedar más tarde? —Justo ahí vi que la había descolocado.

—Eh, claro, sí. —Alcé una ceja para dejarle claro que era momento de irse y, aunque pareció

dudar, no esperé a que lo hiciese, simplemente cerré la puerta y luego me aparté de ella como si quemara. Ojalá no me hubiese equivocado, pero alguien dijo que es mejor pedir disculpas. Lo sé, la frase es más larga, y es para otra situación, pero yo me quedo con esa parte.

Serg

Devoré el asfalto de camino a casa, mientras sentía como si mi corazón estuviese luchando por escapar de mi caja torácica. Tenía que poner a Ella a salvo, lejos del peligro. Si estábamos trabajando para alejarla de sus propios problemas, ¿cómo iba a permitir que la alcanzaran los míos? Alvin no me gustaba nada, pero, aun sin conocerlo, lo prefería cien veces antes que a Constantin Jrushchov.

Pasé por delante del edificio, directo al parking del sótano. No aminoré la marcha en ningún momento y casi me empotro contra un coche estacionado en doble fila. Salté de la moto y corrí hacia el ascensor. Estaba a punto de subir los doce pisos andando, cuando la puerta se abrió. Entré y apreté el botón de mi plata como cinco veces. ¿Saben ese movimiento de balanceo que hacen las personas cuando están impacientes? Pues ese era yo. Las puertas se abrieron y me di de bruces contra unos vecinos que...

—¡Vaya, al fin llegaste! —No podía ser. La sangre se congeló en mis venas, pero mi cuerpo reaccionó por instinto. Estaba a punto de lanzar un puñetazo, cuando el cañón de un arma se paró frente a mis ojos.

—*Niet*. —El arma intimidaba, pero la cara de frío asesino del que la empuñaba tampoco se quedaba corta.

—No creo que quieras montar una escena aquí. —La sonrisa de Natasha me hizo recapacitar. Si me resistía, haríamos el suficiente ruido como para alertar a los vecinos y no quería que una de aquellas puertas, la mía en concreto, se abriera. Tenía que mantener a Ella al margen.

—Natasha. —Ella alzó un dedo sobre sus labios y me hizo callar como a los niños. Pero no retrocedí de vuelta al ascensor por ello, no, lo hice porque uno de los gorilas retorció mi brazo y me forzó. Tenía que estar maldiciendo porque esa víbora me había atrapado, pero no, estaba aliviado por alejarlos de Ella.

Viktor

Eso no me estaba gustando nada. Tenía todo listo para llevar a Ella a su nueva ubicación segura, pero Serg no contestaba al maldito teléfono. ¿Apagado? Serg tenía el teléfono encendido y cerca a todas horas. Estaba obsesionado con estar localizable por si algo ocurría, sobre todo desde que Irina se fue a Miami.

Boby asomó la cabeza por la puerta y la meneó en una rotunda negación. Que Bobby no consiguiera una señal del teléfono no auguraba nada bueno.

—Comprueba el localizador del reloj. Tenemos que encontrarlo. —Cogí el teléfono y marqué el número de Ella. Cuando contestó al otro lado, mantuve la voz calmada—. Hola, Ella, ¿Serg no ha llegado a casa?

—No, aún no.

—OK. En unos minutos mandaré a alguien de la familia a recogerte. No abras a ningún

desconocido, ¿de acuerdo?

—¿Qué está pasando Viktor? —La chica no tenía un pelo de tonta.

—Creo que Serg está en problemas, pero no te preocupes, voy a ayudarlo.

—Sé que lo harás.

—Recuerda lo que te he dicho, no abras a ningún desconocido.

—Ya pasó por aquí alguien que no conocía, ¿te refieres a eso? —Ah, eso olía a problemas.

—¿Quién estuvo ahí?

—Dijo que era amiga de Serg, aunque había algo que no me sonó bien.

—¿Amiga? ¿Podrías describirla?

—Rubia, cuerpo de modelo, preciosa, y hablaba igual que vosotros cuando estáis borrachos, creo que era ruso. —¡Ah, mierda! Aquello no pintaba bien, nada bien.

—¿Dijo cómo que se llamaba?

—Natasha. —¡Joder, joder!

—Has hecho bien en decírmelo.

—No voy a preguntarte cómo estará Serg, porque no quiero que me mientas. Solo prométeme que vas a traerlo a casa.

—Cuenta con ello. —Aunque tuviese que poner patas arriba toda la ciudad, daría con Serg.

Capítulo 26

Ella

Por favor, dios, que no fuese mi culpa, que no fuese mi culpa. Pero no podía serlo, ¿verdad? Aquella mujer... Aquella mujer hablaba ruso y Alvin no tenía nada que ver con los rusos. Y su nombre... Viktor reconoció su nombre, lo percibí, aunque él no dijese nada.

Me abracé un poco más fuerte a mí misma, buscando darme algo de calor, pero no lo conseguí. Me levanté del sofá y me fui a la habitación de Irina, mi habitación. Quizás pudiese encontrar una manta con la que cubrirme. Después de revisar por toda la casa, lo único que encontré fue una cazadora de cuero de Serguéy, de esas que se usan para la moto. No es que tapara mucho, pero al menos podía meter mis brazos dentro y envolverme con ella. Olía a cuero viejo, un poco a sudor y a Serguéy. Y eso, en aquel momento, era lo más cerca que podía de estar de él. El timbre de la puerta sonó dos veces un segundo después de que llegara un mensaje al teléfono. Era de Nick.

—*Estoy en la puerta.*

Como toda precaución era poca, me acerqué, miré por la mirilla y encontré la familiar cara de Nick, aunque había algo diferente en él; por primera vez, no sonreía. Abrí y no entró.

—¿Preparaste algo de ropa como te indicó Viktor en sus mensajes? —Asentí y señalé la pequeña bolsa de deporte que tenía preparada junto al sofá. Seguir las órdenes de Viktor fue fácil, me marcaban unas pautas sencillas que seguir. Nick entró y cogió la bolsa—. Entonces nos vamos.

No quise preguntar, porque sabía que si no me decía nada, era porque no lo sabía, o no podía decirlo. Así que caminé detrás de él. En el pasillo esperaban dos hombres, no necesitaba preguntar. Estaban atentos a cada gesto de Nick y nos rodearon, o, mejor dicho, siguieron, como auténticos profesionales de la seguridad.

Ahora es el momento de volver a leer el prólogo. Continuamos a partir de ahí.

Serg

—Me perteneces, Serg. Da igual que te hayas casado, da igual que estés en otro país.

—¿Te estás escuchando? Suenas como una demente. —Esta vez el tortazo hizo que mi cara girara totalmente hacia el otro lado.

Sí, estaba realmente cabreada. Si estuviese en mi lugar, Viktor diría que hiciese precisamente lo contrario. Tenía que mantener la calma para ganar tiempo y darles la oportunidad de localizarme y actuar. Sí, recordaba el localizador del reloj, el que tenía precisamente alrededor de la muñeca en ese momento. Los tipos hicieron bien su trabajo: me quitaron el teléfono y le sacaron la batería, y supongo que romperían la tarjeta SIM. Muy profesional, sí, pero no sabían que tenía otro localizador. Viktor siempre iba por delante, el cabrón.

Aun así, por alguna razón, tenía que rebelarme. Estaba cansado de ser su marioneta, estaba cansado de ser paciente, estaba cansado de dejar que hicieran conmigo lo que les venía en gana.

—Vas a...

—Natasha, no voy a volver contigo a Rusia. Se acabó el Serguéy que hacía todo lo que le pedías.

—No tienes opción Serguéy.

—Sí, la tengo. Esta vez, sí.

—Puedo hacer que me obedezcas. Sí, ya sé que tu hermana se esfumó. Pero está esta nueva mujercita tuya... —Según la oí decir eso, un extraño ácido ascendió por mi garganta.

—Si la tocas, o cualquiera de tus hombres le pone una mano encima, juro que os mataré con mis propias manos. —Natasha me sonrió.

—Vaya, vaya. Así que no solo ha sido por la nacionalidad. Esa foca realmente te importa.

—La que tú llamas foca está más cerca de la perfección de lo que tu estarás nunca. Puede que la sobren algunos kilos, pero también le sobran muchas cosas más: fuerza, dulzura, valor y un corazón que no le cabe en el pecho.

—Sí, sí, sí. Lo que tú digas. Tu gorda bella es un dechado de virtudes.

—No le llegas ni a la suela del zapato.

Estaba a punto de recibir mi tercer golpe, cuando unos silbidos anticiparon la caída de los hombres de Natasha. En menos de quince segundos, todos los que me mantenían atado en aquella maldita silla habían sido reducidos.

Viktor

Vi que sacaban maniatados a todos aquellos gilipollas y a la mujer, Natasha Gornich, la hermana de Constantin. El porqué estaba ella aquí haciendo el trabajo de su hermano era realmente interesante. Y había muchas más piezas en ese puzle. Como el tipo que estaba a punto de aterrizar en el aeropuerto de Las Vegas. Me imaginaba que no formaba parte de esta partida, porque uno no se lanza a secuestrar un hombre cuando falta parte del equipo. Así que ¿a qué venía el hombre de Constantin? Una idea se empezaba a formar en mi cabeza. Se me dan bien los puzles.

Serg caminó hacia el exterior del edificio y yo salí a su encuentro. Cada día se nos daba mejor lo de rescatar. El que estos tipos no fuesen auténticos profesionales del secuestro también ayudó bastante. Vi su mejilla roja y no pude sino agradecer el que llegáramos a tiempo. Solo un golpe suave, quizás dos si fueron de la chica. Un hombre habría dejado una marca más grande.

—Te has tomado tu tiempo.

—El impaciente fuiste tú.

—Sí, bueno, culpame de eso en otro momento. —Miró hacia el coche en el que estaban metiendo a Natasha.

—No creo que viniese por orden de su hermano.

—No. Nadie le da órdenes a Natasha. Hacerlo no sirve de nada.

—¿Estás bien?

—No, la pregunta es si Ella está bien.

—Está a salvo. Pero supongo que no estarás contento hasta verla con tus propios ojos.

—Confío en ti, Viktor, pero no estaría de más verla.

—Estoy de acuerdo, más que nada porque está muy preocupada. —Serg empezó a caminar directo a mi coche.

—Entonces aquí estamos perdiendo el tiempo.

Ella

—Está aquí. —Nick me miró y por fin lo hizo sonriendo. Cuando la puerta se abrió, yo ya estaba corriendo hacia ella. Nada más ver a Serguéy, me tiré sobre él. Sí, puede que con mi

sobrepeso fuese un buen impacto, pero en aquel momento necesitaba una prueba sólida de que aquel era Serg, en carne y hueso, de que estaba bien y que no era un producto de mi imaginación. Dio un pequeño paso hacia atrás, pero él aguantó el resto de la embestida.

—¡Eh! Tranquila. Estoy bien. —Sentí sus brazos a mi alrededor, apretándome con fuerza. Sí, sentaba bien. Noté un pequeño beso en la cabeza, justa antes de que me hiciese caminar hacia el interior de la vivienda. Me hizo sentarme en el sofá, antes de separarse un poco de mí.

—Esa cazadora me suena. —Me miré los brazos enfundados en su ropa. Me había pasado todo el maldito día inhalando su olor, imaginando que era él el que me abrazaba. Y ahora que ya lo tenía junto a mí, ya no la necesitaba.

—Tenía frío. Pero si quieres que te la devuelva... —Él agarró las solapas y evitó que me la quitara.

—No, te queda bien. Además, todavía hace frío. —Me acomodó mejor contra su pecho y nos recostó en el sofá. Parecía como si en vez de volver de un secuestro, hubiese llegado del trabajo y necesitara relajarse en el sofá con su esposa auténtica.

Capítulo 27

Viktor

Lo de tener un hotel con una planta privada y acceso directo aún más privado desde un parking subterráneo todavía más privado si cabe, tiene sus ventajas cuando trasladas un rehén maniatado y nada colaborativo. La sonrisa que tenía en la cara en ese momento provenía en parte de eso y en parte de tener a quien tenía sentada en una silla frente a mí. La maldita hermana de Constantin Jrushchov. Hay veces en que la vida te da regalos y soy un hombre que no desprecia ninguno.

Abrí la teleconferencia en mi laptop, esperando que la imagen me trajera a la persona que estaba esperando. Y apareció.

—Buenos días, señor Jrushchov.

—¿Qué es eso tan importante que quiere tratar conmigo? Quedó todo claro en la documentación que intercambiaron nuestros abogados, Vasiliev.

—Verá, creo que tengo algo que le interesa.

—Si es otra empresa para limpiar mi dinero, estoy dispuesto a escuchar.

—Esa negociación había quedado cerrada, o al menos eso había creído. La libertad de Serguéy por una empresa legal en un paraíso fiscal.

—Sí, buen trabajo el suyo.

—El caso es que se comprometió a mantener a su organización lejos de la vida de Serguéy Sokolov. Era la única condición que debía permanecer inalterable para garantizar la vigencia de nuestras negociaciones.

—¿Por qué me repite algo que ya sé?

—Por si se había olvidado de ello.

—No lo olvidé. Tenemos un trato.

—Entonces, ¿puede explicarme por qué esta mañana Serguéy ha sido secuestrado?

—A mí que me cuenta, Estados Unidos es un país peligroso. ¿Su chico se ha metido en problemas, Vasiliev?

—Yo más bien creo que es su chica la que se ha metido en un problema. —Giré la laptop para que Constantin pudiera ver a su hermana con claridad.

—¿Qué coño! ¿Por qué tiene a mi hermana amordazada?

—¿Su hermana? Esta es la mujer que comandaba al equipo que secuestró a mi primo Serguéy, señor Jrushchov.

—¿Qué mierda me está contando? —Su cara lo decía todo. Podía verla en la pantalla y no parecía mostrar tanta sorpresa como decían sus palabras. ¡Hijo de perra! ¿Quería jugar?

—Señor Jrushchov, creo que olvida con quién está hablando. ¿Se atreve a mentir a sus socios? No se ha informado bien. Mentir a un Vasiliev nunca es rentable, salvo que busque una forma rápida de morir. ¿Eso es lo que quiere?

—Nadie amenaza a Constantin Jrushchov, Vasiliev.

—Confirmado, no se ha informado bien. Primero, los Vasiliev no amenazan, hacen promesas. Segundo, aunque no menos importante, nadie juega con un Vasiliev y menos si lo hace en su propio campo de juego.

—¿Está insinuando que...?

Le interrumpí antes de que la espiral de mentiras siguiese creciendo, más que nada porque odio

perder el tiempo. Soy un Vasiliev, me gusta ir directo al grano:

—No me interesan ni los intentos de evasión, ni las mentiras, ni las lamentaciones. Tampoco las súplicas. Así que abreviemos. Me niego a creer que no sabía que su querida hermana había abandonado Rusia, sobre todo porque ha mandado a uno de sus hombres en su busca. Lástima que llegara tarde.

—Vasiliev...

—Olvidemos lo que no se puede cambiar, señor Jrushchov. La cuestión es ¿qué voy a hacer con su problemática hermana?

—Devolvérmela.

—¿Así, sin más? ¿Una regañina y a casa, sin unos azotes? Normal que no pueda controlarla.

—El cómo trate a mi hermana no es....

—No, no es de mi incumbencia, salvo cuando sus acciones afectan a mi familia, entonces sí que lo son. Vuelvo a repetirle, Jrushchov: ¿Qué voy a hacer con su hermana?

—Si me la devuelve, le doy mi palabra de que no volverá a cruzarse en el camino de su familiar. —Vi cómo, al decirlo, los hombros de Jrushchov perdían su arrogancia.

—Eso ya lo prometió antes y no pudo cumplirlo, o no quiso hacerlo. ¿Qué sería diferente ahora?

—Le devolveré la empresa que transfirieron a mi organización.

—Es un hombre inteligente, Jrushchov, por eso quiso una de nuestras empresas tapadera para blanquear su dinero. Someter la compañía a semejante baile de propietarios, levantaría las sospechas que precisamente queremos evitar. Hay que ser más creativo, señor Jrushchov.

—¿Qué propone? —Sí. No sonreí por fuera, pero vaya si lo estaba haciendo por dentro.

—Hay pocas cosas que pueda ofrecernos, no solo para apaciguar nuestra... llamémosla ira, sino para recuperar su credibilidad y competencia. He de reconocer que me sorprende que una niñaata inmadura y caprichosa doblegara al poderoso Constantin Jrushchov.

—Eso no volverá a ocurrir, pero vaya al grano, Vasiliev.

—Bueno, hay un par de sitios de los que me gustaría que sacara sus narices. Ya le mandaré un correo con la información.

—¿Eso es todo?

—¿Además de que no quiero volver a oír de usted en lo que le resta de vida? Supongo que no. Llámeme magnánimo. Con mantenerle bien lejos de mis asuntos y mi territorio me parece suficiente. Eso sí, no se sorprenda si su reputación se ha visto dañada a la vista de los últimos acontecimientos.

—Lo asumo.

—Bien, entonces tendrá noticias nuestras en un futuro. Y, señor Jrushchov...

—¿Qué?

—Si tuviese una hermana así, la mandaría una buena temporada a una de esas granjas de cerdos que hay perdidas en medio de ninguna parte. Quizás así aprendiese a apreciar lo que tiene y lo fácil que es perderlo. —Corté la llamada y miré a la asustada y a la vez asesina mirada de Natasha. Acerqué mi mano a su boca y le retiré la cinta adhesiva. Tenía ganas de escucharla, sobre todo porque tenía una buena respuesta que darle a lo que esperaba que saliera por esa boquita.

—Mi hermano nunca me mandará a una de esas granjas. —Me encogí de hombros, como si no me importase, porque realmente no lo hacía.

—¿Tengo pinta de que me importe? —Su cara de arrogancia me decía que se creía vencedora, pero no iba a dejar que lo creyera—. De momento, voy a comprar un pasaje para ti de vuelta a Rusia. Y ya te aviso de que no va a ser en primera clase. Eso sí, me aseguraré de que sea una

experiencia que no puedas olvidar. —Hice un gesto con la mirada e Igor la puso en pie con energía. Así, chico, que sepa cómo se trata a la basura en Las Vegas. Cuando me quedé solo en la sala, hice mi llamada—. Señor Ming, querría comprar un pasaje en su barco.

—Por supuesto, señor Vasiliev. ¿Viaje de ida y vuelta?

—No, solo ida.

—Ah, uno de esos viajes.

—Sí, señor Ming, y... me gustaría contratar el camarote VIP.

—¡Ohhhh! Sí, señor Vasiliev.

—¿Cuándo sale su próximo cargamento?

—Con la marea de la madrugada, dentro de seis horas.

—Bien, le enviaré a su pasajero para que embarque. Le abonaré el importe del pasaje como de costumbre.

—Un placer trabajar con usted, señor Vasiliev.

Le envié los datos a Igor y me recliné en mi asiento. Natasha iba a descubrir lo que era un auténtico tratamiento VIP en un carguero de contrabando chino. Le esperaba una larga travesía dentro de un contenedor. Con el agua y las galletas rancias justas para no morir. Tendría que hacer sus necesidades en un cubo, con las que conviviría durante todo el trayecto. Y no, no tendría todo el contenedor para ella sola, sino un pequeño receptáculo estanco, oculto en el fondo. Eso sí, todo para su disfrute.

Capítulo 28

Serg

Abrí los ojos para encontrarme con que el peso que sentía sobre mi pecho era el de Ella. Estábamos sobre el sofá, casi en la misma posición en la que nos habíamos acurrucado... Miré el reloj en mi muñeca, sí, mi magnífico reloj localizador. Habían pasado cuatro horas. Si no calculaba mal, llevábamos casi la totalidad de esas cuatro horas durmiendo abrazados en ese sofá. Tenía que estar entumecido, porque esa no era precisamente la mejor manera de dormir. Pero me sentía verdaderamente bien. Estaba en paz, tranquilo, relajado, feliz.

Ella se reacomodó un poco mejor en mi pecho y, más allá de sentir su peso, me resultó agradable notar cómo se amoldaba a mis formas. Mi pecho, endurecido por horas de trabajo, resultaba ser una estupenda cama para mi gorshok meda. Mi tarro de miel. Había oído que la miel se utilizaba para confeccionar emplastos para tratar heridas y dolencias, pero nunca pensé que encontraría a una persona que albergara dentro de sí todas las cualidades de mi alimento favorito, mi adicción, mi debilidad. No pude resistirme a estirar la mano y acomodar un pequeño mechón rebelde de su cabeza. Era difícil comprender cómo había pasado, pero se había metido en mi vida y me había hecho ver lo que me había faltado hasta ese momento.

Mis tripas gruñeron, sí, era normal que lo hicieran, llevaba demasiado tiempo sin darles trabajo.

—Será mejor que alimentes a esa bestia o acabará lanzándome una dentellada. —No se había movido, sus ojos seguían cerrados, pero se había instalado una sonrisa traviesa en su cara que me decía que no había hablado en sueños.

—Busquemos algo para comer. —Me levanté llevándola conmigo y ella se dejó hacer con una leve protesta.

—No es muy sano, pero... podríamos pedir pizza. Creo que nos la merecemos.

—Vale, preguntaré a... —Busqué a mi alrededor, intentando localizar a mi primo Nick. Qué bien, había desaparecido—. Genial. Creo que el plan se nos ha venido abajo. No tengo dinero para pagar, ni teléfono para pedir, y tampoco nos serviría de nada porque no sabemos ni dónde estamos. —Ella intentó contener la risa. Rebuscó en uno de los bolsillos de la cazadora y sacó su teléfono.

—Será mejor que pidamos ayuda. —Cogí el teléfono al mismo tiempo que sentí «la famosa llamada de la naturaleza».

—Llamaré a Nick, tú no te vayas de aquí. —Ella alzó una ceja como diciendo «¿crees que tenía otro plan en mente?».

Estaba haciendo el salto del Ángel, como las cataratas esas, ya saben, con una mano en mi cosita y la otra sosteniendo el teléfono en mi oído, cuando Nick se dignó a contestar.

—Vaya, la bella durmiente ya despertó.

—Muy educado de tu parte desaparecer.

—¡Eh! Si quieres ponerte tierno con tu mujer, yo no voy a estar ahí para verlo. Me va el sexo, pero algo más participativo.

—Gilipollas.

—Sí. Lo que digas.

—¿Qué tengo que hacer para conseguir algo de comer?

—¿Ir a la cocina?
—Queremos pizza, as ser posible de la buena.
—No pensaba que fueses de pizza. Te hacía más de batidos proteicos y esas cosas.
—Me quedo en el punto medio, pero hoy nos merecemos algo de comida caprichosa, ya sabes, para celebrar que seguimos vivos y eso.
—Ah, entonces tengo lo que necesitas.
—Cuéntame.
—Viktor dice que el peligro ha pasado, así que podemos volver a la vida normal.
—¿Estás seguro?
—Si lo dice Viktor, yo diría que al 100 %. Así que... ¿Qué te parece si voy reservando mesa en Casa di Paolo? —Sujeté el teléfono entre la oreja y el hombro mientras me lavaba las manos.
—¿Hay buena pizza ahí?
—*Bocatto di cardinale*, muá.
—Vale, entonces ya estás tardando. Mis tripas llevan un rato rugiendo.
—Resiste. Estaré ahí en unos minutos. —Caminé de regreso al sofá, donde encontré a Ella acurrucada en el hueco que yo había abandonado, como aprovechando el calor que había dejado allí—. Listo. Nos vamos a comer pizza.
—¿Podemos salir de aquí?
—Sí. Nick nos va a llevar a un sitio donde hacen unas pizzas estupendas.
—Espero que no sea muy selecto.
—¿Por qué lo dices? —En vez de hacerme ver que iba en pantalón y camiseta de deporte y que olía como un perro mojado, Ella se miró a sí misma, estirando los brazos, para que viese mi cazadora sobre ella.
—No creo que vaya muy elegante.
—Para mí estás genial así. —¿Qué más daba su aspecto? Lo que valía la pena estaba dentro.
—Ya, comparada contigo soy una princesa.
La puerta se abrió en aquel momento, dando paso a un sonriente Nick. Llevaba una bolsa en la mano y me la lanzó. La atrapé al vuelo:
—Supongo que te valdrá. Más o menos gastamos la misma talla. —Miré dentro y vi un montón de ropa—. No, no hay calzoncillos ni zapatos, así que apáñate como puedas. ¿O no tienes tanta hambre y paramos por ropa antes? —Mis tripas contestaron por mí.
—Voy a cambiarme, no tardo.

Ella

En buena hora me reí de su aspecto. Unos jeans y una camiseta y Serg pasaba de sudoroso *marathon man* a sexy... lo que sea que lleve jeans y una camiseta que marca los bíceps y los pectorales y... ¡Ah! Todo lo que hace que las chicas babeen. Y recuerden, soy una chica grande, con apetitos enormes, y ahí había mucho para comer.

En el restaurante, que resultó ser una de esas *trattorias* familiares, nos estaba esperando Sara, bien vigilada por uno de los hombres de Nick, supongo. Podía disimular e intentar pasar desapercibido, pero había aprendido a reconocer a los hombres que cuidaban de las chicas Vasiliev.

Serg

—Ya era hora de que llegarais. —Le dio otro mordisco a un *grissini* que tenía en la mano a medio mordisquear—. Me estoy muriendo de hambre. —Nick alzó una ceja mientras revisaba con la mirada el cesto de pan.

—Morirse de hambre, lo que se dice morirse... no creo que ocurra.

—Oh, cállate. Tenía que calmar el estómago de alguna manera. Llevo esperando como quince minutos y no sabes lo bien que huele aquí dentro. —Ella empezó a quitarse la cazadora para ponerla en el respaldo de la silla antes de sentarse al lado de Sara:

—Mmm, sí que huele bien.

—Además, es culpa tuya —dijo Sara tras volver su dedo acusador hacia Nick, mientras nos acomodábamos enfrente de ellas.

—¿Mía?

—Tú fuiste el que metió esta tenia dentro.

—¿Tenia?

—Sí, ya sabes, esa lombriz que es un parásito y que come todo lo que ingiere uno. —Nick sonrió cuando comprendió que estaba hablando de su bebé.

—Bueno, entonces tendremos que pedir deprisa, no vaya a ser que el huésped se coma al anfitrión. —Un hombre de unos cuarenta y muchos, con una buena tripa y un cuidado bigote, llegó hasta nuestra mesa.

—*Buona notte, signore* Nick.

—Buenas noches, Mario. Queremos dos pizzas gigantes, y muy rápido, mi bebé está a punto de comerse a su madre. —Pasó la mano por la tripa de Sara y ella le sonrió con malicia.

—Tú sigue jugando así y un día de estos tu bebé te va a morder, ¿o va a ser su madre? —Nick se inclinó sobre Sara y la miró con esos ojos enamorados.

—A su madre le dejaré hacer lo que quiera con su padre. Si quiere morderme, por mi bien. —Sara lo empujó para apartarlo.

—Obseso. —Nick sonrió y empezó a ojear la carta.

—¿De qué queréis la pizza?

—¡Carne! —contestamos Ella y yo al unísono. Nos miramos y empezamos a reír.

—Eso sí que es compenetración —apuntó Sara.

—Bien, Mario, pues ve trayendo una de carne, y la otra que sea mitad picante y mitad hawaiana.

—Va a sobrar, Nick, cariño. —Mi primo me miró, y sonrió un poco más.

—No lo creo, swetty. Con Serg y yo aquí presentes, no va a sobrar nada.

—Luego tendré que ponerme a correr como un loco para quemar todo eso, primo —dije.

—Hay mejores maneras de quemar todo eso que corriendo en una cinta. —Nick recibió un manotazo en el brazo por parte de Sara.

—Eres un obseso del sexo.

—Ya, como si tú no lo fueras. —Sara puso los ojos en blanco.

—Lo de las hormonas del embarazo se supone que les ocurre a las madres, no a los padres.

—Empatía, swetty. Empatía.

Capítulo 29

Serg

¡Será cabronazo! Pues no me había insinuado Nick que podía gastar toda esa energía extra teniendo sexo. Así, sin más, delante de Ella, como si ella no estuviese presente. Que sí, una cosa era descubrir que la había cogido cariño y otra muy distinta el saltarle encima como un perro en celo. Además, que lo nuestro era un matrimonio de pega. Podía considerarla una gran amiga, de hecho, alguien que me gustaría conservar a mi lado tanto tiempo como pudiese, pero de ahí al sexo... Esa era la mejor manera de estropear una amistad y yo no quería eso. Con Lucy... pues que me daba igual si no me hablaba, pero Ella, no, eso sí que no.

Pero, claro, una cosa es lo que dice mi cabeza y otra lo que dice mi pobre pequeño amigo. Al recordar la consistencia del pecho de Ella aquella mañana, y al no llevar calzoncillos, con ese roce constante, el pequeño cabrón parecía querer asomar la cabeza en busca de carne. Si a eso le sumamos mi largo período de abstinencia... Pues eso, que era como ponerle un filete grande al otro lado del cristal a un perro con hambre.

—¿Te encuentras bien? —Ella estaba mirándome de esa manera, como si pudiera ver dentro de mi cabeza.

—Sí, solo estaba pensando. —Nick se encargó de amenizar la cena, y he de reconocer que era más fácil estar con él, que con Viktor o Andrey. No me malinterpreten, los aprecio a todos y cada uno a su manera es increíble, pero Nick era menos... intenso, creo que esa es la palabra. Algunas veces parecía que se tomaba la vida como si fuese un chiste, pero sabía que no era así. El tipo era un currante como el que más. Cuando se ponía con temas contables, era una máquina puntillosa y eficiente. Un trabajo serio que no parecía encajar con la personalidad de Nick, pero que él hacía que funcionase.

—¿Qué tal llevas el embarazo?

—Bueno, lo llevo, eso ya es suficiente. Quitando el que tengo hambre a todas horas y que lloro incluso viendo los anuncios de detergente... pues no he tenido cambios notables.

—¿Vas a hacerle también unos patucos a su bebé? —tuve que preguntar.

—Oh, he visto los que le hiciste a al bebé de Katia. Me encantaría tener algo así.

—Podría intentar algo diferente, si me lo permites. Hay algo que he querido hacer desde que se lo vi a una clienta hace tiempo.

—Ah, cuéntame. —Sara apoyó los codos en la mesa para sostener su barbilla en sus manos.

—Preferiría que fuese sorpresa, pero te aseguro que será algo divertido.

—Oh, bien, ya me has atrapado.

—Eh, nada de mierdas de esas de pokemon o florecillas. Aunque un par de Ferraris... ¡Ay! — Sara le sacudió en el brazo de nuevo.

—Deja de provocarme.

—Sabes que no puedo. —Nick se inclinó y besó la punta de la nariz de Sara. Complicidad, eso sí que me gustaba en una pareja.

Ella

Hubo un momento en que Sara y yo estuvimos a solas, y aprovechamos para conocernos mejor,

de forma más seria, ya me entienden. Sara me contó que estuvo huyendo durante muchos años, ocultando su identidad a personas que querían aprovecharse de ella, de sus capacidades con las matemáticas. Y esas personas no eran buenas ni honradas, precisamente. No es que fuese la misma situación, pero de alguna manera me sentí identificada. Yo también me ocultaba, solo que no era por lo que era yo, sino por lo que vi. Ya saben, el lugar incorrecto en el momento más inadecuado.

—Estás en buenas manos, nadie como los Vasiliev para plantarle cara a los tipos más peligrosos.

—No sé qué decirte. Parece que ya tienen suficiente con sus propias complicaciones. —Miré a Serg en la distancia. Aquella rusa... Parecían problemas y de los gordos.

—Sí, no pueden decir que su vida sea aburrida. Pero todo es acostumbrarse, porque ellos lo hacen fácil.

—¿Qué quieres decir?

—Para los hombres de esta familia, lo que tú y yo consideramos problemas no es más que ir a un partido de básquet. Algo un poco apartado de la rutina, pero tampoco algo demasiado excepcional.

—Yo no podría vivir así. Siempre he sido de las que ha huido de esas cosas. Buscando la esquina segura, ya sabes.

—Yo también era como tú, hasta que me di cuenta de que no podía pasarme el resto de mi vida huyendo. Llega un momento en que o plantas cara o te rindes. Yo hice frente a aquellos de los que huía y me liberé. Eso sí, no lo hice sola. —Sara miró a Nick y sonrió. Estaba claro quién estuvo a su lado.

—Ojalá fuese tan fácil.

—No te engañes, lo importante nunca es fácil. Hay que tener valor y determinación. Pero saber que llevas un buen chaleco antibalas te da un poco más de seguridad.

Viktor

—¿Qué ha ocurrido?

—Parece una gastroenteritis de las gordas, señor Vasiliev. —Apreté el puente de mi nariz con suavidad. Tenía que pasar precisamente ahora. Sí, había una solución fácil, pero no era el mejor momento para ella. Aunque no tenía otra opción.

—De acuerdo. Buscaré a alguien para que lo sustituya de inmediato.

—Gracias, señor.

—Te avisaré cuando esté en el avión de camino. —Corté la llamada y tomé aire. Bien, ahora venía lo que debía hacer, pero no me gustaba. Marqué el número en el teléfono y esperé a que contestaran al otro lado.

—Cuéntame.

—Serg, necesito que viajes a Los Ángeles.

—¿Qué ocurre?

—Corso está fuera de juego.

—¡Mierda! ¿Está bien?

—Gastroenteritis de caballo. Está ingresado en el hospital.

—Vaya. Cuenta conmigo, pero...

—Lo sé, no te preocupes. Cuidaremos de ella.

—Será mucho tiempo.

—Unas dos semanas, hasta que Corso esté de nuevo en condiciones para retomar el trabajo.

- Ok. ¿Cuándo salgo?
—Mañana a primera hora tienes que estar allí. Prepara la maleta al llegar a casa y mañana a las siete te recoges para llevarte al aeropuerto.
—De acuerdo.
—Ah, y una cosa, Serg, aprovecha para despedirte de tu mujer. Vais a estar casi quince días sin veros.
—Ja, ja. Muy gracioso.

Serg

Empecé a meter ropa en la bolsa de deporte. No era necesaria maleta para lo que tenía que llevar. Se suponía que tenía que cubrir a Corso, un simple entrenador de un púgil en plena gira de peleas. La próxima sería en Los Ángeles, donde tenía que seguir con su entrenamiento hasta el evento. El trabajo no me preocupaba en lo más mínimo, sabía lo que tenía que hacer y cómo conseguirlo. Lo que no me gustaba era dejar sola a Ella durante dos semanas. No después de hacerla sentir vulnerable con lo de mi secuestro. Definitivamente, era mal momento.

- ¿Será mucho tiempo?
—Un par de semanas, más o menos.
—¿Me dejarás unas rutinas para seguir ejercitándome cuando no estés? —Me giré hacia ella.
—¿Lo harás tu sola?
—Lo que pueda, sí. —Tuve que sonreír.
—Entonces te prepararé una rutina de ejercicios que puedas hacer tu sola.
—Bien, pero no seas muy duro, que tendré que hacerla cuando regrese del trabajo.
—Lo tendré en cuenta.
—Y una lista de alimentos que pueda consumir y otra con lo que está prohibido.
—Lo haré también. ¿Algo más?
—Sí, ¿me traerás un souvenir?
—Solo voy a Los Ángeles, está aquí al lado.
—Yo nunca he estado, así que quiero un souvenir. Me conformo con una pegatina para el coche, aunque no tengo coche. —Ladeó la cabeza, como sopesando lo que acababa de decir.
—¿Mejor una camiseta?
—Sí, mucho mejor.
—Con una condición.
—¿Cuál?
—Que me llames cada noche.
—Vale, tú dime a qué hora y lo haré.

Dormimos cada uno en nuestra cama y me resultó raro. No es que cambiásemos nuestra rutina a raíz de la segunda boda y de amanecer juntos después de una noche de borrachera. Pero... parecía... Mejor dejar de pensar en ello.

Cuando me preparé para ir al aeropuerto, Ella se despertó para desayunar conmigo. Conversamos hasta que me llamaron. Al despedirme, la abracé y deposité un beso en su cabeza. Me costó soltarme de aquel reconfortante abrazo, pero lo hice.

Capítulo 30

Serg

Nada más salir del edificio, lo primero que me encontré fue la sonrisa de Nick. Estaba apoyado en su coche y me esperaba con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Así que tú eres mi transporte.

—*The transporter* a su servicio.

—¿Jason Statham? Ya te gustaría.

—¡Eh! Me ofendes. Puedo repartir golpes igual o mejor que él.

—Claro, pero tú conduces de pena. —Acomodé mi bolsa de viaje en el asiento trasero y después me senté en el puesto del acompañante.

—Eso es culpa del tráfico de Las Vegas. Aquí le querría yo ver a él.

—Excusas.

—Hablando de librarse. Viktor me dijo que tendría que cubrirte en el gimnasio. Algo sobre que Basili se estaba volviendo un blando. —Sonreí ante ese comentario. Sí, es lo que pensaba yo de él.

—Quizás yo soy demasiado exigente.

—No lo creo. El boxeo profesional requiere una gran capacidad física y tú llevas a los chicos a un nivel de competición excelente.

—Cuando los llamas chicos me hace sentirme viejo.

—Zack tiene mi edad, pero es un niño con una excelente izquierda, nada más. Que él esté compitiendo a nivel profesional es gracias al equipo que tiene detrás.

—Por eso Viktor quiere que me encargue de él mientras Corso se recupera.

—¿Te imaginas a Basili ocupando el puesto de Corso? En una semana ese chico bajaría su rendimiento en un 10 %, y en el mundo del boxeo eso puede ser la diferencia entre ganar o perder.

—Viktor ha invertido mucho en él.

—No es solo cuestión de inversión, sino de estar en los primeros puestos. Moverse entre los diez mejores es meterse en un mundo diferente. Ya sabes que trabajamos con las apuestas, y ese mundo ya no es el que era antes. Hoy en día, la información, las influencias... Ese mundo tiene su propio juego.

—Suena complicado.

—No he dicho que sea sencillo. Pero es muy lucrativo e interesante. Si uno sabe invertir el dinero... Pero no voy a aburrirte con ello, solo tienes que saber que es legal, al menos de momento.

—Vale, entonces vayamos a lo que me interesa. Basili tiene las pautas de trabajo en unas tablas que preparé para cada luchador. Si te ajustas a ellas, su progreso está garantizado. Son duras y tratarán de librarse de hacer parte del trabajo, pero tú debes ser inflexible. Yo no les doy tregua, pero sí algún pequeño incentivo.

—¿Qué tipo de incentivo? —Le sonreí de manera maliciosa.

—Les dejo intentar que me golpeen. Ya sabes, como venganza.

—¿Peleas con ellos?

—Un tanteo en el ring si todavía tienen fuerzas. Y créeme, las tienen.

—Me gusta ese método de motivación.

—Nick, ¿puedo pedirte un favor?
—Claro.
—¿Puedes... puedes cuidar de Ella?
—No te preocupes. Viktor lo tiene bajo control. Cada trayecto que realiza, hay alguien vigilando sus pasos. Algo así como custodia puerta a puerta.
—Natasha llegó hasta ella en casa.
—Sí, un fallo que ya ha sido subsanado.
—¿Qué quieres decir?
—Se suponía que estaría a salvo en casa, pero es que aquellos tipos no estaban fichados como amenaza. Natasha utilizó personal local y ninguno imaginamos que la propia hermana de Constantin quisiera llegar hasta tu puerta. Pero ahora se ha subido el protocolo de peligro. El próximo tipo que se le acerque, aunque sea para preguntar la hora, será sacado de escena.
—¡Joder, Nick! No creo que eso sea tampoco muy apropiado si quieres tener una vida normal.
—De momento vamos a ocuparnos de mantenerla a salvo, después nos centraremos en darle una vida normal. —Bueno, al menos me quedaba más tranquilo.
—Bien. —Nick llevó el SUV directo al extremo del aeródromo privado.
—Y tranquilo, Ella no va a sospechar nada.
—¿Cómo que no va a sospechar nada?
—Ni se imagina quién le ha tocado como guardaespaldas —dijo Nick con una sonrisa.
—¿Quién?
—Ah, lo que me pude divertir cuando me enteré de que Andrey puso el grito en el cielo. Guardaespaldas para el guardaespaldas. Parece una broma.

Ella

Cuando recibí el mensaje en el teléfono me sorprendió tanto como ver a Robin frente a mi puerta con Nika en brazos.

—¿Lista para tu primer día de trabajo? —dijo entrando por sí sola en la casa, sin esperar el permiso de nadie.

—Eh, sí.

—Bien. Pues entonces coge tus cosas, que nos vamos.

—¿Vas a llevarme al trabajo?

—Optimización de recursos, Ella. Yo también trabajo allí, ¿recuerdas? Me parece que además de contribuir a no contaminar más, poder ir acompañado al trabajo hace que el viaje sea más entretenido. —No podía rebatir nada de eso. Aunque iba a ir a trabajar en autobús, por lo que lo de la contaminación ambiental no podía aplicarse en mi caso.

—De acuerdo. Voy a por mis cosas. —Entré en la habitación, cogí el bolso, y ya estaba casi a su lado cuando recordé algo—. Casi lo olvido. —Me acerqué hasta la bolsa que tenía junto al sofá, y rebusqué en ella—. Cuando estoy nerviosa, tengo que estar ocupada en algo o me como las uñas. —Le tendí el par de zapatitos de lana que hice para Nika.

—¡Oh, madre mía! ¡Pero qué cuqui!

—¿Te gustan? —Se sentó en el sofá y empezó a cambiar el calzado de Nika por las sandalias que le había hecho yo.

—Me encantan. —Con tanto meneo, Nika abrió los ojos, pero en vez de llorar se quedó mirando a su madre al tiempo que movía los pies—. Ves, a mi princesita también le gustan.

—Un vestidito de hilo con un par de adornos y será la envidia de las niñas en la piscina.

—Eso suena a que tenemos que ir de compras después del trabajo.

—Seguro que tiene ropita que le iría muy bien.

—Lo sé, lo sé. No soy de las que compra cosas así a lo loco, pero cuando se trata de Nika es que me vuelvo una compradora compulsiva. Un día de estos tendré que pedirle prestado a Andrey, porque me he gastado todo el sueldo en cosas para mi princesita.

Natasha

El puñetero Igor entendió todas las palabrotas que le lancé, tanto en inglés como en ruso. Se rio de mí, en mi cara. Un retorcido sádico que no me soltó del brazo hasta que me metió allí dentro. Una puñetera celda dentro de otra celda. Sabía lo que era un contenedor de transporte, he visto cantidad de barcos cargados hasta arriba con esas cajas de colores. Y ahora yo estaba metida en una de ellas. No hicieron caso a mis gritos. Cerraron la puerta y después empezaron a mover el contenedor. No sé dónde me pusieron, pero la luz se quedó a la mitad, un pequeño rayo que se colaba por una esquina. Al menos pude ver lo que había allí dentro antes de quedar en penumbra: un cubo maloliente con una bolsa de esas negras de basura y un par de paquetes con botellas de agua. Nada más. Ni una manta, ni una silla, ni un colchón... nada. Cuando me cansé de gritar, me acurruqué en la esquina más alejada del cubo. Así que este era el camarote VIP. Cuando llegara a Rusia, se iba a enterar ese Viktor Vasiliev. Mi hermano se encargaría de él.

Capítulo 31

Viktor

Me recliné en la silla de mi escritorio mientras me golpeteaba los labios con ambos índices. La familia Vasiliev tenía una deuda con Mihail Nóvikov. Gracias a su información y ayuda conseguimos sacar del país a mis primos Irina y Serguéy. Pagar aquella deuda era lo primero que iba a hacer y lo haría con uno de esos favores que Constantin Jrushchov iba a hacerme. El segundo era un regalo para la Bratva, porque nunca estaba de más que una de las bandas criminales más poderosas de la antigua U.R.S.S. te debiese un favor.

Envié el correo a Mihail, confirmando la salida de Constantin Jrushchov de la negociación que a él le interesaba ganar. Primer paso, hecho. El siguiente estaría cuando cierta empresa consiguiese la adjudicación de unos contratos de explotación de gas, algo que tendría que gestionar cierto político en la nómina de Jrushchov. En cuanto todo estuviese firmado, Constantin recibiría los datos del barco y el contenedor en el que llegaría su hermana a Shanghái.

Ví a Andrey caminar hacia la puerta de mi despacho y me giré para estar frente a él cuando entrara.

—Espero que la estés vigilando.

—Hola a ti también. Y sí, tengo un grupo sobre ellas en estos momentos. —Le mostré la pantalla en la que aparecían Robin y Ella almorzando en uno de los restaurantes del Crystals. Andrey se inclinó para ver mejor.

—Sabes lo que tienen planeado esas traviesas, ¿verdad?

—Lo sé.

—Y se creen que no nos enteramos de nada.

—Déjalas tener sus pequeños secretos, Andrey. Al fin y al cabo, nosotros también les guardamos alguno.

—Pero es por su seguridad.

—Son secretos, al fin y al cabo. De todas formas, nunca viene mal que estén preparadas para una eventualidad.

—Son clases de defensa personal impartidas por una ex agente del FBI, no son trucos para saber qué hacer si te quedas sin batería en el teléfono.

—Lo sé, Andrey, lo sé.

—Hablando de defensa, ¿cómo van las cosas con el ex de nuestra protegida? —Hice un gesto para que tomara asiento frente a mí.

—De momento el tipo se ha estado moviendo. Ha intentado hacer alguna averiguación y ha estado siguiendo a Danny y sus amigos.

—¿Todo eso lo has conseguido del equipo de Phill?

—Son buenos. He de reconocer que ha hecho una buena selección. No son rusos, pero tampoco le puedo exigir que sea perfecto.

—¿Y Serg?

—La última información que tengo es que llegó a Los Ángeles y se metió de lleno con Zack. Lo está haciendo sudar a conciencia.

—Bien. Fue una suerte que sucediese lo de Corso.

—¿Por qué lo dices?

—Así tendrá menos tiempo para pensar en lo que ocurrió. Esa víbora estuvo muy cerca. —
Apreté la mandíbula con fuerza. Eso fue mi culpa y no volvería a suceder.

—He aumentado la seguridad en su edificio y trasladado a un equipo a la puerta de enfrente.

—No voy a preguntar cómo has desalojado a los inquilinos.

—Sí, mejor no lo hagas.

—¿No habrás puesto micros y cámaras en la vivienda?

—No, pero sí en las puertas de acceso al edificio, en el ascensor, frente a su puerta y en el parking subterráneo.

—Bien. Ahora estoy más tranquilo. Voy a buscar a mi mujer, a ver si me invita a almorzar y después pasaré a recoger a mi pequeña.

—Cómo vives.

—Qué voy a decir. Es bueno ser el jefe y no necesitar el dinero.

Andrey desapareció. No le dije que Bobby había implantado el software de reconocimiento facial en todas las cámaras que pudo piratear sin que saturaran nuestros sistemas. Teníamos el aeropuerto, la central de trenes, la de autobuses y el Crystals pinchados. Si alguien de nuestra base de datos de no gratos aparecía, saltarían todas las alarmas.

Ella

Muerta, estaba muerta. ¿La luz al final del túnel? La estaba viendo. Y esa voz que me llamaba...

—Vamos Ella, una más. —Creo que pronuncié alguna palabra, pero no sé si me salió de la garganta o de la nariz.

—No... no puedo. —Robin me tiró del brazo y me puso de pie.

—De acuerdo, suficiente por hoy.

—...ale ...gua. —Parece que me entendió, porque me tendió una pequeña botella con agua bien fría, justo lo que necesitaba.

—Pero pasado mañana volvemos con ello.

—Tú quieres matarme.

—No Ella, lo que quiero es que no te maten, ni que te hieran. Quiero que puedas defenderte por ti misma. Que sea el otro el que salga lastimado.

—No creo que pueda.

—Créeme, cuando se trata de tu vida o de la de alguien que amas, podrás. Yo tampoco quiero lastimar a nadie, pero si alguien amenaza a mi pequeña, te juro que lo mato. —Sus ojos tenían aquella fuerza que decía que realmente sería capaz. Y pensé: «¿Y si Alvin me encontraba? ¿Y si todo lo que había hecho la familia Vasiliev no servía de nada?» Todo volvería a estar en mis manos, pero esta vez, no sería lo mismo.

—De acuerdo, una más. —Robin me sonrió y asintió con la cabeza.

—Esa es mi chica.

—Pero como le digas a alguien que estoy pidiendo que me golpees, le echaré pica-pica a los zapatitos de Nika. —Robin soltó una carcajada al aire y se puso en posición.

Serg

Era patético. Me había duchado, me había puesto los boxers y estaba sentado en la cama esperando, con los ojos clavados en el teléfono, la llamada de Ella. Me había acostumbrado

demasiado rápido a tenerla cerca, a salir del trabajo y encontrarla en casa. Echaba de menos su dulce mirada, su cálida sonrisa.

La pantalla se iluminó y me lancé sobre el aparato. Tranquilo Serg, que no se note lo desesperado que estás. Conté hasta dos tonos y pulsé la tecla.

—Hola.

—Hola. ¿Cómo estás? —Dejé que mi cuerpo resbalara sobre el colchón hasta quedar totalmente acostado.

—Agotado mentalmente. Los profesionales son un enorme grano en el culo. —Escuché su risa cantarina al otro lado.

—Te entiendo.

—¿Qué tal tu día?

—Estoy molida. Ha sido un día duro.

—¿No habrás hecho tus ejercicios, no?

—Un poco.

—¡Mierda, Ella! Siendo tu primer día de trabajo, tenías que haber descansado. Tu cuerpo aún está recuperándose, no puedes forzarlo demasiado.

—Lo recordaré para la próxima vez, papi.

—No es una broma.

—Ya está hecho, eso no lo puedo arreglar. —Apreté el puente de mi nariz mientras pensaba en algo que podría ayudarla.

—En la nevera hay bebida energética. Tómate una ahora mismo.

—Eso ya lo hice. Creo que esta cabeza hueca mía se quedó con algunas cosas de las que me enseñaste.

—Tú no tienes una cabeza hueca.

—Entonces confía un poco más en mí. —Solté un pequeño suspiro y sonreí.

—De acuerdo. La próxima vez, una hora antes de hacer ejercicio come un par de nueces.

—Anotado. ¿Algo más?

—¿Qué tal los compañeros del cole? ¿Fueron buenos contigo?

—Oh, sí. Sobre todo porque mi nueva amiga les impresiona demasiado.

—¿Tienes una nueva amiga? Cuéntame más.

—Robin me acompañó de casa al trabajo y del trabajo a casa. Incluso hemos ido juntas a almorzar.

—Qué bien. —¡Ja! Lo de Robin lo sabía, pero soy un profesional fingiendo ignorancia de ese tipo de cosas.

—Serg.

—¿Sí?

—No dejes que te golpeen.

—¿Quién te ha contado eso? Yo solo les entreno. No soy el que subirá al ring.

—Sara escuchó decir a Nick que sueles motivar a los chicos subiendo al ring de entrenamiento con ellos.

—¿Sara?

—Sí. Hoy estuvo muy ocupada para almorzar con nosotras, pero ella y Nick pasaron por la peluquería cuando acabó su turno. Tomamos un zumo y... pues como que se le escapó.

—Suelo hacerlo con los chicos del gim, Ella, pero ni loco voy a hacerlo con Zack. Este es un profesional y yo no juego con armas cargadas.

—¿Qué quieres decir?

—Los chicos que empiezan no pueden alcanzarme. Por eso dejo que lo intenten, pero el púgil con el que estoy ahora... ni drogado me metería entre las cuerdas con él. Me gusta dar alicientes, no jugarme el físico. Ya recibí suficientes golpes en el pasado.

—Bien. Tú sigue pensando así y yo no me preocuparé de que te lastimen.

—No van a hacerlo, *gorshok meda*. Este atractivo rostro seguirá volviéndote loca de amor.

—Te lo tienes muy creído.

—A las chicas les gusto. Dicen que soy guapo.

—Yo no he dicho eso.

—¿Entonces?

—Digo que tienes que bajar de tu pedestal. Hay cientos de hombres tanto o más atractivos que tú por el mundo.

—¿Ah, sí? Dime uno que conozcas. —¿Quería jugar? Pues eso lo podíamos hacer los dos.

—Viktor. —¡Mierda!

—La familia no cuenta, tenemos los mismos genes.

—Mmm, Tonny, Marco, Alex...

—Eh, para, para. ¿Quiénes son esos?

—Mi equipo de rescate de Miami. —¿Equipo de rescate? ¿Qué mierda era eso? Tenía que preguntarle a Viktor.

—Esos no cuentan, están en Miami.

—Si sigues reduciendo el campo, al final solo quedarán lo que hay dentro de las cuatro paredes de nuestra casa. —Sonaba bien eso: nuestra casa. Sip.

—A mí me vale. —Escuché un bostezo y me pareció que, por ese día, habíamos tenido suficiente. Bueno, no, podía seguir charlando con Ella durante horas, pero tenía que ser justo y darle su descanso—. Ve a dormir.

—Ok, jefe. ¿Mañana a la misma hora?

—Cuento con ello.

—Descansa.

—Tú también.

Capítulo 32

12 días después...

Ella

Era duro salir del trabajo y volver al campo de lucha, pero no iba a dejarlo. No cuando estaba viendo los resultados. Cada vez era más rápida, más fuerte y Robin ampliaba las llaves, los golpes. Dios no quisiera que tuviese que utilizar alguna de ellas, pero si tenía que hacerlo, estaría preparada.

—Como sigamos así, esto va a derivar en sexo telefónico, Serg. —Escuché su risa sincera al otro lado de la línea.

—Bueno, el sexo es lo único que nos falta. Estamos casados, compartimos casa, vamos de compras juntos y somos unos estupendos amigos. Hay parejas que tienen mucho menos. —Menos mal que no podía verme, porque me puse roja como una fresa madura.

—Puedes añadir que estoy cuidando de los niños.

—¿Eh? —Me pareció se había movido bruscamente, como si cambiara de postura.

—Ah, no te conté. Estoy en casa de Andrey y Robin, haciendo de canguro.

—¿Canguro?

—Ya sabes, para que papi y mami tengan una cita a solas.

—¡Qué cabrón este Andrey! Tendré que hablar muy seriamente con él. ¿Qué es esto de explotar a mi mujer?

—Me ofrecí voluntaria, Serg.

—¿Voluntaria?

—No tenía plan para este fin de semana y...

—¿Y?

—¿Tú has visto ese pedazo de jardín con piscina? Es lo que me recomendó el doctor. Ya sabes, descanso, sol, algún chapuzón...

—Materialista.

—Es pecado no disfrutar de ello, Serg. Y soy una chica con debilidades.

—Así que me cambias por un jardín con piscina.

—Y mayordomo, alguien que te haga la comida, no tener que limpiar nada, ni hacer la colada, ni...

—¡Eh, para ahí! Suena como si te tuviese esclavizada en casa para hacer esas cosas.

—No es una obligación, Serg. Pero sienta estupendamente bien olvidarte de ellas y simplemente descansar. He tenido una semana dura, creo que me merezco que me mimen un poquito, ¿verdad?

—Lo sé. Es una de las cosas que envidio a la gente rica.

—¿Lo de no hacer nada?

—No, descansar cuando decides hacerlo.

—Ah, querido marido, eso es el mundo del humilde empleado.

—Tengo la sensación de que me vas a abandonar por un hombre rico. —No aguanté aquel juego y solté una sonora carcajada.

—De eso nada, querido esposo. Después de ti, no habrá ningún otro.

—¿Qué quieres decir?

—Que dimito. Como decía mi madre, me quedo para vestir santos.

—¿Vestir santos?

—Soltera, Serg. Soltera.

—Eres demasiado joven y dulce como para no encontrar un buen hombre, Ella.

—Quizás la cuestión es que no quiero buscar, Serg.

—¿Y cuál es tu plan entonces?

—Tomar lo que me dé la vida, como vaya viniendo.

—¿Y si pudieses soñar? ¿Cómo te gustaría verte dentro de unos años? —Lo medité un momento. Volver a soñar. Después de la muerte de mi familia, mis sueños se fueron. Pero ahora...

—Pues... me gustaría tener mi propia guardería.

—¿Guardería?

—Siempre quise estudiar para educadora infantil y los bebés me encantan. Pero la vida a veces tiene otros planes. Así que simplemente me adapté.

—Tampoco eres mala peluquera. Tu jefa parece estar muy contenta con tu trabajo.

—Uno puede ser bueno en muchas cosas, eso no quiere decir que te apasione.

—Yo creía que te apasionaba la peluquería.

—Me gusta, no lo niego. Pero no sueño vivir entre lacas el resto de mi vida. Creo... creo que cuando ahorre lo suficiente, estudiaré para educadora infantil. ¿Qué te parece?

—Que me gustaría estar ahí el día que consigas tu título.

—¿Crees que lo conseguiría?

—Sé que lo harás. Eres de las que no se rinde con facilidad. Vas a conseguir lo que te propongas. Y si necesitas ayuda, recuerda que estoy aquí.

—¿En Los Ángeles? —Reímos los dos.

—Te estás ganando que te tire de cabeza a esa piscina que tanto te gusta.

—Mmm, no, mejor no, que ya es de noche y hace frío. Mejor mañana.

—Te la guardaré para cuando regrese.

—Tendrás que pillarme.

—¿Me estás retando?

—No te quepa duda.

—Ah, reto aceptado. Te vas a enterar, pilluela.

—Primero tendrás que atraparme.

—Soy bueno atrapando a gente escurridiza.

—Pues yo he aprendido un par de trucos.

—¿Ah, sí?

—Ya lo verás.

—El domingo regresaré a Las Vegas, a ver si todavía piensas lo mismo.

—Dos días. Creo que me da tiempo a entrenar.

—Te he echado de menos.

—Yo a ti también, pero seguro que has echado más en falta a tu bote de miel.

—Mi tarro de miel, sí. Es lo que más deseo volver a tener cerca.

—Le daré recuerdos de tu parte.

—Hasta el domingo.

—Adiós.

¿Qué si le echaba de menos? ¿Por qué si no me había ofrecido a hacer de canguro del bebé de

Robin? Porque me sentía sola en aquella casa tan vacía. No es que me diera miedo, bueno, un poco sí, pero... era más por el hecho de que saber que había alguien cerca, aunque estuviese en la habitación de al lado.

Serg

No podía culparla. La casa de Andrey era mucho mejor que mi apartamento. Jardín, piscina, lejos de vecinos curiosos... Uno podía andar desnudo y sabía que nadie iba a verlo. Bueno, en casa también podía, ¿pero en el jardín? En mi caso sería como salir al rellano y lucir mi desnudez entre las puertas de las casas de los vecinos. No había pensado en desear una casa con piscina hasta que Ella lo dijo. En Rusia, las casa que tenían piscina eran las de aquellos que podían tener una cubierta y bien calentita. Pero aquí, en Las Vegas, bastaba con tener una casa con un pequeño trozo de césped. Quizás podría ojear el mercado inmobiliario. Con lo que tenía ahorrado podría comprar una pequeñita.

¡Ah, Serg! Ella seguirá con su vida en cuanto pueda. No se va a quedar a vivir contigo porque tengas piscina. Aunque... podría venir los fines de semana a tomar un refresco con un amigo y darse un chapuzón, ¿verdad? Y no tendría que preocuparme por caerle bien a su novio, porque había dicho que yo iba a ser el último hombre en su vida. Deja de engañarte, Serg. Es lo que dice ahora, pero dentro de un tiempo, cuando haya rehecho su vida, encontrará a alguien que la merezca y la haga feliz de verdad. Y eso me cabreaba, porque la perdería. No, Ella no lo haría, no me abandonaría del todo, somos amigos. Pero tendría que compartirla.

El teléfono me despertó el sábado a primera hora.

—¿Tú le das un nuevo significado a la palabra madrugar?

—Sé que te levantas a esta hora, no refunfuñes.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Quería ser el primero en decírtelo antes de que bajas a entrenar al gim del hotel con Zack.

—¿Decirme qué?

—Corso ha tenido una recaída, su regreso se ha aplazado unos días más. —Me rasqué la nuca con la mano libre. Adiós a mis planes de regresar mañana a casa.

—¿Cuántos días?

—Entre tres y seis.

—Está bien. Quiero ser yo quien se lo diga a Ella.

—De acuerdo.

Colgué el teléfono y me quedé unos segundos mirándolo en mis manos. Veinte días. Este trabajo estaba empezando a fastidiarme. Quería volver a casa, a mi rutina normal, con mis chicos, con Ella.

Capítulo 33

Ella

- No te preocupes. Estaré bien. Son solo unos pocos días más, Serg.
—Lo sé. Es que me sienta mal este cambio de planes.
—Es un aplazamiento, nada más.
—Te tomas los cambios con mucha tranquilidad.
—No sirve de nada enfadarse, porque, como decía mi abuela Trinidad, si tienes un problema y además te enfadas, al final tienes dos cosas contra las que luchar, el problema y tu cabreo.
—Esa es una buena filosofía.
—Bueno y ahora, ¿qué? ¿Seguimos con el sexo telefónico? —Sentí su clara sonrisa al otro lado de la línea.
—Tú nunca has hecho eso, ¿verdad?
—Mmm, puedo probar. ¿Cómo era? ¡Ah, sí! ¿Qué llevas puesto?
—¿Con que quieres jugar, eh? Vale, tú lo has querido, luego no te quejes.
—Cobarde.
—¿Yo, cobarde? Tú no sabes con quién te has metido.

Serg

- Tengo un defecto, lo sé, y es que no puedo rechazar un reto, bueno, los que sé que tengo posibilidades de ganar. Hay otros retos que nunca aceptaré. Pero con ese reto tenía que demostrarle con qué contrincante se había atrevido a competir.
- Pues vengo todo sudado de la sesión de entrenamiento, así que me he quitado la camiseta y estoy a punto de hacer lo mismo con mis pantalones de deporte y los calzoncillos.
—Mmm, sudado dices. Me encanta cuando te brilla el cuerpo por el sudor. Con todos esos músculos congestionados e hinchados que parece que van a reventar bajo la ropa.
—¿Te gusta así?
—¿Qué mujer con sangre en las venas podría resistirse a eso? Dame más. —¿Quería más? Sí, esto se estaba poniendo interesante.
—Voy de camino al baño, a meterme bajo el chorro caliente de la ducha y ya me estoy quitando los calzoncillos. —Empecé a hacer el recorrido y ¿por qué no? Estaba haciendo precisamente todo lo que estaba narrando. Estaba entrando en el baño cuando su voz llegó a mí.
—No te pares ahora, grandullón. Me tienes aferrada al teléfono como una garrapata.
—Egh. Eso no suena precisamente erótico.
—¿Eh? Olvida lo que he dicho y vuelve a lo que me estabas contando.
—¿Y en qué estaba? —Sí, esto era divertido. Podía verme en el reflejo del espejo y sabía que aquella maldita sonrisa torcida tenía un buen motivo para estar en mi cara.
—Desnudo y de camino a la ducha.
—Ah, sí, es cierto.
—¡Agh! ¿Quieres seguir?
—¿Puedes oírlo? —Estiré la mano y abrí el agua caliente de la ducha.
—¡Sí!

—Voy a poner el manos libres y a entrar bajo la lluvia caliente.
—Sí. —Metí la mano bajo el caudal de agua y la moví, haciendo que pareciese que mi cuerpo estaba allí dentro.
—Voy a ponerme gel en la mano y a frotarme con ella para hacer espuma.
—Sííí. Extiéndela bien por toda tu piel. —Pues sí que se estaba metiendo en el papel.
—¿Así? —No podía reírme, pero es que, por alguna razón, estaba empezando a no ser tan divertido sino... estimulante. Su voz, sonaba tan... excitada. Brrrr, me dio un escalofrío, no podía pensar en Ella así. Ella era tan... dulce.
—Frótate el pecho.
—Lo estoy haciendo y ahora estoy bajando hacia el estómago formando círculos pequeños, lentos. —Mi mano seguía inconscientemente aquel camino.
—Oh, más.
—Sigo bajando. —Tenía la mano sobre...
—Para, para. —¿Eh? ¿Qué?— No, Serg. No podemos.
—¿Por qué?
—Esto no está bien. —Extendí la mano y cerré el agua.
—Estamos casados.
—Sí, pero no es de verdad, y esto... esto nunca debería haber pasado de una broma.
—De acuerdo. Podemos dejarlo aquí. —Ella tenía razón, lo sabía, pero había estado tan bien...
—Piénsalo, es lo mejor.
—Vale. Entonces... ¿Nos volvemos a llamar esta noche?
—Claro.
—Entonces, hasta esta noche.
—Hasta esta noche, Serg.

Ella

—¿Estás bien? —Alcé la cabeza para mirar a Robin. Estaba parada en la puerta de mi habitación, con Nika en sus brazos.
—Eh... Sí, es solo...
—Solo ¿qué?
—¿Tú crees...? No, déjalo, es una tontería.
—Nada es una tontería, así que ya estás soltando por esa boca.
—¿Tú crees... tú crees que una mujer como yo podría atraer sexualmente a un hombre como Serg? —Robin caminó hasta llegar a mi lado y se sentó junto a mí. Reacomodó mejor a Nika y esta cerró los ojos.
—Yo creo que puedes atraer sexualmente a muchos hombres, Ella. Lo que no sé es lo que le atrae a Serg. Verás, cada hombre es diferente. Mira simplemente lo que pasa con el color del pelo. Unos las quieren rubias, otros morenas...
—A todos les gustan las rubias de tetas grandes. —Robin alzó ambas cejas mientras enderezaba su espalda.
—Bueno, pues con esas mechas y tu «línea de flotación», bien podrías decir que eres es estereotipo de rubia de tetas grandes, ¿no crees?
—Ya, solo que en el pack va incluido el resto de cosas grandes que tengo.
—Pues mira, como decía el señor Polansky, el dueño de la tienda del barrio donde iba a

comprar mi madre, que lo hubiese especificado. Para mí, podrías cumplir con el sueño de todo hombre.

—¿Tú crees?

—Voy a decirte lo que la gran mayoría de chicos universitarios tiene como meta.

—¿Y qué es?

—Levantarse cada mañana al lado de una rubia de tetas grandes. —Y ahí fue cuando solté una gran risotada. Sí, esa era yo, una rubia de tetas grandes, amén de otras cosas grandes. ¡Qué lo hubiesen especificado!

—Sí, tienes razón.

—¿Ves? Todo depende del ojo con que se mira. Y hablando de ojo, ¿cuánto peso has perdido desde que Serg se fue? —Estiré la camisa que llevaba puesta. Sí, me quedaba más holgada de lo que lo hacía antes.

—Pues, la verdad, no me he pesado. Pero sí que la ropa me queda más suelta.

—Bien, pues entonces, será mejor que comprobemos cómo podemos mejorar esa imagen tuya. Si seguimos con este trabajo y controlando tu alimentación, seguro que logramos un cambio agradable a la vista. Y veremos si ese cambio le gusta a Serg.

—Vale.

—Y ahora, vamos a irnos a casa de Katia, porque tenemos una sesión de pilates para estirar esos músculos.

—No me vas a dar tregua.

—Tenemos poco tiempo, Ella, y hay que sacarle todo el rendimiento que podamos. Si tú puedes, seguiremos con ello.

—Puedo.

—Bien, entonces, manos a la obra.

Me levanté y esperé a que Robin hiciera lo mismo para seguirla. Ojalá pudiese repetir esa conversación telefónica con Serg, pero que esta vez yo fuese el objeto que sobrecalentara el organismo de Serg. Un sueño, pero, ¡eh!, eso todavía lo podía hacer, soñar.

Capítulo 34

Serg

De no haber olido como una manada de búfalos después de una estampida y de necesitar realmente aquella ducha, no habría entrado allí. Tuve que apoyar una mano en la pared del frente para no perder el equilibrio. Tenía lo que se dice un mal cuerpo. Mi pequeño amigo estaba todo contento y emocionado, casi levantando la cabeza para saludar, y de repente, puf, pinchazo. Pero no había sido con una de esas agujitas para sacar la sangre, no, había sido con esa con lo que pinchan a los caballos o elefantes.

El agua caliente golpeaba suavemente mi espalda, haciendo que no solo la tensión se fuera de mis músculos, sino esa rara sensación de... *coitus interruptus*. Menos mal que ese día no iba a volver a Las Vegas, porque necesitábamos tiempo para digerir lo que había ocurrido. Todo empezó como una simple broma y, sin darnos cuenta, se nos fue de las manos. Menos mal que Ella puso freno a esto, porque... habríamos terminado... realmente comprometidos. ¿Con qué cara habría vuelto yo a casa? Tenía razón, no podíamos hacer aquello, no si quería que siguiéramos siendo amigos. Habíamos estado a un paso de atravesar aquella puerta, la que separaba la amistad, del algo más.

No salí hasta que tuve la piel tan arrugada como una pasa. Aunque seguía teniendo esa extraña sensación de no estar a gusto conmigo mismo. Ojalá se pasara en tres días, porque quizás no tuviese más tiempo.

Viktor

Fue raro recibir aquel correo de Mihail Nóvikov. No es que fuera una sorpresa, era predecible que quisiera agradecer el «detalle» de Constantin. Lo extraño era lo que decía en él. Mihail iba a viajar en breve a Estados Unidos y quería concertar una entrevista con nosotros. A simple vista parecía algo normal, una simple cortesía, pero... podía oler algo importante, algo que tenía que ver con el que el texto dijese «visita privada». Sé de lo que hablo, he aprendido a reconocer estas pequeñas señales. Solo quedaba entonces esperar esa visita.

Sabía quién iba a atravesar la puerta de mi despacho diez minutos antes de que la puerta se abriera. Primero unos golpecitos y después apareció la figura de Katia con Tasha de la mano. En cuanto enfilaron el camino hacia las oficinas, ya sabía que venían a verme. Tasha era como uno de esos perros que tiraban de los trineos en Alaska. Arrastraba a su madre para llegar lo más rápido posible hasta mí. Bien por mi pequeña, eso es lo que tenía que hacer, correr siempre en dirección a papá.

—Papi, papi. —Alzaba un pequeño muñeco hacia mí como si fuera el premio gordo de la lotería.

—¿Qué traes ahí? ¿Es para mí? —Casi no pude contener la carcajada cuando, instintivamente, mi pequeña metió el peluche entre sus brazos y se giró para evitar que se lo quitara.

—Es mía. Sita no es para ti.

—¿Sita? —Alcé una ceja hacia su sonriente madre y esta ladeó la cabeza y deslizó los dedos por los rizos de mi pequeña.

—Es un regalo de la tía Ella para Tasha, ¿verdad? —Mi pequeña asintió fuertemente con la

cabeza.

—¿Así que tía Ella te lo ha regalado, puedo verlo?

Tasha se acercó hasta alcanzar mi regazo y yo la senté sobre mis piernas. Me mostró el peluche tejido y no tuve ninguna duda de que la «tía Ella» lo había hecho con sus propias manos para mi pequeña. Era una osita, con su vestidito rosa y un lacito sobre su cabeza. Era un regalo hecho con amor y dedicación, porque estaba claro que le había llevado mucho trabajo. Y lo apreciaba más que si hubiese sido algo comprado con su primer sueldo, porque al haberlo hecho con sus propias manos le daba un valor incalculable. Y Tasha pareció comprender el valor del regalo, o simplemente era que le gustaba, quién sabe lo que hay en la cabeza de un niño.

—No lo ha soltado desde que se lo llevó a la guardería —puntualizó Katia.

Y la creía. Tasha era de esas niñas que, cuando decidía que quería algo, no había manera de hacerla cambiar de opinión. Y eso me acojonaba como pocas cosas lo hacían en este mundo. Si seguía con esa determinación cuando fuese adulta, iba a tenerlo muy claro. Roqueros satánicos, góticos y demás tribus urbanas de mequetrefes insustanciales, más les vale mantenerse al margen de la vida de mi pequeña, porque como uno de ellos se cruzase en su camino y la enamorase iba a tener que pelear muy duro para hacerla ver que eso no es lo que ella necesitaba. No, mi pequeña iba a casarse con un buen chico. No necesariamente bueno en el sentido de hacer cosas dentro de la ley, sino bueno en el sentido de que no haría nada que la pusiese en peligro. Alguien capaz de dar su vida por ella, como yo mismo estoy dispuesto a hacer. Y tendría que tener un par de pelotas bien puestas, saber lo que cuesta ganar las cosas, lo que es pelear por conseguir lo que uno quiere y, sobre todo, ser de los que no se rinden. Y si es ruso, mucho mejor. Bueno, eso último puede ser negociable.

—¿Y quién le puso ese nombre tan bonito? —Tasha acomodó o hizo como si acomodase el lacito en la cabeza de su nuevo juguete.

—Yurina. —Miré a su madre y ella se inclinó hacia nosotros para hablar en bajito para nosotros tres.

—Yurina dijo «Osita bonita» y se quedó con lo que Tasha pensó que era más cortito y le quedaba mejor. —Bien. Lo bueno de Yurina era que mezclaba español e inglés a partes iguales. Eso, sumado al ruso que intentábamos hablar con ella, hacía que mi pequeña terremoto comenzara a dominar las tres lenguas, o al menos eso pretendía. Hoy en día, saber idiomas es primordial.

Robin

¿Cómo no iba a cogerle cariño a esta mujer? Si era como un botecillo de dulce de leche. Le metías la cuchara hasta el fondo y a cambio conseguías un pequeño trozo de dulce cielo. Aparté las lágrimas de mis ojos y volví a mirar el pequeño peluche que había confeccionado para mi Nika. Había pensado en todo. Sin ojos de plástico para que no se los tragara, sin lana rasposa, solo la más suave, y un relleno hipoalergénico y totalmente lavable. Y todo dentro de una monada de osito ajustado al tamaño de mi pequeña. Nada más verlo, lo aferró con ansia y se lo llevó a la boca como si fuera su mordedor. Ahora estaba totalmente dormida en su cuna y lo aferraba con su puño como si fuese su salvavidas. Estaba tranquila, porque Ella lo había hecho no solo con sumo detalle, adaptado a todo lo que una madre quiere para su bebé, sino que era adorable, incluso todo lleno de babas como estaba en aquel momento. Lo empecé a retirar con cuidado y lo sustituí por una bola de calcetines de deporte limpios. Salí del cuarto y me dirigí a la lavandería de la casa. Paul estaba esperándome para darle un buen baño al nuevo integrante de la familia con un jabón

antibacteriano apto para bebé. Antes de entrar en la habitación, me pasé el muñeco por las mejillas para secar cualquier rastro de humedad en ellas. Sí, soy una sentimental, pero es que con Ella era imposible no hacerlo. Ella sacaba la parte tierna que había dentro de las personas. ¿Y quería conquistar a Serg? Pues tenía una aliada, porque si eso significaba que su matrimonio iba a ser real y que ella sería de la familia, por mí era perfecto. Es difícil encontrar a personas como Ella así que, cuando lo haces, hay que hacer todo lo posible por mantenerlas cerca.

—Es una preciosidad.

—Lo sé. Es tan cuqui. —Paul cogió el peluche y lo sumergió en el agua enjabonada que tenía preparada. En otro momento me habría metido con él por llevar las mangas de la camisa remangadas y ese delantal tan chic sobre su torso, pero solo verle tratar con tanto cuidado el osito era suficiente para hacerme llorar de nuevo. ¿He dicho que amo a Paul? Pues lo hago. ¿Y he dicho que amo a Ella? Pues también.

Capítulo 35

8 días después....

Serg

Veintidós días, ese era el tiempo que había pasado lejos de casa. Veintidós días echando en falta mi tarro de miel. Porque sí, hay mucha más miel, pero la de mi casa siempre es mejor, porque es la buena, la que más me gusta.

El avión estaba a quince minutos de aterrizar y yo me sentía algo nervioso. Normal. Durante todas las charlas telefónicas hemos obviado el tema. Ni siquiera lo hemos mencionado, ni a modo de broma, simplemente no pasó. Pero no soy quién para sacarlo a la luz, porque Ella tenía razón. Si pasábamos esa línea...

Se encendieron las luces para abrocharse los cinturones y empecé a manipular el mío para acomodarlo donde correspondía. Sabía que no esperaría en la pista de aterrizaje porque estaría en la peluquería trabajando, y porque el avión salió media hora antes de lo previsto. Viento de cola y esas cosas, así que había llegado cuarenta minutos antes de lo calculado. ¿Y qué es lo que quería hacer? Salir disparado hacia el Crystals y verla. Ni llegar a casa, ni soltar la maleta, ni pasar por el gim a ver a mis chicos. No, lo primero que quería hacer era ir a esa peluquería y achucharla entre mis brazos, comprobar que estaba bien.

Ella

Llevaba toda la mañana pensando en Serg. Hoy estaría de vuelta y tenía mucha tarea que hacer. Robin y yo habíamos ido de compras y ahora tenía ropa que me quedaba mucho mejor. Y mi cuerpo, uf, eso sí que me quedaba mucho mejor. Mis «carnes» habían menguado y estaban más prietas. No era una modelo de alta costura, pero tampoco estaba nada mal. Bien rellenita, decía mi madre, como un pavo en Navidad. Había perdido casi doce kilos y se notaba mucho.

—¡Hey, Ella! Esas mechas han quedado increíbles.

Miré como se deshacían los rizos entre mis dedos, haciendo que las ondas tuvieran un acabado natural. Sí, de todo el local, era la única que conseguía darles ese toque de naturalidad que encantaba a las clientas, y Linette lo sabía. Siempre he sido una perfeccionista, algo que siempre era bueno para un local de lujo como el Enchantée y para mi bote de las propinas. De ahí habían salido las lanas para los peluches de mis pequeños «sobrinos» y los jeans que llevaba puestos en aquel momento. Encontrar unos pantalones que se ajustaran a mi trasero y no tuviesen unas perneras con ese efecto columnas griegas era todo un reto antes, pero ahora estaba encantada. Como me dijo la dependienta, realizaba mi trasero. En otras palabras, mirar mi trasero ya no era como estar viendo las ancas de un caballo.

—¡Wow! ¿Ese no es el bombón de tu marido? —Alcé la vista hacia Linette, para encontrarla con esos ojillos soñadores clavados en el ventanal de la tienda.

La había visto hacer eso cada vez que tenía un tipo guapo delante, pero de los guapos de verdad, no los simples «están bien». Y con tanto tipo de seguridad pasando por allí de camino hacia las oficinas, eso era parte de nuestro día a día; la media en el Crystals estaba realmente muy

alta. El cepillo se enredó en el cable del secador y se me cayó. Me agaché para recogerlo antes de mirar hacia el exterior y, cuando lo hice, efectivamente, me encontré con mi marido. Viktor estaba a su lado, con un atuendo poco habitual en él cuando andaba por la central, es decir, que no llevaba traje o chaqueta de vestir, no, vestía con unos jeans y una camisa remangada hasta los codos. Informal, aunque no tanto como Serg, que llevaba una de sus eternas camisetas de algodón. ¿Chicago Bulls? Sí, el rojo que quedaba bien. Tenía los ojos muy abiertos y expresión de sorpresa, pero su mano se alzó para saludarme. Y corrí. Salí como un galgo detrás de la liebre. Ojalá Sara y Robin no estuviesen equivocadas cuando me dijeron que Serg no era gay, porque había puesto demasiadas esperanzas en que así fuera.

Serg

He visto mujeres correr para tirarse sobre mí, es lo que tiene ser el luchador favorito en las peleas ilegales, que las mujeres le desean a uno, pero juro que ninguna se parecía a Ella. Su sonrisa era dulce, alegre, limpia, sin nada de esa hambre depredadora de las que quieren acostarse conmigo como si fuera un trofeo más. Pero mis ojos no estaban puestos en sus labios, sino un poco más abajo. ¡Madre mía! Aquellas dos tentadoras y elásticas masas de carne se movían rítmicamente con cada uno de sus pasos, haciendo que mi boca babeara. Eran grandes, naturales y... ¿He dicho grandes? ¡Dios existe! Eso sí que era un auténtico regalo para la vista. Bueno, pero aquel trasero bien redondo que vi antes... tampoco tenía nada que envidiarle. ¿Estaba allí cuando me fui a Los Ángeles? No estaba seguro.

Su cuerpo fue bien recibido cuando colisionó con el mío y la envolví entre mis brazos, como debía hacerse. ¡Joder! Qué bien se sentían esas dos pedazo de tetas pegadas a mi pecho. Sus brazos se habían enlazado en mi cuello y su cabeza encajó perfectamente para que su boca quedara junto a mi oído. Sí, vale, me había inclinado para facilitar que la cosa quedara así de bien, pero es que mi cuerpo no necesitó ninguna instrucción para hacerlo, tan solo se amoldó, como si mis músculos guardaran en la memoria cómo debía hacerse.

—¡Ya estás aquí! Te eché de menos.

—Y yo a ti, *gorshok meda*. —Viktor estaba frente a mí, con una de sus cejas alzadas. Sí, sabía por qué, pero no iba a ponerme a explicar eso en aquel momento. Cuando tuve suficiente, la alejé un poco de mí para poder tomar buena nota de aquel cambio tan espectacular.

—¡Ah, sí! He perdido algo de peso. El ejercicio y la nueva dieta. Aún tengo que perder unos siete u ocho kilos para estar en el peso ideal, pero... —Mi mano se posó en su mejilla acercándola más a mí, otra vez. Mis labios se morían por acallarla con un beso que dijera «así estás perfecta», pero antes de hacerlo, una voz sonó a nuestro lado, rompiendo el momento.

—Hola, soy Linette. Supongo que tú serás el primo de Serg que trabaja aquí en el Crystals. —Ella y yo nos giramos para ver aquello. Mi primo estaba extendiendo una mano hacia la otra mujer, con aquella maldita sonrisa ladeada rompebragas. ¡Ja! Esto pensaba decírselo a Katia. No, mejor no, aprecio mis dientes.

—Hola, soy Viktor.

—¿Y dónde trabajas?

—Arriba, en las oficinas de seguridad. —No, la mujer no tenía ninguna vergüenza. Le dedicó a mi primo una de esas miradas apreciativas que decían «no estás nada mal para trabajar en una oficina». Sí, ¡a la mierda mis dientes!, eso tenía que contárselo a Katia.

—Entonces puedes pasarte por aquí alguna vez a cortarte el pelo, a los familiares se les hace descuento. —Vi una de las cejas de Ella alzarse y supe que esa norma le era totalmente

desconocida.

—Lo tendré en cuenta. Gracias.

—Un placer. Bueno, Ella, si ya terminaste con tu clienta, supongo que puedes acabar tu turno por hoy, total por quince minutos que quedan no podrás ponerte a atender a otra clienta.

—Sí, ya terminé con todas mis citas.

—Lo dicho, puedes irte a casa. A no ser que a os apetezca tomaros un café antes. —¡Oh, aquella maldita mirada de «te comería hasta el tuétano de los huesos»! La conocía. Viktor estaba en peligro si aceptaba ese café.

—Quizás en otro momento, ahora tengo que ir a recoger a mi pequeña a la guardería. —Y ahí estaba, ese «aganto la sonrisa, pero ya no es la misma de antes». Viktor era un puñetero cabrón soltando bombas así.

—Bueno... entonces podemos dejarlo para otro día. —Ella se inclinó hacia mí y me susurró.

—Voy a recoger mis cosas para irnos. —Asentí con la cabeza y esperé, como buen marido, a que mi mujer regresara a mi lado.

Capítulo 36

Serg

Cuando Ella llegó con sus cosas de mujeres, ya saben, el bolso, Viktor empezó a caminar en una dirección diferente a la de la guardería de su hija.

—¿No ibas a buscar a Tasha?

—Y lo voy a hacer, pero antes quiero ver en qué mesa nos van a sentar en el restaurante.

—¿Mesa?

—Acabas de llegar de Los Ángeles, tenemos mucho de qué hablar y tu mujer seguro que agradecerá el no tener que cocinar. Así que pensé que podía invitaros a comer. —Ella le sonrió con agradecimiento.

—Realmente sí que lo agradecería, hoy ha sido un día muy movido en la peluquería.

—¿Ves? Pues no se hable más. Voy a hablar con el encargado para que nos dé una mesa, y quiero que pongan una silla infantil para mi pequeña.

Dicho eso, llegamos a uno de los restaurantes del Crystals. Lo de «ver qué mesa nos dan» realmente fue más «no tengo reserva, pero soy Viktor Vasiliev». El pobre *maitre* perdió el culo para buscarnos un lugar. ¿Silla para bebés? Como si tenían que ir a fabricarle una.

Cuando estuvimos acomodados, Viktor nos dejó solos mientras iba a buscar a su pequeño tormento. Y yo intenté recuperar el momento que me echó por tierra la tal Linette.

—Wow, vaya cambio. Por fuera, quiero decir. —Me regaló esa maldita sonrisa que derrite hasta las piedras y sé que las comisuras de mis propios labios se elevaron para emularla.

—El mérito es en parte tuyo. Me diste las pautas, yo solo las he seguido.

—Pero no todo el mundo es tan disciplinado como tú, mira los resultados.

—Bueno, no tenía muchas más cosas que hacer.

En aquel momento Viktor y Tasha estuvieron a la vista y, al distinguir su peluche de lana, supe que sí había tenido más cosas que hacer. La miré alzando una ceja y ella simplemente se encogió de hombros.

—Qué voy a decir, mucho tiempo libre.

—Yo creo que eres de esas personas que no pueden estar quietas. —¿Cómo porras una persona así había cogido aquel sobrepeso?

—¡Tía Ella! —La pequeña Tasha corrió a los brazos de Ella.

—Hola, tesoro. ¿Qué tal se ha portado tu nueva amiga? —Tasha trepó al regazo de Ella, sin soltar su juguete. Mientras, Viktor daba la batalla por perdida y se sentaba a su lado. ¿Silla para niños? ¡Ja! Inténtalo otro día.

—Sita es buena.

—Ah, entonces bien por Sita. —Las dos empezaron a charlar, como solo dos chicas pueden hacer, así que Viktor y yo nos pasamos al lado de los chicos excluidos de la conversación.

—¿Cómo fue todo en Los Angeles?

—Zack ganó la pelea, pero eso ya lo sabes.

—Sí, eso lo sé. Solo quería saber que te pareció la experiencia.

—Si tengo que escoger, me quedo con los chicos del gim. Zack es un engreído cabrón que se cree que es el ombligo del mundo.

—Es joven, aún tiene mucho que aprender.

—Eso espero.

—Y ahora, hablemos de temas serios. —Cuando Viktor se pasó al ruso, supe que había llegado el momento de que los niños grandes hablaran de cosas comprometidas.

—¿Tú dirás?

—¿Recuerdas a Mihail Nóvikov?

—Hablaste sobre él cuando me explicaste todo el asunto de nuestra salida de Rusia.

—El caso es que va a hacernos una visita y quería saber si te gustaría estar presente.

—Por supuesto. No tuve oportunidad de agradecerle su ayuda.

—Bien, entonces te avisaré cuando llegue el momento. —Después de eso, volvimos la atención hacia nuestras dos chicas, que permanecían calladas con la vista clavada en nosotros. Sabía que Ella no entendía nada de ruso, pero Tasha...

—Bueno, ¿y qué vais a pedir para comer? —Sí, nada como ser el primero en hablar para llevar la conversación hacia un terreno conocido. Ella se sonrojó y se puso a repasar el menú.

—Creo... creo que tomaré verduras a la plancha y pescado al horno. ¿Y tú, cariño? —No, no me lo preguntó a mí, sino que se dirigió a Tasha. Y como un monito de repetición, Tasha cogió el menú e hizo como que repasaba la lista.

—Macarrones con tomate. —Viktor sonrió y puso los ojos en blanco.

—Para que luego digan que a los niños les vale cualquier cosa. Tasha sabe realmente lo que quiere, mientras sea comida italiana, claro.

—No, macarrones con tomate.

—Claro, cariño. Aunque también nos sirve cualquier pasta con tomate, llámese espaguetis, macarrones, fussili, tallarines...

—Entiendo, pasta. —Ella miraba a Tasha mientras la sonreía.

Ella

¿He dicho lo sexy que están estos dos hombres cuando se ponen a hablar ruso? Creo que Tasha podía entender algo, porque estaba realmente concentrada en las palabras de su padre. Yo no entendía ni jota, pero me quedé embobada de igual manera. Se le veía tan relajado, tan en su salsa, que me atrapaba. Sobre todo cuando decía eso de «no sé qué meda». Sí, sabía que era ruso y me encantaba cómo sonaba en su boca, pero no tenía ni idea de lo que significaba. Esperaba que fuese algo bonito, porque cuando me lo decía mi corazón daba un pequeño saltito.

Acomodé mejor a Tasha en mi regazo y esperamos a que nos sirvieran la comida. Cuando ésta llegó, pasé a Tasha a la silla infantil.

—Bien, es hora de que esta chica grande se ponga a comer su comida. A Sita la dejaremos que mire y, cuando llegues a casa, le damos comida para juguetes, ¿de acuerdo? —Sé que Viktor estaba realmente sorprendido, porque tenía esa ceja casi volando sobre su cabeza.

—¡Vaya! No es fácil convencerla para que haga eso.

—¿Hacer qué? ¿Comer sentada en su propia silla?

—Bueno, el reto es hacerlo cuando se le dice. Además de no llevar juguetes a la mesa. —Ella miró a Viktor con los ojos entornados.

—No sé por qué dices esas cosas, Tasha es una chica grande, que sabe cómo hacen las cosas las chicas grandes, ¿verdad? —Ella retiró un rizo de la cara de Tasha y la niña asintió con energía mientras se llevaba un macarrón directo a la boca.

—Si lo de la peluquería no sale bien, puedes venir a trabajar como niñera cuando quieras.

—¿En serio?

—¡Oh, muy en serio!

Serg

No es que no confiara en el buen trabajo que estaba haciendo Nick con Lucas y Nino, pero habían pasado más de veinte días desde mi última sesión con ellos y necesitaba comprobar por mis propios medios en qué punto del entrenamiento estaban. Además, llevaba demasiado tiempo sin modificar su rutina. Solo así conseguía que no se aburrieran porque sus rutinas eran demasiado repetitivas y, además, trabajaba sus músculos de formas diferentes, buscando equilibrar los que más necesitaban reforzarse, con los que no lo necesitaban tanto, además de los que necesitaban un descanso. Soy un puntilloso, lo sé.

Después de la comida, cuando Viktor se llevó a Ella a comprar una mochila para Sita, vi la oportunidad de tantear a mis chicos sin desatender a mi mujer.

Lo primero que encontré nada más atravesar la puerta del gim fue la sonrisa de Lucy. Cualquiera otro día me habría encantado tener un recibimiento como aquel, pero esta vez había llegado tarde porque ya había tenido uno mejor. Las comparaciones son odiosas, pero era inevitable no comparar la sonrisa sexy de Lucy, que parecía decir «te veo apetecible», con la auténtica y reconfortante sonrisa de Ella. Era tan pura, como la de un niño. Sin falsedad, sin segundas intenciones, solo auténtica felicidad por verte. No sé lo que querrían los hombres de este país, pero yo prefería llenar mi vida de alegría en vez de sexo. Y eso eran ellas dos, una sexo y otra alegría.

—Hola, Serg, que alegría verte.

—Hola, Lucy. ¿Los chicos están aún dentro?

—Sí. Tu primo aún no terminó con ellos. —La chica se mordió el labio inferior. No necesitaba ser un genio para entender aquello, pero tenía una duda: ¿iba dirigido a mí o a Nick? Me encogí de hombros mentalmente y me dirigí directamente a la zona del ring. Si estaban siguiendo mi programa, tendrían que estar allí en aquel momento. Y efectivamente, allí estaban.

—Lucas levanta la guardia derecha. —Nick se giró hacia mí cuando escuchó mi voz a su espalda. Su manotazo en la espalda picó, pero no iba a quejarme por ello.

—No podías esperar a venir y controlar mi trabajo, ¿eh?

—Soy un cabrón meticuloso, puedes decirlo.

—Tocapelotas sí que eres. ¡Nino, mueve más esas piernas!

Escuchamos algo de jaleo y los gritos de Lucy que llegaban de la entrada del gim. Ya estábamos dispuestos a sacar a patadas al intruso, cuando me quedé parado en seco. La que entraba al recinto era Ella y traía una cara que no le había visto antes.

Capítulo 37

Ella

En cuanto nos dimos cuenta de que el teléfono de Serg estaba en mi bolso, Viktor nos acercó al gim para acercárselo. No es que Serg fuese un esclavo del aparato en cuestión, pero con todo lo que teníamos encima era primordial llevarlo siempre encima. Sobre todo, porque sabía lo importante que era para Serg el estar localizable para su hermana.

Viktor detuvo el coche cerca de la entrada y no bajó conmigo, porque no quería dejar a Tasha sola en el coche. Además, era solo un entrar, darle el teléfono a Serg y salir. O debería haberlo sido, de no ser por la Barbie morena de ojos azules que custodiaba la entrada. Vale que las chicas de la recepción tenían que ser la imagen saludable del gimnasio, pero, mierda, estaba claro que era un gimnasio de hombres y que la chica era un buen gancho para que picaran. El caso es que, desde la primera frase, supe que me traería problemas; bueno, más que frase fue su manera despectiva de mirarme. Sí, ya lo sabía, no era material de gimnasio.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Necesito encontrar a Serguéy Sokolov. —Y ahí la chica puso una sonrisa tan falsa como el blanco de sus dientes.

—Ahora está ocupado.

—Solo serán un par de minutos.

—Yo puedo... —Su cuerpo ya estaba metiéndose entre mi camino.

—Tranquila, tú sigue con tu trabajo. Él me atenderá. —Entonces se ríó con una carcajada prepotente, con esa mano poderosa sobre su cadera.

—Mira, no tengo ni idea de lo borracho que estaría Serguéy cuando te lo encontraste, pero puedo ahorrarte la vergüenza aquí mismo.

—¿Qué de...?

—Que no eres su tipo, no te molestes.

—No tienes ni idea de lo que...

—Oh, sí tengo idea. Conozco bien ese cuerpo de escándalo y a su dueño y puedo asegurarte que... —Y ahí me harté. La aparté de mi camino y empecé a buscar a Serg. Tenía una niña de dos años y medio saltando en su asiento porque habíamos dejado la compra de su mochila a medias, un coche mal estacionado y poca paciencia para una modelo sabelotodo con ganas de darme lecciones de imagen personal.

—Paso.

—¡Eh! No puedes entrar ahí, Serg... —Su grito llegó a mis oídos segundos antes de que sus uñas alcanzaran mi brazo.

—Es mi marido, sí que puedo. —El grito esta vez fue realmente estridente.

—¡Estás loca! —Cuando giré la cara hacia el frente, encontré dos rostros conocidos, pero solo uno de ellos dos estaba corriendo hacia mí y no era el de mi marido.

—¡Eh, eh! Tranquila —intervino Nick.

—Ya le he dicho que no puede entrar aquí.

—Pues claro que puede, es mi prima.

—¿Tu prima? Pero ha dicho que es la mujer de Serg. —Finalmente, el causante de todo aquello aunque de manera indirecta, decidió entrar en escena.

—No ha dicho ninguna mentira, es mi mujer. —Miró hacia detrás, donde el resto de los hombres que estaban allí estaban demasiado pendientes de lo que hablábamos. Me cogió del brazo, con tan mala suerte de hacerlo en el mismo lugar en que la gata esa me había clavado sus garras, y me llevó hacia la calle. ¿Vergüenza? ¿Se sentía avergonzado de mí delante de sus amigos? No habría esperado aquello de él ni en cien años, pero estaba claro que no le conocía tanto como pensaba. Cuando estuvimos ante la puerta de salida, me solté bruscamente de su agarre y le puse el puñetero teléfono en la mano.

—Tranquilo, ya me voy. Esto es lo que vine a hacer.

—Ella... —Sentí su mano de nuevo sobre la parte dolorida de mi brazo, notando que la quemazón penetraba en mi carne. Seguro que aquella víbora se untaba las uñas con veneno.

Ante el gesto de dolor, Serg me soltó rápidamente, pero su otra mano se unió a su hermana para sujetarme por la muñeca. Con cuidado, levantó la manga de la camisa, hasta llegar a las pequeñas marcas rojizas en mi piel. Su mandíbula se apretó con fuerza antes de hablar.

—¿Quién ha sido?

—Tú perro guardián ha hecho bien su trabajo. —Sus ojos se clavaron en mí, con una mezcla de confusión e ira.

—¿Qué perro guardián?

—El que no quería dejarme entrar para darte tu teléfono. —En aquel momento, el perro guardián apareció tras el mostrador de la recepción. A tan solo un metro de nosotros. Serg soltó una de sus manos y me apuntó con el dedo, con ese gesto de «tú, quieta», se giró totalmente hacia la otra chica y creo que escupió fuego por la boca mientras hablaba.

—Como se te ocurra ponerle un dedo encima a mi mujer de nuevo, juro que haré que te arrepientas toda tu vida. Y ve rezando para no cambie de idea y presente una demanda por agresión. No, no la mires a ella, la demanda la presentaría yo. Y ahora, voy a curar las heridas que no debías haber ocasionado. —Tiró de mí y me llevó hacia unas escaleras para subir a un despacho.

—Espera, Viktor está fuera esperándome.

—Yo me encargo, no te preocupes —dijo Nick.

Me hizo sentarme en un sillón y después salió de allí. Regresó en menos de un minuto con un pequeño botiquín. Lo posó sobre la mesa y se puso de rodillas para tener un mejor acceso a mis heridas. Sacó el antiséptico y unas gasas para extenderlo.

—Antes de que lo digas. Sé que no quieres que la despidan por tu culpa, por eso solo la he amenazado. —Sus ojos me miraron con tristeza—. Siento que haya pasado esto.

—No es tu culpa. —El volvió a trabajar atentamente sobre las heridas.

—Tal vez no, pero te prometí que nadie volvería a lastimarte y mira.

—No puedes ser el salvador del mundo, Serg.

—No, solo pretendo ser el tuyo. Y lo estoy haciendo de pena.

Serg

Tuve que sacarla de allí antes de que aquellos malditos cotillas vinieran a enterarse de todo. ¿Qué se enterasen de que Ella era mi mujer? Me la traía al fresco. Pero, ¡joder!, son tipos que vienen a descargar testosterona, lo que menos necesitan es un culo goloso sobre el que posar los ojos; no iba a permitir que babearan por el de mi mujer.

Cuando regresamos del despacho, Viktor estaba junto a la recepción. Ella enseguida preguntó por Tasha.

—No te preocupes, Nick está con ella, pero no creo que aguante mucho. ¿Te importaría salir con él mientras yo termino algo aquí? —Movi6 el tel6fono que tenia en sus manos y Ella obedeci6. Yo me qued6 all6, porque me olia lo que estaba pasando.

—Nick te lo ha contado.

—Tambi6n he visto las grabaciones.

—¿Qu6 vas a hacer?

—¿Qu6 se hace con un empleado que agrede a un cliente?

—Despedirle.

—Exacto. —En aquel momento, Lucy salia por la puerta que comunicaba con las taquillas con una bolsa de deporte colgada del hombro y todos los signos de haber llorado. Mir6 a Viktor, que le regal6 una de esas miradas mortales y ella sali6 tan r6pido como pudo.

—¿Solo despedirla?

—De momento, s6. Pero te prometo que no va a encontrar f6cilmente trabajo en ning6n gimnasio de esta ciudad. —Asent6, porque, si bien lo que le dije a Ella era cierto, me hervian las entrañas por estrangular a aquella tipa. Viktor tenia el poder de hacer lo que yo no podia. Normal, era el jefe.

—Bien.

—Boby est6 buscando a alguien que cubra su puesto de forma temporal, hasta que consigamos una sustituta.

—Estupendo, porque no queria volver a ver su cara.

—Si has terminado aqu6, puedo acercaros a ambos a casa. Creo que nuestra mochila para Tasha puede esperar. —Asent6 y me dirig6 al coche. Me cruc6 con Nick en el camino.

—Nadie toca a una mujer Vasiliev sin que haya consecuencias. —Con eso estaba totalmente de acuerdo. Al llegar al coche, vi a Tasha mirando triste el vendaje de Ella. S6, lo s6, era aparatoso, pero no queria que se infectara y en aquel puñetero gimnasio de hombres no habia unas simples tiritas.

—¿Duele?

—Un poquito, pero se pondr6 bien. Me han curado, ¿ves? —Tasha se inclin6 y, con todo el cuidado del mundo, le dio un suave beso sobre las vendas.

—Mami dice que un besito ayuda a curar. —Ella sonri6 y las dos volvieron la cara hacia m6 cuando me vieron llegar.

—¿Nos vamos a casa?

—Tia Ella tiene pupa.

—Lo s6. Por eso voy a llevarla a casa y a cuidar de ella.

Capítulo 38

Serg

Cuando entramos en la casa, lo primero que hice fue coger el termómetro que habíamos parado a comprar en una tienda, junto con tiritas, y llevé a Ella al sofá. La obligué a sentarse y metí el termómetro bajo su axila para tomarle la temperatura. Estaba algo sonrosada y eso no me gustaba. Como Lucy le hubiese provocado una infección bacteriana, iba a ir a buscarla y quemarle el coche. Eso para empezar.

—Voy a traerte algo fresco para beber.

Ella protestó, pero no hice caso. Después, esperamos en silencio a que el termómetro pitara y me ocupé de comprobarlo.

—Tienes unas décimas. Voy a traer un antibiótico y te lo vas a tomar. —Ella puso pucheros, pero no protestó. Iba a cuidar de ella, quisiera o no.

Saqué las tiritas para cambiarle el vendaje por algo más cómodo. Con cuidado, empecé a retirar la venda, mientras ella me observaba en silencio.

—Siento lo del gimnasio. —¿Confundido por esas palabras? Demonios, sí. Era yo el que debía sentir todo lo ocurrido y así se lo había dicho. Quizás no me aclaré lo suficiente.

—Lucy se sobrepasó. No está en sus atribuciones el ponerse violenta para impedir la entrada al gim.

—No me refiero a eso. —Alcé la vista intrigado.

—¿A qué entonces?

—Yo... no debí presentarme allí como tu mujer. —¿Qué?

—Pues claro que sí debías hacerlo, lo eres, ¿recuerdas?

—Ya, pero... tus chicos estaban allí... no necesitaban saberlo, ¿verdad? —¡Oh, mierda! Pensó que la había sacado de allí tan rápido porque no quería que descubrieran que me había casado con ella. Eres un gilipollas, Serg. La chica ya tiene bastante golpeada la autoestima como para que tú hagas cosas que empeoren la situación.

—Tuve que sacarte de allí por otro motivo. Escúchame... —Cogí sus manos para que sintiera la verdad de mis palabras—. Nunca podría sentir vergüenza al decir que eres mi esposa, eso sería imposible.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

—Es un gimnasio de luchadores, Ella. Están acostumbrados a Lucy, pero tú... eres carne nueva y succulenta, habrían saltado sobre ti como una manada de hienas sobre una gacela herida.

—No creo que lo hubiesen hecho, soy tu mujer.

—Créeme, conozco a todo ese grupo de testosterona con patas. Ponles ese trasero goloso tuyo delante de los ojos y no respetarán nada.

—¿Tú crees? —Su sonrisa tenía una pizca de arrogancia, como si el dato fuese un poco de helio para su ego.

—Boxeadores, Ella. Mujer y sexo siempre van juntos. No iba a permitir que tontearan con mi mujer.

—Si no te conociera, diría que sueñas bastante posesivo.

—Sueno a que cuido de ti, es mi obligación. —Ella asintió, y permanecimos en silencio hasta que terminé la cura—. Listo. Y ahora, vas a tumbarte en el sofá y vas a descansar.

—Estoy bien.

—Las heridas estaban muy rojas, puede que se hayan infectado y en estos momentos tu cuerpo debe estar bajo de defensas.

—¿Y cómo puedes saber eso si has estado veinte días fuera?

—Has perdido mucho peso, aunque tus músculos se hayan endurecido, tu cuerpo ha sufrido pérdidas a las que debe acostumbrarse. No es el mejor momento para pillar una infección.

—Sabes mucho de estas cosas.

—Conocer el cuerpo y su manera de funcionar es vital para un deportista de élite. —Ella se acomodó en el sofá y yo lo hice a su lado.

—¿Y tú eras bueno?

—Obtuve medalla en unos juegos europeos y estaba seleccionado para ir a las olimpiadas.

—¿Por qué no fuiste?

—Me lesioné una rodilla.

—Oh, vaya, lo siento. ¿Ahora está bien?

—La rehabilitación ayudó mucho, pero la lesión llegó en el peor momento, no había tiempo para una recuperación.

—¿No has pensado en volver a competir? —Pensarlo sí, pero tomé la decisión de poner primero a mi familia y no me arrepiento de ello.

—La situación se complicó y tuve que cambiar mis prioridades.

—¿Por eso entrenas a otros chicos ahora?

—Entrenar a otros no es tan exigente y yo ya soy demasiado mayor para volver a aquello.

—No eres tan mayor. —Era dulce escuchar su voz indignada.

—Tenía nueve años cuando ingresé en la escuela de gimnasia y no competí oficialmente hasta que tuve diecisiete. ¿Cuánto tiempo piensas que necesitaría para alcanzar de nuevo ese nivel? Además, mi cuerpo ya no es tan fácil de modelar como lo es el de un niño.

—Uf, suena inhumano.

—Suena a trabajo y sacrificio, pero para alguien que procedía de una humilde familia de mineros y granjeros, aquella era la mejor oportunidad para conseguir algo en la vida. No ya por la fama, sino por saber que tendrías mucha y buena comida en tu plato, cada día. Fracasar no era una opción, porque eso significaba que volvías a la granja. —Sus brazos me envolvieron, como si quisieran proteger al niño de entonces.

—Y yo pensando que mi infancia fue dura. Tú ni siquiera la tuviste. —Mis dedos acariciaron sus cabellos con lentitud.

—Hay un dicho de dice que «las infancias duras crean adultos interesantes», y yo creo que no salí tan mal, ¿verdad?

—No, eres realmente interesante, muy interesante.

—¿Ves? Y tú también eres interesante.

—Sí, lo soy. —Noté su voz adormilada y sonreí.

Tres horas más tarde, Ella estaba dormida sobre mi pecho, como aquella otra vez que nos quedamos dormidos en el sofá, solo que ahora la única dormida era ella. Toqué su frente. Estaba caliente. Maldije para mis adentros, me estiré y puse el termómetro de nuevo bajo su brazo. Cuando comprobé la temperatura, había subido unas décimas más. Me levanté, la cogí en brazos y la llevé a la cama. Sí, pesaba, pero soy un tipo que levanta pesas de 150 kilos, ella pesaba menos de la mitad, así que iba sobrado.

Regresé a la cocina, tomé un vaso de agua y un antitérmico. Le hice tomarlo, pero ella casi ni se enteró de que lo hacía. No podía dejarla sola en aquellas condiciones, así que me quité los

zapatos y me metí en la cama junto a ella.

Ella

El brazo me picaba, pero era incapaz de mover la otra mano para alcanzar aquella zona y rascarla. Tiré de nuevo, pero era imposible soltarla de... ¡Oh, joder! Abrí los ojos y me encontré con el peso muerto, o más bien dormido, que tenía atrapada mi extremidad sana: Serg. Luché una vez más para sacar el brazo de debajo de... ¿Sería su hombro? Puede que sí, estábamos tan enredados, que no sabría decir qué parte de quién, estaba dónde.

—Podrías simplemente pedir que me moviera. —La sonrisa de Serg fue lo primero en moverse, antes de girarse para liberar mi brazo.

—Me pica. —Sí, bien por mí, señorita elocuencia.

—¿La herida? —Antes de terminar de decir que sí con la cabeza, Serg estaba de rodillas sobre la cama, levantando la tela de mi camiseta para inspeccionar. Tiró con cuidado de una de las tiritas y ladeó la cabeza—. Parece que están cicatrizando bien.

—Si usted lo dice, señor enfermero. —Otra vez aquella sonrisa.

—Lo digo, sí. Después de que te duches, te haré otra cura.

—¿Ducha? —Levanté la cabeza para mirar el reloj de la mesilla de noche, eran las nueve de la mañana.

—Sí, anoche has sudado bastante, supongo que por la febrícula.

—Qué manera tan fina de decir que apesto. —Serg saltó de la cama, regresó, me dio un piquito en los labios y corrió hacia la cocina.

—Prepararé algo de desayunar, supongo que estarás muerta de hambre, ayer no cenaste.

Así, sin más. Me dejó congelada al cuadrado, ¿eso se podía hacer? Congelamiento uno, había dormido como unas dieciséis horas. Y congelamiento dos, me había besado. Había vuelto a besarme, ya iban dos. Dejé mi cuerpo caer como una piedra sobre la cama, los ojos mirando el techo. Señor, ¿podías hacer algo para que esos piquitos fuesen más «pasionales»? Sí, me había levantado con hambre esa mañana, con mucha HAMBRE.

Capítulo 39

Serg

Decir que estaba feliz era poco. Me la había jugado y había salido bien. Quizás me dio fuerzas el pasar la noche pegado a Ella, quizás fue ver que no se asustaba por amanecer a mi lado esa mañana. El caso es que me arriesgué a darle un pequeño beso, uno fugaz, casi inocente. Y luego salí corriendo, sin darle tiempo a protestar, siquiera a pensar qué había ocurrido. Un poco de cobardes, lo sé, pero tenía que darle su tiempo para procesarlo.

Quería algo más con Ella, eso lo tenía claro desde el momento en que me di cuenta de que la había echado terriblemente de menos. Los días que había estado en Los Ángeles, habían sido... ¿Cómo explicarlo? Parecían más vacíos, más sosos. Ella iluminaba con su sonrisa mis días y quería tenerla cerca todo el tiempo que pudiese. Me gustaba abrazarla, sentir su peso sobre mí, la tibieza de su piel bajo mis dedos.

También sabía que lo que menos estaría dispuesta a aceptar era una relación. Ese puñetero Alvin había puesto difícil que Ella volviese a confiar en otro hombre, y mucho menos tan rápido. Pero tenía que intentarlo. Pero también iba despacio por otra cosa, Constantin Jrushchov seguía orbitando sobre mi cabeza, como la espada de Damocles, si tan solo... Mi teléfono sonó con la llegada de un mensaje. Al cogerlo en mis manos, vi el remitente: Viktor.

—*Jrushchov fuera de juego, eres libre.*

Así, la maldita espada salió disparada para clavarse en la pared frente a mí. Tuve que apoyar la cabeza sobre la mesa del desayuno, porque de repente me sentí algo inestable. Tanto tiempo con aquel maldito peso encima, hacía que fuese extraño hasta respirar. Marqué el número de Viktor y esperé a que contestara. —Supongo que buscas una confirmación.

—¿Entonces es cierto?

—No lo habría dicho sin estar totalmente convencido.

—¿Llegaste a un trato con él?

—Prácticamente estaba cerrado cuando la loca de su hermana se metió en medio. Pero ahora, está cerrado del todo.

—Solo temo que cambie de idea.

—Aparte de que tengo a alguien vigilándolo, sé que está muy ocupado con otras cosas más importantes que buscarse problemas con los Vasiliev.

—Me picaste la curiosidad, ¿puedo saber qué cosas? —La risa de Viktor resonó al otro lado del teléfono.

—Por dónde empezar... Primero, su cuñado ha interpuesto una demanda de divorcio contra su hermana; en otras palabras, se la ha devuelto con un «no la quiero ni en pintura». Su contacto en el gobierno está bajo investigación por corrupción, así que no puede ni acercarse a él. La Bratva le está ganando terreno en algunos terrenos conflictivos... En pocas palabras, nosotros somos algo lejano y nada importante.

—Pero todo eso es pasajero, volverá a tenerlo todo controlado.

—Puede, pero si todo sale según lo previsto, va a estar muy ocupado los próximos tres años y después... ya veremos.

—¿Tres años? No parece que le lleve tanto tiempo solucionar los problemas que me has comentado.

—No he dicho que esos sean los únicos problemas que tendrá que solucionar.
—¡Que cabrón! Tienes más cosas listas.
—Yo no he dicho nada de eso. —¡Joder! Y el tío se hacía el inocente por teléfono, claro, por si acaso había alguna remota posibilidad de que monitorizaran nuestra conversación.
—Entonces... Irina puede regresar.
—Estaba a punto de gestionar eso, pero...
—¿Pero?
—Le está gustando demasiado Miami.
—¿Qué quieres decir?
—Que es probable que no quiera regresar a Las Vegas.
—Pero... —¡Qué demonios! Yo estaba aquí; lo que quedaba de su familia estaba en Las Vegas. Y entonces comprendí. Su nuevo trabajo estaba allí y se sentía mejor, más realizada, en su nuevo hogar—. Entiendo.
—No te preocupes, podemos crear un puente aéreo regular para que podáis visitaros con frecuencia. Ya sabes, ella unos días aquí, tú unos días allí.
—Está bien. Ella rehízo su vida allí, como yo he hecho aquí. No puedo reprocharle nada.
—Sé que duele, Serg. Pero recuerda que ya no estás solo y ella tampoco. —Sí, yo tenía a Ella e Irina... ¿Eh? ¡Ah, mierda!
—¿Quién...?
—Tu hermana es un poco hermética con ese tema.
—OK.
—No lo pienses más, Serg. Nos tienes a todos aquí para lo que necesites.
—Lo sé y lo agradezco.
—¿Qué tal está Ella?
—Mejor, pero pasó mala noche. Las heridas se infectaron y tuvo algo de fiebre.
—La otra chica era venenosa.
—Eso parece.
—Entonces hice bien en sacarla de allí.
—Eso creo.
—¿Ella irá hoy al trabajo? —Miré a mi espalda, donde aquella de quien hablábamos acababa de aparecer ya duchada y vestida, lista para iniciar su jornada.
—Me temo que sí. —Viktor soltó otra carcajada.
—Es dura esa mujer tuya.
—Sí, lo es.
—Entonces nos veremos hoy en el Crystals. Robin pasará a recoger a tu chica en unos minutos.
—Eso no hace falta, ya estoy de vuelta.
—Sí, eso intenta explicárselo a mi cuñada. Esas dos tienen algo entre ellas que no vas a poder cambiar.
—En ese caso, no me meteré en medio.
—Chico listo. Nos vemos.
—OK. —Colgué y alcancé a Ella antes de que abriera el refrigerador—. Eh, eh. El desayuno es cosa mía. —Ella se encogió de hombros y reculó.
—Estabas ocupado.
—Ya no, siéntate.
Preparé el desayuno bajo su atenta mirada, pero cuando estaba a mitad, el timbre de la puerta sonó. Robin, puntual como un tren a la hora de la salida. Se llevó a Ella a rastras, mientras

masticaba la última cucharada de comida. Le despedí con un «iré a recogerte» y ella me devolvió un movimiento de dedos. Esto ya era una rutina familiar completa.

Viktor

Cuando colgué el teléfono a Serg volví mi atención a la información que tenía en mi terminal. Ese cabrón de Constantin al menos me había hecho caso y había llevado a la descerebrada de su hermana a una granja de cerdos, lejos de la civilización. Que se fuese olvidando del wifi, internet y casi casi del teléfono. Al menos esperaba que la ducha tuviese jabón. Cuando salió del contendor en el que viajó seguro que necesitaba una, o mejor un baño con agua bien caliente. Nueve días allí metida tenían que pasar factura. Según me enteré, hizo quemar la ropa nada más quitársela. Ardería bien, supongo.

Todavía quedaban todos los frentes que tenía abiertos con Jrushchov. Ese malnacido no tendría un minuto de descanso en mucho tiempo. Había puesto a la Bratva sobre su nuca, ladrándole como un perro rabioso. La Interpol estaba pisándole los talones a sus cuentas en paraísos fiscales. Sí, se recuperaría, pero no volvería a ser el n.º 1 nunca más, al menos mientras yo siguiera vivo, y algo me decía que Mihail tenía algo personal contra él, porque estaba demasiado pendiente de todos sus movimientos, acechando. Quizás podría averiguar más en su próxima visita.

Lo que más preocupado me tenía ahora era Sanders. No se había sabido de él en dos días. Había tomado sus vacaciones y había desaparecido. No había ningún registro de él en ninguna parte. Ningún avión, ningún billete comprado a su nombre, su maldito coche aparcado junto a su casa. Y eso me daba muy mala espina. Había incrementado el nivel de alerta, tenía a Bobby y a Sara trabajando a destajo para encontrar una maldita pista sobre su paradero y aún no había nada. Pero no pensaba decírselo a Serg, todavía no. Con que un Vasiliev estuviese de los nervios era suficiente, al menos de momento.

Capítulo 40

Sábado de aquella misma semana....

Serg

Me gustaba esa nueva rutina. Levantarme, preparar nuestro desayuno y organizar nuestro día. Era como volver a tener a Irina conmigo, solo que Irina no tenía ese par de... ¡Agh! Deja de pensar en sus...

—Serg, ¿estás bien? —Miré y vi a Ella llegando a su sitio al otro lado de la mesa del desayuno y después eché un vistazo hacia «los bajos fondos», es decir, a la vida más allá de mi ombligo. El puñetero cabrón estaba empujando su cabeza contra la tela del pantalón. Me acerqué disimuladamente hacia la mesa para que mi pequeño apéndice quedara oculto a la vista de Ella.

—Sí, claro. Solo estaba repasando en mi cabeza lo que tengo que hacer hoy.

—Es sábado, Serg, las peluqueras trabajamos mucho hoy, pero los gimnasios... ¿No tienen el fin de semana para descansar?

—Algo así. Hoy cada uno tiene su propio entrenamiento suave, carrera y poco más.

—Entonces saldrás a correr.

—Ya corrí y me duché a la vuelta —dije señalando el pelo para que viera que estaba húmedo.

—Pues sí que madrugas —Miró su reloj y alzó una ceja.

—Hablando de ejercicio. Este fin de semana será mejor que descanses.

—Vaya, pues me descuadras el horario. Ahora tengo dos horas libres. —Solo tardé dos segundos en pensar algo para hacer.

—¿Qué te parece si nos vamos de paseo? Conozco un lugar donde podemos pasear y tomar un tentempié después.

—Eso suena estupendo.

—Entonces no se hable más. Hoy te llevo al trabajo y luego te recojo.

—OK, llamaré a Robin para decírselo. —Bien, día familiar.

Cuando Ella se sentó detrás de mí en la moto, tuve que reconocer que necesitábamos un coche. No es que ella estuviese demasiado incómoda encima de mi máquina, o que lo estuviese yo. El problema era aquel enorme bolso suyo. Había cambiado su ropa, había cambiado su estilo, pero aquel maldito bolso-maleta seguía ahí. Y si, además, lo uníamos a la cesta con comida que quería llevar para hacer un picnic junto al lago... definitivamente, necesitábamos un coche. Tenía que hablar con Viktor, a ver si podía prestarme alguno de su compañía para hoy. Después tendría que hacerme con uno de forma permanente. Querida moto, ibas a tener que compartirme, y no solo con Ella.

Aparqué la moto en el parking y acompañé a Ella hasta la peluquería. Su jefa, Linette, estaba observando a través del ventanal. Nos miraba de una manera que conocía muy bien. Lo siento, chica, este hombre ya encontró a su *gorshok meda* y deberías dejar de mirarme así.

—Vendré a recogerte cuando termines el turno, ¿recuerdas? —Ella sonrió, se acercó a mí y depositó un pequeño beso en mi mejilla.

—¡Eh, Eh! —Antes de que saliera disparada hacia su trabajo, cogí su mano y tiré de ella para acercarla a mí todo lo que pude. Acabó entre mis brazos y la apreté contra mi pecho.

—¡Serg! —Mis dedos estaban acariciando la piel de su rostro, pero ese no era el sitio adecuado. Con rapidez, deslicé mi mano hacia su nuca y la guie hasta que mis labios se unieron a los suyos. No fue rápido, pero sí dulce. Señor, era como la miel. Lamí sus labios, como hacía cada mañana con la cucharilla con la que me servía miel, rebañando cada recoveco que albergara el dulce néctar que era mi perdición. ¡Señor, estaba perdido! Había acertado cuando la llamé *gorshok meda*, era toda miel por dentro. Su corazón era de miel, sus ojos eran de miel y su boca era de miel.

—¡Eh! Dejad de repartir pan delante del hambriento. —Juro que un día de estos esa Linette debería ir a un curso de buenos modales. Primera lección, no interrumpir a los mayores cuando están ocupados.

—Yo... tengo que ir a trabajar. —Sus ojos eran tan profundos... que casi me pierdo en ellos. Antes de irse, volvió a mis labios para depositar uno de esos malditos piquitos. ¡Ah, mierda! Qué frustrante es que te den una pequeña chupada del helado y luego lo alejen de ti.

—Chica traviesa. —Lo último que escuché fue su risa, extinguiéndose a medida que atravesaba la puerta de entrada.

Metí las manos en los bolsillos de mis pantalones y empecé a caminar hacia el despacho de Viktor. Tenía que preparar una tarde con mi mujer.

Mi primo estaba esperándome en el pasillo, con los brazos cruzados sobre el pecho y esa maldita sonrisilla de suficiencia en su cara. Era el puñetero rey y estaba a punto de entrar en su castillo.

—Sabía que te gustaba dar un buen el espectáculo.

—¿Has estado espiando? —Empezamos a caminar hacia sus oficinas.

—Tengo controladas todas las cámaras del centro comercial y una desequilibrada obsesión por lo que ocurre cerca de tu mujer, ¿qué esperabas? —Esperar, lo que se dice esperar, no esperaba lanzarme sobre Ella de aquella manera y mucho menos en público. Pero había sido una de esas veces en las que el cuerpo de uno no está conectado con su cerebro, ¿o sí?

—¿Privacidad?

—Sí, bueno, si eso haces en público, no quiero ni pensar qué es lo que harás en privado. — Estábamos casi llegando a las puertas de sus oficinas, cuando Bobby abrió la puerta con brusquedad, deteniéndose en seco al vernos. Detrás de él, las luces se habían vuelto rojas y parpadeantes.

—¡Está aquí, en el edificio! —Tenía miedo de preguntar, pero, aun así, lo hice.

—¿Quién?

—Alvin Sanders.

Dicen que, cuando estás en situaciones de peligro y estrés, como cuando estás en medio de una batalla, tu visión se focaliza en el centro, distorsionando la periferia, como si solo existiera lo que hay delante de ti. El sonido se atenúa, el tiempo se ralentiza. El cerebro reptiliano se hace cargo de todo y dejas de pensar, dejas que el instinto de supervivencia tome el control; mejor dicho, ese instinto secuestra todo lo demás. Yo solo sé que mi cuerpo giró con rapidez, llevándome sobre mis pasos con tanta velocidad que lo que había a mi alrededor se volvió borroso. Corrí tanto, corrí tan deprisa, que cada esquina que doblaba tenía que aferrarme a algo para que mis pies no patinaran sobre la pulida superficie del suelo. No podía pensar en la gente que apartaba de mi camino de malas maneras, no podía pensar en aquellos que derribaba a mi paso. Solo tenía que llegar lo antes posible a Ella, tenía que hacerlo antes que ese maldito animal, tenía que protegerla. Tenía el corazón a punto de salirse de la boca, cuando alcancé a ver la peluquería. Un hombre de seguridad estaba evitando que un tipo bastante enojado entrara en el local. Gritos, empujones y

amenazas. Al otro lado del cristal vi el rostro asustado de Ella, pálida y estática, observándolo todo como si fuera una película de terror.

Viktor

No tuve tiempo de decirle nada a Serg porque ya estaba desapareciendo de nuestra vista. Creo que ni oyó que pedía a gritos que enviaran a toda la maldita seguridad del edificio a la peluquería. Bobby dijo que nada más saltar las alarmas de reconocimiento facial, el equipo de seguridad fue alertado.

—Quiero que llames a la policía. —Empecé a caminar deprisa en la misma dirección que Serg. ¿Que por qué no estaba corriendo como él? Porque pulsar las teclas del teléfono mientras se corre es condenadamente difícil. ¿Y por qué estaba haciendo eso? Pues porque tenía que localizar a Andrey y traer su culo aquí lo antes posible. Quería a ese hijo de puta detrás de unas fuertes rejas, y a ser posible que la llave se perdiera. Andrey contestó al otro lado de la línea.

—Dim...

—Vente para el Crystals de inmediato. Alvin Sanders vino a por Ella.

—Salgo volando para allá.

—Date prisa.

Capítulo 41

Serg

—Solo voy a estar dentro un minuto.

—Le he dicho que se aparte. —El hombre de seguridad tenía dificultades para agarrar a Alvin.

El cabrón sabía cómo tratar con tipos violentos y fuertes; cómo no, era policía. Aproveché su forcejeo, para ponerme entre la puerta y él, cerrándole el paso. Si quería llegar a Ella, tendría que pasar por encima de mí. No iba a entrar en el local, yo me encargaría de eso. Con una maniobra rápida y demasiado violenta, Alvin se deshizo del guarda de seguridad, pero al encararse contra la puerta, se encontró con que yo estaba obstaculizándole el acceso.

—Apártate.

—No voy a hacerlo.

—No tengo nada en contra de ti, solo he venido a por mi novia.

—Hay una orden de alejamiento que te obliga a estar lejos de ella, así que lárgate. —Sus ojos se empequeñecieron, comprendiendo que yo no estaba allí por casualidad.

—Eres otro de esos protectores que consiguió esa zorra. ¿Ya te la has tirado? —Estaba a punto de arrojarme sobre él, cuando entendí que era eso precisamente lo que quería. Enfadarme para hacerme abandonar mi puesto y poder aprovecharlo para abrirse camino hasta Ella. Fui boxeador en la zona oscura, conozco muchos de esos trucos sucios.

—No voy a moverme de aquí, gilipollas.

—Acabará pasando.

—Por encima de tu cadáver. —Ahí estaba esa cara de confusión y algo más de enfado.

—Se dice por encima de mi cadáver, cretino.

—Eso es lo que he dicho, por encima de TU cadáver. —El tipo lanzó su puño, pero fui más rápido que él, lo desvié con mi antebrazo y le lancé un directo a la mandíbula. Casi pudo esquivarlo, pero no del todo. Bien, era bueno, pero no tanto como yo.

—¡Manos arriba! —Detrás de nosotros aparecieron tres miembros del equipo de seguridad, al menos dos de ellos llevaban uniformes y llevaban armas con las que nos apuntaban.

Alvin alzó las manos y sonrió, aunque no era de alegría. Se giró lentamente, al tiempo que uno de los de seguridad le ponía las esposas y le ataba las muñecas a la espalda. Pero su expresión, su mirada, seguía fija en mí ¿o era detrás de mí?

—Soy yo el que acabará ganando. —Noté a alguien poniéndose a mi lado y, al darme cuenta de que era Ella, la tomé en mis brazos.

—La policía está a punto de llegar. —Informó uno de los chicos de seguridad.

—Bien. —No sé de qué se regocijaba. Podían ser policías, pero no tendrían compasión con alguien que quebrantaba la ley, por muy de los suyos que fuese. Viktor llegó casi en ese momento, acompañado de dos tipos más de seguridad, aunque vestidos de civil.

—Hay que ser un gilipollas o un temerario para saltarse una orden de alejamiento en mi terreno. —Viktor se plantó delante de él con su pose más seria.

—Esto es un malentendido. Déjenme un minuto a solas con ella y la orden será historia.

—Sí, claro. ¿Y si mejor le dejo a él ese minuto a solas contigo? —Sí, ese «él» era yo, y firmaré un papel en blanco por ese privilegio.

—Por mí, encantado. —Sentí el apretón en mi cintura, los brazos de Ella a mi alrededor. No,

mi mujer no quería que me enfrentase a él. ¿Cómo me dijo? Que no quería que me golpearan.

—Esto no es asunto tuyo.

—Es mi esposa, todo lo que la atañe es asunto mío. —Oh, sí. Fue poético ver cómo se transfiguraba su rostro con aquella información. Su cara se entornó hacia Ella, buscando una respuesta. Ella se estiró, intentando transmitir esa confianza, esa seguridad que mi apoyo le daba.

—Es mi marido, sí. —Alvin apretó los dientes y juro que saltaron chispas de sus ojos. No necesitaba que pusiera en palabras lo que había en su cabeza, para mí estaba claro. «Me has quitado algo que me pertenece y pienso recuperarlo». Por respuesta, apreté más el cuerpo de Ella contra el mío y le desafié con la mirada. «Atrévete si quieres, pero no voy a devolvértela, ahora me pertenece». Besé la frente de Ella, para poner el punto final. En ese momento, llegó la policía con un invitado especial, Andrey.

—Este es el individuo, agente. Tiene una orden de alejamiento que a todas luces ha incumplido.

—No se preocupe, nos encargaremos de él. —Los dos agentes escoltaron a Alvin fuera del edificio. Entonces noté que las fuerzas de Ella se desvanecían, pero yo estaba allí para sostenerla, era su esposo y ese era mi cometido.

—¿Por eso dejaste Miami? —La voz de Linette llegó a nuestras espaldas, poniendo voz a lo que todos en la peluquería se morían por saber. Ella y yo nos volvimos hacia ellos y Ella asintió.

—Es la parte de un pasado que quiero dejar atrás —aclaró Ella.

—Puedo entenderte. Ese tipo era detestable. —Linette podía hablar mal de la forma de actuar de Alvin, pero no dejaba de estar sorprendida por el buen aspecto que tenía. Sí, seguro que se estaba preguntando qué demonios tenía Ella para atrapar a hombres con el aspecto del loco de antes y el mío. Lo sé, la imagen de Ella no era precisamente la de una modelo, pero es que su atractivo no estaba en el exterior, sino detrás de esa visión sencilla. ¿Cómo no iba a tener a varios hombres detrás de sus huesos? Era conocerla y no querer alejarte de ella.

—Si no te importa, Linette, me gustaría llevarme a Ella a tomar algo para que se tranquilice.

—Eh... —Linette miró hacia el interior del local, pero no entendí qué es lo que buscaba—. Claro, pero...

—Volveré en quince minutos, no te preocupes. —Ella sí que lo entendió, era peluquera, al fin y al cabo.

—Oh, tranquila. Puedo terminar yo con tu actual clienta. Pero estaría bien que regresaras antes de que te toque a la siguiente.

—Por supuesto. —Ella aferró mi brazo y yo la guie hacia donde Viktor nos estaba haciendo señas.

—Venid conmigo, os llevaré a un lugar tranquilo. —Ella y yo le seguimos dócilmente.

Ella

No es que apreciara realmente las virtudes de la tila, pero al menos mientras bebía cada pequeño sorbo, tenía tiempo para pensar en todo lo que había pasado. Y no me refiero solo a la visita de Alvin, sino realmente a TODO.

Empezando por aquel increíble y memorable beso que Serg me había regalado antes de ir al trabajo. Imposible de concentrarme en mis tareas mientras sufría las secuelas. Todo mi cuerpo aún sentía el hormigueo que había provocado. Su boca... ¡Santísima madre de dios! Había sido deportista de élite, casi olímpico. Pues bien, si existieran competiciones de besos, el oro lo tenía asegurado. Señoras y señores, con ustedes, ¡Elvis! Wow, estaba en Las Vegas, ¿no? Pues eso, el

más grande. Estaba en el cielo, sobre todo porque había constatado, de la mejor de las maneras, no solo que Serg no era gay, sino que además, yo, Estrella Ma... Sokolov, le gustaba a Serguéy, mi marido.

Y después, por la aparición de Alvin y el jaleo que siguió después. Siempre supe que volvería a cruzarse en mi camino, porque era terco y retorcido como una mula desquiciada. Pero el miedo a tenerlo cerca de nuevo se vio mitigado por los guardas de seguridad y luego la aparición de Serg. Wow. Impresionada era poco. Mi marido sabía cómo plantarle cara a cualquiera. Y luego Viktor y Andrey con la policía. Cuando dijeron que me protegerían, no bromeaban. Y son Vasiliev, había descubierto que esta familia hacía las cosas a lo grande.

—¿Te encuentras mejor? —Sara acababa de sentarse a mi lado con algún líquido humeante entre sus manos. En la distancia, Viktor, Bobby y Serg estaban haciendo sus planificaciones.

—Sí, mucho mejor. —Un grito frustrado llegó desde el otro lado y pude ver la cara enfadada de Serg. Viktor estaba a su lado, con la cabeza inclinada. No en esa postura de sumisión, sino esa otra en la que parece que estás preparando un atraco a un banco. Finalmente, Serg asintió, miró hacia mí y empezó a caminar hacia nosotras.

—Creo que voy a enterarme de qué es lo que ocurre. Te dejo con tu marido.

—De acuerdo. —Serg no ocupó el asiento que dejó libre Sara. Se acuclilló frente a mí, tomó mis manos y empezó a hablar.

—Ha habido un problema.

—¿Qué quieres decir?

—Alvin escapó antes de llegar a la comisaría. —¿Sorprendida? Era Alvin. Si había policías de por medio, siempre salía vencedor—. Pero no te preocupes, estarás a salvo. Iré contigo al trabajo y me quedaré a tu lado todo el tiempo. Después, cuando tu turno termine, iremos a casa de Viktor. Allí no podrá ni acercarse a la puerta, es un puñetero bunker. —Qué iba a decir. Solo asentí con la cabeza.

Capítulo 42

Ella

Mi madre siempre decía que yo era una persona positiva, de esas que siempre ven el vaso medio lleno. Así que, si tenía que sacarle la parte positiva a todo eso era que iba a tener a mi recién estrenado marido, porque una no estrena a su marido hasta que lo cata, ya me entienden, muy cerquita de mí. Chicas de la peluquería, babeen con este pedazo de hombre que conseguí como marido. Guapo, valiente, fuerte y, sobre todo, protector y educado.

Así que allí estaba yo, intentando peinar a una chica que no podía quitarle de encima los ojos a Serg. Sí, que él no hiciera más que mirar en nuestra dirección y regalar sonrisas era difícil de pasar por alto. Pero es que la pobre, no sabía que esas miradas y esas sonrisas las estaba intercambiando a través del espejo con su muy feliz mujercita, es decir, conmigo. Me temía que acabaría haciendo lo mismo que el resto de mis clientas de esa mañana, acercarse e intentar intercambiar algunas palabras, dejarle su teléfono y ese tipo de cosas. Y él, educadamente, las contestaba y evitaba dañar sus egos, pero les dejaba bien claro que estaba allí esperando a su mujer. Me señalaba y las sonrisas de las pobres se apagaban como cerillas debajo de una ola del mar. Hubo incluso una que se enfadó, porque pensó que estaba de broma. Menos más que Linette y mis compañeros le ratificaron la información.

Lo bueno de todo esto es que conseguía algunas buenas propinas, bueno, solo dos. El resto se esfumó de la misma manera que las expectativas de ligar con Serg de aquellas mujeres. ¿Quejarme? Eso lo hice después, en el camino a casa.

—Eres malo para mí.

—¿Qué? —Su cara confundida era graciosísima.

—Mis propinas han bajado hoy, casi han desaparecido diría yo.

—Pues son una mierda de clientas, porque hiciste un buen trabajo.

—Sí, el trabajo era bueno, y estaban felices conmigo, hasta que llegabas tú y les decías que eras mi marido. Y ahí, toda la simpatía que me tenían, puf, desapareció y con ella mi propina.

—Vaya, nunca pensé que tenerme como marido fuese negativo para tus finanzas. Tendremos que buscar ingresos en otra parte, porque no estoy dispuesto a cambiar de estado porque ellas no sepan manejar un rechazo.

—Me veo tejiendo peluches y patucos para ganar algo de dinero, o quizás tenga que recurrir al pluriempleo. —Serg me metió bajo su brazo y me apretó contra él.

—Siempre podemos alquilar una habitación y sacar algo de dinero. —Me giré hacia él con el ceño fruncido.

—No tenemos ninguna habitación para alquilar, las dos están ocupadas. —¿Estaba sonriendo de medio lado? Sí, creo que sí.

—Puedo mudarme a tu habitación y dejar la mía libre.

—¿A mi habitación? —¿Sorprendida? Más que eso.

—Es la que tiene el armario más grande y yo tengo pocas cosas. Podría hacer la mudanza en menos de media hora. —Se quedó mirando como si realmente fuese una propuesta seria. Lo sopesé, dos segundos, hasta que comprendí que me estaba tomando el pelo.

—Mmm, es mala idea, ronco.

—Pero bajito.

—¿Qué quieres...?

—Ah, Ella, ya he pasado por eso, ¿recuerdas? Y sobreviví. —Le clavé mis nudillos en su brazo y Serg no hizo ademán ni de fingir que le había dolido. Hombres de roca, uf, sí, roca, aquel maldito bíceps estaba duro como una piedra.

—Idiota. —Él sonrió.

—Me han llamado cosas peores. Tú solo piénsalo. —Caminó hacia el coche que nos esperaba en el aparcamiento subterráneo y me abrió la puerta. Fue cuando noté el grupo de hombres que había custodiado nuestro recorrido. Viktor sí que sabía desplegar un dispositivo de protección, me sentía como el presidente de los Estados Unidos.

Serg

Antes de sentarme dentro del coche, Sam me tendió las llaves que le presté. Necesitábamos algo de ropa de recambio y un pijama para Ella, pero ni de broma iba a apartarme de su lado. Ella necesitaba una imagen familiar que le transmitiera tranquilidad y seguridad, y yo necesitaba tenerla a la vista, así de simple, así que se decidió que uno de los hombres de Viktor se encargara de eso. No me hacía mucha gracia que un desconocido hurgase en la ropa interior de mi mujer, pero era un mal menor. Sam me hizo un gesto para señalarme el maletero, donde supongo que estaría nuestro equipaje, y yo le correspondí con el gesto internacional que hacemos los hombres para darnos las gracias, sí, ese gesto con la cabeza. Después se acomodó en el asiento del acompañante, delante de nosotros.

La caravana atravesó Las Vegas como una de esas comitivas fúnebres que siguen el coche en el que transportan al muerto. No, no es una mala comparación, porque el ambiente dentro de los coches, al menos en el que viajábamos nosotros, era especialmente frío y tenso.

Cuando atravesamos la última barrera de seguridad de la casa de Viktor, sentí cómo mi cuerpo perdía un poco de esa tensión. En parte por todas las medidas de seguridad que había allí y en parte por ver a Katia y Tasha esperándonos al pie de la puerta de entrada a la casa. En cuanto las puertas del auto se abrieron, Tasha salió corriendo en busca de Ella para tirarse en sus brazos.

—¡Tía Ella, tía Ella!

—Hola, cariño, ¿cómo están mis chicas? —Tasha levantó su muñeca tejida hacia Ella, mostrándole un trozo de esparadrapo en una de las patitas de la osita de peluche.

—Sita tiene pupa. —Ella se arrodilló junto a ella y examinó la «herida».

—No te preocupes, podemos curarla. Soy una buena enfermera de muñecas de peluche, ¿sabes?

—Bien. —Tasha asintió fuertemente con la cabeza y me pareció ver ese gesto que hacía Viktor. Que se preparase el mundo; no había suficiente con un Viktor, sino que ahora teníamos un Viktor mujer. Tasha tomó la mano de Ella y la llevó a su casa como una perfecta anfitriona. Katia esperó a que llegara hasta ella para empezar a caminar a mi lado.

—Viktor me ha explicado lo ocurrido. Sabes que nuestra casa está a vuestra disposición tanto tiempo como lo necesitéis.

—Solo el tiempo que nos lleve volver a atrapar a ese desgraciado.

—¿Qué tal lo lleva Ella?

—No quiere demostrar debilidad, pero sé que está afectada.

—Normal. A mí también me habría desestabilizado una aparición como esa. Pero es fuerte y te tiene a ti al lado. Nos tenéis a todos para lo que haga falta.

—Lo sabemos.

—Os he preparado la habitación de invitados, ve subiendo vuestras cosas, mientras me llevo a la enfermera y a su paciente a tomar un refresco al jardín.

—Gracias.

—No tienes por qué darlas. —Katia apretó mi mano y se encaminó a la cocina, siguiendo las voces de Tasha y Ella.

—Su equipaje. —Sam estaba a mi lado, tendiéndome la maleta.

—Gracias.

—Estaremos en los alrededores, para lo que necesite.

—No te preocupes, Sam, nos apañaremos solos. —Él asintió y se retiró hacia el exterior. Subí las escaleras, y no tardé en encontrar la habitación de invitados. Fue fácil: una tenía una pequeña cama rosa; otra, una cuna y cosas de bebé; la de Viktor, un armario a rebosar de ropa; la nuestra, un armario vacío. La nuestra. ¡Ah, mierda! Solo había una cama, justo después de bromear con Ella sobre dormir juntos en la misma cama. Bueno, no era del todo una broma y ahora, finalmente, parecía que no iba a serlo para nada.

Capítulo 43

Ella

Estaba repasando los puntos que se habían saltado de la pata de Sita, cuando Serg soltó la bomba. Estaba inclinado sobre mi oído y lo dijo como en un susurro.

—Parece ser que la mudanza va a ser antes de lo previsto.

—¿Mudanza? —Él alzó las cejas un par de veces y entonces lo entendí. ¡Oh, señor! Íbamos a dormir juntos, en la misma cama. Creo que se me escapó un punto y tuve que volver a atraparlo. Pijama, necesito un pijama. Serg no puede... ¡Ay, dios!

—No... no tengo pijama.

—Sam se encargó de preparar una maleta con lo que podríamos necesitar, no te preocupes.

Serg se había sentado en la silla frente a nosotras, con las piernas abiertas y los antebrazos reposando en sus piernas. Así, como si no acabara de soltar semejante noticia. ¡Mierda! Tenía que subir a la habitación y revisar aquella maleta. No quería ni pensar en lo que podía haber metido allí dentro.

—Ella, ¿estás bien? —Katia me miraba con preocupación. Supongo que debía de parecer algo aturdida. Seguro que estaba roja como una manzana de caramelo.

—Eh, sí, sí. —Y ahí estaba esa maldita sonrisa baja bragas de Serg.

Serg

Fue divertido ver a Ella con aquel tremendo sofocón, pero mejor sería cuando llegase la noche. Quería verla entrar en el cuarto sabiendo lo que iba a pasar allí dentro.

Viktor apareció tres horas después, y no lo hizo solo. Andrey vino con él y con sus chicas. Robin enseguida se lanzó a abrazar a Ella, algo complicado con Nika de por medio.

Las dejamos reunidas alrededor de una jarra de limonada y nosotros nos fuimos al despacho de Viktor. Cuando cerró la puerta, se activó el cerrojo de seguridad. Daba miedo, la verdad. De no estar convencido de que me apreciaba...

—¿Qué noticias tienes, Andrey?

—Pues traigo buenas y malas. La buena es que ese maldito cabrón tenía muchos trucos en la manga, como engañar a sus compañeros policías y, en un descuido, dejar inconsciente a uno y escapar. Las esposas aparecieron muy cerca de donde noqueó al policía.

—Eso quiere decir que no está compinchado con la policía de aquí.

—No, ya sabes. Serán colegas de oficio, pero no tienen por qué ser amiguitos. Y eso nos deja a la policía de Las Vegas y a la familia en el mismo lado de la ecuación.

—Sumando puntos con la policía, ¡yupi!, qué emoción. —Viktor había alzado sus puños a la altura de sus pectorales, imitando una patética reacción de alegría. Le miramos de una manera poco, mejor dicho, nada afable.

—¿Yupi?

—Es lo que dice Tasha. Creo que lo aprendió en la guardería —respondió encogiéndose de hombros.

—¿Y la mala? —Esa era la que realmente me interesaba, por eso pregunté.

—La mala es que el tipo es un jodido cabrón con recursos. Sabe moverse, sabe buscar, sabe

escabullirse y, que me jodan, sabe dar buenos golpes.

—Un rival para tener en cuenta. Esto se pone interesante. —Viktor se frotó las manos, y no entendí por qué. Que Sanders fuera un adversario tan fuerte no nos venía bien, ¿no?

—Suéltalo, Viktor. —Andrey conocía mucho mejor a su hermano, por eso sabía que había algo detrás de sus palabras.

—El caso es que el tipo es bueno, mucho, pero nosotros tenemos un equipo mucho mejor.

—¿Quieres soltarlo de una vez? —No aguantaba más.

—Seguro que os habéis preguntado cómo localizó a Ella tan rápido.

—Lo hemos hecho, sí.

—Pues Bobby y yo estuvimos dándole vueltas al tema y lo descubrimos. Verás. Él acudió directamente a su centro de trabajo, no a su casa, eso en sí ya era una pista. Que creyera que podía llegar a ella, es otro asunto. El caso es que me quedé con lo del trabajo y recordé cómo descubrimos lo del cambio de identidad de la familia de Ella, por los números de la seguridad social. —¿Cambio de identidad? ¿Qué me había perdido? Pero antes de que la pregunta saliera de mi boca, Andrey se adelantó.

—¿Qué parte de la historia no nos has contado? —Viktor se recostó en su sillón, detrás de la mesa.

—Antes de firmar los impresos de matrimonio, Bobby descubrió una correlación en los números de la seguridad social de su padre y hermano. Algo ilógico en personas que empiezan su vida laboral en fechas diferentes. Al preguntarle directamente a ella, me relató una historia muy interesante, una que después Bobby ha intentado indagar, pero que, de no ser por su información, no habría sido fácil descubrir. Antes de nada, he de decir que Ella voluntariamente nos liberó de hacer todo esto, pero no quise.

—E hiciste bien. No habría dejado a Ella enfrentarse sola a ese matón, me da igual todo lo que traiga detrás. —Creo que con eso dejé bien clara mi postura. ¿Defender a Ella? La conocía lo suficiente como para saber que ella era una magnífica persona y se merecía todo lo bueno, no la parte mala de la vida.

—Ella es una buena chica que estaba en el momento menos indicado en el lugar menos apropiado.

—Ya estás soltando por esa boca —pidió Andrey.

—Cuando era niña presencié el asesinato de su familia.

—¡Joder! —Se me escapó, no pude contenerlo.

—Identificó a cuatro de los cinco hombres que estuvieron involucrados y, precisamente por ese quinto que quedó libre y por el procesamiento de los otros cuatro, les dieron a los supervivientes nuevas identidades. Los que ahora son su padre y hermano, son en realidad su tío y primo.

—¿Cuánto hace de eso?

—Catorce años, entonces era una niña, pero ese no es el problema ahora.

—¿Y cuál es?

—Aparte de que ella ha cambiado mucho, prácticamente no la reconocerían como la niña de entonces. Lo problemático es lo que dice la investigación del caso.

—No voy a preguntar cómo has conseguido esa información, pero quiero saberla.

—Bien, de los cuatro procesados por el asesinato, dos han muerto, otro sigue en prisión y el que queda fuera es uno de los que nos tenemos que preocupar.

—¿Uno?

—Santos Bocanegra es ese uno y, por lo que sabemos, ha crecido dentro de los Madre Santa.

El otro es el que más me preocupa.

—Porque no fue identificado.

—Por eso y porque sospechaban que era un policía corrupto.

—Pues parafraseando a Gabriel García Márquez, lo de Ella es una crónica de una muerte anunciada.

—¡Mierda! —Eso no me salió con demasiada fuerza, casi fue un susurro, pero es que mi energía estaba centrada en procesar toda aquella información.

—Si fuese otra persona, habría salido corriendo lejos de ella. Pero soy un Vasiliev, no huyo, y creo que vosotros dos habríais hecho lo mismo.

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer? —Lo de vamos era obvio. Ninguno de los que estaba en aquella habitación daría un paso atrás.

—Pues lo que hemos hecho siempre. Atajar los problemas de uno en uno y prepararnos. — Dejar que Viktor se encargue de las estrategias es la mejor opción, siempre. Yo no estaría tan tranquilo si fuese otra persona quien lo hiciera.

—De momento, yo he cursado una demanda contra Sanders por incumplimiento de la orden de alejamiento y por intento de agresión. La policía ha estado muy a favor de todo ello, es más, diría que tienen tantas ganas de atraparlo como nosotros.

—Ego policial, qué le vamos a hacer. De momento vamos a reforzar la seguridad en el Crystals y estaréis más seguros durmiendo en nuestra casa. Los traslados se realizarán en nuestros coches y siempre con escolta.

—Por mí no es necesario. Es más, quiero que ese desperdicio de hombre se enfrente conmigo. Hay un par de cosas que mis nudillos quieren decirle a su cara.

—Estaba pensando en Ella, pero me encanta tu forma de pensar, Serg. De momento, no dejéis que esa mierda de persona controle vuestra vida. El miedo no puede ser una constante. —Me respondió Viktor con una sonrisa.

—No voy a permitir que ese tipo gane, de ninguna de las maneras.

—Bien, entonces será mejor que salgamos para la cena. Con tanta gente, son capaces de dejarnos media ración.

Capítulo 44

Serg

Como era de esperar, la hora de irse a la cama llegó. Lo mejor de todo es que, con eso en la cabeza, el altercado con Alvin quedó en segundo o tercer plano. Caminé detrás de Ella durante todo el trayecto, incluso me detuve en el umbral de la puerta, para admirar su paso titubeante.

—Llegó la hora. ¿No estarás nerviosa, verdad? —Ella se giró solo un poco.

—¿Nerviosa? Pues no.

—Ah, bien, porque no deberías estarlo. Ya lo hemos hecho antes y has sobrevivido.

—Ya. Voy a buscar mi pijama.

Rebuscó en la pequeña maleta y finalmente sacó algo. Con la prenda en la mano, se encaminó hacia el baño. No pude evitar sacudir la cabeza mientras caminaba hacia la maleta. No hacía falta que rebuscara dentro, yo no tenía pijama, o, mejor dicho, el mío siempre lo llevaba puesto. Así que saqué mi ropa para el día siguiente y la estiré sobre una silla. Que le voy a hacer, son costumbres que es difícil quitarse de encima.

Me desvestí y me metí entre las sábanas solo con mis calzoncillos. Estaba posando la tela sobre mi estómago, cuando la luz del baño se apagó y, al mirar hacia allí, encontré a Ella parada en el umbral. ¿Dónde mierda estaba su pijama de nubes? Aquello era algo totalmente diferente. Para empezar era fucsia, y no había tela que cubriera sus piernas, ¡joder!, pero nada. Era como una de esas camisolas para dormir de chicas.

—No te rías. —Reírme no estaba en mis pensamientos precisamente.

—Ven aquí, anda. —Palmeé el colchón a mi lado y ella se acercó. Con rapidez se metió bajo las sábanas y se tapó hasta las axilas—. No voy a comerte. —Se acercó un poquito más y yo sonreí un poco.

—Ya está.

—No somos dos adolescentes, Ella. Podemos estar juntos en una cama y no pensar en sexo. — Ella me miró y se puso de costado para que su cuerpo estuviese totalmente frente al mío.

—Eso no me preocupa nada.

—¿Entonces?

—Me da miedo. —Ah, no, Ella, no salgas corriendo.

—No permitiré que nada ni nadie te haga daño, Ella, ni siquiera yo. Si me dices «no», será no, sin más. —Sus ojos tenían ese brillo triste que me partía el corazón.

—Serg, no sé lo que buscas en mí. Yo... —Posé mis dedos sobre sus labios, porque no quería oírla decir que no merecíamos intentarlo.

—Sssshhh. Escúchame. Sé perfectamente quién eres, de dónde vienes y lo que no quieres. Sé que no soy el mejor material para marido, pero me esforzaré todo lo que pueda para conseguirlo. Conoces todo lo que es importante de mí, y si hubiese algún problema de mi pasado que me alcanzara de nuevo, saldría de tu vida para que no te tocara. —Me miró con cara extraña.

—¿Tú te estás oyendo? La que ha traído problemas, y de los gordos, he sido yo, y tú te has metido de cabeza en ellos. Y eso que no sabes ni la mitad.

—Sé lo suficiente y es que me necesitas cerca para superarlos. —Sus dedos acariciaron el pelo de mi sien.

—Hay veces en que te comería a besos.

—Tienes mi permiso para hacerlo. —Ella dejó escapar un pequeño gemido lastimero.

—No puedes ser tan perfecto. —Retiré mi rostro unos centímetros del suyo.

—¿Perfecto? Yo no soy perfecto.

—¡Claro que sí! ¡Mírate! Pareces un anuncio de ropa interior para hombres, incluso hueles bien. Y luego abres la boca y sueltas todo eso que me derrite las neuronas.

—Nah, pero eso se viene abajo cuando pones en la balanza mi parte mala.

—¿Qué parte mala? Tú no tienes de eso.

—Oh, *gorshok meda*, sí que la tengo. Soy un puñetero cabrón perfeccionista, llevo a mis chicos al límite, no doy tregua. Tengo tendencia a dejar que mis puños resuelvan los conflictos que me cabrean y me cuesta un mundo contenerme. Cuando se me enciende la sangre, es casi imposible pararme. O me noquean o seguiré golpeando hasta convertir a mi oponente en una masa de carne y sangre. —Cuando vi sus ojos grandes y asustados, supe que había hablado más de la cuenta. ¡Estúpido! ¿Cómo le dices eso a una mujer víctima de malos tratos?— Lo tenía controlado desde que llegué a este país, pero cuando Sanders me lanzó el primer golpe... El demonio que habita dentro de mí empezó a luchar para salir de su jaula. Y no lo había hecho desde la última vez que peleé en Moscú.

—Serg...

—Lo que ves es solo fachada, Ella. En cambio, tú eres increíble. Por fuera eres bonita, pero por dentro... Wow, oro de 24 quilates. Eres como un puñetero huevo kínder, con succulento chocolate por fuera y un regalo fantástico dentro. —Sus ojos se entrecerraron.

—¿Eso es lo que me llamas siempre, huevo kínder?

—¿Eh? —Hizo un gesto circular con su dedo.

—Cuando me dices eso en ruso que no entiendo.

—¿*Gorshok meda*?

—Sí, eso mismo.

—No significa huevo kínder.

—Entonces, ¿qué me has estado llamando todo este tiempo?

—Tarro de miel.

—¿Tarro de miel? ¿Porque me parezco al tarro de miel que tienes en el armario de la cocina?

—¿Qué? ¡Oh, mierda! Ese tarro era de un kilo de miel, densa, opaca y totalmente mi perdición.

—Por tus ojos.

—¿Mis ojos?

—Sí, tienen el mismo color de la miel. Y luego está tu forma de ser, tan dulce...

—Así que era un cumplido. —Ella pareció meditar la información.

—Totalmente.

—Bien. Entonces no hice mal al no responder.

—¿Responder?

—Sí, ya sabes, eso que dicen los críos. —Creo que mi cara mostraba una gran confusión, así que se dignó a aclararlo—. Sí, hombre, eso de «Tu madre por si acaso». —¿Mi madre? ¿Qué...? ¡Ah!, era una broma, ¿verdad?

—¿Una broma? No soy de este país, no entiendo bien esas cosas.

—A ver. Quiere decir que, como no sé si me estás insultando, por si acaso, tu madre también. Si es malo, te devuelvo el insulto, si es un cumplido, te devuelvo el cumplido.

—Ah, vale.

—Bueno, ¿y ahora qué?

—Ahora vamos a dormir. —Me incliné y besé su frente antes de abrazarla para acercarme un

poco más a su tibieza.

—Ah, no. Vale de tanto beso de abuela. Me gustan más los otros. —Vaya con la picaruela.

—A mí también.

Me incliné sobre ella y besé sus labios. Primero un piquito suave y rápido, luego otro no tan rápido y, por último, uno mááás lento, mucho más lento. No sé en qué momento se me fue de las manos, pero tuve que separarme para respirar. ¡Señor! Era como la maldita cucharilla, no podía parar de saborear y chupetear hasta sacarle todo el sabor. Pero es que el sabor de Ella nunca se acababa y aquello era peligroso. Mi respiración era como la de un buceador que acababa de salir a la superficie después de hacerse cien largos en la piscina.

—Si no paro ahora, me como el tarro entero.

—¿Qué? —¿Lo dije en voz alta? Parece que sí.

—Que tenemos que descansar, hoy fue un día duro. Así que, a dormir. —Ella arrugó el ceño, puso morritos y, muy indignada, se giró para darme la espalda. Cuando tuve ese magnífico trasero a la vista, no pude contenerme y le di una suave cachetada.

—¡Eh! —La agarré por la cintura y la pegué a mi cuerpo, haciendo una perfecta cucharita. Como a mí me gustaban, bien cargadas de miel. Le di un beso a la coronilla y bufó.

—¿También de estos te daba tu abuela?

—Mi madre. —Ella se revolvió en su sitio, intentando acomodarse mejor, asentando ese goloso trasero suyo. No sabía a lo que estaba jugando, pero tenía que pararlo.

—O te estás quieta o te demuestro que yo no soy tu madre. —Pegué mi entrepierna a su trasero y noté cómo percibió esa «diferencia» entre su madre y yo.

—Idiota.

—No, *gorshok meda*, se dice excitado y no quiero llegar a dolorido. —Volvió a bufar y yo la apreté más fuerte, mientras dejaba salir una gran carcajada y volvía a besar su cabeza—. Duerme, *gorshok meda*.

Capítulo 45

Serg

Sí, era demasiado temprano para estar corriendo en la cinta, pero no podía hacer otra cosa. Desperté antes de mi hora habitual, con la barra de acero lista para perforar y no era plan. Así que busqué el gimnasio de Viktor y me puse a quemar energía. Miré el reloj, una hora trotando, podía parar si quisiera.

—¿No es un poco pronto para correr? —Disminuí la velocidad de la cinta para parar lentamente y tener una conversación normal con Viktor.

—No podía dormir.

—Te entiendo. —Supongo que él pensaría que el motivo de mi falta de sueño fuese Sanders, así que no iba a sacarle de su error. Uno no le dice a otro hombre que se ha ido del lado de una mujer porque no quiere tener sexo con ella. Y no es que no quisiera, no podía. Ella merecía su tiempo.

—¿Y tú qué haces levantado un domingo a estas horas? —Viktor me dedicó una sonrisa y accionó la cinta contigua a la mía para empezar su propia carrera.

—Tengo que ir a trabajar, porque al contrario que el resto de la gente, los fines de semana es cuando más trabajo tengo.

—No lo había pensado.

—El casino, el hotel, todo lo que conlleva seguridad, incrementa el volumen de trabajo en fines de semana, vacaciones, fiestas y congresos.

—Qué haríamos sin ti.

—No te mofes, es un trabajo serio. —Su sonrisa me decía lo contrario, pero sabía que sus palabras eran ciertas.

—¿Hay noticias de Sanders?

—Nada, se lo ha tragado la tierra.

—Como policía sabe qué debe hacer para evitar ser localizado.

—¿Crees que habrá relacionado a la familia Vasiliev con Ella? Andrey y tú estabais en mitad de todo cuando el incidente del Crystals.

—No muchos saben que tú eres nuestro primo. Si hace averiguaciones, lo único que encontrará es que el responsable de la seguridad del Crystals, que soy yo, estaba interviniendo en un altercado inusual en su centro de trabajo. Recuerda que mis oficinas están en la planta de arriba. A Andrey lo relacionará con el área legal de la fundación Blue Star, que es la que se ha encargado de la acogida y reubicación de Ella. Al único que querrá ubicar es a ti, su marido. En el Crystals mucha gente sabe que estáis casados, algunos puede que conozcan tu apellido, pero nadie sabe dónde vives, dónde trabajas... Eso tendrá que averiguarlo, le llevará su tiempo. Cuento con que se deje ver cuando realice esa investigación y así lo localizaremos.

—Lo tienes todo estudiado.

—Lo que me jode es que no todo. Cuando sigues sus pasos, ves cómo ha hecho las cosas y encuentras su lógica. Pero es condenadamente difícil tirar del hilo a revés. Anticiparse a él es complicado. Me come las entrañas, porque es como ese maldito juego en que tienes que golpear al topo cuando asoma la cabeza del agujero. Sé que va a salir, pero no tengo ni idea de por dónde.

—Entonces lo único que tenemos que hacer es esperar.

—Para hombres como nosotros, eso es lo peor.

Ella

Cuando desperté, estaba sola en la cama. Estupendo, porque no quería aguantar otro rechazo, y me había levantado con un maldito calentón encima. Por la noche, cuando ese maldito hombre caliente me besó como se debía... Uf, se me encendieron todas las luces de alarma. Después de sentir su boca devorándome... Wow, se pusieron en marcha doce coches de bomberos dentro de mí, con sirenas, luces y todo lo que usaran para montar un buen jaleo. Estaba lista para más y ¿qué hizo Serg? Rajarse. Estaba claro que le calentaba, porque hay cosas que no se pueden fingir, y va y se detiene en seco. Juro que estuve a punto de soltar un grito tipo rugido de león, pero me contuve. No soy tonta, sé que hay algo que le contiene, quizás sea yo, mi aspecto ya no podía ser, porque me dijo que era bonita. Tal vez fuese toda la situación en la que estábamos metidos. El caso es que no iba a dejar que se contuviese otra vez más. Si él quería, yo lo quería más, así que no iba a dejarle escapar.

—¡Tía Ella! —Un torbellino de rizos saltarines vino como un caballo desbocado hacia la cama. Bueno, hasta mí, porque saltó sobre el colchón y siguió hasta chocar conmigo. Definitivamente, aquella sí era una buena razón para no tener sexo en casa de Viktor, demasiadas personas a las que evitar.

—Hola, cariño.

—Vamos a la piscina, hace mucho sol.

—Ah... no traje bañador.

—Pues sin bañador. Mamá me deja bañarme sin ropa.

—Ah... creo que eso puedes hacerlo porque eres muy pequeñita, tesoro. Pero la tía Ella tiene que taparse un poquito.

—Pero tampoco mucho. —La voz de Serg llegó desde la puerta. ¡Mierda! Venía todo sudado, con el pelo húmedo y... totalmente comestible. Ella, para, que hay menores delante.

—Creo que me quedaré mirando cómo os bañáis vosotros, ¿qué te parece? —Cogí a Tasha en mis brazos y la senté en mi regazo, o al menos eso intenté, porque volvió a salir disparada en cuanto lo hice.

—No es divertido. Tío Serg, báñate conmigo. —Serg la atrapó al vuelo y la puso a planear como un avión.

—Vale, pero déjame darme una ducha antes para quitarme el mal olor de encima. ¿Puedes pedirle a tu papi un bañador para mí?

—Sííí. —En cuanto la puso en el suelo, Tasha salió corriendo mientras gritaba el nombre de su padre.

—Juegas con ventaja. Viktor y tú seguro que tenéis una talla parecida.

—A lo mejor Katia tiene algo que pueda servirte. —Puse los ojos en blanco y me dejé caer de nuevo sobre el colchón.

—Puf, ¿recuerdas cierto camisón de nuestra noche de bodas? Definitivamente, no creo que tenga algo en lo que pueda entrar.

—Por intentarlo... —Y el tipo se fue hacia la ducha. Casi ni me di cuenta de que había alguien junto a la puerta de la habitación hasta que me llegó la voz de Katia.

—Bueno, has adelgazado mucho desde entonces, y los bañadores son algo más... elásticos. Anda, ven conmigo.

—Pero estoy en ropa de dormir.

—No pasa nada. Viktor acaba de terminar de vestirse y seguro, para cuando lleguemos, ya habrá ido a la cocina a desayunar.

—Pero...

—Agh, vale. Iré a comprobar y vuelvo a por ti en cuanto el campo esté despejado.

Serg

Cuando salí de la ducha y entré en la habitación, tropecé con una piedra enorme parada frente a la puerta del baño. Menos mal que la toalla cubría mis partes «nobles», porque no era apropiado que una niña viera esas cosas de su tío.

—Wow, Tasha. ¿Qué...? —Me tendió un bañador azul y cuando lo tuve entre mis dedos echó a correr.

—Corre, el agua se calienta.

Sí, bueno. Pero no pensaba cambiarme en el cuarto, porque aquella ardilla podía aparecer en cualquier momento y no tenía ganas de que me viera el culo o «las nueces», ya puestos. Así que volví al baño, cerré la puerta e hice el cambio de atuendo.

Bajé las escaleras, me dirigí a la piscina y, justo cuando estaba a punto de llegar, apareció Ella de debajo del agua. No habría sido nada del otro mundo, mujeres mojadas había visto un motón, pero cuando apoyó los brazos en el borde de la piscina, para darse impulso y sacar medio cuerpo fuera y alcanzar una pelota roja que estaba en el embaldosado... ¡Adiós a la sangre de mi cerebro! Toda, absolutamente toda, se fue a la parte media de mi anatomía. ¡Santa madre de dios! Qué pedazo de pechuga tan tremenda. Justo lo que recomendó el médico para ir a la cama y no dormir. ¡Wow!

—Ah, ya llegaste. Vente al agua, Serg, está estupenda.

Con la última gota de sangre que quedaba en mi cerebro me dispuse a salvar la situación de la manera más rápida. Así que eché a correr y me lancé en plan bomba en la piscina, calculando un lugar alejado y despejado, donde no tuviese ni una ardilla mojada cerca ni esa tentación cremosa y succulenta para atraparme. Agua fría, mis pelotas y yo allá vamos.

Capítulo 46

Serg

—Deja de sonreír como un idiota, Serg.

Alcé una de mis cejas antes de dedicarle una mirada asesina a Nino. Sí, tenía una puñetera sonrisa en la cara a causa del estupendo día que había tenido con Ella y el resto de la familia Vasiliev. Pero lo mejor de todo había sido esa imagen de Ella con aquel bikini que... Uf, era volver a recordarlo y tener que reacomodar mis partes. Definitivamente, tenía que poner una piscina en mi vida, en nuestras vidas. El que estaba al tanto del mercado y el precio de ese tipo de cosas era Nick, así que tendría que preguntarle. Aunque tuviese que ahorrar durante media vida, merecía la pena conseguir una casa con piscina. Y con los muros bien altos, porque tenía pensado sacarle partido a esa piscina de muchas maneras. ¡Joder! Volví a reacomodar a mi insolente amigo y me senté sobre un banco para intentar disimularlo.

—Deja de hablar y sigue golpeando el saco. Todavía te quedan quince minutos.

—¿Y por qué Lucas se ha librado de hacerlo? —Otra vez con eso, estos dos iban a acabar con mi paciencia. A ver si Viktor encontraba de una vez una sustituta para Lucy, porque esto de que Lucas se ocupara de la recepción... Sí, el chico era metódico y eficiente, pero eso era porque prefería estar allí que sudando la camiseta aquí con Nino.

—Porque Lucas está atendiendo la recepción del gimnasio.

—¿Y si cambiamos el puesto? —Aferré la parte alta de mi nariz con tres dedos. Sí, no era suficiente con dos dedos, tenían que ser tres.

—Eso se lo preguntas al dueño del gimnasio. Yo aquí solo soy un simple empleado, Nino. — Mi teléfono vibró en mis pantalones y lo saqué para ver de qué se trataba.

—*Su carroza acaba de llegar, cenicienta.* —Cenicienta. A cualquier otra persona que me llamara cenicienta le metería la fregona por la «retaguardia», pero a esta le permitiría que me llamara hasta mariposita. Solo a esta, ¡eh!

—Otra vez tienes esa sonrisa idiota. —Sí, bueno, como fuese.

—No te aguanto más, me largo. —Nino dejó de aporrear el saco de nuevo—. Nadie te ha dicho que habías terminado. —Nino bufó en desacuerdo y volvió a aporrear el saco.

Eché a andar hacia la salida, previo paso por el banco junto a las pesas, donde tenía mi bolsa de deporte con la ropa. Mientras, iba tecleando mi respuesta.

—Estoy saliendo. —Estaba casi llegando al mostrador de recepción, cuando escuché la voz de Lucas.

—Eh, Serg, ¿cómo un tipo como tú se ha casado con una chica como esa? —Lucas tenía la vista clavada en un monitor, en el que se veía el exterior del edificio.

—Suerte, supongo.

—No, yo me refiero a que no es como... ya sabes, no está tan buena como Lucy, eh... digo que... —Sí, gilipollas, a ver cómo sales tú solo de ese agujero en el que te has metido. Ella no era físicamente como las chicas con las que había «pasado el rato», si eso. Pero es que... Pero ¿qué coño? ¡Oh, joder! La están atacando.

—¿Qué?! —Salí corriendo hacia la calle para encontrarme de frente con la imagen más aterradora. Y no, no estaban atacando a Ella.

Ella

Linette había estado encantada toda la mañana. ¿Por qué? Porque Viktor había puesto a un par de tipos fuertes a vigilar el local. Entre paseo por aquí, vuelta por allá, Linette no hacía más que babear con tanto chico macizo metido dentro de uniforme. ¿Qué tendremos las mujeres con los chicos de uniforme? Aunque no todos los uniformes, he de decirlo. A mí me ponen los de la marina de gala, esos blancos de los oficiales. Pero a Linette creo que le ponen hasta los uniformes de cartero. Lo de esta mujer no es normal, está más necesitada que una planta en el desierto, por favor.

En fin, cuando terminé mi turno, Igor, uno de los hombres de seguridad de Viktor, estaba esperándome para acompañarme hasta el coche.

—¿Quién te corta el pelo?

—¿Eh? —Se pasó la mano por el pelo—. ¿Qué tiene de malo mi pelo?

—Nada, si te gusta el corte tradicional de monaguillo.

—¿Monaguillo? —No pude aguantar más y empecé a reír. Era tan fácil descolocar a estos tipos grandes y serios. Fue divertido, sobre todo cuando entendió la broma y empezó a reír conmigo, de forma más comedida y profesional, eso sí.

Lo sé, tendría que estar asustada, seria, precavida, pero... Después del estupendo fin de semana que había tenido, no podía. No me había sentido tan libre, tan protegida, tan apreciada, tan feliz desde... ya no lo recuerdo.

Bueno, a lo que iba. Subimos al SUV y nos dirigimos al gimnasio donde trabajaba Serg. Cuando estábamos estacionando el vehículo, le envié un mensaje para que supiera que ya estábamos ahí. Cuando llegó su respuesta, bajé del coche para ir a su encuentro.

—Está saliendo.

—No, espera. —Igor apagó el motor y empezó a salir por el lado contrario al mío. Pero no le esperé, eran solo diez metros y Serg venía a mi encuentro ¿qué podía pasar? Pues lo que pasó. Alguien chocó contra mí y no, no fue por accidente.

—Te atrapé.

Serg

Alvin Sanders. El hijo de puta estaba allí, apretando la garganta de Ella con una mano y con la otra apuntado su cabeza con un arma. Y sabía cómo cubrirse la espalda. Cuatro malditos metros, Ella estaba a cuatro malditos metros y no podía alcanzarla, porque la mirada de Alvin era bastante clara. Te acercas, la mato. Igor estaba en un ángulo diferente al mío, y sabía que estaba armado, pero sus manos estaban vacías, mostrando que no era una amenaza. Lucas estaba a dos metros de mí, a mi derecha. Varios de los hombres del gimnasio estaban saliendo a la calle, pero al ver la situación, se quedaron clavados en el sitio. Los más cercanos a Alvin éramos Igor y yo, pero ninguno se movería, ninguno pondría en peligro a Ella.

—Tranquilo, hablemos. —El cabrón se rio y apretó más a Ella contra su cuerpo.

—No intentes hacer mi trabajo, gilipollas. Sé lo que pretendes y no va a funcionar. —Mis puños se apretaron tanto, que sentí cómo el dolor de mis articulaciones se unía al dolor de la impotencia. Pero no podía rendirme. Le había prometido que nadie volvería a hacerle daño, que Alvin no volvería a ponerle una mano encima; aunque me costara la vida, no dejaría que ese

monstruo se la llevara.

—Mira a tu alrededor, Alvin. Esto es un secuestro y, como policía, sabes lo que eso significa.

—¿Te refieres a que pasaré el resto de mi vida huyendo? Puedo hacerlo, sé cómo desaparecer. Star lleva casi toda su vida haciéndolo, ¿verdad, cariño? —El malnacido metió su nariz en el pelo de Ella y sonrió satisfecho, pero sus ojos nunca me abandonaron.

—No voy a dejar que te la lleves.

Mi mandíbula se tensó, al tiempo que, por un segundo, me permití mirar a Ella. No debía hacerlo, un luchador nunca le quita los ojos de encima a su oponente. Pero lo hice y me encontré con sus ojos asustados, pero había algo más en ellos, algo que podía reconocer porque lo había visto muchas veces en los míos. Por primera vez desde que la conocía, tuve miedo, porque sabía lo que iba a hacer, iba a luchar. Mis entrañas se redujeron al tamaño de un guisante. Yo sabía lo que era luchar, pero ni loco me enfrentaría a un arma cargada apuntando a mi cabeza, era un suicidio. En un parpadeo, Ella actuó. Y juro que, en ese mismo instante, mi corazón se paró.

Capítulo 47

Serg

La mano izquierda de Ella ascendió para agarrarse a la muñeca de Alvin, haciendo que este apretara más su agarre sobre su cuello. Pero no le dedicó siquiera una mirada, tan solo inclinó su cabeza hacia delante, para hacer presión con su barbilla sobre su coronilla. Cuando le habló, tuvo la deferencia de hacerlo lo suficientemente alto como para que yo lo oyese.

—Un poco tarde para empezar a pelear, Star. ¿O debo llamarte Ella? Sí, lo sé todo sobre ti. Nunca has podido ocultarme nada.

Ella no soltó su agarre, su mano siguió allí quieta y eso le dijo a Alvin que ese camino ya no serviría con ella, ya no tenía miedo. Pero Alvin era ágil mentalmente, tenía que reconocerle eso.

—Así que ya no me temes y tu familia está demasiado lejos. Pero seguro que encuentro algo por lo que estés dispuesta a portarte bien otra vez.

La mano que sostenía el arma empezó a moverse y, en tres segundos, el cañón dejó de apuntar a la cabeza de Ella para apuntarme a mí. Buena jugada, cabrón. La mano de Ella empezó a retirarse, liberando a Alvin. Todo su cuerpo pareció perder fuerza. Y si bien hizo que mi pecho se hinchara al saber que era importante para ella, mi instinto de supervivencia se puso en alerta máxima.

Un movimiento por el lado de Igor llamó la atención de Alvin y la mía. Aunque en otras ocasiones admiraba a mis oponentes cuando no perdían detalle, en esta ocasión estaba cagándome en Alvin y toda su experiencia.

—Eh, eh. Tranquilo, vaquero, no querrás que tu amigo salga lastimado, ¿verdad?

Aproveché el que sus ojos se habían centrado por unos segundos en Igor para dar un pequeño paso más hacia ellos. Pero el cabrón lo veía todo.

—Un paso más y nos ahorramos los papeles del divorcio.

Levanté mis manos en señal de rendición y paciencia, ya saben, separando las palmas de mi cuerpo y alzándolas arriba. Y entonces, sucedió, rápido, preciso. No sé qué ocurrió primero, ni si fue simultaneo, pero Ella empezó a golpear. Su pie cayó con fuerza sobre un pie o la espinilla de Alvin, no pude verlo bien, porque mi atención estaba sobre el arma en aquel momento. Y era precisamente sobre ella, que mi mujer había hecho un movimiento rápido, preciso y, sobre todo, efectivo. Con ambas manos, golpeó en direcciones opuestas, un golpe sobre el antebrazo de Alvin para llevarlo hacia su derecha y otro en media tenaza sobre el arma, haciendo que saliese disparada de la mano de su agresor hacia su izquierda.

Todos nos lanzamos a actuar en aquel momento. Yo para llegar hasta ellos, al igual que Igor, solo que desde lugares diferentes. Alvin intentando atrapar el arma, ejercer un mejor agarre sobre una Ella que se le escurría al mismo tiempo que golpeaba con el codo el hígado de Alvin. El tipo se estaba encorvando y entonces Ella se estiró con mucha velocidad, haciendo que su cabeza chocara fuertemente con la cara de Alvin, cuya cabeza basculó hacia atrás con brusquedad. Lo siguiente que vi fue como Igor tiraba de un brazo de Ella para sacarla de en medio, al tiempo que yo empezaba a descargar el primer golpe sobre la cara de Alvin.

Había controlado al maldito monstruo que habitaba en mi interior durante mucho tiempo, había reprimido todos mis instintos para obligarle a permanecer encerrado en lo más profundo de mí, pero en aquel instante, no solo le dejé salir, sino que le di la bienvenida y le dije «matémoslo».

Durante demasiados años he luchado en las peleas clandestinas en Rusia. Aprendí a fuerza de

dolor que la desesperación hace peligrosos a los hombres, que solo la inconsciencia es capaz de darte un respiro. Pero uno no puede pararse a ver si el oponente está en condiciones de devolver el golpe, porque un segundo de vacilación es lo que necesitan algunos para darle vuelta al juego. Lo sé, porque yo fui ese uno. Con Alvin no solo no iba a evitar ese riesgo, sino que evitaría los que pudieran llegar después. Iba a matarlo, porque bajo tierra era el único lugar desde el que no podría seguir haciéndole daño a Ella, no...

—Serg. —La voz de Ella llegó clara desde mi costado y, como si hubiesen pulsado un interruptor de desconexión, dejé de golpear. Vi a Alvin chorreando sangre, con un ojo prácticamente cerrado por los golpes, pero aun mirándome con ira desde el otro. Pero no estaba devolviendo los golpes porque su cuerpo ya no podía y porque Igor estaba ya a su espalda inmovilizando sus brazos—. Serg. —Giré mi rostro hacia Ella y la vi allí, inmóvil, llamándome a su lado con aquellos ojos dulces y preocupados. Corrí hasta ella y la abracé con fuerza.

—¿Estás bien? —Pude ver mis manos ensangrentadas abrazando su espalda para mantenerla tan pegada a mí como fuese posible.

—Estoy bien, ¿y tú? —¡Joder! La que había estado encañonada y sujeta por ese desalmado había sido ella ¿y me preguntaba si yo estaba bien? Alcé la cabeza un segundo, para ver cómo Igor ponía a Alvin en pie y me asentía con la cabeza. Lo tenía.

—Ahora sí. Me asustaste muchísimo. —Tomé su rostro en mi mano y no me importó tener las manos manchadas con la sangre de aquel gilipollas. La besé porque necesitaba sentirla viva, saborearla de nuevo, decirles a todos mis sentidos que Ella estaba bien. Escuché sirenas de policía, jaleo de hombres gritando, pero todo parecía demasiado lejano, solo importaba Ella y la manera en la estábamos unidos. No fue hasta que sentí la sacudida en mi hombro que me volví para gritarle a quien fuese que no molestara. Y ese alguien era Lucas.

—Serg, tu mujer está sangrando. —¿Sangrando? Alejé a Ella unos centímetros para examinarla mejor.

—¿Estás herida? ¿Dónde? —Habría jurado que el arma no se había disparado y Ella no estaba herida cuando acorralamos a Alvin. Me miró extrañada, como si no supiese de qué le estaba hablando. Fue Lucas el que nos respondió a los dos.

—Su cabeza. Está sangrando ahí arriba. —Alcé mi cabeza sobre la suya y la moví con cuidado hasta que localicé el punto desde el que efectivamente manaba sangre. Justo en su coronilla. Con rapidez, me quité la camiseta, hice una pelota y la presioné sobre la herida.

—¡Llama a una puñetera ambulancia y trae una toalla limpia! —Lucas tenía una mano en la marcación del teléfono cuando un agente de policía llegó hasta nosotros.

—Ya hemos pedido nosotros una ambulancia. Ahora quiero que me expliquen qué demonios ha pasado aquí.

—Ese hombre ha intentado secuestrar a mi mujer, disparándome en el proceso. —El otro policía estaba recogiendo la pistola de Alvin del suelo.

—Busque en su base de datos, se llama Alvin Sanders y tiene una orden de búsqueda y captura —puntualizó Igor. El agente de la pistola pidió refuerzos por la radio y ordenó a los presentes que se quedaran para tomar declaración. Mientras su compañero se acercaba a un cabreado Alvin para arrestarlo.

—Santos irá a por ti. —Fue lo último que gritó Alvin antes de que lo metieran esposado en la parte trasera del vehículo policial. Sentí el cuerpo de Ella tensarse bajo mis manos y sabía por qué, solo había un Santos al que Ella pudiese temer. Llegó otro coche de policía y la ambulancia estaba haciendo girar sus rotativos anunciando su cercanía. Lucas estaba a mi lado, tendiéndome la toalla que le había pedido. Sus ojos iban entre Ella y yo.

—Wow, Serg, ahora sí que lo entiendo.

—¿Entender qué? —pregunté.

—Por qué te has casado con ella. —Sus ojos se detuvieron en mi mujer y empezó a asentir mientras sonreía de una manera... Admiración, la miraba con admiración. ¡Joder! Yo también estaba orgulloso de ella. Con el culo aún apretado por su culpa, pero malditamente orgulloso. Igor se acercó a nosotros y me pasó el teléfono. Al ponerlo en mi oído, escuché la voz de Viktor.

—¿Serg?

—Cuéntame.

—Voy de camino. Ya he hablado con la central de policía, informándoles de que tenemos grabaciones de todo lo ocurrido. La cámara del exterior lo ha recogido todo.

—Espero que eso sea suficiente para encerrarlo de por vida.

—De eso se encargará Andrey, no te preocupes. Está metido en faena en este momento. ¿Cómo está Ella? —Los sanitarios llegaron en ese momento hasta nosotros y dejé que se encargaran de su herida, pero sin alejarme demasiado de ella.

—¿Viste lo que ocurrió? —Escuché su pequeña risa al otro lado de la línea.

—Desde que el reconocimiento facial localizó la cara de Alvin, no me he despegado del teléfono ni del monitor. El cabrón sabía cómo esconderse de las cámaras, por eso no pudimos avisar con tiempo.

—Un cabrón inteligente.

—Tu chica no se ha quedado atrás. Tiene pelotas. —Miré de reojo para ver cómo uno de los sanitarios limpiaba la herida mientras el otro preparaba el material para la sutura. Tenía una pequeña brecha en el cuero cabelludo, seguramente se la hicieron los dientes de Alvin cuando le golpeó la cara.

—Como las de un caballo. Mi *gorshok meda* es increíble.

—Lo he visto. Wow, al más puro estilo agente especial. Ah, mierda, ya sé dónde aprendió a hacer esas cosas.

—Robin.

—No te quepa duda.

—Tendré que agradecérselo, pero más le vale no enseñarle más, no quiero morir tan joven por un infarto. —La fuerte risa de Viktor llegó a mi oído.

—Bienvenido al club. Tendrás que acostumbrarte o cambiar de mujer.

—Nah, me quedo con el infarto.

—Se nota que eres un Vasiliev. Ahora supongo que querrás llevarla a un hospital para que le hagan alguna radiografía a esa cabeza suya. —Los puntos de sutura ya estaban, dando por finalizado el trabajo de los sanitarios. Pero Viktor tenía razón, yo me habría ido a casa con un par de pastillas para el dolor y listo. Pero con Ella, haría que la revisaran a fondo.

—Sin perder tiempo.

—Bien, porque necesitaremos un informe para presentar como prueba. Ese Alvin se va a caer con todo el equipo y de más de una manera.

—Espero que Andrey lo entierre.

—Somos Vasiliev y ese tipo ha hecho daño a una de nuestras mujeres. Haremos algo más que enterrarle. —Amén con eso. Colgué y devolví el teléfono a Igor.

—Nos vamos al hospital. —Igor asintió.

—Eh, ya me han puesto puntos aquí. No necesito ir a ningún hospital. —Igor sonrió y alzó una ceja hacia mí. Sí, mi chica era una tipa dura.

—Necesitamos un informe para la denuncia, ya sabes, para que Andrey empapele a ese

impresentable. —Encantadora la manera en que Ella se quedó con las ganas de protestar. Tan solo asintió y empezó a caminar detrás de Igor hacia el coche. Noté una mano en el brazo antes de seguirles a ambos.

—Toma, no puedes entrar en un hospital sin algo encima. —Nino estaba tendiéndome una camiseta bajo la atenta mirada de Lucas y un par de tipos más del gimnasio.

—Gracias.

—Oye, ¿tu mujer es hija única? Porque... —Puse los ojos en blanco y me dirigí al coche.

—Solo hay una, Nino. ¿Por qué te crees que me casé con ella? —Escuché un «puñetero suertudo» y algo como «Lara Croft» mientras me alejaba. Y la verdad es que no iban desencaminados. Lara Croft. Heroína con un par de buenos pechos. Sí, mi mujer era una magnífica versión de carne y hueso, y era mía.

Capítulo 48

Alvin

Malditos hijos de puta, la tenía en mis manos. Pero yo no soy de los que pierde, porque me gusta decir la última palabra. Sí, estoy detrás de una verja de acero, llevo ropa de presidio, pero aún no he dicho mi última palabra. Ya no tenía nada que perder, pero podía ganarlo todo, así que tenía claro lo que iba a hacer.

Fue una suerte descubrir que aquel tipo que estuvo de visita de la familia de Ella era de protección de testigos. Solo tuve que escarbar hasta encontrar parte de la historia de esa zorra para encontrar algo jugoso que me diera el poder sobre ella. ¿Por qué casarme con ella cuando tenía algo más poderoso para atarla a mí? No era mucha la información que conseguí, pero a fuerza de probar sus reacciones, descubrí su implicación con los Madre Santa. ¿Que cómo me enteré? Porque soy un detective de delitos menores en Miami y esa banda tiene sus ramificaciones en varias ciudades en este país. Estaba trabajando en un caso que los implicaba y, al mencionar a los Madre Santa, vi el rostro de Estrella palidecer. Solo tuve que unir piezas, Madre Santa, protección de testigos... Fueron unos cuantos meses de investigación, pero al final conseguí un nombre, un maldito nombre que mantuvo a Estrella cumpliendo mis deseos en cuanto lo mencionaba. Metías a su familia en la misma frase y, ¡bingo!, Estrella claudicaba. Pues bien, había llegado la hora de cumplir con aquellas amenazas.

Chico boxeador, a ver cómo te las apañabas con una poderosa banda del narcotráfico. Santos Bocanegra se encargaría de tu chica. No era para mí, no era para nadie. ¿Enamorado? No, lo que me jodé es que me quiten lo que es mío. Por eso estaba preparado para cumplir mi amenaza, por eso sabía cómo contactar con Santos Bocanegra. La única complejidad sería hacerlo desde la cárcel. Pero soy un tipo de recursos, siempre lo he sido. Era bueno en mi trabajo porque conocía muy bien a los delincuentes, su forma de moverse, de actuar. ¿Estar en el otro lado? Sin problema.

Ella

No sabía si era por los analgésicos que me habían dado o por el beso de Serg, pero estaba flotando como una pompa de jabón en la brisa. También podía ser por el hecho de que le había dado un buen golpe en la cara a Alvin. Sí, sentaba bien romper las cadenas que nos mantenían vinculados de una manera que me hiciera libre y él acabara bien lejos de mí. ¿Sacarlo de mi vida? Podría decir que lo había sacado a cabezazos, al menos uno. Pero había algo que podía estropearlo todo. ¿Hasta qué punto podía actuar un hombre encarcelado? No lo sabía realmente, pero si Alvin decía que Santos iría a por mí, es porque él haría que sucediera. Tenía que hablar con Viktor. Una cosa era afrentarse a un hombre como Alvin y otra muy distinta a Santos. Y si el primero fue capaz de crear tantos problemas, ¿qué no sería capaz un hombre acostumbrado a apartar a la gente que le estorbaba con un balazo en la cabeza?

—Ya tengo el informe médico. Podemos irnos cuando quieras. —Serg entró de nuevo en el box de urgencias en el que me habían atendido.

—Entonces vámonos ahora. —Empecé a levantar el culo de la camilla y Serg ya estaba allí sujetándome con cuidado.

—No tenemos prisa, nena. Toma el tiempo que necesites. —Cuando estuve de pie y bien cerca

de él, hablé bajo para que no nos oyeran las personas de los boxes colindantes.

—Serg, tenemos que hablar. Es importante. —Él asintió.

—Nada más llegar a casa, ¿de acuerdo? —Yo asentí también.

Igor nos llevó hasta nuestra casa, porque pedí ir precisamente allí, necesitaba volver a un lugar que fuese mío, nuestro, no sé si pueden entenderme, ni yo misma lo comprendo. Igor se quedó con el informe médico para entregárselo a Andrey. Era bueno que estos hombres fueran los que hicieran el trabajo, porque mi cabeza estaba en otras cosas. Serg me acompañó hasta el sofá y se sentó a mi lado. Cuando comprendí que había llegado el momento de continuar con nuestra conversación, tomé aire y empecé a soltar por mi boca lo que hacía demasiado tiempo que era un secreto.

—Cuando era niña, mi familia y yo vivíamos en Tucson. Mi padre trabajaba en un almacén de café, mi madre limpiaba casas y mi hermano trabajaba algunas horas limpiando piscinas con mi tío y mi primo, ya sabes, para ganarse algún dinero. —Serg asintió, comprendiendo e instándome a seguir.

—Continúa.

—Un día estábamos en casa, esperando a que mi tío y mi primo regresasen de limpiar una piscina en la parte alta de la ciudad. Era el cumpleaños de mi hermana Teresa y teníamos cena familiar para celebrarlo. Nada demasiado espectacular, solo reunión familiar y bizcocho. No queríamos decirle a Teresa que el tío y el primo habían ido a recoger una piñata para ella, para que celebrara al día siguiente con sus amigos del barrio. Era nuestra pequeña sorpresa. Mamá estaba haciendo la cena junto a mi tía, cuando notaron que se habían olvidado de los huevos para el bizcocho de Teresa. Me enviaron a casa de nuestra vecina a pedir unos cuantos. Cuando regresaba de allí con ellos, escuché disparos que salía de mi casa, y gritos, muchos gritos. Los huevos cayeron de mis manos, pero no pude moverme. Todo el mundo sabía lo que aquello significaba y lo que había que hacer. Meterse en casa, cerrar ventanas y esconderse. Pero cuando es tu casa en la que ocurre todo... no supe que hacer.

—El miedo te paralizó, es normal, eras una niña.

—Vi a tres hombres de los Madre Santa saliendo de mi casa, metiendo las armas con las que acababan de disparar a mi familia dentro de los pantalones. Fueron hasta el coche que estaba cerca de donde me había quedado, donde había dos hombres esperando. Uno fuera, apoyado sobre el techo del coche, con la puerta del conductor abierta y el otro sentado en los asientos de detrás. No pude ver su cara, porque me daba la espalda, pero la luz de la farola lo iluminaba bien. Llevaba una de esas camisetas de tirantes, por lo que pude distinguir un tatuaje que tenía en la parte trasera de su hombro derecho. Una especie de calavera, como las que se ven el día de todos los santos, pero con una rosa roja enorme detrás. El que estaba fuera del coche era Santos. Cuando todos entraron en el coche para largarse, dieron la vuelta y Santos me vio. La suerte fue que la furgoneta de mi tío se acercara en ese momento. Santos no paró el coche, pero sacó la mano y me disparó con el dedo, sin apartar sus ojos de mí. No necesitaba saber que aquello era más que una amenaza. El resto puedes imaginártelo.

—Hubo juicio.

—Identifiqué a todos y testifiqué contra ellos. No se consiguió localizar al hombre de dentro del coche, así que nos mantuvieron ocultos. El juicio fue largo y pasamos por varias reubicaciones con protección de testigos, hasta que finalmente terminamos en Miami.

—¿Le contaste algo de esto a Alvin?

—Ya sé que, siendo policía, podría haber sentido la tentación de hacerlo, pero nunca lo hice, por eso me sorprendió que supiera de la existencia de Santos y lo que significaba para mí.

—¿Sabía quién era?

—No sé hasta qué punto, solo me amenazaba con decirle dónde estaba mi familia si no hacía lo que él quería. —Vi la mandíbula de Serg tensarse, eso no necesitaba traducción. —No quiero causar más problemas, pero tengo que volver a desaparecer. Contactaré con el agente de protección de testigos que llevaba mi caso y le diré que...

—No.

—¿Eh?

—Vas a dejar de huir, Ella. Viktor se encargará de todo, nosotros nos encargaremos de todo.

—Pero...

—Voy a llamar a Viktor y Andrey y buscaremos una manera. Sé lo que es estar huyendo de alguien y, si no le plantas cara, seguirás huyendo toda tu vida.

—Serg. —Sus manos tomaron las mías y me miró directamente a los ojos.

—No estás sola en esto, Ella. Ahora me tienes a mí, tienes a la familia, y si tuviera que escoger a alguien para encargarse de hacerlo bien, ese sería Viktor.

—Pero...

—Te enfrentaste a Alvin y ahora está entre rejas. Santos será más peligroso, pero cuentas con gente para enfrentarte a él. Confía en nosotros.

—No quiero que os ocurra nada por mi culpa. —Me tomó entre sus brazos y acomodó su mejilla sobre mi frente.

—Juntos somos más fuertes, Ella. Aprendí eso hace tiempo. Deja que te lo demostremos.

Capítulo 49

Alvin

Como dije, soy un hombre de recursos. El mensaje estaba enviado, ahora solo tenía que esperar y ver cómo las cosas seguían su curso. Solo tenía que leer la prensa y esperar a que apareciera la noticia. Esa puta iba a pagar por haberme traicionado, nadie me desobedece y no paga las consecuencias. Y si algo sabía de ese Santos es que no dejaba cabos sueltos, así que era muy posible que se llevara por delante a ese entrometido marido entrenador de ella.

—Alvin Sanders, tienes visita de tu abogado.

Me levanté del catre de mi celda, esperé a que me esposaran y después abrieran la celda. Caminé detrás del celador mientras pensaba en lo bien que funcionaba aquí el sistema judicial. Bueno, eso no lo sabía, pero al menos era rápido. Con mi hoja de servicios ejemplar y una enajenación transitoria, podía estar fuera en menos de diez meses, todo dependía de cómo de bueno fuese mi abogado.

El tipo estaba sentado de espaldas a la puerta, con su traje a medida y su maletín de piel. Rodeé la mesa y levanté las manos para dejarlas sobre la mesa. Fue entonces cuando pude ver bien su cara y mi buen humor desapareció.

—Parece feliz, señor Sanders.

—¿Qué haces tú aquí? —Reconocí al tipo, era el maldito abogado que estuvo encima de la policía cada vez que me esposaron. Las dos puñeteras veces. El abogado de la maldita fundación esa que ayudó a Star.

—Vaya, pues viendo su recibimiento, no sé si debo defenderle o no.

—No le quiero ocupándose de mi defensa, hará todo lo posible por destrozarme la vida.

—No, eso lo ha hecho usted solito, señor Sanders. —Me recosté en la silla y sonreí, porque si el tipo se había molestado en ir hasta allí era porque tenía un plan, y quería saber de qué se trataba.

—Al grano, ¿por qué ha venido? Porque sabe que puedo recusarle como mi abogado. —El tipo esbozó una media sonrisa que no me gustó nada.

—Lo primero, decirle que ha sido muy astuto. Sabe que dentro de la cárcel, no podemos destrozarle la cara personalmente, que es lo que nos gustaría hacerle. Tampoco somos de ese tipo de gente que contrata a presos para concertarle una entrevista personal con Lucifer, ya sabe, por lo de mandarle directo al infierno, porque no creo que llegue a oler el cielo ni en sueños. Así que tendremos que esperar a que salga, pero somos gente paciente, esperaremos lo que haga falta. Así que disfrute de su estancia en la cárcel, señor Sanders, porque tenemos un viaje preparado para usted como premio. —El tipo se levantó, recogió su maletín y llamó para que abrieran la puerta.

—¿Ya? No sé, esperaba algo más. Me ha parecido bastante flojo, abogado. —El tipo giró la cabeza al tiempo que la puerta se abría.

—¿Flojo? No tengo que hacer nada, señor Sanders, usted ha hecho todo el trabajo. Porque ¿cómo cree que tratan el resto de presos a los policías que acaban entre rejas? —Ahí supe que tenía su jugada.

No era un policía de Las Vegas, nadie tendría que saberlo, pero él acababa de soltar aquello delante de un grupo de carceleros y un par de presos que había en el pasillo. Sí, aquel cabrón acababa de abrir la veda para mi caza. ¡Maldito hijo de puta! El carcelero tenía esa maldita

expresión de sorpresa que no presagiaba nada bueno. A un policía que acababa entre rejas nadie le trataba bien, ni los propios policías y mucho menos los delincuentes. Si quería sobrevivir, tenía que convertirme en un puñetero lobo con insomnio. Salir era una prioridad, pero él ya se encargó de decirme que entonces ellos estarían fuera, esperando. Y lo dijo de una manera que no parecía la de un simple abogado, como si al que hubiese cabreado fuese al mismísimo Al Capone. El celador esperó a que me pusiera en pie y me acompañó a mi celda.

—No sé qué habrás hecho para cabrear a los Vasiliev, pero estás jodido.

—¿Qué quieres decir?

—¿Tú no eres de por aquí, verdad?

—De Miami.

—Ah, eso explica mucho.

—¿Explica el qué?

—Hay algo que todo el mundo sabe en esta ciudad, proyecto de muerto, y es que nadie juega con un Vasiliev.

El tipo cerró la puerta de mi celda y se fue partiéndose de risa a mi costa. Vasiliev, ¿quién coño eran esos Vasiliev?

Andrey

Marqué el teléfono de mi hermano mientras salía de la prisión. Hice bien en acercarme, porque hay información que no se consigue de otra manera. El nombre Vasiliev abría puertas, pero había que tocar en ellas.

—¿Cómo ha ido?

—El tipo ya hizo su movimiento, fue rápido.

—¿Podemos interceptar el mensaje?

—Ese es el problema, consiguió acceso a un teléfono e hizo una llamada. Tendrás que poner a Bobby con ello. Tengo la hora, así que supongo que será fácil de localizar.

—Desgraciado. Me fastidia cuando son así de rápidos. Si pusieran el mismo interés en solucionar crímenes, no habría ningún delincuente suelto en las calles. Vaya una mierda de policía.

—Bueno, no te desespere, cuando salga de aquí puedes decírselo a tu manera.

—Ya, bueno, creo que Serg está primero. Creo que no descargó suficientes golpes sobre el tipo.

—El caso es que creo que no se va a aburrir mientras espera a que eso suceda. Algo me dice que va a hacer muchos amigos aquí dentro.

—Tienes que conseguir que no lo trasladen a otra cárcel, lo quiero cerca cuando salga.

—Puedes contar con ello. Éste cumple su condena cerca de nuestra casa. Por si algún día quieres hacerle una visita.

—Me gusta esa idea.

Serg

Cerré la puerta de la habitación y me dirigí hacia la sala de estar. Cogí el teléfono y marqué el número de Viktor. Ahora que Ella estaba dormida, tenía que darle los datos que faltaban a la historia que conocíamos. Cuando terminé de narrarle toda la historia, Viktor se quedó en silencio al otro lado.

—¿Crees que podríamos localizar al tipo del tatuaje?

—Seguro que hay alguna base de datos policial con ese tipo de información que Bobby pueda piratear. Pero voy a ser sincero, si no lo consiguieron localizar hace catorce años, va a ser difícil hacerlo ahora, cuando el rastro está frío. Además, he estudiado todo el maldito informe policial, y si ellos que estaban encima de estos tipos no llegaron a identificarlo... Sus sospechas se fundamentaron en que los alijos de droga que entraban en el país pasaban por debajo del radar de la DEA. Siempre que intervenían, se topaban con un gran saco de nada. La policía sospechaba que había un topo entre ellos, alguien que los avisaba, pero escapaba de las trampas que le ponían.

—Un tipo listo.

—Sí, últimamente estamos encontrando un buen número de esos.

—La vida no es como en las series de televisión, donde siempre cogen al malo.

—Eso también tiene su parte buena, Serg. Los Vasiliev no nos movemos precisamente en la parte limpia.

—Lo sé. Yo me refería...

—No es necesario que te justifiques, sé a qué te referes. Hay malos y MALOS. Yo, personalmente, me considero uno de esos malos buenos, como Batman, ya sabes. Para conseguir acabar con los auténticos malos hay que ser un poco malo también.

—El fin justifica los medios.

—Eh, a Batman le funciona. —Tuve que sonreír, Viktor hacía que pareciese tan simple...

—Nah, yo creo que sois más como la liga de la justicia, ya sabes, muchos superhéroes juntos luchando codo con codo.

—Sííí, me pido Batman.

—No sé, Robin está con Andrey.

—Ya, capullo. Pero yo soy el que tiene los juguetes chulos. Espera, Espera, ¡ya lo tengo! En un Halloween todos teníamos disfraces de esos. Nick era The Punisher, Andrey era Arrow y yo era el Ghost Rider.

—Un puñado de justicieros muy variopinto.

—No tienes ni idea, y eso que no sabes de qué iban disfrazadas nuestras chicas.

—¿Quiero saberlo?

—Sí, mejor que no. No quiero partirme la cara por babear sobre mi mujer cuando la vuelvas a ver.

—¡Eh! Yo ya tengo a mi súper heroína, ¿recuerdas?

—Así que, ¿al final te vas a quedar con la chica?

—Si hubiera ido a buscarla, no habría encontrado a alguien mejor, de eso estoy seguro.

—Sí, tiene buena sangre para convertirse en una Vasiliev.

—Lara Croft.

—¿Eh?

—Así la llamó Lucas.

—Yo que tú, tendría cuidado con ese.

—Lo tendré vigilado.

—Ya es tarde y mañana nos espera un día movido. Será mejor que vayas a dormir.

—Lo haré.

Después de colgar la llamada, regresé a la habitación. Había insistido en que Ella durmiera en mi cama y los calmantes hicieron que ella no prestara resistencia. Así que me quité la ropa y me metí bajo las sábanas, pegando mi cuerpo todo lo que pude al de Ella. Creo que debía de estar acostumbrándome a esto, porque fue poner mi brazo alrededor de su cintura, cerrar los ojos y caer

en un profundo y reconfortante sueño.

Capítulo 50

Ella

Iba a ser complicado, por muchas razones. Dejé escapar un fuerte suspiro mientras repasaba mi aspecto frente al espejo del baño. Siempre me he vanagloriado de ser una persona autosuficiente, de ingeniármelas de mil maneras diferentes para conseguir hacer las cosas sin ayuda, pero, definitivamente, esta vez tenía que pedirla. No podía ver la herida y debía tener especial cuidado con no mojarla, al menos durante las primeras veinticuatro horas. Sí, soy curiosa, me había sacado una foto para ver qué tenía allí arriba, por eso sabía que había restos de sangre en el pelo. Trabajando en una peluquería, era un auténtico desprestigio ir a trabajar con el pelo sucio, así que tenía que limpiar aquella asquerosidad como fuera. Sabía lo que había que hacer para limpiar una herida así, pero hacérmelo a mí misma... Además de que iba a doler, porque iba totalmente a ciegas, había muchas posibilidades de que no consiguiera mantener la herida seca. Podía hacerme una especie de recogido de esos de «listo en diez segundos», pero había sangre que seguiría viéndose. Demasiado arriesgado. Así que no tenía alternativa. Abrí la puerta del baño y fui en busca de Serg.

—Necesito tu ayuda. —Lo encontré chupeteando la cucharilla que usaba para la miel en su taza de leche caliente. Se giró hacia mí.

—¿Qué necesitas?

—Tengo que lavar el pelo alrededor de la herida, manteniéndola seca. Y no puedo hacerlo sola. —Apuró la leche, dejó la cucharilla dentro de la taza y se puso en pie para seguirme.

—Te sigo.

—Espera, tenemos que coger un vaso. —Su ceja se alzó hacia mí.

—¿Un vaso?

—Tú coge uno, que te lo voy contando. —Llegamos al baño, donde tenía todo lo necesario alrededor del lavabo. Y empecé mi explicación—. Mira, si pones el vaso así, tapando la herida, evitamos que se moje durante el lavado y que la toque por accidente mientras limpio el resto de la zona. —Serg me miraba la palma de la mano, donde había puesto el vaso invertido, mientras hacía movimientos explicativos con la otra mano. Su expresión era de sorpresa, o al menos eso parecía.

—Es ingenioso.

—¿Qué voy a decir? Soy una chica con ideas.

—¿Cómo quieres que lo hagamos? ¿Sujeto el vaso o lavo el pelo? —Lo medité un momento.

—Mmmm, primero aparta todo el pelo que puedas de la herida y coloca el vaso. —Él iba siguiendo mis instrucciones con cuidado—. Ahora tenemos que mojar el resto de la cabeza, extender el champú y enjabonar, y después aclarar.

—De acuerdo. Podemos hacerlo de esta manera. Tú sujetas el vaso y te inclinas sobre el lavabo. Yo me encargo de hacer el resto.

—¿Estás seguro?

—Confía en mí. —No dije nada, tan solo me incliné y dejé que él realizara todo el proceso.

Me echó el agua con cuidado sobre el pelo, luego sentí sus dedos haciendo espuma, frotando con delicadeza. Después de un rato, aclaró todo el jabón. Escurrió con cuidado los mechones y después quitó el exceso de agua con una toalla. Definitivamente, si decidía cambiar de trabajo y dejar el boxeo para dedicarse a la peluquería, lo de lavar cabezas era lo suyo.

—Listo. ¿Y ahora?

—Voy a usar el secador para...

—Yo puedo hacerlo. Peinar no se me da bien, pero si solo es pasar aire caliente por encima, soy tu hombre.

—Bien, mi hombre, sécame. —Serg sonrió y empezó a trabajar con mi pelo. Cinco minutos después, mi melena estaba apuntando en todas direcciones, pero estaba seca.

—Pareces una leona.

—León, el de las melenas es el macho.

—Bueno, tú ya me entiendes.

—Claro que sí, solo me metía contigo.

—No juegues conmigo, Ella, tengo un secador y sé cómo usarlo. —Movi6 el aparato sobre mi cabeza, para que lo viese.

—Oh, vaya, tendr6 que cambiarme. —S6, secando pelo era bueno, pero me hab6a mojado la camiseta en el proceso de lavado y en ese momento se pegaba a mi piel como... pues eso, como una camiseta mojada. El rostro de Serg se puso serio, al tiempo que sus ojos se quedaban clavados en mis... chicas.

—Eh... ser6 mejor que te cambies, s6. —Y despu6s de un par de segundos de vacilaci6n, sali6 disparado del ba6o.

Serg

Ten6a que salir de all6 antes de cometer una locura. A Lara Croft solo le faltaba tener la camiseta mojada para provocarle un infarto a mi sobrecargado coraz6n. Hab6a tenido una estupenda panor6mica de esos pechos en la piscina, y cre6a que eran la tentaci6n del diablo, pero en aquel momento... La camiseta mojada que revelaba aquel sujetador tambi6n mojado, con aquel par de mont6culos endurecidos por el agua... ¿Es que no se puede ser un buen hombre? Solo quer6a ayudar para que el d6a volviese poco a poco a la normalidad. Y saltar sobre ella como un loco pervertido no era precisamente... normalidad.

Corr6 a la cocina y empec6 a hacer cosas rutinarias, porque la sangre en mi cerebro estaba empezando a escasear. Cuando no hubo nada m6s que hacer, me qued6 quieto, mirando al otro lado de la ventana, buscando algo que me devolviese la tranquilidad. ¿C6mo eran aquellos ejercicios? ¡Ah, s6! Inspirar profundo, sostener el aire, contar hasta quince y soltar despacio. Repetir tres veces m6s y el cuerpo se tranquilizaba. Mir6 hacia mi ingle. No, definitivamente, necesitaba algo m6s de tres veces.

Viktor

Estaba estudiando todos los datos que Bobby me hab6a dado, mientras me se6alaba las im6genes del monitor. Si no hab6a entendido mal, la llamada que Sanders hab6a hecho hab6a ido a un tel6fono de Marana, Arizona. Despu6s hab6a seguido las llamadas inmediatas de ese tel6fono hasta tres terminales, dos de ellas en Tucson. De esos tres terminales, dos de ellos hicieron llamadas inmediatas. Bobby y Sara hab6an trabajado en unos algoritmos matem6ticos para intentar crear y estudiar una red con las llamadas que se interconectaban, hasta que dieron con un n6mero que se llevaba el mayor 6ndice de probabilidades de ser el que mandaba sobre el resto; para nuestra suerte, no era un tel6fono desechable. Bobby prepar6 un rastreador para ese n6mero, porque el cabr6n ten6a un encriptado con el que era complicado detectar a qu6 n6mero llamaba. ¿Que c6mo

dio Bobby con ese número? Pues porque el teléfono desechable al que fue dirigida una de las llamadas de esa secuencia iniciada en la cárcel estaba en el mismo lugar, en el mismo momento. Uno recibió la llamada, después de colgar, el otro realizó una llamada saliente hacia un número encriptado. Si aplicáramos la lógica, eso quería decir que el desechable era para poder deshacerse de él cuando fuese necesario, o simplemente un terminal con vistas a ser cambiado con cierta regularidad. El teléfono bueno es el que uno usa para cosas privadas, no del negocio. Mi cabeza me decía que ese era el número de Santos, o de uno de los hombres de arriba, eso lo teníamos que averiguar. Poniéndole un rastreador sabríamos dónde estaba el dueño de ese teléfono en cada momento. Y junto con ese teléfono, localizaríamos a todos los que se desplazaban con él. Resultado, si ese tipo salía de su zona, sabríamos hacia dónde iba y cuántas personas con teléfono le acompañaban. Sí, somos buenos. Batman, no sabes lo que te perdías cuando trabajabas solo.

—Cuando se muevan, quiero saberlo.

—Cuando cualquiera de ellos abandone Arizona lo sabremos, jefe.

—Que se revise todo el equipo táctico y se ponga a punto. Quiero a los ángeles del infierno en alerta.

Por si no he mencionado antes quiénes son los ángeles del infierno, diré que son de lo mejor que se puede conseguir, Navy Seals versión Vasiliev, por supuesto. Bien entrenados, mejor equipados. Tienen buenos sueldos y pasan una revisión periódica. Aquí no hay sitio para traidores, porque si traicionas a la familia, no solo pagas tú, sino todos aquellos a los que quieres. ¿Duro? Es un juego viejo y yo no puse las reglas, pero si continúan vigentes es porque funcionan. Puedes irte si lo deseas, pero tus secretos se quedan con nosotros. He de romper una lanza a nuestro favor, las cifras nos avalan. El 94 % de los que entran en la organización se quedan dentro. Será tal vez por nuestro sistema de captación de activos. A nosotros solo se accede por recomendación. Un familiar, un amigo, alguien debe presentar tu candidatura para trabajar con nosotros, luego se ha de pasar una prueba. Si funcionas, te quedas, si no, *bye bye*. ¿Despechados? Podría ser, pero esas personas fueron descartadas antes de llegar a tocar la parte oscura de nuestros negocios, por lo que no pueden llegar a probar nada. Y luego está esa leyenda que grabamos con sangre en esta ciudad: «nadie juega con un Vasiliev».

Capítulo 51

Serg

El día no es que fuese duro, pero para mí fue tenso. Ahora sí que comprendía lo que Viktor trataba de evitarnos cuando nos ocultaba información. Saber que el peligro estaba fuera, acechando, te volvía una bola de nervios, tensa y lista para explotar en cualquier oportunidad. Había preparado un plan de evacuación con Viktor, por si las alarmas saltaban y teníamos que ponernos a salvo.

Ella tampoco parecía estar tomárselo mucho mejor, aunque parecía más relajada cuando la estrechaba entre mis brazos, como si esa pequeña muestra de afecto le diera toda la seguridad que necesitaba. Ojalá pudiese dejarme arrastrar por esa sensación de nuevo.

Estábamos de vuelta a nuestra casa y Ella me pidió que le ayudase con la cura a su herida. Nos sentamos en el sofá y preparamos todo el material sobre la mesa de café. Ver aquella maldita herida me recordaba lo cerca que había estado Alvin de llevársela, y eso me estrangulaba el corazón como nada más podía hacerlo.

—¿Se ve mal? —Su voz me devolvió al presente.

—No, está bien. Fuiste muy valiente, lo sabes ¿verdad?

—No podía permitir que te hiciera daño.

—Pero te arriesgaste demasiado. Podía haberte herido más que... —Ella se dio la vuelta y me obligó a mirarla a los ojos.

—Tú no ibas a ceder, así que yo tampoco iba a hacerlo. —Tomé su rostro en mi mano derecha, dejando que mis dedos se deslizaran suavemente sobre su aterciopelada piel.

—Me detuviste.

—¿Eh?

—Estaba cegado, golpeaba sin control sobre él, hasta que escuché tu voz llamándome.

—¿Lo hice?

—Eres la única que ha conseguido hacerlo.

—Lo dices como si fuese algo imposible de conseguir. —No pude esperar más. ¿Cómo demostrarle que ella era especial, única? Pues con actos.

Mi boca buscó sus labios, para deleitarse con aquel dulce sabor que solo ella poseía. Pero nada más probarla, deseé más. Y esta vez no iba a detenerme, necesitaba todo lo que pudiese tomar de ella. Sus labios eran una tentación que no quería evitar. Jugosos, flexibles, seductores... Míos.

Mi cuerpo avanzó, obligándola a ceder y caer poco a poco sobre el sofá, dejando que mi cuerpo reposara sobre el suyo, dejándome encajar entre sus piernas, sobre su centro. Sus manos empezaron a explorarme, sin aquella timidez del principio, y sentaba de maravilla. Sabía que tenía que tener cuidado de no tocarle la cabeza, pero con el resto... Era imposible no explorar cada parte que me llamaba, como ese succulento trasero. Apreté su nalga derecha cuando llegué a ella, deleitándome con su consistencia, su volumen... ¿Había gemido? ¡Dios!, ya podía caer encima un tornado de esos, que nada iba a poder detenernos.

Mis dedos ascendieron por debajo de su blusa, sin perder el contacto de su piel, hasta alcanzar mi destino. Que se fueran preparando los devotos, porque iba a hacer sonar esas benditas campanas. ¡Santos apóstoles! Tenían el tacto, la consistencia, el tamaño perfecto para mis manos.

Nada de andar con cuidado, había suficiente para dar de comer a este pobre ruso hambriento.

Mi cuerpo se balanceaba sobre el suyo, buscando el rito de la danza primordial, buscando la cima de aquella ola que me arrastraba, que me consumía, que nos envolvía, a los dos. Ninguno de los dos decía nada, porque nuestras bocas estaban demasiado ocupadas hablando entre ellas.

Escuché su gemido estrangulado cuando ella llegó a lo más alto y, como un adolescente en su primera vez, me vine dentro de mis pantalones.

Nuestras bocas se separaron, nuestras respiraciones luchaban por recuperar la normalidad, mi corazón golpeaba fuerte dentro de mi pecho y mi cerebro intentaba entender cómo había sido posible. Yo no era un crío, podía estar más de una hora llevando a una mujer al éxtasis sexual. Tenía experiencia, tenía resistencia, y, aun así, no había podido hacer nada como era debido. ¿Arrepentido, avergonzado? Estaba demasiado feliz para notar cualquier otra cosa que no fuera el sabor de Ella en mi boca. Sus ojos brillaban de una manera que me tenía hipnotizado. Su rostro, era imposible no estar orgulloso de haber puesto esa expresión feliz y satisfecha en él.

Sus dedos se deslizaron sobre mi espalda, dejándose caer lacios hacia el sofá. Saber que yo había hecho aquello, agotarla, sacar toda la energía de dentro de ella, me hacía sentir un maldito dios. Y sonreí como un idiota orgulloso y arrogante

—Serg. —Y con solo esa palabra, el puñetero cabrón que descansaba medio dormido entre sus piernas volvió a la vida como el ave Fénix retornaba de sus cenizas. Me separé de Ella lo suficiente, para poner un pie en tierra y anclar mi otra rodilla en el sofá. Una de mis manos aferró con fuerza aquel trasero y la otra se apoyó en el respaldo, para tomar fuerza.

— Agárrate a mí. —Ella entrecerró los ojos, pero obedeció, pasando sus brazos por detrás de mi cuello. Tomé impulso y nos levanté a ambos del sofá, manteniendo a Ella anclada a mí como si fuese un mono.

—¿Qué haces? —Empecé a caminar todo lo deprisa que pude sin tropezar.

—Terminar en condiciones lo que hemos empezado.

Sus dedos ascendieron desde mi nuca hacia mi coronilla, erizando cada uno de los pelos de mi cuero cabelludo. En serio, lo de esa mujer y mi cabeza no era normal. Me tocaba y hacía que todas las células de mi cuerpo se sacudieran en un potente escalofrío. ¿Quejarme? No podía. Nadie reniega del agua fresca cuando tiene sed. Sus labios acariciaron mi oreja cuando se acercó para susurrarme:

—Creo que yo también tengo un animal salvaje dentro de mí, porque quiero morderte. —La cama estaba frente a mí y bajé mis brazos para depositarnos rápida pero suavemente sobre ella.

—Muéstrame. —Sus dientes se deslizaron sobre la piel de mi cuello, marcando, pero sin dañar. Solo esa dulce presión que hace que tus pelotas se aprieten. Quería más. Me levanté, me saqué la camisa por la cabeza y volví a llevar mi cuerpo bien cerca de ella—. Sigue. —Sus dientes viajaron sobre mi pectoral, subiendo hasta mi hombro, arrancando un gemido de mi garganta.

—Voy a comerte. —Juro que no sé cómo lo hizo, pero el caso es que su cuerpo volteó el mío, quedando ella sentada a horcajadas sobre mí. Por instinto, mis manos se aferraron a sus muslos y sonreí. Nunca un pavo estuvo más feliz de servir de cena.

—Quiero que te quites esa blusa. —¿Yo dije eso? Pues sí, porque Ella empezó a cumplir mis deseos. Igual que había hecho yo, ella empezó a quitarse la ropa, dejando a la vista un sujetador nada feo, custodiando unas perlas que... uf. Mis manos abandonaron sus muslos para hacer su camino hacia el campanario, cuando empezó a rasparme el pecho con sus uñas, deslizándose por mi abdomen hacia... — ¡No! —Mis manos salieron disparadas hacia sus muñecas, para interceptar su investigación. Ella se enderezó, algo... no asustada, pero sí desconcertada. ¿Cómo explicarle

sin parecer patético? — Eh... verás, yo... Esa zona está algo «pringosa».

—¿Qué quieres...? ¡Oh!

—Sí, eso, Oh. —Alcé las cejas remarcando la última sílaba. Me senté sobre la cama, manteniéndola en mi regazo—. Voy a quitarme esto y continuaremos dónde lo dejamos, exactamente en el mismo sitio. —Tome su boca con un buen beso, por si tenía dudas de que cumpliría con esas palabras.

Con un giro rápido, cambié nuestra posición, dejando a Ella debajo de mi cuerpo. Era tremendamente difícil despegarse de ella, porque parecía que mis dedos se habían adherido a su piel.

—No te muevas de aquí. —Con un impulso, me puse en pie y salí disparado hacia el baño.

Con rapidez me quité toda la ropa, humedecí una esponja y froté toda la zona. No había que ser un genio para saber lo que el agua fría iba a hacerle a mi apéndice. Desilusionado podía ser la palabra, porque lo que se dice flácido... No, ahí no había llegado. Me sequé con rapidez y recordé, antes de salir, que aquello era sexo y necesitaba protección. Así que rebusqué entre los cajones y saqué un paquetito plateado. Estaba a punto de salir, cuando me giré de nuevo al cajón de suministros y cogí todo el paquete. Por si acaso.

Ella estaba tumbada sobre la cama, en la misma postura que la había dejado, solo que con la sábana cubriendo la parte superior de su cuerpo. Al escucharme entrar, su cabeza giró hacia mí.

—Tenía frío.

Sus ojos descendieron a mi ingle, al tiempo que sus dientes mordieron su labio inferior. Y como si fuera el mismísimo Capitán América ofreciéndose voluntario para una misión, mi pene se puso en pie totalmente firme. ¿Y esa picarona alzó una ceja y sonrió? ¡Joder! Hice bien en volver por la puñetera caja.

En un segundo estaba a sus pies, dejando la caja sobre la mesita de noche y quitando aquella sábana. Pero no me tiré sobre ella como un energúmeno. Aferré la cintura de sus jeans, solté el botón, bajé la cremallera y llevé mis manos a sus tobillos, para tirar de las perneras y sacar esa prenda lo más rápidamente posible. Mis manos fueron directas a sus rodillas, para abrirlas y hacerme sitio. Tenía mi nariz a escasos centímetros de mi objetivo, protegido por algo de tela color ¿morado?, sí, puede ser. Deslicé mis dedos por los costados de la prenda para empezar a deslizarla por su piel. A medida que se iba mostrando ante mis ojos esa parte tan íntima, iba creciendo la necesidad en mí de una concienzuda exploración, pero no era el momento, así que lo apunté en mi cuaderno de pendientes. Metí la nariz dentro, solo para oler su esencia. Uno de mis dedos comprobó que estaba lista para darme la bienvenida, así que estiré la mano, cogí un paquetito, rasgué el envoltorio y me puse el «sombrecito». Y después, me tiré en picado. ¡Señor! ¿Lista para mí? Aquello era el paraíso y era mío.

Capítulo 52

Ella

No necesitaba abrir los ojos para saber quién era el que tenía su brazo aferrando mi cintura. Su mano estaba sobre mi abdomen y sus dedos acariciaban la piel de mis senos. No, no se movía, pero bien que lo había hecho durante toda la tarde noche.

Desde que vi lo excitado que se puso cuando regresó del baño, no tuve ninguna duda de que era por mí. He de reconocer que era la primera vez que me sentía así de salvaje. Serg tendría un monstruo dentro de sí, pero es que yo tenía otro que no se quedaba corto. Era tenerlo cerca y... Tenía que morderlo. En la vida, ni en las primeras veces con Alvin, cuando aún estaba enamorada de él, me había pasado esto. Toda esa carne, tan bien presentada... Soy una chica de carne, ya lo dije, y solo hay una cosa mejor que el pan con chocolate, y es comer un buen trozo de carne con los dedos, ya saben, arrancando trozo a trozo del hueso.

Con un físico como el mío, nunca pensé que podría excitar a un hombre tan sexy como Serg y mucho menos tenerlo a mi lado cada mañana. Marido, esa era una palabra importante, y si podía pedir un deseo sería que este matrimonio fuese real. Quiero decir, que Serg realmente deseara ser mi marido, vivir conmigo, compartir nuestras vidas, formar una familia, construir un futuro juntos. Ahora solo vivíamos el momento, porque era todo lo que podíamos tener. Todo era incierto, porque las circunstancias así lo habían decidido. Pero a su lado, con su familia, había descubierto que luchar y ganar era algo más que un deseo, era una meta que se podía alcanzar. Podía fracasar, pero ya saben lo que dicen, si no se arriesga, no se gana, y yo ahora tenía un buen motivo para arriesgarlo todo. Tenía la vista puesta en el futuro, allí donde deseaba llegar.

Tomé aire y lo volví a soltar lentamente. Envolví la mano de Serg con la mía y sonreí. Por fin, después de mucho tiempo, me sentía completamente feliz. Con peligro, con incertidumbre, pero no cambiaría este momento por ningún otro de mi vida pasada.

Noté un leve movimiento a mi espalda y después un ligero beso sobre el hombro izquierdo. Su nariz me rozó después la piel, haciendo que los pelos de mi nuca se erizaran. ¿Por qué todo lo que hacía este hombre era perfecto? ¿Solo los hacen así en Rusia?

—Buenos días, *gorshok meda*. —Me giré lo suficiente para poder mirar cómodamente esa maldita sonrisa mañanera suya. ¿Por qué parecía tan dulce y tentador a estas horas?

—Buenos días. Tengo que buscarte un nombre. —Su ceja se levantó hacia mí.

—¿Nombre? ¿No sirve Serg?

—No, algo como cuando tú me llamas tarro de miel. Cuando lo dices, sé que nadie más puede hacerlo, es solo tuyo. Algo para nosotros. —Serg sonrió, como satisfecho.

—¿Y qué tienes pensado? —Entrecerré los ojos, intentando encontrar algo apropiado dentro de mi cabeza.

—Aún no lo tengo, pero saldrá.

—Avisame cuando suceda. —Tenía la espalda apoyada sobre el colchón, sus brazos encarcelándome a los costados, estaba a su merced y, aun así, me sentía segura, protegida, a salvo. Serg no era Alvin, nunca podría llegar a serlo. El miedo había desaparecido. Levanté la mano para acariciar aquel pelo rebelde suyo que peleaba por tapar su rostro.

—Lo haré. —Su sonrisa precedió a un tierno y prolongado beso. Las prisas y urgencia del día anterior eran ya parte del pasado. ¿Cómo explicarlo? Era como si ya no necesitase correr, porque

había alcanzado su presa y sabía que no iba a escapar de allí.

Serg

Si por mí fuese, habría estirado el brazo, cogido otro preservativo y me lo habría enfundado para seguir con lo que empezamos el día antes. Pero, no quería parecer... ese tipo de persona que empieza y no puede parar. Sí, había sido increíblemente bueno, y quería más, pero merecía un descanso. Tenía que tener toda su zona íntima al rojo vivo después de todo el trabajo que hicimos juntos. Soy un insaciable, lo reconozco, pero es... Ella es como el chocolate, no puedes decir que solo vas a comer un trocito, lo quieres todo. Y eso mismo me pasaba. Simplemente necesitaba más. No sé, como esa gente que vaga por el desierto y cuando llega a un oasis, se harta de beber. Pues yo era como los malditos camellos, podía llegar al pozo, y beber y beber hasta llenar mi enorme joroba.

Así que no pasamos de los besos, para frustración de mi apéndice colgante. Pero la paciencia es una virtud que aprendí a cultivar una vez, podía volver a hacerlo, ¿verdad? Dejaría que Ella se recuperase y después seguiría con ello. ¿Cuánto tiempo sería necesario para que ella lo hiciera?

Cuando tuve suficiente o, mejor dicho, cuando consideré que había llegado al punto de «si paso de aquí no hay quien me pare», me separé de mi mujer y me fui a preparar algo para desayunar. Ambos necesitábamos recuperar las energías.

Empecé a separarme de ella, sabedor de que aquella dulce sonrisa la había provocado yo, cuando miré hacia abajo y, uf, uno de sus pechos desnudos me estaba mirando, desafiándome con ese rosado pezón que... ¡Mierda! De un salto salí de la cama y corrí como un cobarde hacia el baño, mientras gritaba a mi espalda:

—Será mejor que nos demos prisa o llegaremos tarde.

Mentira. Era demasiado pronto y teníamos tiempo para uno rapidito. ¿Desayunar? Uno puede prescindir de su tiempo de desayuno si hay un buen revolcón a la vista. Por eso se inventaron las barritas de granola.

Estaba en la cocina, rebañando el fondo de mi tarro de miel, intentando rescatar los pequeños trazos sobre el cristal, cuando Ella entró en la cocina. Tenía una buena cantidad en mi cucharilla, justo para echar en la leche, así que saqué la cuchara del bote al tiempo que me giraba hacia Ella.

—Escapaste como un cobarde.

—¿Qué?

—Voy a ducharme. —Y en un segundo, cogió la cucharilla de mi mano y se la metió en la boca. La chupeteó a fondo, después arrastró el impoluto metal sobre sus labios y me lo tendió con una traviesa sonrisa—. Ups, se terminó.

En vez de coger la cucharilla, mi mano aferró su muñeca, tiré de ella hacia mi cuerpo, tomé su rostro con mi mano libre y recuperé tanta miel de su boca cómo fue posible. Cuando no quedó nada más, seguí devorando su boca con placer, porque el sabor de Ella era mucho más adictivo que el de la miel. Cuando creí que era suficiente, me separé de su boca unos centímetros.

—Traviesa. —Ella sonrió más y en ese momento decidí que había que cambiar el plan. Me agaché y la cargué sobre mi hombro como si fuese un saco de patatas.

—¡Eh! —Le di una cachetada en ese culo goloso, mientras nos encaminaba hacia el baño. Iba a tomar esa ducha, pero lo haría conmigo.

—Si le robas la miel a este ruso, tendrás que atenerte a las consecuencias.

Sus chillidos se mezclaban con carcajadas y supe que estaba lista para nuestra segunda vuelta. ¿Quería guerra? Pues este ruso nunca había rechazado un desafío.

Capítulo 53

Serg

Después de dejar a Ella en el trabajo, me fui al gim a cumplir con mis obligaciones. Lo primero que noté era que había recepcionista nueva. La chica me miraba curiosa desde el otro lado del mostrador, así que yo simplemente saludé, me presenté, pregunté educadamente su nombre y entré en el gim. Al primero que encontré, y golpeando el saco sin que yo se lo ordenara, fue a Lucas. Me cambié rápidamente y me puse a correr mientras controlaba la evolución del entrenamiento de Nino y Lucas. Mi teléfono sonó y sonreí porque reconocí el número.

—Cuéntame.

—Me dijiste que hiciese una prospección del mercado inmobiliario.

—¿Has encontrado algo que pueda pagar?

—Depende. Dijiste que querías piscina.

—Eso es un indispensable.

—Y supongo que quieres que no esté a más de una hora de la ciudad, ¿verdad?

—Eso, tu destrózame el buen humor que tenía hoy.

—¿Buen humor? Eso suena a que has tenido una buena mañana. —Sé que estaba sonriendo, y mucho, pero era imposible no hacerlo.

—Eso lo puedo asegurar.

—Eso suena bien, tío. Al grano. ¿Cuándo quieres que repasemos esa lista?

—Es cortita, ¿verdad?

—Larga no es, no.

—Podemos echarla un vistazo esta tarde, ¿qué te parece?

—Estaré en mi despacho en el Celebrity's. ¡Ah, casi lo olvidaba! Realmente te llamaba porque Viktor quería que te pasases por el despacho de Yuri. Me comentó que hay una visita que no querías perderte.

—Creo que sé de quién se trata, gracias. ¿Sobre qué hora tengo que estar ahí?

—A las cinco.

—Ok, antes pasaremos por tu despacho.

—¿Pasaremos?

—Ella y yo, quiero que ella también opine sobre la casa.

—Ah, eso aclara lo de la «buena mañana». La chica merece la pena.

—Sin ninguna duda, ella es... más de lo que se ve a simple vista.

—Pues se ve mucho.

—¡Eh! ¿La estás llamando...?

—No es su tamaño, Serg. Me refiero a todo lo que nos ha ido mostrando de sí misma. Los malditos peluches y patucos que hace con sus manos y en los que pone tanto cariño. Sara está loca por conseguir el suyo, créeme que la entiendo. Y luego está lo de Alvin, wow, todavía estoy alucinando. Bobby no paraba de reproducir las imágenes una y otra vez. En la central se pensaban que estaba viendo una película de acción.

—Sí, fue una loca valiente.

—Es una Vasiliev, Serg. Tiene lo que hay que tener para ser una de la familia, primo. No todas valen, y la tuya ha demostrado que tiene las pelotas bien puestas.

—Lo sé. —¿Por qué cuando hablaba de pelotas y Ella mi mente se iba directa a sus pechos?

—Bueno, no te entretengo, seguro que tienes que poner firmes a esos dos. —Miré a Lucas y Nino, que me observaban con atención. Sí, tenía que ponerles firmes, en más de un sentido. Mi mujer se mira, pero se la respeta, que tiene dueño.

Ella

Hay un dicho que dice que «sarna con gusto, no pica», así que, si tenía que ir al baño cada dos por tres a untarme crema y refrescarme la zona baja por todo el desgaste al que me había sometido mi marido, no podía quejarme. Puf, si llevaba desde que abrí los ojos esa mañana sin poder quitarme la sonrisa de la cara. ¿Caminar como un bebé con pañales? Podía con ello.

Miré hacia el exterior del ventanal, por donde el guarda de seguridad pasaba a hacer su ronda. Lo tenía controlado, cada diez minutos pasaba arriba o abajo. Y no, no necesité mirar el reloj para saberlo, tenía a Linette controlándolo.

Cuando vi el rostro sonriente de mi marido en el exterior, supe que mi turno estaba llegando a su fin. Con aquel aspecto iba a provocarme un infarto. Jeans azules, camiseta negra y esa sonrisa de «sabes lo que puedo hacer» en la cara... Sí, sabía lo que era capaz de hacer, uuuf.

—No tengo muy claro si quiere comerte o si ya te ha comido. —Me susurró Linette discretamente en el oído. Ella sí que se lo estaba comiendo con la mirada, pero no me importó, porque lo que ella desea, yo lo tengo. Y me sentía mala, muy mala.

—Las dos cosas, Linette. Las dos cosas. —Cogí el bolso y salí directa a los brazos de mi comestible marido, dejando a Linette con los ojos y la boca abiertos como bocas de metro. Serg, ¿qué me has hecho? Yo poniéndole los dientes largos a otras mujeres... Me dio un buen beso en los labios, que no tenía nada que ver con aquellos que me daba en la frente antes. Uf, antes. Qué lejos queda ya todo eso.

—¿Qué tal tu día? Espero que tuvieses buenas propinas. Ya viste que te esperé fuera.

—Un detalle por tu parte. —Serg inclinó la cabeza, para ver cómo caminaba.

—¿Te sucede algo en las piernas?

—Como si tú no supieses qué es lo que me pasa. —dije, dándole un pequeño manotazo en el brazo.

—¿Yo? —respondió alzando una ceja.

—Ya sabes. Si usas mucho la máquina, los engranajes se recalientan. —Me apretó a su costado con su brazo mientras caminábamos juntos, mostrando al mundo la sonrisa más arrogante que pudo. «Chicos, yo he sido quien ha hecho caminar a esta mujer como un pato». Hombres.

Subimos al SUV que nos esperaba en el parking privado del Crystals y, cuando los edificios no indicaban que íbamos camino a casa, pregunté.

—¿A dónde vamos?

—A escoger casa.

—¿Eh?

—He pensado que necesitamos un sitio propio, ya sabes. El apartamento estaba bien cuando éramos solo mi hermana y yo. Pero ahora necesitamos un lugar para nosotros. —¡Joder! Eso era algo grande. ¿Me estaba diciendo Serg que el matrimonio de mentira se estaba convirtiendo en uno de verdad?

—Es... es un paso importante.

—Lo sé, pero es el que toca dar.

No quise decir nada cuando vi que llegábamos al hotel en el que pasé mi primera noche, o

madrugada, en Las Vegas. Subimos a las oficinas de la planta superior y entramos a uno de los despachos más cercanos, que resultó ser el de Nick.

—Hola, pareja. ¿Listos para su tour?

—¿Qué tienes para nosotros? —Nick giró el monitor de su computadora y se sentó sobre la mesa para que todos pudiésemos ver mejor las imágenes.

—Veamos, estas dos primeras son pequeñas... —Y así empezó a mostrarnos fotos. No es que fueran feas, bueno, una sí; parecía que iba a saltar una rata tamaño gato de debajo del sofá. Seguro que aquella casa tuvo una mejor vida allá por la época de la ley seca. La otra... aún intento borrarla de mi cabeza. Hasta que empezó a enseñarnos fotos de otro par de casas que... estaban a todas luces lejos del sueldo de un entrenador de boxeo y una peluquera.

—Nick, creo que te has equivocado, esto... esto se escapa a mi presupuesto —apuntó Serg. Nick me miró a mí, como buscando un apoyo.

—Pero está genial, ¿verdad, Ella? —¿Qué le iba a decir?

—Es muy bonita, pero Serg tiene razón. Es demasiado cara.

—¿Cara? Si no os he dicho el precio.

—Vamos, es evidente que se pasa por más de un cero de nuestro presupuesto.

—Vaaaale. Ella, si pudieses elegir entre una de ellas, ¿con cuál te quedarías? Así, por soñar. —Me mordí el labio inferior y volví a mirarlas. Si no tuviera problemas de dinero...

—Esta. —Señalé una casa independiente de dos plantas, grandes ventanales, moderna y con una piscina. ¿Por qué todas tenían piscina? Nick abrió una pestaña y apareció una cifra.

—Pues este es su precio. —Creo que Serg y yo competíamos por ver quién tenía los ojos más abiertos.

—Eso no puede estar bien.

—Es correcto, te lo prometo.

—Pero... entonces es que está a kilómetros de la ciudad.

—A siete minutos más de tu trabajo que donde vivís ahora — informó Nick.

—Eso... eso tiene que ser un error, basta con ver la casa. —Nick se giró hacia nosotros para mirarnos de frente.

—Sabes que la familia Vasiliev tiene un banco, ¿verdad? —¿Un banco? ¡Joder! Un hotel casino, un banco, oficinas en el Crystals... Solo les faltaba un hospital y una universidad para ser dueños de la ciudad, ¡por dios!

—Sí, algo me comentó Viktor.

—Pues, como sabrás, cuando la gente no paga la hipoteca, el banco se queda con la propiedad que luego vende para recuperar el dinero.

—Sé cómo funciona, pero...

—El caso es que estas dos son propiedades del fondo inmobiliario del banco, impagadas, ya me entiendes. Lo que aparece aquí es la parte de la deuda que el banco dejó de percibir, en otras palabras, lo que tendría que conseguir para no incurrir en pérdidas. Y como soy uno de los gestores y accionistas mayoritarios, puedo ofrecerte la propiedad a ese precio. Hazte a la idea de que es como si fuese a precio de coste para nosotros. —Ambos volvimos a mirar el monitor, Serg ladeando la cabeza y rascándose la barbilla de forma pensativa.

—Creo que con mis ahorros y pagando la mitad de mi sueldo....

—Nuestros sueldos —le interrumpí. Me dedicó una sonrisa y asintió.

—Con mis ahorros y nuestros sueldos, podremos pagarlo en diez años.

—Así se habla, primo. Además, puedo conseguirte un interés realmente bajo para la hipoteca.

—Suena demasiado bien, Nick. —Nick se acomodó en su asiento y se puso serio.

—¿Te timaría yo? Es un chollo, sí, pero solo porque eres de la familia. Ahora está en tu mano el atraparlo o no. —Serg me miró, sonrió y yo asentí. Ese era el primer paso para convertirse en una familia, firmar una hipoteca juntos.

—Ve preparando los papeles, nos has convencido.

Capítulo 54

Nick

Cuando me dejaron en mi despacho tramitando todo el papeleo, casi no pude aguantar a que se cerrara la puerta para gritar de alegría y lanzar los puños al aire. Desde que Serg me hizo aquella petición había puesto en aviso a todos los hombres de la familia. Entre todos, habíamos trazado un plan. ¿Cómo le das una casa a alguien que no quiere que le regales nada? Complicado. Pero cuando juntas la mente de un estratega con la de un malabarista de los números y un puntilloso controlador de las leyes, los resultados no pueden ser mejores. Serg se había tragado lo del banco, porque el cebo era muy creíble. ¿Precio de coste? Ni de broma un banco pondría una propiedad a la venta a ese precio. Como mucho, rebajaría un porcentaje asequible el precio de mercado, pero no lo que habíamos hecho con aquellas dos casas. Si supiese el precio real de mercado... Para acercarse, debería multiplicar por dos la cifra que le había dado y ponerle después un cero a la derecha. Lo de una hipoteca a un interés bajo era otra forma de decir interés cero. Ventajas de ser los dueños del banco. Ya después nos ocuparíamos de los impuestos de la casa, Andrey y yo estábamos con eso, además de darle a Serg unos ingresos mejores. ¿Cómo? Pues poniendo un buen paquete de las acciones del gimnasio a su nombre. Llamémoslo beneficios. Como era un centro en el que limpiábamos algo del dinero sucio, iba a ser imposible que se fuera a pique. Sí, Serg había dado el primer paso para formar una familia, y nosotros estaríamos ahí para hacer ese camino más agradable.

Bueno, casa, lista. Traspaso de acciones del gim, Andrey estaba con ello, así que también listo. Chica para acompañarle en esta maratón que llamamos vida, listo. Ahora solo le faltaba dejarla embarazada, como buen Vasiliev. Ahhhh, familia. La mejor forma de cubrir el hueco de los que se han ido es llenándolo con incorporaciones nuevas.

Serg

Estábamos en la mitad del pasillo cuando me detuve y tiré de la mano de Ella para que se quedara a mi lado y se girara para mirarme. Había estado dando demasiadas vueltas a la idea, pero dentro del despacho de Nick había visto claro que las cosas no ocurren porque sí. La idea de comprar la casa había surgido cuando tomé la decisión de tener a Ella en mi vida. No como un acto de auxilio hacia otra persona, sino como una necesidad para mí. Quería que viviéramos juntos, que compartiéramos nuestro tiempo. Si bien nos unió un matrimonio de conveniencia, un matrimonio falso, había empezado a sentir algo por ella, algo que me tiraba desde lo más profundo de las entrañas, algo que me decía que no podía perderla, que la necesitaba. Y ese algo me decía que convertir aquella fantasía en realidad estaba bien, pero era mi fantasía, no la de Ella. Pero allí dentro, el escucharle decir que quería que la incluyera en mis planes, que quería ser parte de ellos, me llevaba a pensar que sus deseos no eran muy distintos de los míos. Y si eso era así, había una cosa que debía hacer. Yo lo tenía claro en mi cabeza. Solo necesitaba que ella lo supiese y que siguiera caminando por el mismo camino que yo había decidido tomar. Pero no cerraría sus puertas, dejaría que ella tomara las decisiones, le daría el poder de decisión que no tuvo antes.

—Antes de entrar ahí, necesito decirte algo. —Ella me miró con esos dulces ojos mientras

asentía con la cabeza—. Quiero que esto funcione, Ella, quiero que deje de ser una farsa, quiero que seamos una pareja de verdad. Quizás el matrimonio es algo demasiado serio, pero no voy a echarme atrás, porque sé que es a lo que quiero llegar, al menos en este momento. Así que voy a pedirle a Andrey que rompa mis papeles del divorcio, porque no tengo intención de usarlos. Pero quiero que tú conserves los tuyos hasta que estés convencida de que esto es también lo que tú quieres. Yo lo he meditado mucho y es justo que tú también te tomes tu tiempo. Así que no quiero una respuesta ahora. Medita, sopesa todo, diez, cien veces, mil si fuese necesario. No tenemos prisa, yo no tengo prisa. El plan seguirá siendo el mismo durante el tiempo que tú quieras. Solo quería que supieras que para mí todo ha cambiado. —Sus ojos me miraban con aquel dulce calor y no pude contenerme, la besé con suavidad. Luego tomé su mano con determinación y comencé a caminar de nuevo hacia nuestro destino.

Llamé a la puerta del despacho y la voz de Viktor nos invitó a entrar. Estaba de pie frente al despacho, junto a Yuri. De espaldas a nosotros estaba un hombre vestido de traje, que, al girarse hacia nosotros, nos sonrió levemente. Cuando me tendió su mano para saludarme, noté la pequeña figura que estaba oculta detrás de él.

—Ah, tú debes de ser Serguéy. —Volver a escuchar mi lengua materna me devolvió a Rusia por unos instantes.

—Lo soy.

—Soy Mihail Nóvikov y es un placer ver que estás bien. —Noté el roce de los dedos de Ella, cuando se acercó un poco más a mí. De todos los allí reunidos, era la única que no hablaba ruso, así que no era difícil adivinar que se sentía fuera de lugar. Así que la acerqué más a mí y la presenté.

—Y esta es mi esposa, Ella. —Mihail le tendió la mano educadamente y ella la estrechó con igual cortesía.

—Has encontrado a una buena chica. Yo también he traído a alguien. Drake, saluda a Ella y a Serguéy. —El niño nos miró con recelo, alzó una mano, e hizo un ademán de saludo. Mihail revolvió ligeramente el pelo de su cabeza y después se puso serio—. Seguro que Yuri tiene papel y un lápiz para que dibuje un rato, mientras los mayores hablamos. —El niño le miró sin mostrar ninguna expresión en su rostro. Viktor cogió un bloc del escritorio y un par de bolígrafos y se los tendió al pequeño.

—Seguro que estarás más cómodo en esa mesa de ahí. ¿Podrías dibujar con él, Ella? —Viktor repitió la última frase en ambas lenguas y mi mujer asintió. Le tendió la mano al niño, pero él no la cogió. Caminó con el cuaderno y los bolígrafos pegados a su pecho, hasta que llegó a la mesa de café, extendió el material, se puso de rodillas y empezó a dibujar en silencio. Ella se sentó en el sofá, a su lado, supervisando su trabajo. Los hombres nos acomodamos en la gran mesa de reuniones del costado de la habitación.

—Disculpad al niño, pero no lo ha pasado muy bien. No he conseguido sacarle una palabra desde que le metí bajo mi ala.

—Eso suena a que hay una historia triste detrás.

—Su madre murió hace unos meses y su vida no es que hubiese sido demasiado buena antes. No quiero entrar en detalles, pero digamos que no ejerció precisamente como una buena madre.

—¿Y el padre?

—Ni siquiera sabe que existe y, creedme, es mejor así. Dejó embarazada a la muchacha, pero se deshizo de ella antes de saber que lo estaba.

—Lo siento por el chico. Al menos ahora te tiene a ti para cuidar de él.

—Ese es el asunto de mi visita. Necesito que os encarguéis del chico. —Aquella revelación

nos sorprendió a todos. Miré al niño, que dibujaba sobre el papel, mientras Ella hacía lo propio sobre otra hoja. Al menos había conseguido que le prestara uno de los bolígrafos. Viktor fue el primero en hablar.

—¿Por qué nosotros?

—Rusia no es un buen lugar para él.

—Si está a tu cuidado, tendrá muchas más oportunidades que cualquier otro niño.

—Soy un hombre demasiado mayor para hacerme cargo de un niño de apenas cinco años y mi trabajo no es el más apropiado para ser padre, demasiados riesgos. —Yuri tenía los ojos entrecerrados, estudiando al hombre como si pudiese ver algo que el resto no pudiese. Finalmente habló.

—Esa no es la verdadera razón y lo sabes. Si quieres nuestra ayuda, tendrás que decirnos la verdad, toda la verdad, ya sabes que no nos gustan las sorpresas. —Mihail miró a Yuri y, después de suspirar, se inclinó más hacia nosotros, para que su voz llegara solo a nuestros oídos.

—Su madre... su madre era mi sobrina. Mi cuñado la repudió cuando se enteró de que estaba embarazada, cosa que era de esperar, porque su estilo de vida no era muy... saludable. Ya me entendéis. Fiestas, alcohol, drogas... demasiadas jóvenes se ven arrastradas a esa mala vida. Mi hermana me pidió que interviniera, pero no pude hacer mucho, porque estaba en las manos de los hombres de Constantin Jrushchov. Hice lo que pude, pero no fue demasiado, porque si desvelaba nuestro parentesco o mi interés en la chica, las consecuencias habrían sido malas para los dos, bueno, los tres si contamos al niño. El caso es que cuando estuvo demasiado enferma para serles útil, los hombres de Jrushchov se deshicieron de ella para que muriese lo más lejos posible de ellos y sus negocios. La recogí a tiempo para poder arreglar los papeles de cesión de Drake. Mi cuñado sigue sin querer saber nada de él, y yo... no puedo permitir que siga en Rusia, porque es demasiado peligroso para él.

—¿Por qué? —preguntó Viktor. Mihail intentó apartar la mirada de todos, como si una parte de lo que iba a decir lo avergonzara y la otra intentara evitarla porque le asustaba.

—Porque es el hijo de Constantin Jrushchov. —Aquella revelación nos dejó a todos en estado de shock. Viktor fue el primero en reaccionar.

—Pero has dicho que él no sabe siquiera que existe.

—Pero hay... hay algo que está ahí y que alguien podría reconocer. Si eso llegara a oídos de Jrushchov, puede que quisiera reclamar al niño y yo... prometí a mi hermana que cuidaría de él. Sacarle de Rusia, alejarle de Constantin Jrushchov es lo principal, la otra es darle una familia, un hogar donde le den lo que yo no podría darle. Se merece algo mejor de lo que yo puedo ofrecerle, algo mejor que lo que tuvo su madre. Se merece que lo cuiden, que lo protejan y sé que vosotros nunca dejaríais que Constantin Jrushchov llegara hasta él, que le hiciese daño. —Instintivamente, miré hacia Drake, que estaba dibujando, recostado sobre el cuerpo de Ella, mientras ella le acariciaba el hombro mientras compartían la hoja de dibujo. Sí, se lo había ganado. Unos minutos y mi mujer ya había creado un vínculo con el niño. Mihail había acertado en algo. El niño necesitaba un hogar, un lugar donde lo protegieran, de eso me encargaría yo, y un lugar donde le dieran el amor que no había recibido de su madre, de eso se encargaría Ella, no tenía duda. Drake había encontrado a su nueva familia. Al final, Ella tendría que salvar a dos muchachos a los que Constantin Jrushchov había destrozado la vida. Conmigo lo había hecho, ahora era el turno de Drake.

—Nosotros cuidaremos de él. —Viktor me miró de esa manera suya.

—¿Seguro?

—Creo que mi mujer se ha encargado de decidir eso por los dos —le revelé.

—¿Qué es lo que puede identificarle como hijo de Constantin Jrushchov? —Yuri necesitaba algo más.

—Una marca de nacimiento. El lugar no es exactamente el mismo, pero tiene la misma forma.

—Mihail se acercó un poco más y señaló la nuca del niño.

—¿Una marca?

—Sí, esas manchas; él tiene una en forma de dragón, como la de su padre.

—Por eso el nombre de Drake.

—Su madre no fue muy original con el nombre, lo sé. Pero el daño ya está hecho. Entonces, ¿cuidareis de él?

—Si vamos a hacerlo, ha de ser totalmente legal. Llamaré a Andrey para que se acerque y poder empezar con los trámites de adopción.

—Me parece bien —apuntó Mihail—. Quiero dejarlo todo arreglado antes de regresar a Rusia.

Miré hacia mi nueva familia, donde el pequeño y Ella se turnaban para dar retoques al dibujo sobre el papel. Podían no hablar la misma lengua, pero ambos habían llegado no solo entenderse, sino a compenetrarse. Ahora solo debía decirle a mi mujer que acabábamos de adoptar a nuestro primer hijo. Genial, y yo que quería darle su tiempo para que se acomodara a los cambios. ¿Dónde había oído yo decir que los Vasiliev sí que iban rápido? Pues estaba demostrando que yo era un auténtico Vasiliev.

Capítulo 55

Ella

Cuando Serg me contó la historia del pequeño, no pude evitar derramar unas lágrimas. Dijo que probablemente pensaría que estaba loco, embarcarse en una aventura así cuando me acababa de pedir que formalizásemos nuestra relación, pero es que no esperaba otra cosa de él. Serg no habría abandonado al pequeño, tenía que convertirse en su protector, como hizo conmigo. ¿Cómo una mujer no podría caer enamorada de él? Tenía un corazón de oro. Nunca habría imaginado crear una familia así, y menos con Serg, pero, cuando miro a Drake, no puedo imaginarme sin él a nuestro lado. Sí, iba a ser difícil, porque además de venir de Rusia y no entender el idioma, el niño no pronunciaba palabra alguna. Menos mal que Serg le hablaba en ruso, si no... Drake no mostró ninguna emoción cuando le dijeron que iba a quedarse con nosotros, no lloró, ni sonrió, nada. Eso te hacía pensar ¿qué tipo de vida había tenido este pequeño?

Yo lo he pasado mal, de niña perdí a casi toda mi familia y he estado huyendo desde entonces. Pero él... era aún demasiado pequeño como para darse cuenta de las cosas. Él aún no podía comprender que no tenía la culpa de lo que le pasaba y, peor aún, vería normal la extraña situación en la que había crecido. No necesitaba ser una psicóloga para darme cuenta de que Drake arrastraba una gran carencia de afecto. Calor humano lo llamaba mi madre. ¿Qué madre no abraza a su hijo? ¿Qué madre no lo besa, no le hace sonreír? Drake parecía no haber conocido esas cosas. ¿Cómo lo sé? Porque los bebés son como monitos, repiten todo lo que ven: expresiones, gestos, actitudes... Drake no sonreía, tampoco buscaba directamente el contacto humano, pero lo necesitaba. Por eso, cuando empecé a dibujar aquellas caras simpáticas de perritos, aquellas que me enseñó a hacer mi padre de niña, vi que él les prestaba especial atención, como cualquier niño curioso. Sobre todo, cuando se dio cuenta de que con cada nuevo trazo que hacía, la carita cambiaba. Primero una cara redonda con dos ojos y una boca feliz, te detienes. Luego dos orejas largas de punta redondeada, otra parada. Con eso ya le tenía intrigado, con sus ojillos puestos sobre mi mano y lo que iba a hacer. Entonces, dibujaba un enorme arco que empieza en un lado de la carita sonriente y termina en el otro extremo. Casi sonrió al ver su ceño fruncido; sí, pequeño, hay más. Así que dibujé las dos orejas que caían de los costados, porque así, pasito a pasito, había transformado la carita feliz en un perrito adorable, de mirada dulce.

En aquel punto, el niño tenía que haber sonreído, como hacían todos los niños a los que les hacía aquel juego-dibujo; Tasha empezó saltar y a pedir que lo repitiese otra vez. Pero Drake, no, él solo se quedó mirando el dibujo, como si verlo una vez hubiese sido todo lo que podía conseguir. Pero no hizo falta que me lo pidiese, yo volví a empezar de nuevo el dibujo. En esa ocasión, cada vez que me detenía, Drake se encargaba del siguiente trazo. Y cuando yo continuaba, él adquiría la seguridad, la confianza, de que lo había hecho bien. Poco a poco, su cuerpo se fue acercando al mío, primero se puso cerca, luego un poco más, hasta que quedó recostado contra mi pecho, entre mis piernas. Mis brazos lo rodeaban, pero no le abrazaban, tan solo seguí dibujando, para que se fuese acostumbrando a mi toque, mi presencia. Cuando creí que era el momento, mi mano se apoyó en su pequeña cadera para dejarle ver que estaba con él, a su lado, y que le sujetaba. Conmigo allí, no caería, porque yo le sostendría.

Cuando los hombres dejaron de hablar en ruso, Serg se acercó a nosotros, mientras Viktor y Mihail, creo que dijo, remataban algunas cosas. Serg me explicó después que estaba allí con él

porque no tenía nada que ocultarme de su pasado, pero no pensó en lo que Mihail estaría dispuesto a discutir en mi presencia, ya que era una completa desconocida para él y en la Bratva, donde me dijo que trabajaba, todo se trata con mucho cuidado. Nadie dice nada delante de personas ajenas a ellos. A mí me sonaba a algo oscuro, así que no quise preguntar más. No soy tonta, sé que la Bratva es la mafia rusa. Mi presencia en aquella habitación denotaba la confianza que Viktor, Yuri y Serg tenían en mí, pero para su visitante no dejaba de ser alguien ajeno a sus negocios.

Mi marido se puso en cuclillas para que su cara quedase cerca de Drake, al tiempo que evitaba intimidarlo. Me miró, como pidiéndome perdón, y empezó a hablar en ruso con el niño. Sabía que iba a estar excluida cuando eso ocurriese y lo entendía, porque no había otra manera de hacerlo. Algunas veces, Serg debía traducir en ruso lo que me decía a mí en inglés, supongo que para que ninguno de los dos nos sintiésemos excluidos. Lo único que no tradujo al ruso fue cuando me contó la historia de Drake y lo que había decidido sin consultarme. ¿Perdonarle? No había nada que perdonar, porque yo habría hecho lo mismo. Lanzarme a ayudar sin importar las consecuencias. Conociendo mi historia, Serg tenía que saberlo.

Ese día, entramos al Celebrity's como dos personas y salimos como una familia. Con una propuesta firme de ser marido y mujer, de verdad, una hipoteca compartida, un nuevo hogar y un hijo.

Caminábamos por el aparcamiento privado con Drake en los brazos de Serg, que llevaba en su mano la hoja con nuestros dibujos, su rostro inexpresivo pero curioso, y yo agarrando la mano libre de mi marido. Vi nuestro reflejo en las pulidas puertas del ascensor y sonreí, porque realmente parecíamos una familia. Y como tal, fuimos a realizar nuestra primera misión familiar, comprarle ropa a nuestro pequeño, y comida, jabón, lociones... todo lo que un pequeño podría necesitar y nosotros no teníamos. Incluso le compramos una de esas pequeñas lamparitas que los niños dejan encendidas por la noche cuando tienen miedo de la oscuridad. Había que estar preparados para todo.

Estábamos en el centro comercial, uno más asequible para nuestra economía que el Crystals, escogiendo la ropa de Drake, cuando no pude resistirme a comprarle un pijama. Tenía nubes, más pequeñas que las de mi propio pijama. Serg levantó una ceja cuando me vio meterlo en el carrito de la compra.

—¿Más nubes? —Me encogí de hombros y sonreí.

—Nos gustan, ¿verdad? —Miré a Drake y le señalé las nubes de su nuevo pijama, el esperó a que Serg se lo dijera en ruso. Asintió y después deslizó sus dedos por los dibujos de la prenda. Serg podía saber de cuerpos y esas cosas, yo sabía de niños.

Salimos del centro comercial, cargados hasta los topes de bolsas. Menos mal que teníamos detrás a dos guardaespaldas y aprovechamos a uno de ellos como mula de carga. De no ser por eso, no me habría dado cuenta de que realmente no éramos una familia normal, haciendo cosas normales.

Al llegar a casa, Serg entró el primero cargado con todas las bolsas, mientras yo me quedaba atrás, esperando a que Drake diera su primer paso hacia el que se iba a convertir en su nuevo hogar, al menos hasta que la casa nueva fuese una realidad. Drake pareció estudiarlo todo con la mirada y después volvió sus ojos hacia mí. Yo asentí con la cabeza y le ofrecí mi mano para entrar. Él la tomó y ambos caminamos juntos hacia dentro.

Acomodamos todas sus cosas y, cuando llegó la hora del baño y la cena, Serg y yo nos repartimos las tareas. Yo bañé a nuestro pequeño y él se encargó de la cena. Me habría gustado tener una bañera donde poder poner docenas de juguetes de colores chillones que navegan entre

las burbujas, pero no teníamos, así que me conformé con meterme bajo la ducha con él. Cuidé de que no le entrara jabón en los ojos, de frotar suavemente su cuero cabelludo, mientras él cerraba los ojos para que no le cayera agua o jabón. Luego nos envolví en una toalla y le sequé el pelo con el secador. Le puse el pijama y luego me puse yo el mío, de nubes también, para que se sintiera más... ¿vinculado? Unido. Le dejé sentado sobre la encimera del lavabo, mientras me secaba el pelo.

—La cena está lista. —La voz de Serg llegó desde la puerta, donde estaba apoyado sobre uno de los marcos. Tomó al niño en brazos y le preguntó algo, a lo que el niño asintió—. Drake dice que sí tiene hambre.

—Seguro que os lo comeréis todo antes de que yo llegue. —Serg sonrió, le dijo algo a Drake y este volvió a asentir. Me quitó el secador y se lo tendió al niño. No necesitaba que me explicara más, incliné la cabeza y dejé que mis chicos me secaran el pelo.

La cena fue tranquila, un poco de descubrimiento, porque Drake no era un niño criado con los gustos americanos, así que la mayoría de las formas y colores eran nuevos para él. Y he de decir que a mi pequeño y a mí nos gusta el yogur de fresa.

Cuando llegó la hora de acostarnos, Serg le preguntó cómo quería dormir, si prefería hacerlo en una cama en su propia habitación o quería hacerlo con nosotros, en nuestra cama. Para nuestra sorpresa, el niño pidió dormir solo, en su cuarto. Le arropamos, Serg le contó un cuento, le dimos su beso de buenas noches, encendimos la lamparilla de noche y dejamos la puerta entreabierta. Me quedé allí quieta observando y vi que el niño se levantaba, cogía la lamparilla, la apagaba, la dejaba en su sitio de nuevo, volvía a la cama, se hacía una bola y se tapaba como si fuese un capullo de mariposa. Noté la caricia de Serg en mi espalda y, cuando le miré, sentí que una lágrima me corría por la mejilla. Serg me tomó en sus brazos y me llevó a la cama.

—Va a cambiar, vamos a hacer que cambie. —Asentí y dejé que me tomara en sus brazos para dormir. Esa noche necesitaba que me abrazaran, y abrazar.

Capítulo 56

Serg

Habíamos decidido que los primeros días alguno de los dos estuviera siempre con el niño. Así que Ella cambió el turno en la peluquería a uno por la tarde. Así, ellos dos tendrían su tiempo por las mañanas y yo, por las tardes.

Aquel día, cuando llegué a casa, me encontré no solo con la comida lista, sino a tres comensales dispuestos en la mesa. Ella, Drake y una cosa gris con bigotes.

—Vaya, y ¿cómo se llama tu nuevo amigo, Drake? —Mi pequeño estiró el peluche tejido hacia mí, pero no dijo nada.

—Aún lo estamos pensando, ¿verdad? —Drake volvió a sentar a su peluche en la silla junto a la suya, pero lo hizo como si realmente fuese un ser vivo, con cuidado. Lo miraba con mucha atención, como si estuviese esperando que hiciera algo.

Lo de hablar y traducir se había instaurado en una costumbre desde que salimos del despacho de Yuri. No solo era ya de lo más normal para mí y Ella, sino para Drake, que escuchaba atento cada palabra que salía de mi boca como si realmente intentara encontrar una correlación entre ellas. Curioso. Otra cosa que me llamó la atención era que estaba muy atento cuando hablaba la gente, sobre todo Ella. No sé, como si más que las palabras, escuchara los movimientos. Sí, llámenme raro, pero... ¿No tendría algún problema de audición o tal vez de dicción? Tendría que comentarle a Ella. Yo no soy médico, pero...

—Bueno, papi, siéntate a comer, que tienes que coger fuerzas para esta tarde. —Me senté a la mesa y Ella me tendió la fuente para que me sirviera.

—¿Fuerzas? ¿Qué nos tienes preparado, gorshok meda?

—Viktor llamó y... bueno, resumiendo, que esta tarde, Drake y tú tenéis presentación oficial a la familia. Tengo órdenes de preparar una mochila con un bañador y ropa de recambio para Drake. —Miré a Drake, que permanecía atento a Ella. Antes de traducir sus palabras, pensé lo que me acababa de decir. La familia Vasiliev no se tomaba las cosas con calma como para que la gente se adaptara. Un adulto podía soportarlo, pero un niño... Aunque, pensándolo bien, quizás ver a otros niños le ayudara a no sentirse desplazado. Dimitri y Anker le pillaban demasiado mayores y Nika era un bebé que ni gateaba. En cambio, Tasha, con tres años casi, bien podría ser lo que necesitaba.

—Bien, Drake, ¿qué te parece? Vamos a ir a la piscina de los abuelos. Algo me dice que estarán allí todos los primos. Seguro que Lena se ha encargado. ¡Ah! Y hay un perrito muy simpático al que le encanta correr detrás de las pelotas.

Al decir la palabra perro, Drake cogió a su gato de peluche y lo estrechó contra su cuerpo, como intentando protegerlo. Aquel acto me recordó algo, no sé, como si lo hubiese visto antes. La cabeza del peluche metida bajo su barbilla, su brazo en una postura protectora... Sus piernas se movieron incómodas, lo que hizo que mis ojos se fuesen hacia ellas. Y allí, como si fuese una señal luminosa, encontré una tirita sobre su rodilla. Mi dedo la señaló y le pregunté:

—¿Qué ocurrió? —Drake miró a Ella, como si buscara que ella diera la respuesta. Y así lo hizo.

—Un pequeño incidente esta mañana en el parque, pero lo solucionamos, ¿verdad? —Ella miró a Drake inclinando la cabeza hacia él y, como si este entendiera, asintió con la cabeza. No

esperaba que Drake me contara lo sucedido, pero intentaría sonsacárselo a Ella después de acostarle. Me parecía mal no traducirle todo lo que se hablaba en su presencia, o al menos la mayoría. Y un tema como ese, que Ella parecía no querer aclarar en aquel momento, merecía esa privacidad. Pero no iba a olvidarlo y se lo dejé bien claro a Ella con la mirada. La picarona me sonrió de esa manera...

Ella

Preparé la mochila de Drake y metí también un pijama, porque si algo había aprendido de los Vasiliev era que te sorprendían con planes de última hora. Con un niño, siempre había que ir preparado para todo, al menos eso recordaba de mi hermana.

Mis dos hombres me acompañaron hasta mi lugar de trabajo. Drake de la mano de ambos. Me despedí de ellos con un beso breve de mi marido en los labios y otro en la mejilla de mi pequeño. Apoyé por unos segundos mi frente en la suya y él dejó que el peso de su cabeza recayera en aquel contacto mientras cerraba sus hermosos ojos grises. Sí, desde aquella misma mañana, habíamos dado un paso realmente grande.

Todo empezó de la manera en que empiezan todos los problemas entre niños. Si bien Drake no actuaba como el resto, estaba allí. Me explico. Mi niño estaba jugando en la zona de la arena, concentrado en descubrir las posibilidades que tenía aquel nuevo elemento para él y lo que podía hacer con el camión de plástico que tenía en su poder. Otros niños se acercaron para jugar en la misma zona, mientras yo supervisaba todo sentada en un banco a unos metros de distancia. Quería dejarle su espacio, que fuese descubriendo todo, pero sabiendo que yo estaba ahí.

No me preocupaba el idioma, eran niños, ellos solían tener su propio lenguaje; en otras palabras, se entendían mejor que muchos adultos. Parecía que estaban entablando una pauta de juego, aunque Drake no hablara, cuando uno de los niños, un enano resabido, empujó de mala manera a mi pequeño y le arrebató su juguete. Ni qué decir que mi culo salió disparado hacia ellos por dos motivos, porque aquel escarabajo pelotero estaba lastimando a mi niño y porque mi pequeño se quedó quieto, con la cabeza baja, aceptando que lo trataran así y que le robaran lo que era suyo. Empecé a despotricar contra el niño, obligándole verbalmente a que devolviera el camión que se había apropiado con aquella acción de rapiña. Cuando llegué hasta ellos, el niño había soltado el camión y había reulado sus buenos tres pasos. Pero no fui por él, no, me arrodillé junto a Drake y acaricié su rostro. Por una vez, sus ojos no parecían inexpresivos, sino sorprendidos. Vi el rasponazo en su rodilla, del cual ni se quejaba, y con cuidado lo tomé en brazos, recogí el camión, que puse en su regazo, y los llevé a ambos hasta el banco. Allí, abrí la bolsa con todo lo que una madre siempre lleva cuando tiene niños y saqué una toallita húmeda con la que limpié cuidadosamente su raspón, luego abrí uno de esos paquetitos que tienen un trocito de tela impregnado en alcohol, y que son el mejor invento del mundo, para desinfectar la herida. Soplé para que no escociese tanto, igual que como hacía mi madre, y después le puse encima la tirita. Por último, le di un besito encima, como hacía Tasha. Cuando levanté la vista, encontré los ojos acuosos de Drake y no pude evitar abrazarlo. Metí su cabecita bajo mi barbilla y le di un pequeño beso en su cabecita de pelo rubio. Noté que sus bracitos se enredaban lentamente en mi cuello y fue entonces cuando yo no pude evitar imitarlo. No iba a llorar, no iba a llorar, pero malditas las ganas que tenía de hacerlo.

Desde ese momento, comprendí que habíamos conectado de alguna manera, como si él finalmente me viese. Era algo más que otra persona que pasaba por su vida, era alguien que se preocupaba por él y Drake lo sabía.

Me separé de mis chicos y atravesé la puerta de la peluquería. Desde el otro lado de la cristallera pude ver cómo Serg tomaba en brazos a Drake y lo sostenía en su costado, mientras levantaba la mano y se despedía de mí. Podía verle mover sus labios y, después, Drake alzó levemente su mano y me regaló su particular manera de decir adiós. No sonreía, permanecía en silencio, pero su rostro tampoco estaba inexpresivo. No sé, era como ver en él una pequeña pincelada de «te estaré esperando».

—El niño es una monada —dijo Linette a mi lado.

—Sí, mi pequeño es muy guapo.

—No sabía que tuvieses un hijo.

—Lo tengo, sí.

—Tienes una familia preciosa. El niño no se parece mucho a ti, pero es igualito que su padre. Cuando sea mayor va a ser un rompecorazones.

Eché un último vistazo y sí, Linette tenía razón. Drake podría pasar perfectamente por hijo de Serg. Aunque el pelo del niño era de un rubio más claro y sus ojos eran grises en vez de tener ese increíble azul de Serg, los dos compartían esa piel clara y ascendencia nórdica. Pero no me sentí fuera de lugar, porque dijeran lo que dijeran, los dos me pertenecían. Serg porque así lo decidió él y Drake porque no permitiría que nadie se lo llevara de nuestro lado, era mi hijo, nuestro hijo.

Capítulo 57

Ella

—Hora del descanso, Ella —Cogí el bote de laca y me dispuse a dar una buena rociada sobre la cabeza de mi clienta.

—Bien, porque me muero de hambre.

No es que necesitara comerme una vaca, pero es lo que tenía mi nueva dieta, que me había acostumbrado a dar de comer a mi pequeña bestia/estómago a sus horas y ahora me pedía un pequeño tentempié.

Como un reloj, Robin estaba a la puerta de la peluquería esperando para ir a tomar nuestro té, pero sin pastas. Éramos chicas sanas, nosotras compartíamos un sándwich de esos con muchas cosas, sobre todo vegetales.

Nada más atravesar la puerta, el brazo de Robin me agarró por el codo.

—Así que tenemos plan familiar esta noche, ¿eh?

—Eso creo. ¿A ti también te tocó trabajar en el turno de tarde?

—Ah, el trabajo. A los pobres proletarios no nos queda más remedio que amoldarnos a él o acabamos en la calle. Pero qué bien sienta cuando te recompensan por hacerlo bien —dijo poniendo los ojos en blanco.

—¿También te dan propinas?

—Propinas propiamente dicho no, pero me gusta cuando me dicen eso de «excelente trabajo, sigue así». Un día de estos espero un ascenso.

—Eso es bueno. ¿Nika está en la guardería?

—No, qué va. Reunión familiar, ¿recuerdas? Está en casa de los abuelos, conociendo a su nuevo primo. Que, por cierto, Serg y tú estáis haciendo algo increíble.

—No lo hacemos por los elogios, sino por Drake.

—Y eso os honra. Bueno, dejemos los temas llorones por hoy, vamos a comer algo, me muero de hambre —Sentí las manos pegajosas por la laca.

—Yo voy a lavarme las manos, ahora vuelvo. —Robin asintió y posó su bolso en una de las sillas de una mesa vacía en el exterior de la cafetería. Entré dentro, directa al aseo de señoras. Cuando estaba a punto de abrir la puerta, me pegaron algo a la boca, me aprisionaron los brazos y, antes de que pudiese hacer nada, todo empezó a dar vueltas y perdí el conocimiento.

Robin

Diez minutos después de que Ella fuese al baño, miré extrañada hacia Sloan, que estaba vigilando la entrada del local. No hacía falta que nos habláramos, él se encogió de hombros y negó con la cabeza. No, ella no estaba a la vista y eso era malo. Mi instinto me hizo ponerme en pie e ir directa hacia el aseo de señoras, revisé cada puñetero habitáculo, pero ni señal de ella. Sloan estaba detrás de mí cuando salí de allí.

—No está, da la señal de alarma. —Él asintió y empezó a transmitir la información a la central. Metí la mano en el bolso y saqué mi propio comunicador. Llevarlo puesto cuando estaba con ella levantaría muchas sospechas, sobre todo en Ella. Lo coloqué en el oído y escuché la voz de Viktor al otro lado.

—Estamos revisando las grabaciones de seguridad del recinto... ¡Mierda! Lo tenemos, una furgoneta en el aparcamiento inferior, Bobby la está siguiendo con las cámaras de tráfico.

—Vamos al coche. —Que se atreviese Viktor a sacarme del operativo. Ella era mi amiga e iba a estar ahí para ella. Se la habían llevado delante de mis narices y eso no me lo perdonaría. Si la hacían daño, yo misma los mataría. Había personas en este mundo que se merecían todo lo malo que pudiesen recibir, pero Ella era el opuesto. Quien le tocara un pelo, quien mancillara un corazón tan puro como el suyo, tenía el infierno como siguiente destino.

Serg

La imagen de Irina parpadeó un par de veces en el monitor, seguro que otra vez estaban los hijos de Lena jugando online con uno de esos juegos de estrategia. Al menos era una línea con suficiente potencia como para soportar esos juegos y una conferencia por Skype con Miami. Mi hermana y yo solíamos hablar una vez por semana, más por ver cómo se encontraba el otro, que por saber qué era de su vida. No sé cómo explicarlo, si algo importante ocurría, seríamos los primeros en enterarnos, el resto, lo intrascendente, no importaba, nos servía solamente con mirarnos a los ojos para saber lo que le ocurría al otro, siempre había sido así, no éramos mucho de palabras. ¿Por qué? Porque siempre había cosas que no queríamos contar, como si el no decirlas pudiera mantener al resto de la familia a salvo. Como cuando yo estaba participando en las peleas ilegales o como cuando Irina se puso a trabajar de camarera en aquellos clubes. Eran cosas que preocuparían al otro y que no queríamos decir. Pero éramos adultos y sabíamos por qué hacíamos lo que hacíamos, y estábamos dispuestos a cargar con las consecuencias.

—Tenía que contarte algo importante.

—Eso pensaba. Estás muy serio. —Una pequeña sonrisa apareció en mi cara. Siempre fue difícil ocultarle cómo me sentía.

—Hay alguien en mi vida.

—¿Cómo es?

—¿Recuerdas a la chica que fuimos a recoger a Miami?

—Estrella. Tenía una mirada dulce, triste pero dulce.

—No solo es su mirada. Todo su interior lo es. Ella... me ha devuelto las ganas de querer más. A su lado quiero vivir más, quiero sonreír más, quiero sentir más. Ella hace que todo lo que me rodea sea mejor. No sé cómo explicarlo.

—Te ha devuelto la alegría, Serg. Te ha traído de nuevo a la parte luminosa de la vida. Quieres vivir y no te conformas con lo que te ofrecen porque por primera vez desde hace mucho tiempo quieres tanto como puedas conseguir. —Aquellas palabras me decían que ella sabía realmente de lo que hablaba y solo había una manera de hacerlo, vivirlo en tus propias carnes.

—¿Él es lo que estabas esperando? —No había sorpresa en sus ojos, solo una mirada risueña.

—No es lo que esperaba, pero sí lo que he necesitado desde hace mucho tiempo. No es el hecho de buscar, sino encontrar. Llámalo suerte, llámalo destino, el caso es que ha aparecido cuando debía hacerlo.

—Ah, y no solo es ella.

—¿No?

—Hay... hay un pequeño, se llama Drake. Es otra víctima de Constantin Jrushchov, así que no pude dejarle a su suerte, tenía... tenía que ayudarlo.

—Constantin Jrushchov te seguirá persiguiendo allá a donde vayas.

—Yo escapé de él con ayuda, es de ley que ayude a otros a hacer lo mismo. Además, cuando le

veas, comprenderás porqué lo hice.

—No tengo duda.

—Tienes que venir a conocerlo, a conocer a mi nueva familia, tu nueva familia.

—Has ido de prisa. Una novia, un niño a tu cargo...

—No Irina, son mi mujer y mi hijo. —Ahí sus cejas se alzaron totalmente.

—Vaya, sí que es serio.

—Cuando uno no tiene dudas, ¿para qué perder el tiempo?

—En eso tengo que darte la razón. —Nos quedamos un rato en silencio hasta que decidimos que había llegado el momento de terminar con nuestra charla semanal—. Nos vemos el próximo día.

—Si necesitas hablar, estoy a un clic. —Sonrió y se despidió con la mano.

Corté la llamada y cerré la sesión en el PC. Nada más salir de la habitación, había alguien esperándome. Aquella maldita expresión seria en los ojos de Nick no me gustaban nada.

—Dime que está bien. —Los hombros de Nick se hundieron y sentí como si el leviatán de la Biblia me arrastrara a las profundidades del océano.

—Se la han llevado, pero los estamos siguiendo. —Mis puños dolían de tan fuerte que los estaba apretando y mis pies empezaron a caminar hacia la puerta.

—Vas a llevarme tan cerca de ellos como puedas, y vas a darme un arma, porque voy a matarlos. —La mano de Nick me aferró por el hombro y me obligó a girarme hacia él.

—Viktor va a acabar con esto, Serg, no te quepa duda. Deja que él se encargue.

—¿Tú te quedarías esperando si fuese Sara? —Su mandíbula se tensó, al tiempo que sus dedos soltaron el agarre.

—De acuerdo, yo te llevaré. Pero quizás quieres despedirte antes. —Su cabeza se giró hacia el jardín trasero, desde donde llegaban los gritos jubilosos de Tasha.

—Él está a salvo aquí, pero necesita a su madre. No puedo mirarle a los ojos y decirle que todo está bien. No lo haré hasta que sea verdad. —Nick asintió y sacó su teléfono mientras caminábamos hacia el exterior. No, no estaba abandonando a mi hijo, estaba yendo en busca de su madre, de mi mujer, la única que podía mantenernos a salvo a los dos.

Capítulo 58

Ella

La cabeza me dolía como si despertase de una mala resaca. Al menos la luz artificial no me daba directamente en la cara, sino sobre mi cabeza. Abrí los ojos para encontrar el polvoriento suelo de... Alcé la vista y descubrí que estaba en una enorme y casi vacía nave industrial, o almacén, que a todas luces hacía tiempo que no se usaba. Pero no fue eso lo que me llamó más la atención, sino el hombre que estaba parado frente a mí. Estaba agachado, en cuclillas, con las rodillas alejadas del suelo, seguramente para no manchar los caros pantalones que llevaba puestos. Y aquella maldita cara arrogante, la recordaba, vaya si la recordaba. Llevaba demasiados años persiguiéndome en mis pesadillas. Santos, Santos Bocanegra.

—Llevábamos demasiado tiempo aplazando esto, ¿no te parece? —No dije nada, ¿para qué?—
¿Ahora no tienes nada que decir? Qué cambio. En el juicio bien que soltaste por esa boquita.

Sus dedos aferraron mi barbilla y yo tiré de ella para evitar aquel asqueroso contacto.

—No sirvió de mucho, ¿no? Estás libre.

—Fuiste como una enorme piedra en el zapato, pero nada que el dinero y varios abogados no puedan quitarme de encima. Así todo, te llevaste seis años de mi vida y pienso cobrármelos —
dijo tras ponerse en pie y retroceder un paso.

—Buena suerte con eso —La ceja de Santos se alzó, al tiempo que sonreía con ironía.

—Tienes una boca demasiado grande, como tu padre. —Alcé la cabeza hacia él porque sabía que, si prestaba atención, aquel gilipollas arrogante escupiría todo lo que quería saber—. Sí, tu padre no sabía tener la boca cerrada. El muy estúpido solo hablaba y hablaba porque no sabía lo que la gente podía hacer con esa información. Pero un día dijo algo que debía haberse callado. Antes de que soltara más, tuvimos que cerrarle la boca.

—¿Por qué a la familia?

—Ah, sí, eso. Era una forma de asegurarnos de que nadie más sabía lo que tu padre había visto. ¿Sorprendida? Tu padre no era un corrupto como le presentaron en el juicio. El muy estúpido era honrado, pero no se puede ser honrado y trabajar en una empresa que sirve de tapadera al tráfico de cocaína. El muy tonto vio una bolsa caer de dentro de un saco que no debía de haber tocado.

—¿Por eso lo mataste, porque vio lo que estabais haciendo?

—Una operación perfecta, de millones de dólares a la semana, que a la DEA le encantaría descubrir, y el bocazas de tu padre se topa con una prueba sólida que nos habría dejado el culo al aire. No, eso había que atajarlo.

—Mi hermana tenía seis años, ella no debería haber muerto. Ella no era un peligro para vosotros.

—Pude haber tenido algún remordimiento entonces, pero mira lo que hizo una niña de nueve. Dejarte viva fue un gran error, uno que no voy a repetir. —Se llevó una mano al interior de la chaqueta y sacó un arma.

—¿Esta vez no esperas a que te dé la orden tu amigo, el de la calavera y la rosa? —Santos se quedó parado un segundo, pero la sonrisa de respuesta me dijo que no había sido porque le sorprendiera.

—Que él estuviese presente en lo de tu familia no fue buena idea tampoco, porque había ojos

que no debían haberlo visto. Otro error que no vamos a cometer otra vez. Lo único que puedo hacer es agradecértelo, porque gracias a eso he tenido un colaborador fiel todos estos años. El cabrón es una maldita sanguijuela, pero al menos hace bien su trabajo. Y ahora, mírame. Quiero verte la cara cuando apriete el gatillo.

Alcé la cabeza y lo miré a los ojos. Odiaba la idea de abandonar este mundo, porque dejaba en él algo por lo que realmente merecía la pena vivir, pero no iba a demostrarle que tenía miedo, porque eso solo lo haría más fuerte. Podía matarme, pero ya no le tenía miedo. Serg tenía razón, enfrentarte al que te persigue era una manera de deshacerte de ese miedo. Al fin y al cabo, todos íbamos a morir, lo que nos diferenciaba a unos de otros era la manera de hacerlo y la manera en la que hemos vivido. Yo moriría sabiendo lo que es amar la vida y todo lo que es realmente importante, y moriría llevándome conmigo lo que no estaba dispuesto a darle. No iba a rendirme, no iba a entregarme a Santos. Una cosa es que te arrebaten la vida y otra muy distinta es entregarla, y yo no se la iba a dar.

Santos alzó la pistola, me apuntó a la cabeza y el disparo retumbó por todo el almacén. Mi corazón se paró en aquel momento... pero empezó a latir de nuevo en cuanto me di cuenta de que una mancha roja crecía en el pecho de Santos y un pequeño reguero rojo caía desde el agujero de su frente. Su cuerpo cayó al suelo como una pesada piedra. Miré a mi alrededor: había tres cuerpos más tendidos en el suelo. No estaba segura de qué había pasado, solo que la condenada a muerte, esta vez, era la única que estaba viva. ¿O tal vez eso es lo que ven los muertos? ¿Sería eso mi paraíso? ¿Estaría mi alma creando una realidad distinta para darse paz? No, si así fuese, Serg y Drake estarían mi lado y... como si lo hubiese invocado, Serg apareció en la nave, seguido por varios hombres con equipos militares. Casi se tiró al suelo al llegar a mi lado, tomó mi rostro y me besó, como si necesitase sacarme la vida que tenía dentro para asegurarse de que mi corazón seguía funcionando.

Serg

Nick no pudo evitar que le arrancara el auricular y me lo pusiera en el oído. No le gustó nada, pero no intentó recuperarlo. No sabía si estaba haciendo bien, porque empezar a escuchar todo lo que estaba ocurriendo era peor que estar en la oscuridad como estaba antes.

—*Diablo uno, marcado.*

—*Diablo dos, marcado.*

—*Diablo tres, marcado.*

—*Lucifer marcado en uno.*

—*Lucifer marcado en dos.*

¿Qué coño significaba todo ese palabrerío? Al menos cada voz pertenecía a personas diferentes. Saber que allí había más de una persona me daba algo más de seguridad, que no tranquilidad. Nick detuvo el coche en una de las vías de acceso y un hombre con la cara cubierta y un subfusil de asalto en las manos salió a nuestro encuentro. No nos apuntaba, pero su dedo estaba sobre el gatillo. Nick bajó la ventanilla y asomó la cabeza.

—Patricio y Bob Esponja, venimos por la hamburguesa. —El tipo pulsó dos veces el auricular de su oído y después de unos segundos nos hizo un gesto para que pasáramos. Nuestro coche avanzó despacio por una carretera mal pavimentada y, gracias a esa lentitud, pude apreciar las botas de alguien que estaba tirado en el suelo y casi oculto para ojos curiosos. ¿Muerto? No me importaba, porque seguramente era de los malos. Entonces recordé algo.

—¿Bob Esponja y Patricio? —Nick se encogió de hombros, sin apartar la mirada de la

carretera.

—Viktor se encargó de los nombres. No le culpes, tiene una niña de tres años que ve dibujos animados. A mí, mientras me libre de un balazo en el corazón, como si me llama pato Donald. — El coche se detuvo antes de que un enorme almacén o nave industrial apareciese totalmente ante nosotros. Otro hombre salió a nuestro encuentro y nos hizo señas para que saliéramos del vehículo y nos mantuviésemos ocultos.

—¿Situación? —preguntó Nick. Antes de que diera una respuesta, el auricular en mi oído volvió a transmitir.

—*Lucifer está armado. Repito, tiene un arma.* —Me quedé congelado, con la vista clavada en Nick.

—*Billete al infierno. Repito, billete al infierno.* —Aquella era la voz de Viktor. Acto seguido, escuché los disparos. Mi primer impulso fue salir corriendo, pero Nick y el tipo me agarraron con fuerza.

—*Lucifer abajo.*

—*Diablo uno abajo.*

—*Diablo dos abajo.*

—*Diablo tres abajo.*

—*Todos los diablos en casa, repito, todos los diablos en casa. El ángel está a salvo, repito, ángel a salvo.* —No me había dado cuenta, pero estaba corriendo. Ya no había nadie sosteniéndome y mis pies me estaban llevando hacia aquel maldito almacén. Entré por una puerta que alguien me abrió, esquivando el cuerpo inerte de un tipo. Mis ojos buscaron dentro, mientras se ajustaban a la luz interior. La encontré sentada en una silla en mitad de la nave, con las manos atadas a la espalda y el rostro confundido. Corrí más, hasta llegar a ella, comprobar que su piel estaba caliente y que respiraba. Respiraba. Y como si yo necesitara ese mismo aire, posé mi boca sobre sus labios y me alimenté de ella. Ella estaba a salvo, los dos estábamos a salvo.

Capítulo 59

Nick

Cuando aquellos dos se pusieron a morrarse delante de los hombres de Viktor, me centré en revisar lo que se iba desarrollando a mi alrededor. Uno de los hombres se puso a cortar las ataduras de Ella. Otros dos estaban arrodillados sobre algunos cuerpos, haciendo algo más que comprobar que estaban muertos.

Me acerqué lo suficiente para ver la cara aún sonriente de Santos. Un agujero en su frente y otro en su pecho. Difícil de determinar cuál le mató primero, los dos letales. Estaba lo suficientemente familiarizado con la forma de trabajo del equipo como para saber que Santos era Lucifer. Le habían disparado dos francotiradores porque debían asegurarse su muerte, y a la primera.

Uno de los hombres del equipo de intervención desplegó un pequeño estuche sobre su mano enguantada, extrajo una alarga varilla y después la introdujo en ambos orificios. Cada vez que salía, la barra metálica sacaba una pieza metálica. No necesitaba preguntar, sabía lo que estaban haciendo: eliminando pruebas. Que lo había matado una bala estaba claro, pero no la encontrarían. Alguna esqurla, tal vez, pero aquella barra de metal estaba imantada en el extremo, por lo que atraparía el metal y lo arrastraría al exterior. Dos paseos y no quedaría ningún resto que les diera algo viable que analizar en el laboratorio de balística. Sí, puñetero CSI Las Vegas, lo que podía enseñar una serie televisiva. En unos minutos, todo el equipo estaba fuera del edificio, la escena del crimen revisada y nosotros de camino a casa. Bobby se encargaría de la limpieza digital de cualquier pista que pudiese llevara a la policía hasta nosotros. Viktor tenía casi todo controlado. A veces hasta a mí me daba miedo.

Ahora, una pista susurrada en un oído en concreto y los cuerpos se encontrarían en uno o dos días, puede que menos. ¿Por qué los dejábamos allí? Para darle trabajo a la policía, que se volviesen locos buscando las pistas que faltan. Además, cuanto más revolvías la mierda, más posibilidades de mancharte tenías, así que... a lavarse las manos y listo. Ahora a deshacerse de las pocas pistas que quedaban. Las balas se limpiarían y se tirarían junto a las que genera un campo de tiro de la ciudad. La ropa iría a la lavadora industrial; el equipo, a limpieza y almacenaje; y lo que no se pudiese dejar immaculado, al incinerador. Listo. Aquí no queda nada, nosotros no hemos sido.

Ella

Estaba sentada en el asiento de atrás del coche de Nick, abrazada a Serg. Mi cabeza estaba bien encajada en el hueco de su cuello y sus labios sobre mi sien. Mi corazón aún estaba tratando de volver a la normalidad y mi cuerpo estaba temblado de frío. Serg reajustó mejor la manta para que no se escapara el calor.

—No vuelvas a hacerlo.

—Yo no hice nada, Serg.

—Me refiero que esto se está convirtiendo en una costumbre y creo que no estoy preparado para otro secuestro. —Acomodé mi mejilla sobre su piel y me froté contra él.

—Pues yo ya me estaba acostumbrando. —Sentí su brazo estrangular mi cuerpo.

—No digas eso ni en broma. —Estaba a punto de volver a cerrar los ojos y dejarme llevar por el bamboleo del coche, cuando recordé algo.

—¡Oh, mierda!

—¿Qué ocurre?

—Desaparecí del trabajo sin avisar. —Escuchamos la risotada de Nick desde la parte delantera del vehículo.

—Tranquila, Robin ya se ha ocupado.

—¿Robin?

—Eh, sí. Tú tranquila, puedes preguntarle cuando lleguemos a casa.

—¿A casa?

—Reunión familiar, ¿recuerdas? —agregó.

—Ah, sí, claro. —Sentí la presión del brazo de Serg, obligándome a recostarme de nuevo sobre su pecho.

Andrey

Robin y yo estábamos uno frente al otro, los dos en la misma postura, con los brazos cruzados sobre el pecho y el ceño fruncido.

—Tenía que haber ido, Andrey. Se la llevaron de mis manos, era mi responsabilidad.

—Viktor hizo lo correcto Robin, no pienso discutir más sobre esto.

—Pero...

—Pero nada. Me prometiste que no te pondrías en peligro e ibas hacia él de cabeza.

—Pero Ella estaba en peligro.

—Viktor tenía a su equipo, Robin. Tú misma sabes que no todos los operativos intervienen en todas las operaciones, aquel no era tu sitio y punto. —La testaruda de mi mujer pateó el suelo con su pie, como una niña caprichosa que no se ha salido con la suya. Pero no pensaba ceder. Esa era una línea que no iba a dejar que atravesara.

—Debía estar allí.

—¿No pensaste en que podías resultar herida, Robin? ¿Y si te hubiese pasado algo? Ya pasamos por esto cuando fuiste tú la secuestrada y mi hermano pagó las consecuencias de su error. Esta vez hizo lo correcto manteniéndote al margen, así que no tendré que matarlo, pero tú... —Me acerqué ella, como lo hace un león hacia su presa, preparado para saltar sobre su yugular, o su trasero en este caso.

—No te...No te atrevas a ponerme una mano encima... —Ojalá pudiese ponerla sobre mis rodillas y darle un cachete, como hacían algunos padres con sus hijos traviesos. Pero a mí no me iban esas cosas. Iba a castigarla, sí, pero de una manera más apropiada.

—No me dejas otra alternativa, Robin. Te dije que no iba a interferir en tu trabajo, pero voy a hacerlo. Puedes patallar y gruñir todo lo que quieras, pero le voy a decir a Viktor que te saque de las operaciones de campo.

—¿Una oficina? ¿Me vas a relegar a una maldita oficina? —Mi rostro estaba a escasos dos centímetros del suyo y podía sentir aquella maldita y casi desterrada mirada de hielo del antiguo Andrey. Haría lo que fuera por mantenerla a salvo, incluso rescatar al antiguo yo.

—Voy a sentarte detrás de una mesa, a quitarte el arma y a ponerte una maldita escolta pegada al culo lo que te queda de vida, y eso no es negociable. Eres una Vasiliev, Robin, y un Vasiliev no rompe sus promesas. Tú estuviste a punto de romper la tuya, así que atente a las consecuencias. —

Mi rebelde transgresora tragó saliva. Sus ojos me miraban intensamente, sus labios se entreabrieron, dejando salir el aire de manera estrangulada.

— ¿Algo que decir?

—Que me pones a cien cuando te pones de esa manera. —Sus brazos rodearon mi cuello y su boca asaltó la mía con un salvajismo que no había experimentado antes con ella. ¡Señor! Si llego a saber esto, habría sacado al viejo Iceman del cuarto oscuro hacía tiempo. Sus piernas se enredaron en mi cadera y yo agarré su trasero, mientras mis piernas nos llevaban hacia el sofá del despacho de mi padre. Hice bien en mantener esta conversación a puerta cerrada, porque la cosa se había calentado de una manera que no había imaginado. Y no he dicho que me arrepienta, que quede claro.

Mirna

Era imposible apartar la vista de mi nuevo pequeño. Drake despertaba en mí los instintos de protección más escondidos en mi interior, aquellos que había enterrado hacía mucho tiempo, aquellos que fueron desapareciendo cuando mis hijos demostraron que podían valerse por sí mismos. No es que no quisiera cuidar y proteger a todos y cada uno de mis nietos, pero todos tenían ese espíritu Vasiliev que aseguraba que saldrían a golpes de cualquier problema. Drake, no, Drake tenía el espíritu dañado, no peleaba, simplemente dejaba que hicieran con él lo que quisieran, sin quejarse, sin decir palabra, como si nada mereciese la pena. Tasha se había aprovechado, para manejarle como un muñeco, a su antojo. Aunque quería pensar que, de alguna manera, él había disfrutado. La piscina había sido demasiado para él, así que sacamos la pequeña piscina hinchable de cuando Tasha era bebé, para que estuviese más cómodo. La única vez que vi el rostro del niño mostrar una expresión que no fuese neutral fue cuando metió los pies en el agua por primera vez y luego le siguió el resto del cuerpo. Era una curiosa mezcla de asombro, miedo y alegría. Algo extraño, lo sé.

En aquel momento, no podía apartar la mirada de él. Después de cenar, les habíamos cambiado a sus pijamas y observábamos cómo Tasha y él jugaban con algunos juguetes sobre la alfombra del salón. Tasha enseguida pidió ver sus dibujos favoritos y se enganchó a ellos, mientras Drake estaba inmerso en su propio mundo. Había cogido al Señor Patata de Tasha y había separado cada una de sus piezas, ordenándolas metódicamente frente a él. Después, empezó a observarlas y estudiarlas una a una. Cuando terminó con la última, se tomó su tiempo de nuevo, contemplando el conjunto de piezas que tenía a la vista. Finalmente, cogió la patata marrón y empezó a montar de nuevo el juguete, dejando la misma composición que tenía cuando lo desmontó. Satisfecho, dejó al Señor Patata en el suelo y lo contempló de nuevo. Ahí había algo raro, y me podía la curiosidad de averiguar el qué.

Capítulo 60

Ella

Nada más entrar en la casa, toda la familia se tiró a mis brazos. Y cuando digo todos, me refiero a todos, uno a uno. Todos los que estaban allí, me abrazaron. Estaba a punto de ir a abrazar a Drake, que jugaba sin prestar atención a todo el jaleo a su alrededor, cuando de una puerta salieron Robin y Andrey. No quiero pensar lo que habría pasado allí dentro, pero él intentaba ajustarse la camisa dentro de los pantalones, mientras Robin se acomodaba el pelo. Hasta que me vio y entonces mi nueva amiga corrió a estrujarme como una naranja de la que deseas su zumo.

—Oh, dios. Gracias a dios que estás bien. Cuando Viktor llamó para decirlo... me sentí como un condenado a muerte al que perdonan la vida.

—Un poco exagerado, ¿no crees? —Se apartó de mí y me dedicó una pequeña sonrisa.

—Bueno, sí, pero es que me sentí revivida. Te secuestraron delante de mis narices y no me di cuenta.

—Tranquila, ya pasó.

—Gracias a dios.

—¿Hablabais de mí? —Viktor apareció detrás de mí en aquel momento, trayendo consigo una enorme sonrisa arrogante. Serg fue el primero en acercarse él, dándole un apretón de manos que terminó en abrazo. Esos dos no necesitaban decirse nada, parecía que se entendían solo con gestos.

—Gracias. —Fue todo lo que pude decir antes de que se instalara un nudo en mi garganta porque sabía que ese hombre había sido el artífice de aquella operación de rescate. Estaba viva gracias a él. Me tomó en un cálido abrazo y pude sentir las acogedoras vibraciones de su pecho al hablar.

—Eres de la familia, Ella. Hicimos lo que había que hacer. —Nos apartamos el uno del otro y le sonreí. Retuve algunas lágrimas y me volví hacia el salón. Allí, parado de pie, mirándome con una carita difícil de clasificar, estaba mi pequeño. Estaba quieto, distante, como si realmente todo lo que veía no tuviese nada que ver con él. Me puse en cuclillas y abrí mis brazos para él.

—¿Vienes a darle un abrazo a mami? —Sus pies empezaron a andar, cada vez más rápido, hasta estar entre mis brazos. Lo abracé con fuerza y, un segundo después, sus bracitos estaban rodeando mi cuello.

—¡Vaya! ¿No dijiste que el niño solo entendía el ruso? —Mis labios estaban besando su mejilla, pero pude oír el comentario de Viktor.

—Ellos dos se entienden sin necesidad de palabras. —Ese era Serg, diciendo algo que yo había empezado a notar. Drake era un niño visual. A veces he pensado que él necesita comunicarse de otra manera. Serg dijo que no hablaba y eso me inducía a pensar que, para él, las palabras habían perdido utilidad en más de una manera. Pero a mí me daba igual, como decía mi marido, mi pequeño y yo no necesitábamos palabras para entendernos.

Viktor

Apoyé la mano sobre el hombro de Serg y le hice una seña con la cabeza para que me siguiera. Era el momento de que los hombres se reunieran en el despacho y los pusiera al tanto de todo.

Nick, Andrey y Yuri caminaron con nosotros. Cerré la puerta con seguro y nos sentamos alrededor de la mesa de despacho de Yuri. Pinché la memoria usb en su PC y desplegué todas las fotos sobre el monitor.

—Igor se ha llevado tu coche para limpiarlo, Nick. Y sugiero que metáis la ropa en una bolsa y me la entreguéis. Esta noche dormiremos todos aquí y mañana regresaremos a nuestra vida normal. Serg, mete también la ropa y calzado de Ella.

—De acuerdo. Pero lleva esa camisa de uniforme del salón de belleza, tendríamos que conseguir un repuesto.

—No te preocupes, tengo a alguien consiguiendo una igual para que no falte ninguna en su vestidor. Mañana estará aquí. Ahora lo importante. Hicimos copia del teléfono de Santos Bocanegra, pero dejamos el aparato para que lo encontrara la policía.

—¿No habría sido mejor llevárnoslo? Ya sabes, por si había pistas sobre Ella que hubiese que eliminar.

—No lo hice por dos motivos. El primero es que la policía lo echaría en falta y, si son medianamente buenos, sus investigadores acabarían descubriendo que el teléfono siguió moviéndose después de la muerte de Santos, y pondrán más ahínco en saber lo que podría haber en él. Créeme, hay muchas maneras de sacar retazos de información aquí y ahí, como los números con los que se comunicó, los lugares por los que pasó. Las antenas de telefonía tienen mucha más información de los usuarios de lo que parece.

—¿Y el otro motivo?

—Es que quiero que la policía investigue de nuevo a Santos porque me interesa sobre manera encontrar la última pieza. Y si no consigo encontrarla yo, al menos le pondré lo suficientemente nervioso como para esconderse en un agujero bien profundo. No hay nada que acojone más a un policía corrupto que el que sus propios compañeros estén encima de él.

Serg

—Eres tremendamente retorcido, ¿lo sabías, hermano? —Nick sonrió cuando le dijo aquel alago a su hermano. ¡Qué digo! Todos lo hicimos porque pensábamos igual. Gracias, señor por poner a Viktor de nuestra parte. Sé que mi rescate de Rusia estuvo bien pensado: sencillo y efectivo, pero, ¡joder!, si llega a ser Viktor el que hubiese estado allí....

—Bueno, coartadas. Ella se encontraba mal, así que la llevaste a casa, Serg, a esta casa. Robin dio aviso a su jefa. Tengo un informe médico que dice que fue un virus estomacal. Las imágenes del Crystals os captaron saliendo de allí juntos a la hora en que ella desapareció. Luego le informas para que grabe los datos en su cabeza.

—¿Crees que la policía vendrá a interrogarnos? — pregunté.

—Después de examinar los datos del teléfono de Santos y sus hombres, estoy seguro. Le habían hecho un buen seguimiento de tu mujer, Serg. No muy detallado, pero sí lo suficiente como para conocer su lugar de trabajo, saber que salía a tomar algo en su descanso y dónde. El resto no tenía mucha complicación. No estudiaron las cámaras de seguridad, ni a los vigilantes. Por lo que pienso, no sabían que estaba vigilada. Solo hicieron el secuestro de la forma más limpia posible y en su trabajo, para que no se dieran cuenta rápido de su desaparición.

—Para ser algo tan poco trabajado, les salió bien.

—No te centres en el pasado, ya me he encargado yo de anotar los errores. Lo que nos importa ahora es prepararnos para lo que viene. Yo esperaré una llamada de la policía, porque querrán saber por qué Santos Bocanegra la estaba vigilando e intentarán sacar cualquier vínculo que pueda

existir entre ellos.

—Descubrirán lo de protección de testigos.

—Es posible, Bobby tiene un espía. Si alguien intenta sacar información de ahí, sabremos quién y porqué. Si es alguien que investiga el caso de Santos, sería normal que llegara hasta ahí. Pero si es un agente que no está vinculado directamente con la investigación...

—Tenemos al maldito hombre de Santos en la policía, el que se escapó.

—Exacto.

—Bien, entonces tendremos que esperar hasta que eso ocurra y actuar en consecuencia — puntualizó Yuri. No quise preguntar a qué se refería con eso, pero su mirada fría no presagiaba nada bueno para aquel tipo.

—De momento, seguiremos con nuestra vida normal.

Viktor

No lo dije delante de Serg, pero el resto de la familia ya sabía lo que iba a hacer. Para mí, hacer limpieza era algo más simple que eliminar pruebas físicas, era eliminar TODAS las pistas. Alguien que podía vincular a Ella con Santos era Alvin, así que tendría que ocuparme de él de una manera que había estudiado detenidamente. Andrey había dado el primer paso. En prisión, la vida de un policía caído en desgracia era algo más que una mierda. Por las noticias que tenía, la rata de Alvin había tenido una buena dosis de su propia medicina. No solo agresiones de otros presos, entre las que había un par de violaciones y palizas casi a diario que lo enviaron a la enfermería. Tampoco los vigilantes y agentes le tenían mucho aprecio, así que no se preocupaban demasiado por su seguridad. Y eso me dejaba el camino libre para ocuparme de él como debía. El estilo Vasiliev con este tipo de personas que se atreven a atacarnos, incluso después de la primera advertencia, se basaba en hacerles pagar cara su osadía. Aunque Alvin mereciese un pago más elevado, me tendría que conformar con ello y saldar su cuenta. En otras palabras, tendría una última visita a la enfermería donde le darían el boleto para su último viaje. Y no, no era el barco, era una bolsa negra con cremallera.

Capítulo 61

Ella

Estaba recostada en la cama, pero el sueño no acababa de llegar. A los acontecimientos del día se le sumaba el hecho de que Drake estuviese acurrucado entre Serg y yo, con su mano sujetando un mechón de mi pelo mientras dormía. Mi marido, despierto, me miraba en silencio, con sus piernas entrelazadas con las mías. Éramos como una silla enorme en la que nuestro pequeño descansaba protegido de todo.

La mano de Serg se estiró hacia mi rostro y me acarició la mejilla antes de deslizarse hacia mi cadera. Después sonrió y cerró los ojos. Creo que lo de no necesitar palabras para comunicarnos no solo ocurría con Drake, también ocurría con mi ruso. No necesitaba oírle decir que necesitaba sentirme cerca para dormir, no necesitaba decirme que me apretaría contra él hasta convertirme en un tatuaje sobre la piel, y yo no necesitaba decirle que aquello me parecía bien. Cerré los ojos y dejé que el sueño me tomara. En aquella cama que no era la nuestra, todo estaba bien, porque mi familia estaba junta, como debía ser. Y no debía preocuparme por las sorpresas o peligros que me deparase el futuro, porque tenía una familia que lucharía cada batalla a mi lado. Ellos harían cualquier cosa por protegerme y yo haría cualquier cosa por ellos. Más allá de lo que una vez tuve, ahora tenía una nueva y auténtica familia.

Mi mayor miedo era despertar y descubrir que todo aquello no era más que un sueño, pero cuando abrí los ojos por la mañana, ellos seguían ahí. Drake estaba boca arriba, una mano aferrando mi camiseta de dormir y la otra sosteniendo la mano de Serg, que reposaba sobre su tripita. Se veían tan adorables, que no quise moverme para no despertarles, pero la tentación era tan grande, que estiré la mano para alcanzar el teléfono de Serg que descansaba a mi espalda sobre la mesilla de noche. Pasé los dedos sobre la pantalla, tal y como me enseñó él, y busqué la aplicación de la cámara. Al moverme, ellos se habían reacomodado, ofreciéndome una vista que me llenó el corazón. Drake reposaba sobre parte del pecho de Serg, atraído por su calor, su seguridad. Y como si supiese qué era lo que tenía que hacer, los brazos de mi ruso envolvieron protectores a nuestro pequeño. Sin agobios, sin asfixiarle, solo sosteniéndole para que no cayera. Busqué el encuadre y saqué la foto. Eran tan hermosos juntos. Drake, tan frágil, vulnerable, y mi otro ruso, fuerte, protector. Tenía que pedirle que me enviase esa foto cuando consiguiera recuperar mi teléfono, porque los pondría como fondo y así llevar esa imagen siempre conmigo, allá a donde fuera.

Los ojos de Serg se abrieron en aquel momento, alertas, dulces. No dijo nada, pero uno de sus dedos se movió, indicándome que me acercara. Y yo lo hice, me incliné hacia él, hasta que su mano se acomodó en mi nuca, para guiarme el resto del camino hasta sus labios. No fue un beso rápido, todo lo contrario, fue calmado, suave, sencillo y malditamente perfecto. Cuando retiré la cabeza, sus dedos seguían enredados en mi pelo, mientras su pulgar acariciaba mi boca satisfecha. Aquella sonrisa pagada de sí misma adornó su hermoso rostro, sabedor de que había sido el culpable de aquel persistente hormigueo en mis labios.

—Te quiero. —Y con aquellas dos simples palabras hizo que una supernova eclosionara dentro de mi pecho. Aquel hombre perfecto me había dicho que me quería mientras sus ojos me confesaban que yo era lo más importante de su mundo. ¿Cómo no amarlo? Todo lo que salía de él era perfecto.

—Y yo te quiero a ti, mi ruso. —Su ceja se alzó curiosa.

—¿Tu ruso? —Asentí con la cabeza. Había encontrado la manera de hacer mío todo lo que significaba para mí, lo que él representaba en mi mundo.

—Atrévete a cambiarlo. —Él sonrió satisfecho.

—No en esta vida. —Estaba a punto de volver a su boca, como estaba pidiéndome aquella tentadora sonrisa, cuando advertí que el pequeño cuerpo de Drake se había movido. Volví mi atención hacia él, para encontrar sus ojos mirándome con atención.

—Buenos días, mi pequeño ruso. —Depositó un pequeño beso sobre su cabecita, el cual recibió con los ojos cerrados. Cuando los abrió, la palma de su mano se posó sobre mi mejilla y yo le regalé una sonrisa.

—Mami *med*. —Creo que fue el haber pasado por la declaración de amor de Serg hacía unos minutos lo que me hizo recuperarme con tanta rapidez de aquella otra sorpresa, o al menos reaccionar de manera rápida, porque mi estómago estaba hecho una bola de chicle enorme.

—Ah, mi pequeño ruso, tienes una voz preciosa. —Me incliné para depositar un beso más fuerte sobre su cabeza dorada, al tiempo que mis ojos buscaban los aún sorprendidos de mi marido. Al separarme mis labios dibujaron un «¿Qué ha dicho?».

—Creo que ha creado su propia mezcla, así que yo diría que podría traducirse como «mami de miel». —Volví a mirar su carita y me lo encontré restregándose la mejilla contra la piel de Serg, como reacomodándose mejor, al tiempo que una pequeña curva aparecía en sus labios, ¿una tímida sonrisa? Solo sabía que parecía estar satisfecho, quizás complacido, tal vez feliz. Y si mi corazón estaba ya volando tras escuchar las primeras palabras que me dedicó mi marido al despertar, escuchar las de mi pequeño lanzaron a mi palpitante músculo al espacio, muy cerquita de la luna.

Serg

Estaba bajo la ducha, abrazando a Drake mientras pasaba una esponja enjabonada por su espalda. Tenía la cabeza apoyada en mi hombro, dejándose llevar por mis suaves movimientos, yo diría que disfrutando de la lluvia de agua caliente que caía sobre nosotros. Con aquella pequeña frase de esa mañana acababa de despejar las dudas que tenía sobre él. No, no tenía un problema en el habla, porque había pronunciado correctamente ambas palabras. Una en perfecto ruso y otra en perfecto inglés, y eso me llevaba a pensar que tampoco tenía problemas de audición. Descartadas esas dos opciones, solo me quedaba lo que estaba dentro de él, su cabeza, así que las respuestas tendría que buscarlas allí dentro.

Sentí una suave caricia en mi mejilla y me giré hacia el lugar del que provenía. Drake tenía el rostro girado hacia mí y era su pequeña mano la que me ofrecía aquella caricia.

—¿Te gusta? —Estrujé la esponja, dejando que el agua tibia cayera por su espalda. El asintió con su cabeza.

—Ruso. —Su voz sonó infantil y suave, como un susurro abandonado al viento. Apreté la mermada esponja contra su espalda hasta que mis dedos tocaron su suave piel.

—Sí, pequeño, soy ruso, como tú.

—Mi ruso. —Ah, ahora entendía. Así es como me llamaba Ella. ¿Estaba tratando de decirme algo? Él había creado un nombre para Ella, mezclando la manera que se había llamado así misma aquella vez que lo llamó a sus brazos y la manera en que yo la llamaba a ella. Mami *med*.

—Sí, pequeño, yo soy el ruso de mami *med*, y tú eres su pequeño ruso. Los dos somos sus chicos. —Recostó su cabeza de nuevo sobre mi hombro y volvió a cerrar los ojos.

—Pequeño ruso de mami *med*. —No pude evitar besar su cabecita mojada. Ahora él sabía que

pertenecía a nuestra pequeña familia y nosotros le pertenecíamos a él. Un momento... ¿me había hablado en inglés? ¡Joder, sí! Dicen que los niños pequeños son auténticas esponjas del idioma en el que están sumergidos, pero mi hijo... algo me decía que era algo más que una simple esponja.

Capítulo 62

Serg

Las palabras de Yurina, la cuidadora de la guardería de Viktor, aún resonaban en mi cabeza. Drake se quedó casi un par de horas con ella, junto con Tasha y Nika, en la guardería del Crystals. Había dos hombres de seguridad con ellos y docenas de medidas de seguridad, probablemente, pues si Viktor dejaba a su pequeña ahí, era porque estaba totalmente segura. A lo que iba, esas dos horas había estado en la oficina de Viktor con Andrey, repasando todos los datos que Bobby tenía sobre el asunto de Santos y la investigación de la policía. Cuando la reunión terminó, los tres fuimos a recoger a nuestros pequeños de la guardería. Fue entonces cuando Yurina me pidió hablar en privado porque quería comentarme algo que le había parecido importante.

—Señor Sokolov, he... he notado algo en su pequeño y creo debería hacer que lo estudiaran.

—¿Ocurre algo malo? —Miré hacia Drake, que en aquel momento estaba haciendo un puzle con su prima Tasha. Él le iba entregando las piezas y ella las iba colocando. Un perfecto trabajo en equipo.

—Oh, no. Es... Verá, estoy sacándome el título de psicología infantil y no estoy cualificada aún para dar una opinión profesional, pero he estudiado casos en los que su hijo podría encajar.

—¿A qué te refieres?

—No hablo ruso, pero... le he visto trabajar con los puzles, desmontar pieza a pieza juguetes y volverlos a ensamblar con una precisión asombrosa.

—Los niños rompen y desmontan juguetes todo el tiempo.

—No, eso lo sé, es el que vuelva a reconstruirlos lo que ha llamado mi atención. Es... asombroso. Probé con algunos complicados y su forma de estudiarlos y volver a organizar las piezas, sin importar la cantidad, me dejó estupefacta. Alguien tan pequeño... Creo, creo que su niño es un pequeño genio. —Miré hacia Drake, que buscaba entre las piezas hasta encontrar una en concreto que le tendía a Tasha. Ella rápidamente la colocaba en su lugar. ¿Podría ser? ¿Drake era un niño superdotado?

—¿Tú crees?

—Verá, presenta algunos otros síntomas, como el sentirse desplazado, esa dificultad que tiene para relacionarse como lo haría otro niño... Bueno, eso creo. Yo le sugeriría estudiarlo.

—Lo tendré en cuenta, gracias. —Miré a mi pequeño, que ahora recogía el resto de las piezas y las guardaba en la caja porque Tasha ya estaba en los brazos de su padre. Al menos era ordenado. Caminé hacia él y le tendí mi mano.

—¿Qué me dices Drake? ¿Compramos un helado antes de recoger a mami en el trabajo? —Mi pequeño colocó la caja de los puzles en su lugar, asintió hacia mí y tomó mi mano.

Así que ahí estaba yo, sentado en una de las mesas de la heladería, contemplando a mi pequeño atacando su bola de helado con una pequeña cuchara de plástico. Incluso mientras robaba trocito a trocito, parecía hacerlo con estrategia. Tenía que decírselo a Ella. Juntos decidiríamos qué hacer con aquella información.

—Bueno, campeón. Es hora de ir a por mami. —Sus ojos me miraron, tomó una servilleta, se limpió la boca y bajó de su silla. No se había terminado el helado, pero ni protestó, ni cogió la tarrina para seguir comiéndosela por el camino. Él simplemente lo dejó allí. Bueno al menos había una cosa clara, su mami era más importante que una copa de helado, y lo entendía, porque

para mí, Ella también era lo más importante. Pero en esta ocasión, no hacía falta dejar una cosa por tener la otra, así que señalé el helado:

—Podemos llevárnoslo si quieres. —Drake estiró su mano y cogió la tarrina.

—Para mami. —Sí, mi pequeño era como yo, siempre pensando en nuestra chica.

Ella

Serg me estaba abrazando mientras ambos observábamos lo que ocurría al otro lado del cristal. Drake estaba sentado a una mesa, donde un hombre le estaba haciendo algunas pruebas de inteligencia. Cuando Serg me dijo lo que Yurina le contó, decidimos pedir una evaluación de Drake. Mi marido pidió ayuda a Viktor y, aunque él no tenía mucha idea sobre eso, sí que conocía a alguien que podía ayudar. Nunca pensé que fuera Nick. Ahí donde le veías, él también fue un niño con un CI bastante alto.

—Parece que lo está haciendo bien. —La mano de Serg subía y bajaba por mi espalda intentando reconfortarme.

—Sí, nuestro niño es muy listo.

Después de pasar las pruebas, esperamos en una sala a que nos dieran los resultados. Cuando nos hicieron pasar al despacho, dejaron a Drake en una mesa a nuestro lado con una montaña de puzles. Así distraído, no parecía importarle que los adultos tuvieran una conversación casi privada.

—Bueno, señor y señora Sokolov. Los resultados... Qué puedo decir, aún no puedo creer que solo tenga cinco años. Tiene una capacidad de análisis increíble, propia de niños a los que dobla en edad. Es un niño muy... lógico, a falta de una palabra mejor...

No es que el resto de los resultados no me interesaran, pero es que me era imposible sacarme una idea de la cabeza: mi pequeño era un Sr. Spock en miniatura. Es lo que sale cuando mezclas a alguien lógico e inteligente con aquella forma de ser tan suya. ¡Porras! El Spock de la última entrega de Star Trek no estaba mal, aunque mi pequeño Drake iba a ser mucho más guapo.

Viktor

—Quiero tener vigilado a ese cabrón, Bobby. No quiero ni que huelga el plato en que ha comido Ella, ¿entendido?

—Sí, señor, estoy en ello.

Entré en mi despacho con un principio de cabreo. Estos Sanders estaban acabando como mi escasa paciencia. No habíamos tenido suficiente con el hijo que ahora aparecía el padre. Y era otro maldito grano en el culo el tipo. Otro maldito policía, que se creía que sus reglas eran las que debían regir el mundo. El tipo vino a buscar el cadáver de su hijo pero no se contentaba con eso, tenía que levantar todas las piedras hasta saber qué había ocurrido. Así fue cómo se había enterado de la orden de alejamiento de Ella contra él y del secuestro frustrado que perpetró su hijo y que lo llevó a la cárcel. Ahora estaba cabreado, muy cabreado, porque su querido retoño de mierda le había sido arrebatado, y culpaba a una persona, a Ella.

No me daba miedo el hijo, y tampoco temía al padre, pero maldita la gracia que me hacía tener a un tipo como ese cabreado y oliéndome el culo. Tenía que pedirle a Andrey que solicitara otra orden de alejamiento para el padre del capullo.

Ella

Aquel sábado estaba ya lista para terminar mi turno de mañana, cuando algo me puso los pelos de punta. Un hombre entró en la peluquería haciendo preguntas. No es que Alvin fuese muy de llevarme a cenar con sus padres, más bien parecía que se avergonzase de mí en ese sentido, pero podía reconocer a su padre y no tenía dudas de que ese era él. Más canoso, una tripa más grande, pero la misma voz autoritaria y arrogante. Linette iba directa a atenderle, cuando pasé a su lado y me despedí alzando una mano. Por suerte, el tipo estaba de espaldas a mí cuando Linette se despidió.

—Adiós, Ella, hasta el lunes. —Dije adiós con la mano y salí hacia mis dos chicos que esperaban cerca de la puerta. Caminé hacia ellos, me incliné para besar a mi pequeño y después cogí las manos de ambos y los arrastré hacia la salida.

—¡Eh, eh! ¿Dónde está mi beso? —Me giré hacia Serg, lo justo para besar rápidamente sus labios y salir de allí. Pero una voz nos llamó.

—¡Eh, ustedes! —Aproveché para tomar a Drake en brazos y prepararme para salir de allí. Serg se giró hacia el hombre, mientras yo intentaba cubrir mi cara con la cabeza de Drake. Demasiado tarde para salir corriendo. Miré nerviosa a mi alrededor, encontrándome con varios chicos de seguridad que intentaban aparentar normalidad a una distancia prudente. Viktor estaba unos pasos por detrás, hablando por teléfono, pero sin apartar su mirada de nosotros.

—¿Sucedo algo? —preguntó Serg. Tenía el cuerpo vuelto totalmente hacia el hombre, pero podía notar que estaba tenso o, mejor dicho, alerta.

—¿Conocen a Estrella Martinez? —En ese momento me tensé como una caña de bambú. No quería poner nervioso a Drake, pero mi pequeño se da cuenta de demasiadas cosas. Se apretó más a mí, como intentando protegerme con su cuerpecito.

—Es el segundo hombre que nos pregunta eso y no, no conocemos a esa mujer. —Noté que Serg exageraba su acento ruso.

—La mujer de la peluquería dijo que mi hijo estuvo aquí hace un tiempo y que intentó hablar con su...

—Mire. Hubo un desquiciado que confundió a mi esposa con otra persona y la policía se encargó de echarlo de aquí. Y le vuelvo a decir que esta es mi mujer, no esa otra que busca. Si no le importa, nos gustaría irnos de aquí. Si no nos dejan en paz, llamaremos a la policía otra vez. ¿Está claro? —Noté por el rabillo del ojo que el padre de Alvin nos examinaba y después asentía, dándose por vencido. Serg dijo algo en ruso, a lo que Drake asintió. Me tomó por la cintura y empezamos a caminar hacia la salida. Nos cruzamos con Viktor, el cual nos dio una mirada aprobatoria. Cuando estuve sentada en el coche, con Drake en mis brazos, me permití volver a respirar. Serg tomó mi mejilla en sus manos y me volvió el rostro hacia él.

—Se acabó, dejas ese trabajo.

—¿Qué? Pero tenemos que pagar una hipoteca y...

—Me da igual. Ese trabajo parece que está gafado y no pienso seguir desafiando a la suerte. Hablaré con Nick y le pediré que renegocie la hipoteca a más años si es posible, pero tú no vuelves a trabajar más ahí.

—Pero Serg.

—Nos apañaremos con mi sueldo, tendrá que ser suficiente.

—Pero las necesidades de Drake, todo lo que dijo el psicólogo...

—Lo haremos como siempre se ha hecho, Ella. Llegaremos hasta donde se pueda, pero lo más importante es que estés con nosotros. Drake y yo te necesitamos más a ti que cualquier cosa material. —No me dio tiempo a replicar, sus labios empezaron a besarme mientras mi pequeño me

aferraba con fuerza. Estaba atrapada entre ellos dos y, aun así, era la mejor sensación del mundo.

Capítulo 63

Viktor

Había trabajado con Andrey para preparar la orden de alejamiento. Después de escuchar las palabras de Serg, solo tenía que seguir el hilo de esa historia, así que preparamos una orden de alejamiento a nombre de la familia Sokolov. De toda la familia, sí, porque nunca se sabía y porque así Ella se difuminaba entre los chicos. Desde el suceso de la peluquería, tenía a alguien siguiéndole las veinticuatro horas del día. No quería que volviese a acercarse por allí.

Las reformas de la casa estaban casi terminadas porque quería instalar un buen equipo de seguridad conectado a nuestra central a todas horas, como el de cualquier otro Vasiliev. Solo un par de cosas más y tendrían una casa más segura y totalmente desconocida para el resto del mundo. Con piscina; a saber por qué Serg había insistido tanto en lo de la piscina. El teléfono sonó, dando paso a la voz de Sam, mi eficiente y multiusos Sam.

—Ya está lista, jefe. —Una sonrisa se instaló en mi cara, bien.

—Entonces es hora de llevar a los nuevos inquilinos para allá.

Serg

Cuando Viktor dijo que teníamos que ir con él, no pensé que nos fuera a llevar a la nueva casa, nuestra nueva casa. Pensé que Nick estaba aún haciendo los trámites para que fuese nuestra, y lo que estos primos míos estaban haciendo era instalar el equipo de seguridad. Yo encantado de que lo hicieran, porque quería mantener a mi familia a salvo. Si no podíamos bajar la guardia durante el día, al menos descansaríamos de noche.

Viktor sabía cómo hacer su trabajo. Había estudiado toda la seguridad de la urbanización, porque era una maldita urbanización privada, y luego había convertido mi casa en un puñetero bunker, o eso me pareció a mí. Sí, mucha zona verde en la parte trasera de la casa, toda protegida por altos árboles, que nos escondían de la curiosidad de los vecinos, pero no dejaba de ser un buen lugar para esconderse y vigilar la casa. Salvo por el hecho de que Viktor había desplegado ahí una red de protección, algo así como una red electrificada. Si alguien la cortaba para entrar, saltarían las alarmas, si alguien permanecía mucho tiempo cerca de ella, saltarían las alarmas... Ya sentía lástima por el perro del vecino si venía a hacer sus cosas a nuestra arboleda. Pero eso me venía estupendamente, porque tenía ciertos planes «íntimos» con respecto a esa piscina y mi mujer. ¿Estaría mal que dejáramos durmiendo a nuestro pequeño, mientras papi y mami estrenaban esa piscina como se merecía? Quizás sea un mal padre, pero es que estaba muy necesitado de cariño, mucho cariño.

Viktor me entregó uno de los juegos de llaves y me ofreció hacer los honores. Metí la llave en la cerradura y abrí nuestra puerta de entrada. Siendo una casa recién comprada, lo primero que esperas encontrarte es habitaciones vacías. Pues ese no era el caso. Lo primero que me impactó fue el olor a muebles nuevos. No sé si me entienden. Es como cuando entras a una tienda de muebles, que lo que predomina es ese olor a madera barnizada, recién desembalada. Ella y yo miramos a Viktor, el cual esperó a dejar a Tasha en el suelo para que saliese corriendo a explorar la casa. La pequeña aferró la mano de Drake y lo arrastró a aquella emocionante aventura. El padre del terremoto con rizos se encogió de hombros mientras se metía las manos en los bolsillos

del pantalón.

—A mí no me mires, esto es cosa de Lena. Y antes de que digas nada, dijo que era nuestro regalo de bodas. —Casi no pudo terminar la frase, porque una efusiva Ella saltó sobre él y le estrechó en un fuerte abrazo. Era divertido ver a un tipo duro como Viktor derretirse como mantequilla al sol. Le devolvió el abrazo con una gran sonrisa en la cara, pero enseguida recuperó su sonrisa traviesa cuando Ella se separó de él. Me miró fijamente y remató con sus palabras—: A ti no pienso abrazarte, mariconadas las justas. —Rompí a reír. Este Viktor...

Caminamos por el salón, con su acogedor y enorme sofá, una buena TV, de esas enormes. Miré a Viktor y él se hizo el huidizo; aquel tamaño no lo escogía una mujer, sino un hombre. Lo que llamó mi atención fue una foto de Ella y mía el día de nuestra boda, la primera quiero decir. Estaba expuesta en un hermoso marco, pero no resaltaba tanto como la que había en una de las paredes, una enorme en la que estábamos los tres: Ella, Drake y yo. Por el paisaje de fondo, debían haberla tomado en casa del tío Yuri, y no hacía mucho.

Escuchamos unos grititos que llegaban de la planta superior y que anunciaron la llegada al final de la escalera de Tasha.

—Papi, papi. ¡Una cama para mí! —Ella arrugó el ceño y miró a Viktor esperando una respuesta. Él se rascó la nuca y empezó a subir las escaleras.

—Creo que sé a lo que se refiere. Será mejor que le explique algunas cosas.

Subimos detrás de él y nos encontramos con un pequeño pasillo. Había cinco puertas. Pasamos las dos primeras de la derecha y nos detuvimos en la tercera, que coincidía con la primera de la izquierda, dejando otra al fondo. Viktor señalaba con el dedo cada hueco.

—Habitación vacía. Baño completo para compartir. Esta es la habitación de Drake porque la puerta está frente a la habitación de papi y mami, ya sabéis, para tener controlada la situación si es necesario. Al fondo, la habitación de invitados, con baño propio, para cuando venga de visita Irina.

La habitación de Drake estaba totalmente amueblada, con cortinas y una colcha azul claro con nubes. Genial, no iba a librarme de ellas. Al menos habían pensado en poner algunos aviones y cohetes, para que no fuera muy «de chicas». De todas formas, creo que los chicos tendríamos que ir de compras para nivelar un poco con algún coche de carreras o sable Jedi. Sí, soy un friki de Star Wars, ¿quién no quiere pilotar un X-win? ¡Ah, lo tengo! Una colcha de Star Wars, eso sí que quedaría bien. Ya me encargaría yo de hacer de mi pequeño un fan a muerte del universo Jedi. Las risas de Tasha y el brusco parón de estas, no dejaban duda de lo que estaba haciendo. Pobre cama, ser el trampolín de una Vasiliev, eso tenía que ser la prueba de resistencia definitiva. Seguimos el ruido y, como suponía, Tasha saltaba sobre el colchón, mientras Drake permanecía solo con sus manos en el aire, vigilando atento. Solo cuando Tasha caía de culo o de rodillas, él parecía ir hacia ella para ayudarla a ponerse en pie de nuevo. Pero es una Vasiliev y, aunque la familia está para lo que se necesite, porque por eso somos familia, si nos caemos, nos volvemos a levantar una y otra vez hasta que ya no podemos hacerlo. Eso esta pequeña lo llevaba en la sangre. No necesitaba ayuda, ella se las apañaba muy bien sola.

—Lo que decía, mi hija encontró la habitación de invitados. Cama grande y colcha blanca.

—¿Le gusta el blanco?

—No es que le guste, es que es donde más se va a notar el estropicio que está acostumbrada a organizar. Vuestro cuarto se ha librado, porque la colcha es granate. Ahí se notan menos las marcas de zapatos. No te preocupes, mandaré a alguien que la lave y la planche otra vez.

—Puedo hacerlo yo, no hay problema.

—Mi hija la lía, yo lo arreglo. Es mi deber como padre. La estoy malcriando, lo sé, por eso

aprovecha a hacer estas cosas cuando está conmigo. Con su madre anda recta como una vela.

Se giró y regresamos al pasillo para entrar en la habitación de la cama granate. Y ¡vaya si era grande! La cama, quiero decir; la habitación también, pero la cama... uf. Ahí sí que no tenía miedo de caerme por las noches, lo malo era que tendría que reptar un buen trozo para llegar hasta mi mujer. En fin, era un regalo, pero...

—¿No la había más pequeña?

—¿Demasiado grande?

—Hombre, yo me conformo con que no me asomen los pies por abajo, aunque entiendo que está bien que entremos dos cómodamente, pero esto... tengo que hacer una maratón para llegar al medio.

—No te creas que tanto, yo tengo una del mismo tamaño y te digo que se le puede sacar mucho rendimiento a una cama grande. —Alzó sus cejas arriba y abajo y yo no necesité más. A buen entendedor, pocas palabras bastan.

—Ok, veremos qué tal nos va.

Capítulo 64

Ella

—Papi, papi, tengo sed y Drake tiene hambre.

—Vamos a ver qué tiene la tía Ella en la cocina, seguro que hay algo que te guste.

—Pero...

No terminé de decir lo que estaba pensando porque, si algo había aprendido, Viktor no decía las cosas sin conocimiento absoluto de la situación. Si él decía que algo encontraría en la cocina de una casa no habitada, es que había algo en esa cocina. Así que caminé detrás de él, hasta llegar a la cocina. Abrió el refrigerador y, ¡oh, sorpresa!, estaba lleno de comida y bebida. Serg se me adelantó a abrir uno de los muebles, donde encontró algunos utensilios como vasos, vajilla... Tomó un vaso de una de las alacenas y dejó que Viktor sirviera agua fresca a su nena y a nuestro pequeño. Un aviso a su teléfono le hizo revisarlo, pero aparte de su sonrisa, siguió totalmente atento a nosotros y los pequeños.

—¿Esto también venía con el regalo de bodas? —preguntó Serg.

—Esto es cosa mía. Pensé que a lo mejor querríais estrenar vuestra casa de forma inmediata. A mí me tentaría la idea de hacerlo. —Serg me miró y yo sonreí. ¡Maldito Viktor! Te ponía la tentación en los labios.

—¿Tú que dices? ¿Nos trasladamos ya? —me preguntó Serg.

No tuve que pensarlo. Aquella casa era como la culminación de nuestro tránsito a familia. No sé si me explico bien. Para mí era como tenerlo todo: un hijo, una casa familiar con su trocito de jardín trasero en el que corretear cuando el buen tiempo lo permitiese... Añádele a eso un perrito y éramos una familia de fotografía. Saber que estaba a un paso más de tenerlo me hacía correr hacia esa foto con más ganas.

—Si nos llevas ahora a casa, podemos ponernos a empacar ya mismo y mañana ya estamos aquí metidos.

—Suponía que diríais eso. —Empezó a caminar hacia la puerta principal y la abrió para quedarse parado, mirando el camino de entrada. Y eso me mosqueó. ¿Qué estaba esperando? Entonces vi un camión de mudanza precedido por un SUV.

—Viktor. —La voz de Serg sonó amenazante, pero eso a Viktor le hizo sonreír más. Alzó las manos, pero no tenía pinta de estar rindiéndose realmente.

—Lo prometo, no vuelvo a involucrarme en vuestras cosas. Pero si no lo hago, el resto de la familia me repudía.

—No creo que hicieran eso.

—Ya, tú no conoces a Lena y a mi madre. En fin, que sepas que todo esto es la manera que tiene la familia de daros la bienvenida a la familia a Ella y Drake. Así que borra esa expresión de tu cara, esto no es por ti, cabezota, es por ellos. —Viktor salió, donde el SUV estacionó delante de la casa, detrás el camión de mudanzas, seguido de otro SUV que tapaba el camión. Empezaron a bajar hombres de todos los vehículos. Abrieron las puertas del camión y empezaron a descargar cajas.

—Buenas tardes, señora. —No reconocí a Paul hasta que estuvo casi a mi lado. ¿Qué hacía aquí el mayordomo de Andrey?— La señora Robin me pidió que fuese adelantando el trabajo, ella vendrá más tarde, cuando la pequeña Nika se despierte. Con su permiso. —Hizo una flexión de

cabeza como él solía hacer y pasó al interior de la casa. Nos hicimos a un lado, mientras Paul iba organizando y distribuyendo las cajas.

—¡Bien! Llegamos a tiempo. —Esa era la voz de Lena. Me giré hacia el exterior para verla a ella, su madre, Katia y Sara dirigiéndose hacia la casa. Katia fue la última en besarme, me tomó por el brazo y entró conmigo hacia el interior de la vivienda.

—Vosotros esperad a que lleguen los chicos. Nosotras nos vamos a organizar las cosas para la cena.

—¿Cena?

—¡Claro! Menuda mierda de inauguración de casa sería sin una buena reunión familiar. —Lena, rápida, respondió a mi pregunta. Eché una última mirada a Serg, mientras él negaba con la cabeza y sonreía. Atrapados, estábamos atrapados, pero de buena manera. Tasha, al ver tanto alboroto, empezó a corretear y gritar emocionada. Arrastraba a Drake de aquí para allá y él se dejaba mangonear. Extraño, sí. Pero Drake no parecía estar a disgusto con aquella situación, no buscaba mi mirada buscando auxilio, como había empezado a hacer cuando la situación le desbordaba o se sentía incómodo. Ser pasivo tenía ese inconveniente. Pero en ese momento él parecía disfrutar, aunque a su manera. Yo le entendía, Tasha era un torbellino difícil de esquivar.

Serg

Tenía que reconocer que la familia Vasiliev sabía organizar una fiesta —porque aquello era algo más que una reunión familiar— en menos que canta un gallo. Trajeron comida, para que nadie cocinase, y luego ayudaron a recoger todo. Estrenamos nuestro nuevo lavavajillas y resistió la prueba. Paul era un crack organizando cosas. Creo que no he tenido mi ropa tan organizada y tan bien planchada. Ni siquiera Irina la tenía así. Todo estaba casi perfecto cuando lo revisamos, pero lo mejor de todo era el cuarto de Drake. Incluso había colocado a su peluche con bigotes encima de la cama. Todo un detallista este Paul, ¿me lo prestaría Andrey un par de horas a la semana? Ojalá tuviese dinero para pagar algo así. No envidio a los que tienen demasiado dinero, pero... algunas cosas sí merecen la pena, definitivamente.

La reunión estuvo genial, pero si tuviese que quedarme con una parte, escogería el final, justo en el momento en que la casa quedó en silencio. Todo recogido, Drake agotado y dormido en su habitación... Conectamos el vigila bebés que nos regaló Sara y cerramos la puerta con cuidado. Tomé entre mis brazos a Ella y metí mi nariz en su cuello. Hacía demasiado tiempo que no teníamos un rato tranquilo para nosotros. No es que me queje, bueno, sí, un poquito, porque hay un momento para todo y lo que habíamos hecho era lo apropiado en ese momento, pero, ¡porras!, necesitábamos nuestros momentos a solas. Esto de los hijos era una bendición, pero tenía que reconocer que no nos había dado tiempo a «sacarnos todo el jugo», pero esa noche... eso lo íbamos a solucionar.

—La casa limpia, el niño dormido, ahora me toca a mí. —Ella se giró para tomar mi cuello entre sus brazos y apretar sus añoradas «nenas» contra mi pecho. Las había echado de menos, sí, señor.

— ¿A ti? Mmm, ¿y qué puedo hacer por ti, mi ruso? —empecé a arrastrar a mi mujer hacia nuestro nuevo nidito de amor. Qué ñoñería, pero me valía.

—De momento, vamos a quitarle las etiquetas a esas sábanas.

—Está travieso mi marido.

—Tu marido está hambriento, así que prepárate gorshok meda, porque voy a quitarte la tapa, meter mi cuchara dentro y comer toda la miel que pueda.

—Qué poético.

—¿Poético? Te voy a enseñar yo poesía. —Me incliné y la cargué sobre mi hombro, porque estábamos tardando demasiado en llegar a esa cama. Ella dejó escapar una risita. Mi mano se estampó en su trasero, advirtiéndola de su error—. Calla, que despiertas a Drake.

—Ok, pero que conste que la culpa es tuya —susurró.

La tiré sobre el gran colchón y trepé sobre ella hasta que mi rostro estuvo a escasos dos centímetros del suyo.

—Voy a darte yo a ti culpa. —La besé como hacía tiempo que no lo hacía, con ganas y con un ansia que vaticinaba lo que iba a venir después. Ese no era el momento de abrazos tiernos y calma, era el tiempo de dejar suelto al animal desesperado porque era hora de alimentarle. Quién me lo iba a decir a mí, Serguéy Sokolov, que iba a estar necesitado de una mujer. ¡Pero qué mujer! Lo suficiente para alimentarme, otras no podrían. Busqué el camino hacia sus pechos, porque necesitaba hundir la nariz en el profundo valle entre ellos, intoxicarme de ese olor y devorar cada trozo de piel a mi alcance. Salvaje, esta mujer me había convertido en un salvaje.

Capítulo 65

Viktor

El Sanders que quedaba vivo pareció rendirse, o eso pensé cuando se fue con los restos de su hijo a Miami. Pero llegó otra persona preguntando por Ella. ¿Lo esperábamos, sí? Por eso dejamos un contacto en la peluquería de Linette, una tarjeta de Andrey. Si alguien quería contactar con Ella, antes tendría que pasar por mi hermano. Serg y Ella habían tomado una buena decisión al dejar esa peluquería, era un imán para los problemas y esa Linette era una bocazas, nada bueno para una familia como la nuestra.

Mi teléfono sonó en aquel momento y comprobé que la llamada entrante pertenecía a Andrey.

—¿Algo nuevo, Iceman? —Esperaba que reaccionase a eso, porque Robin no hacía más que usar ese apodo cuando quería provocarlo.

—Menos cachondeo, Viktor. Tenemos que poner a Bobby a trabajar. —Con eso me puse firme. Las bromas en su momento.

—Dime.

—He recibido una llamada de un policía de la DEA.

—Pásame los datos, escarbaremos en él y su equipo.

—Te mandaré un correo con la información. De momento ha insistido en tener una reunión conmigo y, sobre todo, con Ella. Ha insistido mucho en entrevistarse con Ella.

—Eso lo esperábamos. Siendo una investigación policial, no se puede evitar, pero nadie dijo que eso deba ocurrir de la forma en que quieren ellos.

—Sé a lo que te refieres. Tendré que acudir a ese interrogatorio y preparar las respuestas de las preguntas que le vayan a formular.

—Ponte a ello lo antes posible, no creo que puedas demorar mucho la entrevista con ese...

—Thomson, Inspector Thomsom. Y no, no tiene pintas de que sea de los que espera demasiado.

—¿Qué impresión te dio?

—¿Recuerdas a Bloom? —Apreté la mandíbula antes de contestar. ¡Joder, claro que recordaba a esa arrogante garrapata!

—Imposible olvidarlo.

—Pues sus ojos brillan de la misma manera. Es un puto depredador.

—Entonces tendremos que tener cuidado con él.

—Voy a tomarme el día libre del bufete e iré a buscar a Ella. No quiero hacer esto en el Crystals o en mi despacho.

—Siempre puedes hacerlo en mi casa, mi despacho está blindado.

No necesitaba decirle más. De toda la familia, era el más paranoico con el tema del espionaje, pero es que era el que más información «sensible» manejaba de toda la familia. El otro bunker anti-espías era la planta privada del Celebrity's, pero había que tratar a Ella con algo más de mimo, ella era de la familia y necesitaba un ambiente más acogedor. Además, Drake estaría bien atendido por mi Katia y, sobre todo, Tasha se encargaría de mantenerle entretenido. A veces sentía lastima por él, porque mi pequeña lo mangoneaba como si fuese un juguete y él obedecía como si fuese un perrito faldero. Aquella situación, me estaba dando una imagen de cómo iba a ser en el futuro de mi hija con los hombres. Ella iba a ser quien llevara la voz cantante y ellos los que la siguieran al infierno si ella así lo pedía.

—Entonces ve avisando a tu chica. Va a tener visita.

Colgué y salí del despacho, directo al pequeño reino de Bobby. Sara y él tenían despachos de trabajo separados del resto de la sala de control, pero la pared de cristal les permitía estar pendientes de todo. El despacho de Bobby era increíble. Con los temas que manejaba, él merecía tener más juguetes, más medios y, sobre todo, más seguridad. Llamé con los nudillos en el consistente vidrio, haciendo que levantara una mano, mostrándome su índice, sin apartar la vista del monitor. Esa era su forma de decirme «un segundo y estoy contigo». Al poco tiempo, alzó su cabeza y me recibió con una sonrisa.

—Mmm, visita en persona. Esto promete una misión de las que me gustan. —Cerré la puerta y Bobby activó el distorsionador. Los vidrios se volvieron opacos y yo sabía que nadie podría tener nunca una transcripción de lo que allí se diría.

—Inspector Thomsom, de la DEA. Está preguntando por Ella Sokolov. —Bobby sacudió la cabeza y se puso a teclear en su equipo.

—¿Es el hombre que esperábamos?

—Eso tendremos que averiguarlo. Tú de momento ve destripando todo lo que se pueda encontrar de él y de todo su equipo.

Bobby alzó las manos, entrelazó los dedos y sacó las palmas hacia afuera, estirando sus brazos, para hacer crujir sus falanges. Con solo ver ese gesto mi adrenalina se pone a fluir como una loca por mi torrente sanguíneo. Como dice él, empieza una de las misiones de las que «nos gustan». Nada que ver con la monotonía del día a día. Ser un Vasiliev tenía sus momentos de vidilla, aunque, desde que nos estábamos haciendo legales, cada vez eran menos frecuentes. Por eso, cada vez que llegaba una de esas misiones, la piel nos picaba como un demonio por las ganas de entrar en acción. Y he dicho bien, «nos», porque si eres Vasiliev, compartes la misma piel. Si trabajas para nosotros, no es porque eres bueno, no es porque disfrutas con tu trabajo, es porque necesitas de estas cosas de vez en cuando. Estamos locos, lo sé, pero, ¡eh!, los locos consiguen grandes cosas y se les llama genios, el resto siempre va un paso por detrás.

—Ahhhh, prepárate internet, vas a echar humo, nena. El tío Bobby va a meter la nariz en todos tus secretos más escondidos. —Salí del despacho de Bobby con una sonrisa en la cara. No tenía ni idea de las cosas que le diría a su mujer, pero como se pareciesen a eso... la chica estaría sonriendo todo el día.

—Te enviaré más información en cuanto Andrey me la remita. —Escuché un «uuuhuummm» desde detrás de uno de los monitores y supe que no obtendría más, al menos hasta que mi chico consiguiera lo que quería de sus pequeños.

Ella

Estaba en el jardín de nuestra nueva casa cuando recibí la llamada de Andrey. No es que sorprendiera lo que me dijo, pero había pensado que tardarían más en localizarme. Me dijo que tardaría media hora en pasar a recogernos y que prepararíamos mi declaración y mis respuestas en casa de Viktor, para que así Drake estuviese atendido el tiempo que nos llevara preparar todo el asunto. No hacía falta dejarlo resuelto todo ese día, podíamos dejarlo y volver a retomarlo al día siguiente, pero cuando estuviese preparada, llamaríamos al inspector y pasaríamos por ello.

Di la última puntada al botón de la mochila que había hecho para mi pequeño, y me levanté para ayudarlo a recoger sus juguetes y guardarlos dentro. El psicólogo nos dijo que Drake podía sentirse atraído por juguetes más avanzados a los recomendados para su edad, por eso Serg le había comprado aquella grúa articulada con docenas de piezas. Y había acertado, porque se pasó

casi dos horas analizando, desmontando y montando cada parte que podía. Serg le prometió sacar su cinturón de herramientas y utilizar juntos los destornilladores para retirar algunos tornillos, así que estaba centrado en encontrar todos y cada uno de ellos, repasando una y otra vez su ubicación.

—¿Nos vamos a casa de Tasha? —Drake me miró, asintió con la cabeza y empezó a recoger sus juguetes. Sí, cada día nos entendíamos mejor.

Le tendí su nueva mochila cuando terminó de recoger todo y él la miró ladeando la cabeza.

—Vamos a poner algunas cosas dentro y nos vamos, ¿de acuerdo? —No estaba yo poco contenta de que mi pequeño luciera esa mochila con forma de mariquita que le había hecho. Ese es el orgullo de madre cuando algo que haces para tu pequeño le gusta.

Capítulo 66

Ella

—Bien, creo que ya hemos tocado todas las posibles preguntas. Recuerda que vas a estar siempre acompañada, yo voy a estar a tu lado en todo momento, no voy a dejarte sola. Si alguna pregunta no la hemos ensayado, yo intervendré, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Bien, entonces salgamos de aquí, estoy muerto de hambre.

Andrey recogió su chaqueta del traje y me acompañó hacia la puerta. Daba gusto con estos hombres, eran tan educados... Sostuvo la puerta para mí, dejándome pasar primero.

Serg estaba esperando en el jardín de Katia, bueno, no exactamente esperando. Estaba sentado en el césped, intercambiando piezas de un juego de construcción con Drake y Tasha. Por extraño que pareciese, Drake iba repartiendo las piezas a Tasha y Serg para que estos las fuesen colocando en el lugar correspondiente. Mi pequeño era el arquitecto y los otros dos sus constructores. Ya apuntaba maneras mi niño. Cuando mi ruso me vio, me regaló una sonrisa, se inclinó para decir algo al oído de Drake, mi pequeño asintió y Serg se levantó para caminar hacia mí. Depositó un beso en mis labios y acarició mi espalda de forma reconfortante.

—¿Qué tal ha ido?

—Supongo que bien. —Andrey apareció a nuestro lado en aquel momento.

—Mañana repasaremos de nuevo. Si todo va bien, concertaré una entrevista con el inspector.

—De acuerdo. —Serg me tomó en su brazo y me apretó contra su costado.

—Bien, creo que es hora de irme a casa. Mis chicas me esperan. —Estrechó la mano de Serg y me dio un pequeño y breve abrazo—. Lo has hecho muy bien. —Se giró hacia la salida y desapareció.

—Bueno. Nosotros también deberíamos irnos a casa. ¿Vamos a por nuestro niño?

—Sí.

—¡Hey, pequeño ruso! Es hora de irnos a casa.

Serg se acuclilló junto a él mientras yo me detenía a su lado, un poco inclinada hacia ellos. Drake elevó la cabeza, asintió de nuevo y empezó a recoger todas las piezas. Noté algo raro cuando Serg recogió algunas piezas y las metió en la caja. Drake detuvo su trabajo y frunció el ceño. Después de introducir un par de piezas, Serg se percató de que algo no iba bien. Drake esperaba a que su padre dejara la pieza para colocarla de otra manera, como si el orden no fuese el correcto. Pero no intentaba ni decía nada, no le corregía ni se enfadaba, solo esperaba y después actuaba, colocando las piezas como él pensaba que debían estar. Otros dirían que Drake era un toca narices o un obsesivo compulsivo. Yo tenía mi propio criterio, aunque podía estar equivocada. Para mí, mi hijo era metódico, él tenía muy claro la mejor manera de trabajar, en este caso, de ordenar las piezas en la caja, y tenía una fijación por conseguir el mejor resultado, no le importaba si tenía que hacer él el trabajo. Puede que esa fijación le causara problemas en el futuro, pero su actitud tranquila, reservada y complaciente, harían que los conflictos no fructificaran.

Cuando terminó, Drake puso la tapa encima y Serg la recogió para cargar con ella hasta el coche. Drake tomó mi mano y fuimos en busca de su nueva mochila. Pero alguien estaba con ella en sus manos en vez de en la silla en la que la dejamos. Tasha la miraba con un anhelo que

enternecía mi corazón. Tendría que hacerle una a ella, ¿una mariposita tal vez? Había diseños preciosos en la página web desde la que descargué las instrucciones para la mariquita de Drake.

—Despidete del tío Serg, de la tía Ella y del primo Drake. —Le dijo Katia a Tasha. Ésta le tendió la mochila a Drake, mi hijo la miró, luego me miró a mí. Entonces supe que había tomado una decisión y asentí hacia él. Drake tendió la mariquita de vuelta hacia Tasha.

—Para ti.

Tasha dio un gritito de alegría y sus pies comenzaron a rebotar en el suelo con nerviosismo. Súbitamente se dio cuenta de que faltaba algo. Buscó primero la aprobación de su madre y luego la mía. No hizo falta decir nada, solo una sonrisa, un asentimiento, y Tasha se convirtió en toda una fiesta. Creo que todos nos llevamos una tremenda sorpresa, cuando, en un arrebató, cogió a Drake y le estampó un beso en los labios. Ella siguió dando saltitos con su mariquita pegada al pecho, correteando hacia todas partes, enseñándole su nueva mochila a todo lo que estuviese vivo, perro incluido. Katia la mirada divertida, tanto como lo hacía yo, pero Drake, por primera vez desde que lo conocía, tenía en su cara una gran expresión. Todo él era una sorpresa, su mirada desorbitada, su boca abierta, su cuerpo desubicado... y después, sonrió, mi pequeño sonrió, haciendo que aquellos increíbles ojos grises suyos brillaran como una fuente de plata recién abriantada. Noté la mano de Serg posarse en mi cadera, empujándome hacia él. Y al mirarle, encontré aquella misma sonrisa dulce y satisfecha. Mis chicos rusos eran tan parecidos...

Viktor

Repasé una vez más el informe de Bobby. Mi chico era tremendamente bueno y era incansable, porque seguía metido en la red, buscando más información. Sobre la mesa tenía desplegados todos los informes de cada miembro del equipo de Thomsom. Sus vidas diseccionadas como una meticulosa autopsia televisiva, sí, de esas en las que se encuentran TODOS los detalles. Los de todos eran normales, con sus puntos claros y oscuros, como deberían de ser, porque nadie es perfecto. Pero en el de Thomsom había algo que no acababa de encajar.

El tipo había tenido una brillante carrera, ascensos rápidos, fruto de su trabajo y dedicación. Un hombre dedicado a su trabajo, a su carrera. Por otro lado, se había casado con una mujer de buena familia y tenían dos pequeños, de seis y ocho años. Hasta ahí todo parecía normal, o casi, porque lo de buena familia, en el caso de su mujer, había que escribirlo con mayúsculas. Ella pertenecía a la que podríamos denominar nobleza de Houston. Su padre había sido senador y uno de sus hermanos llevaba el mismo camino. Era una familia con dinero que disfrutaba de la vida y todos sus lujos. Y eso no acababa de encajarme. O eres una persona que vive para servir y proteger como policía o que vive para darse la vida padre. Por eso había puesto a Bobby a investigar más a fondo. Tenía que saber más y la mejor forma de hacerlo es no solo conociendo a la persona, sino su entorno.

El teléfono sonó, era Bobby. Lo acerqué al oído y esperé a oír su voz.

—Encontré algo, jefe.

—Bien. Envíamelo.

—Lo tienes en el correo, jefe. —Abrí el archivo, se desplegaron ante mis ojos un sinfín de hojas con números y contratos. Genial, ya podía empezarme a hacer un resumen, porque esto no sabía por dónde cogerlo.

—Bobby.

—¿Sí, jefe?

—No pretenderás que me lea todo esto, ¿verdad?

—Las finanzas no son exactamente lo mío, pero desempolvé un informe que se tomaron mucho trabajo en ocultar y busqué todas las referencias que mencionaba. Por lo que parece, hay algunos informes monetarios que han querido ocultar. La familia política de Thomsom tiene algunos esqueletos en el armario.

—Buen trabajo, Bobby.

Solo tuve que dedicarle dos segundos al asunto, había alguien a quien todo esto le resultaría fácil. Solo tenía que marcar un número y pedir refuerzos.

—Nick, necesito que me traduzcas algo.

—¿Problemas con las nóminas de personal?

—Nah, este es un reto de los que te gustan.

—Dame media hora y estoy ahí.

—Puedo enviártelo al correo.

—Entonces estás perdiendo el tiempo, tenía que estar ya en...

—Ya lo tienes. —Escuché el «mmm» de Nick al otro lado de la línea. Ya estaba atrapado.

—Te diré algo. —Y colgó. Bien, los genios Vasiliev trabajando en equipo.

Capítulo 67

Andrey

Sabía que estaba sonriendo, pero es que esto de recibir información sobre el interrogador un par de minutos antes de empezar el su trabajo, le alegraba el día a cualquier abogado.

—¿Buenas noticias? —preguntó Ella. Estaba sentada a mi izquierda, pero mantenía la distancia para no invadir mi espacio personal. La chica era prudente, eso tenía que reconocerlo.

—Estupendas. —En aquel momento entró en la habitación Thomsom.

—Siento haberles hecho esperar.

—Nuestro tiempo es limitado, inspector Thomsom. Si usted prefiere dedicarlo a observarnos a través de un cristal en vez de hacer sus preguntas, a nosotros nos da igual.

—¿Tiempo limitado?

—Mi cliente tiene responsabilidades familiares que debe atender, inspector, así que nos iremos de aquí... —Me miré el reloj para darle más dramatismo. Soy un teatrero, lo reconozco. ¿Quién me habrá metido esto en la cabeza? Jajá—. ... en diecinueve minutos, casi veinte. Le aconsejo que sea conciso si pretende conseguir muchas respuestas.

El tipo se sentó y extendió una carpeta sobre la mesa. Sacó unas fotos de Ella, algunas ya sabía que estaban en el teléfono de Santos Bocanegra. No se las habíamos mostrado a Ella, pero sí que le indicamos que existían, ¿por qué? Porque queríamos que no se asustara, pero sí que se sorprendiera al verlas.

—¿Conocía a Santos Bocanegra? —Adelantó una fotografía de Santos, evidentemente de cuando estaba vivo. Ella miró la foto y asintió hacia el hombre.

—Conocerle propiamente dicho, no, pero crucé algunas palabras con él.

—¿Sabía que pertenecía a una organización que se denomina Madre Santa?

—Todo el mundo lo sabe.

—¿Por qué tenía él fotos tuyas en su teléfono?

—Soy yo la que debería preguntar eso.

—¿De qué conocía a Santos Bocanegra?

—No éramos amigos, si es a lo que se refiere.

—Yo no he dicho nada de eso. Solo quiero saber qué los vinculaba a usted y a ese hombre.

—Ni amigos, ni trabajo, ningún tipo de negocio. Le dejé bien claro que me parecía un ser repugnante y que por mí se podían ir al infierno él y sus amigos. —El hombre arrugó el ceño hacia Ella.

—¿Le hizo algún tipo de proposición... sexual?

—Preferiría no tener que repetir lo que me dijo ese mal nacido. —Thomson asintió y volvió a repasar sus papeles.

—Aquí consta que lleva unos meses casada con Serguéy Sokolov, un inmigrante que lleva menos de dos años viviendo en Estados Unidos.

—Así es.

—Y que están en trámites de adopción de un niño ruso, igual que su marido. —Ahí intervine yo.

—En realidad, la adopción ya es totalmente oficial. Los papeles los está gestionando mi bufete. —Thomsom apoyó los codos en la mesa e hizo un puño con las manos para dejar

descansar su barbilla sobre ellos.

—Esa es otra pregunta que me hago. Cómo una peluquera de Miami lo deja todo y se viene a Las Vegas para casarse con un hombre que ha vivido siempre en la otra punta del país.

—Puede llamarlo flechazo. Su hermana vive en Miami y digamos que ella tuvo algo que ver en nuestro primer encuentro. Nos conocimos y yo decidí irme con él cuando regresó a Las Vegas. —Aprendí a no reflejar mis emociones, es algo que todo abogado perfecciona con el tiempo, pero juro que si en aquel momento hubiesen podido mirar en mi cabeza, habrían encontrado una docena de suricatos mirando en la dirección de Ella. Esa pregunta no la habíamos previsto, pero ella había estado increíble con la respuesta. Seguía la misma tónica de disfrazar la verdad de las respuestas anteriores y le había dado un toque particularmente... romántico diría yo. Había estado a un tris de interrumpir y sacarnos de allí, pero que me crucificaran si no quería seguir viendo cómo la chica manejaba todo aquello.

—Algo un poco rápido.

—Decidí que era el momento de cambiar. Desde entonces no he alterado mi forma de actuar y puedo asegurar que me va muy bien. Tengo un marido, un hijo, una casa, una hipoteca... El sueño de cualquier mujer de este país. Bueno, si no tenemos en cuenta a Christian Grey. —Ahí se me escapó una mezcla de risilla y ronquido de esos de cerdo, porque juro que me pilló totalmente desprevenido y la respuesta era realmente divertida e ingeniosa.

—¿Y cómo una peluquera y un entrenador personal pueden permitirse adoptar un niño ruso y contratar los servicios de un abogado con los honorarios del señor Vasiliev? —Ese era mi pie para cortar todo aquello.

—Su tiempo se acabó hace tres minutos, señor Thomsom. —Tomé el brazo de Ella y nos puse en pie a ambos.

—¿Tiene algo que ver con que su marido trabaje en un gimnasio propiedad de la familia Vasiliev? ¿Conoce los rumores que circulan en la ciudad sobre los negocios en los que está envuelta esta familia? —Ya estaba caminando hacia la puerta mientras empujaba a Ella delante de mí y la sacaba de la habitación.

—Suficiente. Mi cliente no ha venido aquí a declarar sobre su relación con mi familia.

—Aún no he terminado.

—Yo creo que sí. Que tenga un buen día, inspector Thomsom. —No me preocupé de cerrar la puerta, porque el hombre seguía caminando detrás de nosotros, lanzando preguntas que no íbamos a responder. Cuando estábamos de nuevo en el coche, Ella me miró.

—Lo siento.

—¿Por qué? Ella, tú no tienes la culpa.

—Ese hombre quería inculparlos y quería utilizarme a mí para hacerlo.

—Eso no me preocupa Ella, casi es mejor. Si se centra en tu relación con la familia Vasiliev, no mirará hacia lo que teníais Santos y tú, sino a la conexión que podríamos tener Santos y los Vasiliev. —Ella se sentó recta en el asiento y frunció el ceño.

—Sé que no hacéis las cosas como deberían hacerse y que no os importa saltaros alguna que otra ley cuando creéis que es necesario, pero no he visto que hayáis hecho nada realmente malo, así que podéis estar seguros de que nunca diría nada que pudiese crearos problemas. —Tuve que sonreír, la chica era leal y agradecida, alguien con los mismos principios que Serg.

—No te preocupes, sabemos cómo manejar a los tipos como Thomsom. Llevamos mucho tiempo haciéndolo. —Le regalé una afable sonrisa y ella me devolvió el gesto.

Serg

Andrey estaba sentado a mi lado y acababa de narrar todo el encuentro que había tenido con Thomsom.

—Así que la mujercita de aquí nuestro primo es una chica lista. —Lo sé, en aquel momento estaba orgulloso de Ella, porque recibir un halago de Andrey era algo realmente importante, y poco usual.

—Mejor que muchos abogados. Se paseó delante de Thomsom como si fuera un caramelo delante de un niño diabético. Ya sabes, me deseas, pero no me puedes comer.

—¿Seguro que no la has embarazado? Esa chica tiene dentro sangre Vasiliev, Serg —apuntilló Viktor. Sí, podían bromear con eso todo lo que quisieran, Ella era única. Dulce y fuerte, una combinación imposible, pero totalmente real. Y era mía, mi mujer.

—No, pero estoy en ello.

—Cabronazo.

—Lo que tú digas. ¿Y ahora qué vamos a hacer?

—¿Hacer?

—Ya sabes, me refiero a quitarnos de encima a Thomsom. —Viktor soltó una risotada y miró a Andrey.

—Tú tranquilo, eso es asunto nuestro. Nunca han podido encontrar nada, porque no hay nada que encontrar. De todas formas, tenemos asuntos más importantes que tratar.

—¿Cómo cuáles?

—El otro Sanders ha regresado a la ciudad.

—No se rinde.

—De algún sitio tuvo que sacar el hijo esa obstinación enfermiza.

—¿Y qué vas a hacer, Viktor? —preguntó Andrey. El rostro de Viktor se tornó sombrío, letal. Y sentí un escalofrío subir por mi espalda. No quisiera estar en el pellejo de aquel tipo. ¿Lástima? El tipo estaba persiguiendo a mi mujer y, conociendo al hijo, el padre tampoco quería algo bueno. Ella ya había tenido suficiente, así que estaría encantado de clavar los clavos del ataúd que lo llevara de vuelta a Miami.

—Quitarle del camino.

Capítulo 68

Ella

Estaba sentada frente al monitor de mi pc, con Drake entre mis piernas. Había buscado un sustituto para la mariquita que le había regalado a Tasha, pero no me había decidido. Quizás la mariquita era demasiado infantil para todo un hombrecito como mi Drake, así que pensé en dejarle escoger el diseño que él quisiese. Sus deditos movían la rueda del ratón como todo un profesional y eso que solo hacía un minuto que le había enseñado a hacerlo. La imagen se detuvo en algo marrón y su rostro se volvió hacia mí. Su dedo apuntaba hacia la cara del mono de la imagen. En buena hora le compré el cuento de El Libro de la Selva. Un mono, mi pequeño quería una mochila de mono. ¿Y qué iba a hacer yo? Pues besarle la mejilla y salir a comprar las lanas que necesitaba para hacerle su mochila. Yo tenía en mente hacerle algo... diferente. Desde que había visto aquella extraña mancha en su cuello con forma de dragón, se me pasó por la cabeza el hacerle algo con esa figura. En fin, tendría que esperar a otra ocasión. Tal vez cuando se cansase de Gato o se le rompiese la nueva mochila, tuviese mi oportunidad. ¿Por qué Gato? Porque mi niño había aprendido a decirlo y el peluche se quedó con ese nombre. Simple.

—¿Quieres un mono? —él asintió.

—Mono.

—Muy bien, te haré un mono. —Apagamos el Pc, tomé su mano y nos dispusimos a salir de compras.

Nada más cerrar la puerta de casa, advertí la presencia de Luke, Luke Brace. ¿Que quién era? Desde que fui a la entrevista con el inspector Thomsom, era mi sombra.

—Buenos días, Ella. Hola Drake. —Extendió su mano hacia mi hijo y los dos se saludaron como adultos cualquiera, con un apretón de manos.

—Hola, Luke, ¿cómo va tu día?

—Ahora que nos movemos, mucho menos aburrido. —Abrió la puerta del SUV para nosotros y esperó a que Drake se atara él solito el cinturón. Parecía tan mayor, aún sentado encima de su asiento adaptado para niños. Luego Luke cerró la puerta y se acomodó en el asiento delantero del acompañante.

—¿Dónde vamos? —El que preguntó era Lem, nuestro conductor. Sí, también tenía de eso.

—A la tienda de lanas. Drake ha escogido la mochila que quiere que le haga.

—Un mono. —Puntualizó mi pequeño. Lem empezó a rodar el coche, al tiempo que hablaba.

—¡Qué suerte! Ojalá mi hija tuviese la suerte de tener una mochila como la tuya.

—¡Pues claro que la tendrá! ¿Cuántos años tiene? —pregunté.

—¿En serio? Ah, pues tiene tres años y medio.

—Entonces tendremos que comprar más lanas. ¿Y tú, Luke? ¿Tienes a alguien que pudiese querer una mochila o un peluche tejido? —Luke se giró hacia mí y me dedicó una gran sonrisa.

—Nada de niños, pero... tengo una novia a la que me encantaría regalar algo bonito, como las cosas que tú haces, ya sabes, nada de esas cosas que se compran en cualquier parte, algo que la haga pensar que es especial para mí.

—Mmm, creo que se me puede ocurrir algo.

—Mami *med* hace cosas bonitas. —La voz de Drake sonó firme, con aquel infantil acento ruso que parecía una copia del de su padre. Y sí, me había dado cuenta de que había dicho toda una

frase. Mi hijo estaba soltándose cada vez más y todos lo estábamos notando.

—Tienes razón, Drake. Si tu madre vendiera estas cosas se forraba en cuatro días. —Drake volvió el rostro hacia mí, con el ceño fruncido. Ahora era cuando tenía que explicarle qué significaba aquello que había dicho Luke.

—Lo que quiere decir es que podría vender las cosas que hago y conseguir mucho dinero. — Volví la cara hacia Luke—. Si fuera así de fácil, alguien ya lo habría hecho.

—Bueno, era solo una idea.

Cuando llegamos a la tienda de lanas, Luke y Drake escogieron los colores que querían que yo utilizara y yo recogí algunas más que podrían venirme bien.

Serg

—Vamos Lucas, puedes levantar más esos puños. —El puertorriqueño me miró con cara de asesino. Lo sabía, le estaba pidiendo más de lo normal, pero ese era mi trabajo, conseguir que sobrepasara sus propios límites. Y si cabreándole conseguía mi objetivo, pues adelante con ello.

—Señor Sokolov. —Me giré hacia la recepcionista nueva. Sí, ya llevaba el tiempo suficiente como para que la llamara por su nombre, pero para mí seguiría siendo la nueva, al menos un tiempo más.

—Solo Serg, Nadine, no soy el dueño. —Se puso colorada y asintió con la cabeza. No creo que fuese por mí el que se sintiera tan cohibida, más bien sería por los dos boxeadores jóvenes que se comportaban como gallos de pelea cuando había una chica cerca.

—Serg. El señor Smith quería inscribirse en el gimnasio, pero antes de hacerlo le gustaría probar el sistema de trabajo que podemos ofrecerle. —Me volví hacia el hombre que estaba a su lado y me encontré una sonrisa afable, pero sus ojos... parecían estar buscando algo en mí. Conocía esa mirada, era la de los que querían descubrir si eras el boxeador que iba a ganar la pelea, el que les haría ganar dinero con las apuestas. Así que le tendí la mano y sonreí. No era mi trabajo, yo solo entrenaba a los boxeadores jóvenes, los que la familia Vasiliev preparaba para competir. Para clientes como ese señor Smith estaba cualquiera de los otros dos monitores del gimnasio. Nadine ya conocía la rutina de trabajo, sabía que yo solo me encargaba de Lucas y Nino. Si me lo había traído era porque el tipo pidió expresamente que lo hiciera. El porqué tendría que descubrirlo.

—Espero poder ayudarle en lo que necesite, señor Smith. —Estrechó mi mano y, solo con ese gesto, noté la amenaza que había en él.

—Yo también lo espero. —Miré la bolsa de deporte en su mano, el hombre venía preparado—. Veo que trae ropa para empezar a ejercitarse.

—Sí, me gustaría probar, si no hay inconveniente.

—Claro que no. Prepararé una rutina mientras se cambia. Nadine, enséñale dónde puede cambiarse.

—Enseguida. —El tipo la siguió y yo aproveché para hacer una llamada.

—Dime.

—¿Tienes acceso a las cámaras de seguridad del gimnasio?

—Sí —contestó Viktor.

—Acaba de entrar un hombre al que me gustaría que echaras un vistazo.

—Estoy en ello.

—Ahora tengo que colgar.

Me acerqué a la cinta de correr y preparé algo más de equipo. Smith llegó poco después a mi

lado, con una camiseta de manga corta y un par de pantalones de deporte cortos.

—¿Por dónde empezamos?

—Lo primero es chequear su forma física. Empezaremos con una carrera corta, para ver su resistencia.

—De acuerdo. —Programé la cinta y me estiré hacia el banco anexo, donde había dejado una carpeta para tomar anotaciones. Le di la espalda para recoger la carpeta y, al girarme de nuevo hacia él, vislumbré algo que asomaba por el desgastado cuello de su camiseta. Yo tenía marcas similares sobre mi piel: aquel hombre tenía un tatuaje. Si antes estaba alerta, en aquel momento se encendieron las alarmas de toda la estación de bomberos. Sonreí y me puse de nuevo frente a él. Tenía que ver ese tatuaje.

—Bien, señor Smith, con diez minutos es suficiente para ver su capacidad. Después pasaremos al banco de pesas. ¿Cuánto peso levanta normalmente? —En aquel mismo instante, el teléfono sonó en el bolsillo de mis pantalones—. Disculpe. —Tomé el aparato en mis manos, vi el nombre de Viktor y me lo acerqué al oído mientras esbozaba una gran sonrisa—. Hola, cariño.

—Ese tipo es el Inspector Thomsom, el que interrogó a tu mujer con relación al asunto de Santos.

—Una docena de huevos, anotado. ¿Algo más?

—Ten cuidado. Andrey dice que el tipo quiere comerse todos los peces grandes que pueda.

—De acuerdo, un beso. —Colgué y volví mi atención hacia el hombre, con una servicial sonrisa en mi cara.

—¿Su esposa?

—Sí, una mujer estupenda.

—¿Y qué tal la vida de casado?

—No me puedo quejar. Hora de pasar al banco de pesas. —El tipo bajó y yo posé mis dedos en su cuello para tomarle el pulso. Él se sorprendió, pero cuando me vio anotar los resultados en las hojas solo dijo:

—Un lugar un tanto extraño para tomar el pulso.

—Costumbre, supongo. Ahora tumbese en el banco, le pondré diez kilos. Hará dos elevaciones y luego iremos subiendo el peso. A ver cómo va.

—De acuerdo.

El tipo se tumbó y yo me coloqué junto a su cabeza. Estaba en el lugar correcto, ahora solo tenía que modificar mi ángulo. Me acuclillé junto a él y posé mis dedos en su carótida. Mi pulgar deslizó la tela de la camiseta hacia abajo y entonces pude ver una buena parte del dibujo. Una flor con muchos pétalos y el principio de un cráneo. Una rosa detrás de una calavera.

Capítulo 69

Serg

El tiempo que pasé en las peleas ilegales había servido para algo. No, no fue para destrozarle el alma a ese tipo, sino para mantener la calma y ocultar todo lo que había en mi cabeza. Ese tipejo era el quinto hombre, el que se escapó, el socio de Santos, el corrupto, el que amenazaba de nuevo la vida de mi mujer. ¿Y qué hice? Realizar una sesión de triaje completa y venderle el paquete de trabajo del gimnasio. Aguantar sus preguntas bien camufladas sobre mi mujer, su trabajo, cualquier cosa que pudiese sonsacarme. Le di información ambigua sobre todo lo que me preguntó, pareciendo despreocupado, ajeno a sus intenciones. Y todo con una amplia sonrisa comercial. Aunque por dentro estaba deseando arrancar cada pedazo de piel de su cuerpo, en cachitos pequeños.

Cuando desapareció por la puerta del gimnasio, lo primero que hice fue dejar de sonreír y después marcar el teléfono de Viktor. Él fue el que habló primero.

—Le estamos siguiendo y Bobby está rastreando las antenas de telefonía para localizar cualquier llamada de pueda hacer y a quién.

—Es el quinto hombre, Viktor, el policía corrupto que no consiguieron identificar.

—¿Y tú cómo sabes...?

—He visto el tatuaje, el de la rosa y la calavera que reconoció Ella el día que asesinaron a su familia, el del tipo del coche.

—Tenía sospechas, pero, definitivamente, esa pista lo marca.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Tengo un par de ideas, tú déjame a mí eso.

—¿Y Ella?

—Avisaré a los chicos de que la mantengan lejos de su alcance y que no se dejen engatusar por su placa. Pero no podemos mantenerla en la ignorancia, hay que decírselo, Serg.

—De eso me encargo yo.

—Bien. No te andes con rodeos, Ella es una chica fuerte.

—Lo sé. —Colgué y me fui a la ducha. Iba a ir en busca de mi familia, porque Ella era dura, pero yo golpeaba más fuerte.

Viktor

Le dije a Bobby que siguiese escarbando todo lo que pudiera sobre el tipo. Pero sabía que lo interesante estaba en la documentación que le enviamos a Nick. Ahora, con la información de Serg, todo cambiaba. Los mismos datos que había revisado anteriormente, tomaban un color diferente. Nada más colgar a Serg, llamé a mi hermano pequeño.

—¿Tienes algo?

—Eres un impaciente.

—Eso no es nuevo, Nick. ¿Qué puedes decirme?

—Así, a grandes rasgos, que la familia política de Thomsom está prácticamente arruinada.

—¿Arruinados? Eso es interesante.

—Esa familia tiene embargo de propiedades, está en puertas de juicios por desfalco... un

cuadro. Vamos, que no están para prestar dinero, sino más bien para robarlo, porque ningún banco les daría un préstamo.

—Entonces no podrían pasarle cantidad alguna a su hija.

—Ni un centavo.

—Bien. Cuando revises todo, me mandas un resumen al correo. Yo tengo que volver a estudiar sus cuentas.

—Seguro que, si las estudias minuciosamente, sacarás información interesante.

—Voy a ponerme a ello.

—Entonces te dejo.

Nada más colgar, me levanté para ir al despacho de Bobby. Tenía algo en la cabeza que quería que comprobara. El tipo estaba al teléfono cuando entré en sus dominios y pude oír lo último de su conversación.

—...claro nena, ya pedí permiso para ir contigo a la ecografía... No, cariño, no he mirado ningún nombre, lo haremos cuando nos digan el sexo del bebé... Sí, llegaré a casa como siempre. No, cariño, no creo que pueda salir antes para ir a ver a tus padres. Ya sabes que estos días tengo sobrecarga de trabajo... Yo también te quiero. —Bobby me miraba todo el rato mientras hablaba con su mujer. El pobre hombre estaba todo caramelizado con su esposa. Es lo que tienen los embarazos, que nos vuelven tontos—. Soy todo tuyo, jefe.

—Ya, con el permiso de tu mujer, supongo.

—Ella tiene mi corazón, jefe, a ti te aprecio, pero no es lo mismo.

—Tengo nuevos datos. Thomsom es el policía corrupto que no consiguieron identificar en el asesinato de la familia de Ella y su familia política está arruinada. ¿Crees que podrían cruzar los datos de sus cuentas bancarias con las operaciones policiales en las que estaba trabajando?

—¿Te refieres a detenciones, interceptación de alijos y esas cosas?

—Exacto.

—Quieres que encontremos los vínculos entre los Madre Santa y Thomsom.

—Me has captado la idea. —Bobby se giró hacia su equipo de trabajo y empezó a teclear.

—Si hay algún movimiento, lo encontraré. Los bancos son lo mío.

—Cruza también los datos de su mujer, empresas, lo que sea. Y dime lo que encuentres antes de irte.

—Sí, jefe.

Salí de allí con la seguridad de que Bobby encontraría trasposos de efectivo a alguna de las cuentas de Thomsom que seguramente coincidirían con acciones de la DEA en contra de la competencia de los Madre Santa. Ponía mi mano en el fuego.

Eché a andar hacia mi despacho para recoger la chaqueta de mi traje e ir a casa. Hablar de embarazadas me había hecho pensar en mi mujer. Marqué su número, mientras salía de la oficina y controlaba con la mirada cómo Igor se posicionaba a mi costado, un paso por detrás.

—Hola, cariño, ¿volverás pronto a casa?

—Salgo en estos momentos para allí. Una pregunta, ¿cuándo nos toca la siguiente ecografía?

—En dos semanas, ¿lo habías olvidado?

—No, solo que ando un poco despistado estos días.

—Puedo entenderlo. ¿Cómo va lo de Ella?

—Complicado, pero ya me conoces, me gustan los retos.

—No has dicho imposible, eso quiere decir que tienes algo en marcha. —Sonreí ante sus palabras. Katia me conocía muy bien.

—Ya sabes que «imposible» hay muy pocas cosas.

—Solo para personas como tú, cariño.

—Sí, soy lo máximo.

—Hablando de seres extraordinarios, tu hija hizo algo curioso que olvidé comentarte. — Acababa de sentarme en el asiento del coche, así que las palabras de Katia se mezclaron con el ruido de la puerta al cerrarse.

—¿Ah, sí? ¿Qué ha hecho mi princesa guerrera?

—Besar a un chico. —Ahí resbaló el anclaje del cinturón.

—¿Qué?

—Drake le regaló su mochila, la que le había hecho su mamá, y tu hija le dio un beso en toda regla.

—¿Un beso en la mejilla? —Di que sí, di que sí...

—Nop, un beso en toda la boca. Seguro que pensó que, ya que sus padres lo hacen, estaba bien que ella le diera las gracias a Drake de la misma manera. —Ya, y mi mujer me lo comentaba por teléfono y tiempo después de haber sucedido. Katia había aprendido. Seguro que trataba de proteger al pobre niño, y hacía bien, porque ya había dicho que no llevaba bien que mi niña creciera. Pero Drake... Precisamente él me parecía un niño demasiado... honorable.

—¿Y qué hizo Drake? —Que no sonriera, que no sonriera.

—Yo creo que fue el más sorprendido de todos. —Uf, bien.

—Esta hija nuestra... va a ser un peligro.

—Eso pienso yo.

—Bueno, llegaré en unos momentos.

—Bien, entonces prepararé algo para tomar en el jardín.

Colgué, pero ya antes de darle el botón, estaba dándole vueltas al tema. Si tenía que escoger un chico para mi hija, Drake sería una buena opción, todo un Vasiliev de espíritu, solo le hacía falta... tenía que trabajar en eso precisamente. Drake, entre tu padre y yo vamos a convertirte en un auténtico Vasiliev. Y si él y Tasha no cuajaban, porque yo más que nadie sabía que el corazón es un loco salvaje difícil de encadenar, pues al menos conseguía un guardián para mi niña.

Capítulo 70

Ella

Estaba tejiendo la cabeza del mono para la mochila de mi pequeño mientras observaba de vez en cuando cómo mis chicos estaban desmontando pieza a pieza la grúa que Serg le había comprado. Como prometió, estaba soltando cada tornillo que Drake le señalaba y, después, mi hijo desmontaba con cuidado las piezas y las posicionaba delante de él con un orden metódico. Era curioso verlo así, todo concentrado. Y, sobre todo, la paciencia que demostraba Serg al seguir las indicaciones de Drake, al intentar entender cada uno de sus movimientos; y todo ello con una sonrisa. Si alguna vez dudó sobre si sería un buen padre, aquella imagen reforzaba la idea de que sí lo era.

Mi marido alzó la vista hacia mí y amplió su sonrisa. Señaló con la cabeza el trabajo de Drake y asintió con la cabeza. Sí, Drake ya podía ponerse a desmantelar la tostadora, que ni su padre ni yo íbamos a poner el grito en el cielo. Él no destrozaba o rompía las cosas, él investigaba, aprendía. Quién sabe, tal vez algún día sería el que arreglara la tv o el teléfono de mamá.

Hice el remate del ojo del mono y lo extendí para ver el resultado. Precioso. Me estaba convirtiendo en una profesional, no solo con la aguja, sino que cada vez tejía más rápido.

—Muy bonito. —La voz de Serg llegó susurrante a mi oído, haciendo que mi piel hormigueara. Uf, es que era tenerlo cerca y me encendía como una cerilla.

—Lo escogió Drake. —Pasó sus dedos por mi mejilla, como si en vez de estar admirando mi trabajo, me estuviese elogiando a mí.

—¿Podemos alejarnos un poco? Tengo algo que comentarte y quisiera mantener a Drake al margen.

—De acuerdo.

Posé la mochila en la silla a mi lado y tomé la mano que Serg me tendía para levantarme. Otro chico atento y educado, ¿cómo no iban las mujeres a perder la cabeza por un hombre así? Súmale al paquete ese *six pack* abdominal, ese trasero, esa maldita sonrisa suya y ese acento ruso y... brrrr. Nos llevó hasta una de las esquinas de la habitación, me tomó las manos y me miró fijamente.

—Lo primero, quiero que sepas que la familia va a cuidar de ti, no va a pasarte nada, ni a ti, ni a nadie de nuestra familia, ¿de acuerdo? —Mala forma de empezar una frase. Es como cuando te dicen «no quiero que te asustes». ¡Joder! Si con solo decirte eso ya estás empezando a cagarte patas abajo.

—Ahá.

—¿Recuerdas al tipo del coche el día que asesinaron a tu familia? El que tenía el tatuaje de la rosa y la calavera. —Mis manos empezaron a sudar porque sabía que ahora venía algo que no iba a ser bueno, nada bueno.

—Sí. No lo identificaron.

—Yo he visto a ese hombre, vi su tatuaje, aquí... —Con su mano apuntó al lugar correcto en mi cuerpo.

—Lo... lo viste. —Intenté no ahogarme con el nudo en mi garganta.

—Tú también lo has visto y has hablado con él.

—¿Qué?! —Mis uñas se clavaron en sus manos, pero él no dijo nada.

—Es el inspector Thomsom. —Debí de tambalearme, porque Serg me abrazó para sostenerme.

—¿Có... cómo...?

—Vino al gimnasio para intentar sonsacarme algo de información. Ví que le asomaba algo por el cuello de la camisa y recordé lo que me dijiste. Me las ingenié para poder ver mejor la tinta y encontré el tatuaje que me describiste. Viktor revisó las cámaras de seguridad y lo identificó como Thomson.

—¡Hijo de...! —Cerré la boca cuando me di cuenta de que había elevado la voz y que, precisamente, no estábamos solos. Por fortuna, Drake seguía concentrado con su tarea. Sentí los labios de Serg sobre mi frente.

—Tranquila, ya te dije que nadie en esta familia permitiría que ese tipo lastimara a ninguno de sus miembros. Además, tenemos dos grandes ventajas sobre él en este momento. —Sé que tenía el ceño fruncido cuando le miré.

—¿Qué ventajas?

—La primera es que él no sabe que le hemos descubierto, aún cree que no le has reconocido y que su secreto está a salvo.

—¿Y la otra? —Serg sonrió de esa manera maliciosa suya que hacía nacer una corriente eléctrica en la base de mi espalda.

—Viktor está de nuestra parte. —No necesitaba que me explicara lo que aquello podía significar.

—Oh.

—Ella.

—¿Sí?

—Ese hombre va a salir de tu vida para siempre. —Sentí sus brazos apretar más fuerte, como dando más solidez a sus palabras. Alcé los brazos, para dejar las manos detrás de su cuello, al tiempo que apoyaba mi mejilla sobre su clavícula.

—Y si no sale, lo sacaremos.

—Ella.

—¿Sí? —En menos de un segundo su boca se había posado sobre la mía. Suave, demandante, como el que bebe de un excelente vino, saboreando cada sorbo, pero sin alejar su boca del cristal de la copa. Después de saciar su sed y de haber acelerado mi corazón, Serg se separó unos centímetros de mí, dejando que sus dedos dibujaran el contorno de mi mandíbula.

—Tenemos que encontrar algo de tiempo a solas. —Volvió su rostro hacia Drake y yo le seguí. Creo que los dos nos quedamos congelados porque nuestro pequeño estaba mirándonos muy concentrado; su rostro tenía esa expresión de quien está absorto en algo interesante. Después, sonrió como si acabara de darse cuenta de que lo que había visto le gustaba. ¿Estaría relacionando nuestro beso con el que le había dado Tasha el otro día? No, era demasiado pequeño para hacer esas cosas, ¿verdad?

Viktor

Había cerrado la puerta del despacho, aunque sabía que, a esas horas de la noche, el único despierto en toda la casa era yo. No sé si al resto de la gente le pasará lo mismo, pero, cuando duermo, mi cabeza se convierte en un torbellino de ideas, algunas incongruentes, algunas repetidas. Otras son auténticos destellos de genialidad. Por eso me había levantado a las tres de la mañana, para tomar nota de todo lo que se había colado en mi mente hiperactiva. Ahora solo necesitaba pulir cada parte hasta conseguir una línea de acción sin fisuras.

El reto era conseguir deshacerse de aquellos dos hombres sin dañar a sus familias, sin crear otros cabos sueltos que podrían golpearlos en cualquier otro momento. No soy un monstruo, quitarle su padre a dos niños ya era muy traumático como para encima echarles más mierda... Ellos no tenían la culpa de que su padre fuese un hombre sin escrúpulos que no dudaba en traicionar todas sus promesas con el fin de alcanzar sus propias metas. Su esposa... ¿hasta qué punto sabría cómo llegaban aquellas sumas de dinero a su cuenta corriente? Ya tendría suficiente con encontrarse sola y con dos hijos y una pensión de viudedad que no le alcanzaría para llevar el ritmo de vida al que estaba acostumbrada. Y su familia no iba apoyarla precisamente.

Con el viejo Sanders... No podía arriesgarme a que el resto de sus familiares tuviese esa sed de venganza y vinieran a escarbar como estaba haciendo él. Probablemente su mujer tendría un merecido descanso, porque tenía pinta de que el padre era igual que el hijo. Pero podía tener hermanos, sobrinos... cualquier otro miembro de esa desquiciada familia podría erigirse en justiciero. No, ahí tenía que actuar de otra forma, o tal vez no. Quizás, el plan para uno también sirviese para el otro, y creía que había encontrado una buena solución para ambas partes. Terminé de escribir el correo electrónico para Bobby, para que se pusiera a trabajar en lo que necesitaba a primera hora de la mañana. Cuando tuviese todos los medios y todos los actores, pondría en marcha el espectáculo. ¡Joder! A veces me daba miedo a mí mismo. Pero es que en una vida como la nuestra, no había espacio para la buena fe de la gente ni para la duda. Si había un posible riesgo, lo erradicábamos. La justicia era demasiado blanda cuando no debía serlo y demasiado dura en otros casos. Y la mayoría de las veces era lenta y llegaba demasiado tarde.

Había veces en que me sentía como el juez Dredd, sí, el de los comics y la película. Era juez, jurado y ejecutor. Podía sonar demasiado prepotente, pero era la parte que me había tocado y lo hacía bien, al menos en lo que implicaba a la familia. Así que... haría mi trabajo, como siempre, y solucionaría los problemas. Y con Ella tenía que hacerlo bien, porque me habían superado demasiadas veces. Tanto dispositivo y la habían alcanzado dos veces, casi tres. No volvería a ocurrir.

Capítulo 71

Nick

Llevaba un informe detallado en un pendrive en el bolsillo e iba camino del Crystals directo a las oficinas de Viktor. Lo sé, podía enviarlo por correo electrónico y sería más rápido, pero de esta manera podía pasar por el trabajo de Sara y darle una sorpresa.

Estaba casi a tres metros del despacho de mi hermano, cuando mis ojos buscaron a mi mujer en su puesto, dos puertas más a la derecha. Lo de las separaciones acristaladas tenían aquella ventaja. Y la vi, levantándose de su asiento, estirando los brazos sobre la cabeza, intentado aliviar la tensión de sus músculos. Su pequeña pancita se marcó en su ropa, recordándome que estaba pasando el tiempo y yo no había hecho nada al respecto. ¿Dónde porras se había metido el Nick impulsivo, el que tomaba decisiones transcendentales en cuestión de minutos? Tenía que reconocer que tenía miedo, miedo al matrimonio, a que todo cambiara cuando firmara aquellos malditos papeles. Pero, ¿por qué no hacerlo de una puñetera vez? Una firma no iba a cambiar el hecho de que Sara era lo mejor que iba a pasarme en toda mi vida y llevaba dentro a nuestro hijo.

¡Maldita sea! Soy un Vasiliev y, aunque embaracemos a nuestras chicas antes del matrimonio, ningún retoño ha venido al mundo sin que sus padres estén casados. Así que caminé decidido hacia mi chica, abrí la puerta, vi su sorpresa y luego la sonrisa en su rostro. Antes de que saliera de su boca palabra alguna, la tenía entre mis brazos, reclamando los labios de la mujer a la que pertenecía. Todos en aquella maldita sala lo sabían, toda la maldita Las Vegas lo sabía. Cuando terminara el día, a lo sumo la semana, lo sabrían no solo en todo el estado, sino en todo el país.

—Sara Salcedo, vas a casarte conmigo. —Su mano aterrizó sonoramente sobre mi hombro, al tiempo que soltó una pequeña carcajada.

—Eso ya lo sabía, tonto. No hacía falta que...

—No, no. Lo que quiero decir es que nos vamos a casar ahora. —Cogí su mano y empecé a tirar de ella fuera de su despacho.

—¿Eh?! —Llegué hasta el despacho de Viktor, metí la mano en mi bolsillo, saqué el pendrive y lo arrojé a sus manos.

—¡Eh! Vaya manera de entrar en los despachos de...

—No tengo tiempo. Dile a Bobby que se encargue del trabajo de Sara y tú ve a casa a cepillar el esmoquin. Yo voy a conseguir una licencia de matrimonio.

—Ya era hora. —Escuché la voz de Viktor alejándose; bueno, mejor dicho, era yo el que se alejaba.

No pasó ni dos minutos, cuando mi teléfono sonó como un poseso. Abrí la conexión sin mirar quién llamaba, porque ya sabía quién era.

—Tengo prisa, Lena.

—De eso nada, Nick. Hay cosas que hay que hacer bien. Se puede hacer rápido, pero no puedes prescindir de lo básico.

—¿Te estás ofreciendo para organizarme la boda, hermanita?

—No, te estoy diciendo que ya estas trayendo a tu prometida al Celebrity's. Tú ve a buscar tu traje y los anillos de boda. Andrey se encargará de las licencias de boda. Papá reservará el salón de celebraciones y la tarta de bodas, mamá reunirá a la familia y Viktor se encargará de la seguridad.

—Da la impresión de que ya lo tenías todo pensado.

—Parece mentira, Nick. Esto es práctica, ¿cuántas bodas exprés hemos celebrado en los últimos años? Anda, trae para acá a Sara, que tengo que encargarme del vestido.

—Sí, señora. —Cuando mi hermana mayor se ponía en pie y tomaba las riendas, parecía el puñetero general Paton soltando órdenes. Lo bueno es que era insuperable en su papel de organizadora. Colgué el teléfono y transmití los planes a mi sorprendida y jadeante prometida. Eso sí, después de aminorar un poco la marcha.

—¿Nick?

—Vas a tener una boda como dios manda, pero va a ser deprisa, ¿entendido? Ah... ¿quieres que vayamos a recoger a tu madre o la conectamos por teleconferencia? ¡Qué preguntas hago! —Marqué el número de Viktor y esperé.

—¿Has olvidado algo?

—Necesito a la madre de Sara y a su familia aquí. ¿Cuánto tardarías en traerlos? —Escuché teclear al otro lado de la línea.

—Así, por encima, unas siete horas. —Miré a Sara.

—¿Es muy importante que tu madre esté en la boda? —Su grito hizo que mis hombros se encogieran.

—Ya puede ser menos, hermano.

—OK, OK, veré que puedo hacer. Pero solo el avión ya son más de cinco horas.

—No me importa cómo lo hagas. Solo hazlo. —Colgué y abrí la puerta del acceso al subterráneo para mi futura esposa—. Mañana, cuando despiertes, serás Sara Vasiliev, me da igual que sea una boda a medianoche o de madrugada. —Sara se puso de puntillas y me besó en la mejilla.

—Me encanta cuando te pones todo mandón. —La tomé por la cintura y la pegué a mi cuerpo, al tiempo que sus brazos se enrollaban a mi cuello.

—¿Cuánto te encanta? ¿Mucho o mucho mucho? —Ella me sonrió con malicia, haciendo que mi pequeño apéndice asomara su cabeza. Maldito cabrón insaciable.

—A mí mucho, pero a estas hormonas de embarazada que ahora me desbordan, es que las tienes loquitas. A un paso de asaltarte.

—¡Joder! —La tomé en brazos y la cargué deprisa hacia el coche. —Lena va a tener que esperar un rato hasta que te deje en sus manos. No quiero dejar a mi mujer con un antojo frustrado, no sea que el niño me salga con una mancha en la cara.

—Sí, sí, no vaya a ocurrir eso.

Serg

Colgué el teléfono aún sorprendido.

—Ella, nena. Tenemos una boda.

—¿Y quién se casa?

—Mi primo Nick y Sara.

—Ah, qué bien, tenemos boda. ¿Y cuándo es?

—En seis horas.

—¡Seis horas!

—Sí. Así que será mejor que nos pongamos en marcha. Lena está organizando todo lo del vestuario y ha dicho que vayamos al Celebrity's. Allí se ha montado su propio desfile de modas, o eso creo.

—Pero... ¿qué vamos a regalarles?

—Bueno, creo que Sara anda loca por esas cosas tan bonitas que tejes. Seguro que podrías hacer algo para el bebé.

—¡Claro que sí! Ya estaba con ello, pero creí que aún tendría tiempo para hacerlo.

—Y sigues teniéndolo, lo que ahora importa es ir de celebración. Así que vamos, Drake y tu tenéis que poneros guapos. Y, gorshok meda, no bebas demasiado esta noche, te quiero aún lúcida cuando llegue el momento de convertir la fiesta en privada.

Sus ojos se abrieron sorprendidos, sobre todo cuando dejó una palmada en su trasero de camino hacia donde estaba jugando Drake. Sí, nena, esa noche el niño caería rendido y yo iba a aprovecharme. Era la hora de papá y mamá, su tiempo a solas para hacer «cosas de papis».

Capítulo 72

Serg

No sé si se celebrarían muchas bodas a la 1.30 de la madrugada, al fin y al cabo, esto es Las Vegas, pero para mí fue la primera. Creo que Andrey estaba acostumbrándose ya a esto de officiar bodas, porque soltó un bonito discurso de tres frases. Viktor estuvo bromeando con él, diciéndole que estaba aprovechando el certificado que se sacó para casar a mi hermana Irina. Irina, la echaba de menos, sobre todo en momentos como aquellos, al fin y al cabo, era una boda de un miembro de la familia. Viktor dijo que contactó con ella, pero que había algún tipo de problema con el club y que no podía venir. La última vez que hablamos, la noté algo retraída, pero conocía a Irina y preguntar no serviría de nada, tendría que esperar a que ella misma se decidiera a contarme qué era lo que ocurría. ¿Problemas en el club? No creía, Irina era una controladora nata, se adelantaba a los problemas.

Pero no podía hacer nada al respecto, así que me centré en el aquí y el ahora, y en aquel momento estaba en mitad de una boda. Lena se había encargado del vestuario de toda la familia. Me había comprado un esmoquin y me dijo que lo guardara bien, porque volvería a utilizarlo pronto. A saber qué tenía pensado. A Drake lo vistió con una camisa de vestir y un pantalón de pinzas corto, parecía tan mayor y a la vez tan pequeño... El pobre había caído rendido, al igual que Tasha, a eso de las 10.30 de la noche, pero no hubo manera de llevarlos a una habitación. Y no por culpa de Drake, que mi hijo precisamente no pecaba de rebelde, él se amoldaba a lo que le daban, pero Tasha... esa era harina de otro costal. No envidiaba a Viktor cuando esta niña creciese un poco más. Le gustaba estar metida en todos los jaleos y tenía un genio y una testarudez similares a las de un burro. Y lo peor de todo es que se empeñó en que ella y Drake debían estar presentes en la boda. Cada vez que tratábamos de levantarlos del sofá donde estaban dormidos, la pequeña bola de rizos chillones se ponía a protestar. Así que allí estaban los dos, uno a cada extremo del sofá, dormidos como marmotas, mientras los mayores daban cuenta de una cena ligera y, sobre todo, de la tarta.

Estábamos en la mesa, las chaquetas hacía tiempo que habían ocupado los respaldos de las sillas y las risas flotaban entre los comensales. El vodka estaba en los vasos de muchos, incluso en los de Dimitri y Anker. Sí, serían menores de edad, pero eran Vasiliev y había dos cosas que un Vasiliev probaba antes que el resto: el vodka y los puños. Y esa no era una costumbre solo de la rama americana, yo también tuve mi iniciación de esas dos cosas en Rusia, aunque no a los extremos que se llegaban aquí. ¡Ah! Lo olvidaba, eran tres las cosas que los Vasiliev probaban antes, me faltaba el sexo. No hay nada como tres botellas de vodka para descubrirlo.

Sexo. Miré a mi izquierda, donde Ella estaba dando cuenta de lo último que quedaba de su trozo de tarta. Era atrapante verla disfrutar del dulce. El pequeño tenedor se deslizaba entre sus labios, al tiempo que la lengua y los dientes rebañaban cada pequeña porción del bizcocho que había en el metal. No paraba de chupetear y rebañar el cubierto, hasta que quedaba totalmente limpio y luego volvía a por otro trozo. ¿Se daba cuenta de lo que le estaba haciendo a mi entrepierna? Pues no, porque Ella era toda dulzura y no era capaz de imaginar las atrocidades que pasaban por la cabeza de un hombre. Tenía las mejillas sonrosadas por el chupito de vodka que había tomado antes y sus ojos brillaban como dos pequeñas bengalas. Y eso no era lo malo, eso no era lo que había encendido la mecha dentro de mí, era ese maldito vestido que no hacía otra cosa

que dirigir mis ojos a ese tentador trasero y que mostraban esos succulentos pechos como si fuera una caja de bombones. La había acorralado en el baño hacía media hora. Había sido uno rapidito, pero no había servido de nada, porque ahora estaba igual o más necesitado que antes. ¡Joder! Yo necesitaba mi tiempo para saborear toda aquella carne de primera. Lo del baño fue como ponerte delante un filete de ¼ de kilo y decirte que tenías diez minutos para comértelo. No masticas, tragas. Llámenme sibarita, pero a mí me gusta disfrutar de la buena comida. Y sí, los rapiditos están bien, alimentan, pero no sacian.

—Lo siento, pero tenemos que retirarnos, es demasiado tarde para nosotros. —La madre de Sara acunaba la cabeza de su adormilado hijo mientras lo decía.

—Supongo que el cambio de hora está siendo demoledor —añadió Viktor. Ni el vodka era capaz de sacar la parte controladora de su sistema. El tipo parecía estar siempre alerta.

—Nos veremos mañana, mamá. —Sara se despidió de su familia y, cuando éstos desaparecieron tras la puerta, Nick la abrazó por la espalda y la cargó en sus brazos como si fuera un niño.

—Tu madre tiene razón, es hora de acostarse. —Pues la cara de mi primo no decía que tenía muchas ganas de dormir precisamente. Sara se aferró a su cuello, mientras dejaba una sonrisilla en el aire a su paso. No pensé si sería demasiado correcto, porque yo tenía en la cabeza algo parecido. Esta boda tenía pintas de acabar como la mía, es decir, conmigo en condiciones tan lamentables que no recordaría nada al día siguiente. Aquella vez no tenía planes de consumir mi boda, pero ahora sí que tenía planes para la noche.

—Nosotros también nos retiramos. Algunos tenemos que trabajar.

—Mierda, Serg. Puedes llamar a Basili y tomarte el día libre. —Puntualizó un despeinado Andrey. Sí, probablemente lo haría, pero necesitaba algo para sacarnos de allí bien rápido.

—Vaya un ejemplo que le daría a mi hijo si sus padres se pasan el día durmiendo.

No esperé sus comentarios mordaces. Tenía la mano de Ella bien sujeta mientras tiraba de ella hacia la salida del gran salón. Allí estaba el gran sofá, que no sabía de dónde habían sacado los empleados del hotel, en el que dormían profundamente Tasha y Drake. Nika lo hacía en su cochecito, no muy lejos de ellos. El ruido llegaba algo amortiguado, pero creo que ni una explosión nuclear habría despertado. Tomé a Drake en brazos, dejando que su cuerpo descansara sobre mi pecho, sus piernas colgando y su cabeza reposando en mi hombro. Un pequeño suspiro y un reacomodamiento de cabeza, eso es todo lo que hizo mi pequeño.

Andamos por el pasillo, escoltados por un par de guardias de seguridad. Te hacía sentir importante, pero al resto de mi familia no les impresionó. Cuando entramos en el ascensor vacío, uno de los escoltas pulsó el botón de nuestra habitación, mientras el otro se quedaba fuera. Creo que el de dentro asintió y el de fuera le correspondió. Mientras el ascensor subía a nuestra planta, advertí como Ella se sacaba aquellos letales zapatos dejando escapar un suspiro de alivio. Yo estaba sonriendo cuando ella apoyó su cabeza en mi otro hombro. Sentaba bien ser el maldito pilar de mi familia, aquel que los sostenía a ambos, en quien ellos confiaban para sentirse seguros.

Un par de pisos antes de llegar, escuché un ruidito que venía del auricular que llevaba el escolta en su oído. Después, la puerta se abrió y, al otro lado, otro hombre nos estaba esperando. Nos precedió hasta nuestra habitación, abrió la puerta con una tarjeta maestra y nos franqueó la entrada. Seguro que la habitación había sido revisada una docena de veces antes de nuestra llegada, porque Viktor era un maldito paranoico con eso. Ya me había dado cuenta de que, cuando se relajaba, daba instrucciones a sus hombres para que la seguridad se cuadruplicara. Ni el presidente estaría más protegido.

Caminé directo a la habitación de Drake, seguido de Ella. Lo recosté en la cama abierta y entre

los dos le quitamos casi toda la ropa, salvo sus calzoncillos. Ella lo tapó, colocó a Gato junto a él y besó su cabecita. Yo le besé después y tomé a Ella en mi brazo para salir juntos de allí. En el umbral de la puerta, ambos nos volvimos para ver cómo Drake se recolocaba, estiraba la mano, aferraba a su peluche y tomaba la misma postura que en su propia cama. Ya no dormía hecho un ovillo, protegiéndose del mundo. Ahora lo hacía confiado, porque sabía que estaba protegido. Dejamos la puerta abierta, como habíamos dicho a Drake que haríamos cuando revisamos juntos la habitación. Bueno, habitación, aquello era una maldita suite.

Guie a Ella hacia nuestro cuarto y, nada más atravesar la puerta, la acorralé contra la pared.

—¿Cómo se quita este maldito vestido? —Ella me regaló una sonrisa medio ebria, medio adormilada. ¡Ah, no! No iba a dormirse, no iba a permitirlo.

—Con cuidado, Serg, con mucho cuidado. —Quería jugar, ¿eh?, pues jugaríamos.

Mi boca fue dejando besos húmedos en mi camino, haciendo una buena parada de reconocimiento en ese hermoso balcón de su escote. Mis manos descendieron por sus costados mientras mis rodillas se doblaban. Estaba casi sentado sobre mis pies, cuando mis manos empezaron a levantar el dobladillo de su vestido. Mis dedos tocaban la piel de sus piernas mientras hacían el recorrido hacia su ropa interior. Cuando toqué el maldito encaje, tuve que apoyar mi cabeza en el vientre de Ella, porque tenía una idea muy clara de lo que me iba a encontrar ahí. Sentí, más que escuché, su risa, antes de decidir que necesitaba verlo con mis propios ojos. Alcé la tela y gemí cuando vi el encaje y la seda verde. ¡Verde! Ella no podía llevar lencería blanca, negra o roja, no, ella tenía que llevarla verde. Nunca me había acostado con una mujer con lencería verde y que me crucificaran si no iba a aceptar el reto. Alcé la vista hacia ella y la encontré sonriendo traviesa.

—Voy a devorar tus labios hasta que estén tan rojos e hinchados que no puedan recuperar su forma hasta dentro de dos días. —Su rostro se transformó en la reencarnación de la lujuria, su lengua acariciando su boca. Empecé a subir al tiempo que mis dedos se enredaban en sus bragas y las arrastraban de un tirón hacia abajo. Escuché el grito de protesta, antes de que se quedara ahogado en su garganta cuando mi boca se precipitó sobre ella y devoró aquellos otros labios. Iba a comer toda la miel de ese tarro hasta hacer temblar la tapa.

Capítulo 73

Ella

Sentí una pequeña sacudida en mi brazo, pero antes de conseguir abrir uno de mis perezosos ojos. Escuché una vocecilla que me hizo sonrojarme.

—Mami med, tengo hambre. —¡Ah, porras! ¿Estaba lo suficientemente presentable para que me viera mi hijo?

—Hola, campeón, ¿quieres que pidamos algo para desayunar? —La voz de Serg sonó muy cerquita de mí, como si su boca estuviese a dos centímetros de mi oreja. Y es que lo estaba. Abrí un ojo y giré la cabeza para encontrarlo detrás de mí, su brazo aún rodeando mi cintura, sus piernas enredadas con las mías, su pelo revuelto y una maldita sonrisa satisfecha en su cara.

—Sííí, muffin con pepitas de chocolate. —Drake trepó a la cama en cuanto Serg dio un golpecito sobre el colchón.

—Así que muffin con pepitas de chocolate. Sí, yo también quiero de eso. ¿Tú qué dices, mami med? —¿Qué iba a decir? Que en buena hora le había dado a Drake aquellos pequeños trozos de cielo. Había creado un monstruo, o dos, o... ¡a la porra!

—Que me apunto.

Drake se tiró encima de mí, pero los brazos de Serg lo atraparon antes de que su celebración me golpeará en alguna de mis partes sensibles, es decir, toda yo. Drake volaba como un avión sobre mi cabeza, riendo como un poseso, mientras Serg imitaba el sonido de un motor con su boca. De un salto, salieron de la cama; Drake ahora cargado al hombro de su padre, pero riendo de igual manera. Y entonces vi algo que hizo que me sonrojara: el culo desnudo de mi marido. Desnudo, estaba desnudo. Bueno, al menos cuando fuese mayor, nuestro hijo no iba a sentir vergüenza ante el desnudo ajeno y yo... podía disfrutar de las vistas. Y, ¡oh, dios!, ¿era un mordisco lo que tenía en la nalga izquierda? ¡Oh, señor!, ¿Yo había hecho aquello? Sí, Ella, tuviste que ser tú, porque él ahí no alcanza. Me tapé la cara y me escurrí debajo de las sábanas. No podía salir y mirarle a la cara sabiendo lo que le hice a ese trasero.

Serg

Cuando llegó el servicio de habitaciones con nuestro desayuno, me puse los pantalones del esmoquin para abrir la puerta, porque una cosa era no sentir vergüenza de mi cuerpo y otra enseñarle mis «cosas» a un desconocido. Vestí a Drake con parte de la ropa que Ella preparó para él en su pequeña mochila. Sí, dije bien, parte, porque mi hijo quería vestir como su papi, solo con pantalones. Éramos rusos, soportábamos bien el frío, porque las bajas temperaturas de Las Vegas no le llegaban a la suela del zapato a las de Moscú.

Cuando nuestro escolta empujó el carrito del desayuno a la habitación, le pedí a Drake que fuese a avisar a su mamá de que la comida había llegado. Gracias a dios que había cerrado la puerta, porque hubiese tenido que taparle los ojos al pobre hombre. A mi mujer, envuelta en un albornoz, con aquel aspecto de recién levantada y bien servida por su marido, solo podía verla yo, bueno, y mi hijo, pero él era aún demasiado joven como para reconocer ese tipo de señales en una mujer. Y ya puestos, era el único otro hombre que la vería desnuda, de momento, porque cuando cumpliera edad suficiente... en fin.

—Muffins con pepitas de chocolate, leche caliente y huevos.

Retiré la silla para que Ella se sentara. ¿Chico educado? Sí, pero había dos razones aún mejores para hacerlo. Una eran las vistas, deliciosamente pecaminosas, y la otra, robarle un beso a mi mujer como pago por mi cortesía. Drake trepó él solito a su silla y esperó paciente a que Ella colocara un muffin en su plato. Su sonrisa valía un millón de dólares. Los contemplé absorto unos minutos, pensando en que éramos una buena familia y que podía ser mejor. ¿Pensaría lo mismo que yo? Tendría que abordar el tema en el momento adecuado. Otro hijo, con mis genes, creciendo dentro del vientre de Ella. El teléfono sonó sobre la mesa en la que lo había dejado y corrí para contestar.

—Cuéntame.

—Pon guapo a Drake, la abuela Mirna se los lleva a la piscina.

—¿Los lleva?

—Ah, Serg. Es obvio, se lleva a los niños para que los padres podamos descansar un par de horas más. —Lena sonaba algo apagada, quizás el vodka de anoche había sido demasiado para su temperamento autoritario.

—¿Quieres ir a casa de la abuela Mirna con Tasha? —pregunté a mi pequeño, mirándole de costado—. Hace un buen día para estar en la piscina. —No sé si llegó a oír lo de piscina, porque Drake ya estaba asintiendo con la cabeza nada más mencionar a su prima Tasha—. Drake se apunta.

—Bien, Yuri pasará a recogerle en unos minutos.

Lena colgó el teléfono con demasiada rapidez y eso me hizo pensar en que quería aprovechar esas dos horas lo antes posible. Miré a Ella mientras corría hacia la habitación de Drake para ayudarle con el resto de su ropa. El albornoz se abría, mostrando sus piernas, y juro que sus pechos parecían estar luchando por salirse de la tela. Algo me decía que no iba a tener suficiente con dos horas, o al menos, no las íbamos a usar para descansar.

Andrey

Tenía la extraña sensación de que me estaban observando, aunque no sentía que estuviese en peligro. Notaba la frescura de las sábanas de hilo bajo mis manos, el peso de mi cabeza en la mullida almohada de una habitación que no era la mía y, aun así, sabía que todo estaba bien. Abrí los ojos y me encontré con la sonrisa de Robin dándome los buenos días. La cabeza podía estar matándome, pero no había mejor forma de despertar que aquella.

—Buenos días, dormilón. —Le ofrecí mi mejor sonrisa mañanera y estiré los ateridos músculos de mi cuerpo sobre toda la superficie del colchón.

—Buenos días. —Estudié su rostro descansado y saludable.

—Tienes una cara horrible. —Ella hablaba bajo, pero, aun así, su voz retumbaba dentro de mi cabeza como una carga de caballería.

—Es lo que pasa cuando juntas vodka y boda. Me estoy haciendo viejo para esto. Tú estás como si no hubieras bebido nada anoche.

—Ahhhh, porque no lo hice. —Miré fijamente a mi mujer, porque, si no recordaba mal, en la anterior boda se soltó la melena como una campeona.

—¿No bebiste? —Conteniendo el dolor dentro de mi mente, me incorporé, porque quería estar vertical cuando me dijera la razón.

—No, eh... Ahí va, estamos embarazados. —Ahí sí que me incorporé del todo. Aturdido a partes iguales por la resaca y por la noticia.

—Embarazados.
—Qué voy a decir, es culpa tuya esta vez.
—¿Mía?
—No puedes ser tan bueno en la cama y esperar que tu mujer sea la que se contenga. —Me acerqué a ella y la envolví en mis brazos.
—Así que bueno, ¿eh? Yo creía que era más que eso.
—Para ahí, Iceman. Tienes tus momentos, pero tampoco es para... —No dejé que terminara, porque tomé su boca, reclamando sus gemidos.
—Vamos a subir mi media de bien a notable.
—Te aprovechas de las hormonas hambrientas de una embarazada, qué vergüenza.
—Ya, eso dímelo luego. —Volví a besarla y comencé con la celebración de que iba a ser padre otra vez. Otro hijo, mío y de Robin. Había pocas cosas mejores que eso.

Capítulo 74

Viktor

Extendí los dedos de mi mano derecha sobre la suave piel de Katia, abarcando toda la curva de su tripa de embarazada. Saber que había sido yo el que había puesto a nuestro hijo allí dentro... es que me hinchaba por dentro como un globo, qué digo, como un puñetero zepelín. Quién me iba a decir a mí que me iba a convertir en padre; aún más, en marido. Ya ni recordaba mi vida antes de Katia, ¿cómo pude existir sin ella?

Mi teléfono vibró sobre la mesita junto a la cama, haciendo que el ruido molestara el sueño de mi mujer. No pude evitar sonreír, esto de dormir «acucharados», como decía ella, era el mejor detector de movimientos. Besé su hombro desnudo y estiré el brazo para alcanzar aquel instrumento del demonio.

—¿Sí?

—Jefe, hay movimiento. —Salí con cuidado de la cama y me dirigí a la ventana, para que mi conversación no despertara a Katia.

—Bien, ¿tenemos el paquete?

—Devuelto al remitente, jefe.

—De acuerdo. Ocúpate de las invitaciones.

—Sí, jefe. —Colgué y regresé a la cama, junto a mi mujer. Cuando deposité de nuevo mi mano sobre nuestro nuevo bebé, la voz de Katia llegó aún adormilada hasta mí.

—¿No tenías el día libre? —Froté mi nariz en la suave piel de su cuello y sonreí.

—Soy un Vasiliev, cariño. Sabes que estamos de servicio las veinticuatro horas.

—Miedo me da preguntar en qué estás metido ahora. —Deposité un suave beso en ese lugar en su espalda, ese hueco entre los omoplatos, que hacía que su cuerpo se estremeciera.

—Mañana sábado lo descubrirás. —Su cabeza se giró hacia mí, mostrándome un ojo entreabierto.

—¿Una sorpresa?

—Sí, pero no voy a decir nada más. —Se colocó de nuevo como estaba antes y yo me acomodé a su forma.

—Ya te interrogaré cuando me despierte, ahora tengo demasiado sueño para eso. —Apreté mi cuerpo al suyo y cerré los ojos. El embarazo la había convertido en una marmota, pero no me importaba, porque tenía que recuperarme de una boda Vasiliev.

Serg

Tasha estaba dando saltitos en la puerta cuando vinieron a recoger a Drake. Nada más verle, le tomó de la mano y le arrastró hacia el ascensor. Yuri se encogió de hombros y salió deprisa detrás de ellos. Tasha no era de las que pedía permiso cuando tenía un objetivo en mente.

Giré la cara hacia Ella y, cuando me miró, mi sonrisa creció. No hizo falta decir nada, mis cejas saltaron un par de veces hacia el techo y Ella comprendió. Era la hora de seguir donde estábamos esa mañana antes de cambiaran mis planes, es decir, sexo mañanero post fiesta. Tomé el albornoz por las solapas y la acerqué a mi cuerpo.

—¿Lista para el segundo asalto? — Ella dio un paso atrás y abrió el albornoz, mostrándome

toda la mercancía. Eso hizo que mi boca empezase a salivar y los pantalones empequeñeciesen.

—¿Tú que crees?

Con un rápido movimiento, metí las manos entre la tela y su cuerpo, aferré su trasero, hasta levantarla para que sus piernas rodearan mis caderas. Nos llevé deprisa hasta la cama, donde la dejé caer con poco cuidado —lo sé, la ansiedad me gana— y me centré en atormentar sus pecaminosos pechos. Preparé su cuerpo para mí y, cuando estuve seguro de que ya no aguantaría más sin entrar en ella, me estiré, cogí el paquetito plateado de la mesilla de noche, lo puse entre mis dientes y con las manos libres me bajé rápidamente los pantalones. Recuperé el paquete, pero, antes de rasgarlo, me detuve. Tenía que decirlo, ese era el momento, aunque me causara un dolor de bolas, tenía que hacerlo.

—Ella. —Ella abrió sus ojos hacia mí y esperó a que siguiera—. No sé si estás preparada, pero yo lo estoy. Quiero tener hijos contigo, no solo Drake, quiero hijos que lleven nuestra sangre y los quiero ya. Dime que tú también quieres lo mismo porque mandaré este trozo de látex a la otra punta de la habitación y entraré dentro de ti para dejar mi semilla dentro. O dime que todavía no es el momento, que no quieres embarazarte, y me pondré este preservativo y entraré de igual manera dentro de ti, con todas las ganas de hacerte alcanzar el mejor orgasmo de tu vida.

No sé si fueron nanosegundos o quizá minutos, pero cuando frotó mis caderas con sus piernas, apretándome con fuerza, casi olvido que tenía que esperar su respuesta.

—¡Mándalo a la mierda y haz el trabajo de una vez!

¡Joder! Había dicho que sí, había dicho que sí. Lancé el paquete de aluminio por encima de mi hombro y guie mi herramienta de hacer bebés dentro de ella. Una sola embestida y estuve dentro. Escuché su gemido y sonreí como un cabrón arrogante. Este trabajo me iba a gustar. Quiero un hijo, quiero embarazarla ya, pero podría soportar el que la cosa se demorase. Ya saben, a veces, es más importante el camino que el destino. No pasó mucho tiempo hasta que me derramé en su interior, seguramente por culpa de no llevar la maldita barrera de látex. Sentir piel con piel, la fricción sin ninguna barrera de por medio, la humedad envolverme... fue demasiado para mi sobreexcitado cuerpo. Me derrumbé sobre ella como si hubiese corrido la maldita maratón de New York y acabara de atravesar la línea de llegada.

—Serg.

—¿Sí?

—Creo que de esta no me has embarazado, vas a tener que seguir intentándolo. —Mi carcajada retumbó contra la piel de su clavícula antes de volver mis ojos hacia su rostro.

—Entonces tendré que poner a los chicos a trabajar. Dame unos minutos y repetimos.

Boby

A veces me sorprendía a mí mismo pensando hasta dónde sería capaz de llegar por los Vasiliev y, la verdad, no era el único que estaba dispuesto a jugársela por ellos. Cada uno a su manera, éramos capaces de hacer cualquier cosa por la familia. Sí, la familia, porque los Vasiliev eran más que mis jefes, que los jefes de todos nosotros, eran los cabezas de la familia, una gran familia que cuidaba de los suyos como auténticos lobos, pero «los suyos» no eran simplemente los Vasiliev de sangre o nombre, sino todos aquellos que trabajaban bajo su mando. Ellos exigían, pero es que daban de igual manera. Y el dicho de «no se juega con los Vasiliev» se extendía también a sus empleados. Los negocios eran los negocios, pero todos sabían que si traspasabas la línea, ibas a pagarlo muy caro. Y también recompensaban a aquellos que se entregaban a la organización. Por ejemplo, a mí. Me habían costado la boda, habían financiado mi nueva casa,

me compraban cada puñetero juguete tecnológico que les pedía, sin condiciones, sin preguntas, porque no solo confiaban en mí, sino que me apreciaban, y yo les apreciaba a ellos. ¡Joder!, si estaba empeñado en ponerle un nombre ruso a mi primer hijo. Y ahora iban y les daban un pequeño regalo a sus trabajadores, bueno, no a todos y no muy grande, pero, ¡mierda!, podían haber decidido que no hacía falta.

El sábado por la tarde todos los hijos de entre tres y trece años estaban invitados a una fiesta de cumpleaños en el [Lied Discovery Children's Museum](#). Era difícil conseguir confirmaciones de asistencia con un día de antelación, pero, ¡oye!, era una fiesta de los jefes, una fiesta privada, hasta los políticos pelearían a codazos por estar ahí. Pero no, Viktor había extendido la invitación a los niños de los trabajadores de la empresa de seguridad, toda su empresa. Mandé los mensajes a los teléfonos del personal, e incluso los que estaban de vacaciones confirmaron la asistencia de sus hijos.

La mayoría de nuestra gente era joven, y no todos tenían niños, pero en menos de dos horas tenía las respuestas sobre mi mesa, incluso tres peticiones de llevar algún sobrino. Al final, irían treinta y cuatro niños. Un buen número, teniendo en cuenta que había capacidad para cuarenta o cincuenta, porque el jefe quería que sobraran cuidadores, comida y, sobre todo, tarta. Iba a ser una fiesta concurrida.

Capítulo 75

Serg

Estaba corriendo en la cinta mientras mi cabeza seguía dándole vueltas. Cinco años. Era el cumpleaños de mi hijo y yo no lo había sabido hasta que Viktor me lo dijo. Andrey me envió una copia de la partida de nacimiento de Drake en el que aparecía bien claro el día que vino al mundo. Lo que no entendía, o quería entender, era cómo Viktor supo eso antes de recibir la documentación completa que nos habían remitido desde Rusia. Si acababa de llegar a manos de Andrey, ¿cómo pudo Viktor planear una fiesta de cumpleaños para mi hijo con solo unas horas de antelación? Porque por mucho apellido importante que tengan los Vasiliev, nadie consigue planear una fiesta en un museo en solo unas horas. Ya, ya, Lena prepara una boda completa en menos de cinco horas, pero es que no había que conseguir invitados ni nada de eso. Pero un cumpleaños infantil, con otros niños... A saber lo que Viktor se había sacado de la manga. Los únicos niños que conocía mi hijo eran sus primos y ellos hablaban ruso, podía suplir sus carencias con ellos porque podían comunicarse en ambos idiomas. Pero... ¡Ahg! Me estaba volviendo loco. Confiar en Viktor, confiar en Viktor, me repetía constantemente. También me preparó para lo otro, la gran sorpresa que tenía escondida en la manga. Encima tenía que hacerme el sorprendido e informar a Ella para que siguiera el juego. Me estaba empezando a parecer que Viktor disfrutaba con todas estas puestas en escena.

En fin, ya no conseguiría hacer nada, todos los engranajes estaban en movimiento y yo no lograría detenerlos. Lo que sí podía hacer era comprarle un regalo a mi hijo. Desde que vi el jardín de nuestra casa, había pensado en construir una pequeña zona de juego, ya saben, con cuerdas para colgarse, alguna tirolina, plataformas para trepar... una especie de pista americana para niños. Pero por mucho que quisiera hacerlo, necesitaba un mulo de carga para ayudarme a transportar todo eso de la tienda al coche y del coche al jardín. Cargar con Ella tenía sus recompensas, pero hacerlo con un montón de hierros y maderas... Podía pedir ayuda a... Miré a mi alrededor y encontré las espaldas de Lucas. Sí, definitivamente había encontrado a mi mula.

—Oye, Lucas, ¿te interesaría cambiar la sesión de pesas por otra cosa? —Sus ojos brillaron y, aunque se estirara de forma arrogante, sabía que lo tenía pillado porque odiaba la monotonía.

—¿Qué sugieres?

—Tengo que salir pronto para comprar un regalo de cumpleaños a mi hijo, necesitaría algo de ayuda, si estás disponible, claro.

—Vale, pero después quiero una cerveza fría.

—OK, pero solo una, que luego tengo una fiesta infantil a la que acudir.

—Ya me han contado. —Le miré interrogante. No iba a preguntar cómo se había enterado porque, si lo había hecho, era porque Viktor quería que la noticia se supiese.

Salté de la cinta de correr, metí la mano en el bolsillo, saqué el teléfono y llamé a mi mujer. Ella contestó al tercer toque.

—¿Qué quiere mi ruso? —Sonreí como un tonto por aquella frase. Su ruso favorito y eso que la competencia se vende cara. Drake es un rival importante.

—Uno de los chicos del gimnasio y yo pasaremos un poco más tarde por casa. ¿Tenemos cerveza?

—No, pero estoy en el centro, podemos parar a comprar algunas. —Escuché como apartaba el

teléfono y preguntaba—. ¿Podemos parar a comprar unas cervezas?... Vale. —Volvió a acercarse el teléfono a la boca—. Estamos cerca, ¿hay que comprar algo más?

—No, voy a encargarme del regalo de cumpleaños de Drake. Quiero algo que nos lleve un tiempo construir juntos. ¿Sospecha algo de la fiesta sorpresa? —respondí tras meditar unos segundos.

—No estoy segura. —Ups, alarma.

—OK, entonces nos vemos más tarde, dejemos los secretismos, que al final nos pillan.

—Te esperamos en casa. Un beso.

—Me lo cobraré cuando llegue. —Escuché su risa antes de colgar.

—Tienes cara de tonto. —Alcé una ceja hacia Lucas. Sí, tonto, pues por eso ibas a cargar tú con las cajas más grandes

—Ve cambiándote, nos vamos. —Cogí el teléfono y busqué en Google la tienda para comprarle el regalo a mi pequeño. Puf, a este ritmo me iba a gastar todo mi sustento. ¿Estaría mal que pidiese un aumento de sueldo?

Ella

—Uf, gracias, Yurina, te agradezco en el alma que pudieses venir a traerla. —La *nanny* de Drake y Tasha me sonrió al tiempo que movía su mano para quitarle importancia.

—Sin problema, tenía que pasar cerca de todas formas para ir a mis prácticas. —La miré sorprendida. La chica estudiaba, trabajaba en la guardería ¿y además hacía prácticas?

—Parece que tu día se queda pequeño.

—Sí, bueno, soy joven y tengo un objetivo. Sacrificarse ahora me dará sus frutos el día de mañana. —Mientras hablaba iba sacando el contenido de la bolsa que le pedí que trajera. Lo sé soy un despiste, pero es que con todo lo de la fiesta sorpresa de cumpleaños que había preparado Viktor y todo eso andaba con la cabeza algo distraída. Así que cuando estábamos de vuelta en casa y vi a Luke parado mirando la mochila que le había tejido a mi pequeño recordé que había dejado la que estaba preparando para su novia en la guardería cuando fui a recoger a Drake. No me llamen mala madre, necesitaba estar sola para comprar el regalo de Drake porque quería que fuese una sorpresa.

—De verdad que te lo agradezco. Luke quería regalárselo a su novia este fin de semana, porque tienen un aniversario o algo así que celebrar. —Saqué el bolso que le había tejido y lo extendí sobre la mesa.

—Wow, ¡es precioso!

—¿Te gusta?

—Me encanta. Cómo me gustaría saber hacer cosas como estas.

—Es sencillo, puedes aprender.

—Esto lleva mucho tiempo y yo no lo tengo. —Escuché la puerta de casa abrirse y la voz de Serg llegar desde fuera.

—¿Ella? ¿Estáis en casa? —Drake ya estaba casi en la puerta antes de que yo contestase.

—En casa, en casa. —Serg se inclinó hacia él y le dio un beso en la cabeza. Yo también fui hasta él y llegué mi turno del beso de «he llegado».

—¡Eh, Serg, que esto pesa! —Miré detrás de él, donde un chico moreno, de brazos como boyas de barco, estaba sacando algo de la parte trasera del coche.

—Voy, quejica. Cariño, ¿puedes abrir la puerta del jardín? —Asentí, pero no pude llegar a hacerlo, porque Drake ya estaba empujando la puerta francesa a un lado. Así que me centré en ver

si tenían el camino despejado hasta el jardín.

—¡Ey, Serg! Tú sí que sabes rodearte de chicas guapas. —Yurina estaba a mi lado, sonrojada como un tomate, hasta que el amigo de mi marido le alzó las cejas de manera descarada, con esa mirada de «te comería hasta los huesos», y ella se enfadó, vaya si se enfadó.

—Grosero. —Pero no dejó de mirar a los hombres mientras pasaban por delante camino del jardín y cargando un enorme bulto. Hicieron otro viaje más al coche, bajo la mirada curiosa de Drake y la mía, he de decirlo. Cuando dieron el último viaje, el chico de brazos musculosos, más que los de mi marido, quiero decir, se paró con los brazos en jarras delante de mí y me sonrió.

—Terminado. ¿Y esa cerveza fría? —Serg llegó desde atrás y le asestó un buen golpe en la espalda, de esos que se dan los tipos duros.

—Eres un grano en el culo, Lucas, pero te mereces esa cerveza. —Serg me dio un besito al pasar a mi lado—. ¿Refrigerador? —Yo asentí con la cabeza.

—Balda de arriba, al fondo. —Serg tomó una cerveza para Lucas y una botella de agua fría para él. Caminó hasta un embobado Lucas y le dio lo suyo.

—Toma, bebe rápido, que tenemos que irnos.

—Mierda, Serg, tú sí que sabes echar a la gente de casa.

—Ah, yo también tengo que irme.

—Oh, gracias Yurina.

—¿Necesitas que te acerque?

—Has venido en mi coche, Lucas —dijo Serg mirando ceñudo a Lucas.

—Oh, sí, quería decir, que si podrías acercarme a la ciudad.

—Yurina tiene que ir a sus prácticas, nosotros te acercaremos. —Lucas miró a Yurina con ojos de cachorrito. Ella puso los ojos en blanco y bufó.

—Puedo acercarte hasta la intersección de la quinta, ahí tienes una parada de autobús. Luego tú te apañas. —Serg iba a decir algo, pero Lucas le detuvo con la mano mientras seguía los pasos de la chica hacia la salida.

—Oh, perfecto. Eres muy amable. Y ¿de qué son tus prácticas? —Es lo último que escuché antes de que desaparecieran por la puerta.

—Bueno, al menos me he ahorrado el viaje de vuelta. Miré la lata de cerveza aún sin abrir sobre la mesa de la cocina.

—Y la cerveza. —Reí.

—Los chicos y la testosterona. —Me acerqué a mi marido y envolví mis brazos alrededor de su cuello mientras él me sujetaba por la cintura.

—Menos mal que tú eres un hombre que la tiene controlada.

—Muy controlada. —Frotó su nariz con la mía mientras lo decía.

—Bien, porque necesitaré que me subas la cremallera del vestido y no quisiera que la testosterona te dominase al ver mi ropa interior verde.

—¿Verde? —Casi se atragantó al decir aquella palabra.

—Ahá, tengo que amortizar la ropa que estrené en la boda de Nick y Sara.

—¿Y el vestido ese de...?

—Ahá. —Le vi mirar hacia un entretenido Drake que investigaba en los paquetes desperdigados por el jardín. Soltó un profundo suspiro y apoyó la frente en mi cabeza.

—Soy un hombre que controla su testosterona y que va a tomarse una ducha fría y aguantar toda la tarde con el culo apretado y las manos en los bolsillos, en vez de encima de mi esposa. Pero cuando regresemos a casa...

—Ah, promesas, promesas. —Me dio un beso rápido y echó a andar hacia Drake.

—Tenemos una misión, ¿recuerdas? Hay que trabajar mucho para conseguir el objetivo.

Capítulo 76

Serg

Viktor es un puñetero genio. Estar en un museo en el que podía experimentar con todo era como un sueño para un niño curioso como Drake. He de reconocer que ver tantos niños me acojonó, porque eran todos desconocidos, pero Tasha se encargó de darle acción a todo, organizo, agrupó y llevó de la mano a Drake en todo momento. Y él disfrutó mansamente de su atención. Los niños tenían algo en común que me sorprendió y es que la mayoría sabía algo de ruso. A veces unas palabras, a veces algo más, tal vez por eso Drake se integró en los juegos con rapidez.

Los globos, los monitores, las actividades y la estupenda tarta hicieron de la fiesta de cumpleaños el mejor regalo que mi hijo pudiese pedir. Creo que vi algunas lágrimas en sus ojos antes de soplar las velas, pero la única que entendió la razón fue Ella. ¡Malditos hijos de puta! ¿Qué madre no le da a su hijo una fiesta de cumpleaños? Aquella era su primera celebración, su primera maldita fiesta de cumpleaños.

Necesité ir al baño para tranquilizarme. Últimamente tenía las emociones a flor de piel, seguramente por todo lo que estaba pasando en nuestras vidas. Escuché la puerta cerrarse y en el espejo vi el reflejo de Viktor.

—Prepárate, el tipo está aquí. —Asentí hacia mi primo, cogí unas toallitas de papel y me sequé la cara y las manos.

—Entonces, vamos. —Viktor me miró fijamente y me detuvo poniéndome una mano en el hombro.

—Voy a estar detrás de ti, todos vamos a estar detrás de ti. No va a pasarle nada a Ella, ni a Drake, ni a ti. La familia te protege. —Asentí otra vez, solté el aire y salí por la puerta del baño, sabiendo que Viktor caminaba a mis espaldas.

Avanzamos hacia la sala en la que se estaba desarrollando la fiesta, donde todos comían felices sus porciones de tarta. Ella regresaba hacia allí con Drake y este comenzó a correr hacia una Tasha que reclamaba su presencia urgentemente. Entonces le vi. Antes de que el tipo abriera la boca, antes de que alcanzara a Ella, yo me interpuse en su camino. Estaba claro que quería llegar a Ella y que esta vez no se iba a rendir hasta conseguirlo.

—Quítate de en medio, voy a hablar con ella.

—Le dije que dejara a mi familia en paz.

—Esa puta sabe algo, por eso se esconde de mí. —Tuve que extender mi mano para ponerla sobre su pecho e impedirle seguir.

—Mi mujer no va a hablar con usted. Tienen una orden de alejamiento que le impide acercarse a mi familia. Váyase antes de que llame a la policía.

—Esa estúpida orden no va a detenerme. ¡Tú, zorra! Ven aquí. Si no ocultaras nada no habrías pedido esa maldita orden de alejamiento. Ven aquí y confiesa.

Mi visión periférica me indicó que tenía a dos personas en mis flancos, no necesitaba mirarlos para saber que eran mis primos. Pero necesitaba ver a Ella, quería saber que ella estaba bien, así que giré el rostro sin apartar mi mano de ese tipo. Si se movía, lo sabría. Y allí estaba Ella, parada a varios metros de distancia. No mostraba miedo, su porte era firme, desafiante, hasta que Drake llegó corriendo hasta ella y se aferró a sus piernas. Mi hijo no buscaba su protección, mi hijo había ido allí para desafiar con la mirada a aquel hombre que le gritaba a su madre. Estaba

allí para defenderla. Noté un movimiento brusco y me giré deprisa, el tipo estaba forcejeando con las dos personas que le sujetaban por los brazos: Nick y Viktor.

—Tranquilo, amigo. No vamos a dejar que pase de aquí.

—Soy policía, esto es agresión a la autoridad.

—Un policía fuera de su jurisdicción que se está saltando una orden de alejamiento e irrumpiendo en una fiesta infantil. No creo que encuentre a muchos que apoyen su causa —explicó Viktor.

—¿Tú eres ese abogado listillo? Mi hijo me habló de ti. —Viktor sonrió de esa manera difícil de interpretar, de forma arrogante, divertida...

—No, ese es mi hermano. Yo soy el cabrón que le hará la vida imposible si no se larga de aquí, ahora.

—No me das miedo.

—Pues debería.

—¡Allí, es ese! —gritó uno de los empleados del museo a un par de policías que entraban corriendo. Llegaron hasta nosotros y empezaron a agarrar al tipo.

—¡Un momento! —Aquella orden llegaba desde el otro extremo de la sala. No necesitaba mirar hacia allí para saber a quién pertenecía, aun así, lo hice.

—¡Señor Smith! —grité sorprendido. El hombre sacó su acreditación para que los agentes y todos los presentes comprobasen quién era en realidad.

—Siento decepcionarle, pero soy el Inspector Thomsom. ¿Por qué están esposando a ese hombre? Por lo que vi, estaba siendo retenido por tres hombres.

—Inspector, son... son Vasiliev. —El pobre policía estaba anonadado.

—¿Y qué? Eso no les exime de estar cometiendo un delito.

—Ese hombre ha irrumpido aquí y ha amenazado a una de las invitadas de la fiesta infantil —dijo el empleado del museo.

—Este hombre está incumpliendo una orden de alejamiento, inspector. Y la tiene precisamente por algo. Nosotros solo estábamos evitando que ocurriese una desgracia —apuntó Viktor.

Thomsom miró hacia su espalda, donde se estaban reuniendo algunos de los invitados de la fiesta, en parte por curiosidad y en parte para ver qué podían hacer para proteger a la familia de su jefe. El inspector alzó una ceja mientras sopesaba la situación:

—Comprueben su identidad y la existencia de esa orden de alejamiento.

—Es correcto. Este hombre está infringiendo una orden judicial —confirmó el agente de policía tras pasar los datos por la radio.

Thomsom asintió y dio luz verde para que se llevaran esposado a Sanders hacia el exterior. Se despidió de nosotros con un asentimiento de cabeza y siguió a los agentes al exterior.

Cuando desaparecieron de nuestra vista, me giré hacia mi familia. Los invitados habían regresado a la fiesta, pero Ella y Drake estaban todavía en su lugar, esperando. Me acerqué a ellos y los abracé.

—Toda está bien. Ese tipo no volverá a acercarse a nosotros. —Ella dirigió una mirada ladeada hacia la salida y otra sobre Viktor. Ella era lista, seguro que estaba encajando las piezas de lo que había ocurrido allí.

Thomsom

Eché otro vistazo al espejo retrovisor para observar la cara afilada de aquel tipo. Me costó convencer a los agentes de que yo me encargaría de transportar al tipo a la comisaría, pero allí

estaba. ¿Y por qué lo había hecho? Porque quería tener una charla con él. El tipo tenía algo con los Vasiliev y quería saber de qué se trataba. El empleado del museo dijo que entró como un toro buscando a una mujer. Sabía que era Ella, sabía que era ella. Solo tenía que conseguir la información que necesitaba de ese tipo, pero era un cabrón testarudo. Había permanecido callado todo el tiempo, no respondía a mis preguntas, lo único que hacía era gruñir y mirar por la ventana.

Acerqué el coche hacia el arcén y paré el motor. El tipo finalmente me prestó atención, sobre todo porque estábamos en mitad de ninguna parte.

—¿Por qué para aquí?

—Me gustaría tener una charla juntos, en privado.

—Soy policía, sé lo que eso quiere decir. —Sonreí. Bien, entonces tendría que atajar aquello de manera «un poco diferente».

Capítulo 77

Thomsom

Bajé del coche y abrí la puerta del tipo.

—Sal del coche. —El tipo no se movió.

—No voy a ponértelo fácil, gilipollas. —Le agarré del brazo con fuerza y me acerqué a él de forma intimidante.

—Si eres policía tendrás que saber que no se insulta a un superior. Eso no queda bien en tu hoja de servicios.

—Tampoco la amenaza y la intimidación. —Le di un fuerte tirón y lo saqué del coche. Lo alejé un metro y lo posicioné frente a mí. Que supiera quién tenía las de ganar aquí.

—Mira, viejo. No tengo todo el día para pelear contigo, así que iré directo al grano. Quiero saber qué relación tienes con los Vasiliev, quiero enterarme de la razón por la que estabas buscando jaleo en el cumpleaños de un niño y lo quiero para ya. Y no omitas ningún detalle.

—No sé quiénes son esos Vasiliev que dices.

—No vamos a llegar a ninguna parte así.

Metí la mano en la chaqueta y saqué mi arma. Había veces que la única manera de conseguir soltarle la lengua a alguien era con una amenaza directa. No tenía que pensar en las consecuencias, era bueno inventando excusas. Solo necesitaba algo de lo que tirar, algo que me llevara a la razón por la que Santos tenía la foto de aquella mujer en su teléfono, por qué la estaba siguiendo. La conexión que tenía ella con los Vasiliev me decía que podría tener algo que ver con la muerte de Santos. Él me dijo que tenía algo importante para mí, algo que me alegraría enormemente, pero hacía mucho que Santos era un cabrón reservado y tenía una visión muy diferente de la mía sobre lo que era importante. Ahora solo tenía a aquella chica. Aquel tipo tenía algo que ver con ella, porque su marido se interpuso entre el viejo y la chica, porque dos de los hermanos Vasiliev estaban impidiendo que llegara a ella, y eso me intrigaba muchísimo. Ahí había algo, estaba seguro. Apunté directamente hacia él, pero manteniendo mi distancia. No quería que se tirase sobre mí y provocara un accidente, como que el arma se disparase y acabase hiriéndole. No quería eso, solo quería asustarlo para que cantara.

—Dime qué estabas haciendo allí. —El tipo reculó con los ojos asustados y yo igualé de nuevo la distancia dando un paso hacia él. No iba a ir muy lejos, estábamos en una carretera desierta, con kilómetros y kilómetros de nada a nuestro alrededor.

—¡Eh, eh! Baja esa arma.

—Dime a quién fuiste a buscar allí.

—Estrella, buscaba a Estrella.

—¿Estrella?

—Sí, Estrella Martínez, pero ahora se hace llamar Ella Sokolov. —Bien, ya estaba confirmado que buscaba a la chica que me interesaba.

—Sigue.

—Solo quería interrogarla, porque ella seguro que sabe algo sobre la muerte de mi hijo.

—¿Tu hijo? —Aquello acababa de tomar un camino que no me esperaba, pero parecía interesante.

—Esa zorra era la novia de mi hijo. De repente desaparece un día, él le sigue la pista hasta Las

Vegas y días después de decirme que la ha encontrado, mi hijo está muerto.

—¿Crees que ella está implicada en su muerte?

—No lo creo, lo sé. Esa zorra parecía una mosquita muerta y ahora aparece con un marido y un hijo. Y mira dónde celebra el cumpleaños del niño, en un puto museo, ¿de dónde coño ha sacado esa puta todo ese dinero? —El tipo estaba empezando a sacar su ira fuera y eso era un arma de doble filo, porque su lengua se estaba soltando, pero estaba perdiendo el miedo.

—¿De dónde piensas tú que lo hace?

—No me interesa de dónde lo hace, solo quiero saber si pagó a alguien para que matara a mi hijo. Estoy seguro de que lo hicieron esos cabrones, que pagaron para que mi hijo muriese.

El rostro del viejo se quedó congelado, su cuerpo se sacudió hacia atrás. Al mirar hacia su pecho, vi el agujero en la tela de su camisa, la cual empezó a teñirse de rojo. Cayó desplomado hacia atrás y yo me incliné y agaché para que el coche me sirviese como cobertura. Nos estaban disparando, ¡joder, nos estaban disparando!

Esperé en silencio, intentando escuchar más disparos, pero no llegaron. No era tonto, eso no quería decir que no estuviesen esperando a que asomara la cabeza para meterme una bala en ella. Saqué el teléfono y marqué el número de mi gente.

—Localicen el GPS de mi coche, me están disparando. Repito, me están disparando. —Miré hacia el viejo, que estaba escupiendo sangre por la boca mientras luchaba por respirar—. Hay un hombre herido, envíen equipo médico urgente.

No era la primera vez que me veía en medio de un tiroteo, pero sí era la primera que estaba solo, y acojonaba como la mierda. Así que permanecí a cubierto todo el tiempo que pude, esperando los refuerzos. Miré una última vez hacia el viejo, pero este ya ni siquiera se movía. Su cuerpo ya no se sacudía, no hacía falta ser un genio para saber que estaba muerto. ¡Joder, joder!

Cuando escuché las sirenas acercarse, sentí un pequeño alivio, pero, aun así, no salí de mi escondite. No lo haría hasta que toda la zona estuviese asegurada.

Viktor

—Señor, diablo uno derribado.

—Bien, en marcha equipo de limpieza.

—En posición.

Ahora solo tenía que esperar a que el equipo de limpieza hiciese su trabajo. Luego, a recoger la cosecha. ¿Que qué habíamos hecho? Eliminar a uno y joderle la existencia al otro sin que el apellido Vasiliev apareciese implicado en el proceso. Lo que daría por ver al cabrón dentro de una hora.

Thomsom

—Creí que no necesitaba el navegador del coche para llegar a la estación de policía, pero me equivoqué. Cuando me di cuenta de que me había confundido, busqué un lugar para dar la vuelta.

—¿Y por qué su detenido estaba fuera del coche cuando recibió el disparo?

—Ya se lo he dicho. El tipo dijo que necesitaba orinar, amenazó con mearse encima y el coche es de alquiler. Así que paré en el arcén y le dejé salir para que hiciese sus cosas.

—Y fue entonces cuando le dispararon.

—Estábamos hablando, sí, cuando, ¡ZAS!, de repente impactó una bala en su pecho.

—¿Así, sin más?

—A ver, que soy policía y sé cómo suena eso, pero fue así. ¿Rastrear en busca del francotirador?

—Tenemos una grabación que dice algo diferente.

—¿Una grabación? ¿Qué grabación? —El tipo extendió su tablet en mi dirección y comenzó a reproducir un video a todas luces grabado con un teléfono. En él, se veía... ¡Joder! Era yo sacando el arma sobre el tipo, él cabreándose y luego cayendo al suelo. Mierda, mierda, mierda, esto pintaba mal.

—Parece que el tirador fue usted, según esta grabación.

—Eso no es así. Balística dirá que la bala que hay en su cuerpo no salió de mi arma. Es más. Mi pistola no ha sido disparada y exijo una prueba de pólvora.

Viktor

Podía imaginar lo que iba a pasar, porque había preparado cada puñetero paso. Mientras el gilipollas estaba en el gimnasio, nosotros habíamos abierto su taquilla, sacado su arma, la habíamos llevado a un lugar donde esperaba el cadáver de un cerdo, le habíamos disparado y después habíamos devuelto el arma, aparentemente limpia, a su propietario.

Prueba uno: el arma había sido disparada y le faltaba una bala.

Prueba dos: alguien se coló en el vehículo de la morgue que transportaba el cadáver del viejo Sanders, extrajo la bala de su cuerpo, como hicimos con los cuerpos de Santos y sus hombres, y después introdujimos, con el mismo sistema, la bala que extrajimos del cerdo muerto y que limpiamos para eliminar la sangre animal. Así solo quedaría la sangre de Sanders y las estrías del arma de Thomsom.

Prueba tres: video grabado por unos chicos que habían parado para hacerse un selfi con el desierto de Las Vegas de fondo y se toparon con aquella extraña escena.

Resultado, Thomsom entre rejas acusado de asesinato en primer grado.

Capítulo 78

Serg

—*Sanders está muerto. Thomsom detenido por asesinato.*

Aún le daba vueltas a aquella maldita frase que estaba impresa en mi teléfono. No quería preguntar y no me importaba tampoco cómo había sucedido, lo importante era que Ella era libre, totalmente libre. Nunca más estaría pendiente de que alguien fuese detrás de ella, nunca más con miedo a ser descubierta, nunca más.

Estaba sentado en nuestro coche, fuera de casa, mirando absorto el teléfono porque aún no podía creer que fuese así de sencillo. Un mensaje y todo resuelto. Pero era de Viktor, era de mi primo, el que todo lo controlaba, y si él decía que se había acabado era que no había marcha atrás. Solté el aire y salí del coche para entrar en casa. Ella estaba en la cocina, sirviéndole a Drake un gran vaso de agua fresca mientras este esperaba sentado en un taburete alto, observando analíticamente la caja del puzzle que le había regalado Mirna. Era para mayores de diez años, pero estaba convencido de que mi hijo podría hacerlo, es más, disfrutaría enormemente.

Me acerqué a Ella, deposité un pequeño beso en sus labios y le tendí el teléfono para que leyera el mensaje mientras yo le entregaba la bebida a Drake. La observé en silencio y, aunque no dijo nada, noté que sus hombros se relajaban, que aquella pequeña tensión que la acompañaba desaparecía. Sí, gorshok meda, somos libres. Ella alzó su mirada hacia mí.

—Sé que es algo malo que me alegre por algo así, pero ninguno de los dos merece ni mi compasión ni mi lástima.

—Piensa que es el karma. La vida te devuelve lo que das a los demás. —Ella asintió y una pequeña sonrisa asomó a sus labios. La estreché contra mí, y besé su frente. Sabía que ella se hacía la fuerte, pero no disfrutaba de la muerte de otra persona. Mi gorshok meda no era de esas personas capaces de matar a otro ser humano. Pero yo, por proteger a mi familia, sería capaz de hacerlo, sobre todo ahora que tenía mucho que perder.

Ella

Domingo por la mañana. No sabía cuántos días como ese tendría en mi vida, pero deseaba que este no fuese excepcional, sino uno más que se mezclase entre muchos otros domingos. Mi marido y mi hijo estaban en el jardín, montando uno de esos columpios o caseta o lo que fuese de madera. Llevaban toda la mañana haciéndolo y no es que me quejase, para nada. Estaba absorta viendo cómo ellos dos se comunicaban en ruso, pidiéndose herramientas, piezas o preguntando qué iba dónde.

Mi pequeño Drake parecía todo un capataz de obra, dando instrucciones, aunque no le dejaba todo el trabajo duro a su padre. No, mi pequeño era de los que tenía que estar metido en medio de todo, revisando si era ese el tornillo correcto en el agujero indicado, constatando lo que costaba apretarlo y después verificando lo firme que había quedado la unión de las piezas. Iba a ser un puntilloso de cuidado, pero de los que se satisfacía a sí mismo, no de esos que exigen porque les da la gana. No, él repasaba todo porque quería que todo estuviese como debía estar.

Cuando Drake tuviese la edad apropiada, empezaría a enseñarle a ordenar y guardar su ropa, porque tenía la sensación de que sería de los que guardan sus calcetines con pulcra precisión.

Tiré del ovillo de lana y tejí los puntos que me tocaban en esta vuelta. Sí, había pasado a las ligas mayores y ahora tejía con dos agujas, como hacían mi tía y mi abuela. Los trabajos eran más finos y delicados y los acabados me gustaban más, porque se podían hacer muchos más diseños con los nudos y quería hacer algo realmente bonito para regalarle a Sara y a Nick. Y luego, tal vez, haría lo que me dijo Lena, tejería en mi tiempo libre y lo vendería online, así al menos recuperaría la inversión en lanas, porque a este paso, con tanto compromiso, se me estaba yendo el dinero. Sara se ofreció a hacerme una página web para vender mis creaciones y a gestionarla ella misma porque decía que en su oficina trabajaban con un hosting propio y almacenar otra web no era ningún problema. No me pregunten qué quiso decir con eso, me quedé con los nombres, pero no entendí ni palabra. Solo sé que dijo que Bobby, su compañero, y ella se encargarían del asunto, eso sí, que me costaría algo bonito para el bebé de Bobby. A este paso, iba a convertirme en una especialista en cosas de bebés.

Bebés. Serg y yo íbamos a buscar nuestro propio bebé, un hijo con la sangre de ambos. Y no es que renegara de Drake, pues pelearé con uñas y dientes contra cualquiera que intente dañarle, pero llevar en mi vientre a un bebé concebido por Serg era la mejor manera de redondear esta familia. Un hijo para nosotros, un hermanito o hermanita para Drake, alguien a quien pudiese querer y cuidar, porque se convertiría en el hermano mayor.

—Mmm, qué rico. —Serg estaba junto a mí, bebiendo un vaso de la limonada que había preparado para que mis chicos se refrescasen del duro trabajo al sol.

—¿Drake no tiene sed? —Serg se volvió hacia la «obra» de mis ingenieros, donde Drake parecía estar comprobando que el diseño del papel coincidiera con el de la construcción frente a él.

—Ahora, en cuanto haga el control de calidad. Me hizo apretar los tornillos a conciencia. —Serg se acuclilló a mi lado y me dedicó una mirada traviesa.

—¿Qué estás tramando?

—Estaba pensando que, con todo el jaleo de ayer, Drake tardó en dormirse y, con la emoción de montar la construcción esta mañana conmigo, se levantó muy temprano.

—Sí, no estaban puestas ni las aceras cuando tiró de ti para sacarte de la cama.

—El caso... —Cogió mis manos y retiró las agujas para colocarlas sobre la mesa, mientras me abría las rodillas, se colocaba entre mis piernas y deslizaba sus manos hacia mi trasero—. ...es que había pensado que seguramente hoy caiga rendido bien pronto y que nosotros podríamos aprovechar para inaugurar la piscina como Dios manda.

—Ya nos hemos bañado en la piscina, Serg. Creo que ya está inaugurada. —Sus rodillas tocaron el suelo y su nariz se deslizó por mi cuello, haciendo que los pelillos de mi nuca se pusieran tiesos como púas de puercoespín.

—Yo me refería a una inauguración de las buenas. —La punta de su lengua humedeció la piel que había bajo mi oreja, lanzando un escalofrío por mi espalda. Lo entendí rápidamente. Serg quería uf... algo más que un baño sin ropa—. Esta noche hay luna llena. —Mis piernas estaban amarrando su cuerpo, todo mi ser deseando que el sol se fuera a iluminar otro hemisferio.

—Vendido. —Y lo besé, porque si no lo hacía, sería una estúpida. ¿Mi marido quería guerra? Pues iría preparando la infantería.

Capítulo 79

Viktor

La última información sobre Thomsom se mostraba aún en la pantalla de mi laptop. Tenía el nombre del abogado que había contratado para defender su caso y ya podía ser tremendamente bueno, porque ningún juez iba a exculparle con las pruebas que había en su contra.

¿Qué cómo sabía lo que iba a ocurrir? ¿Que Thomsom iba a sacar a Sanders del coche y lo apuntaría con el arma? No soy adivino, pero estudié el perfil de Sanders y el de Thomsom. Sabía que el primero iba a desconfiar del agente de la DEA, que iba a ser un arisco prepotente con mal carácter, casi como su hijo. Y Thomson tenía demasiadas ganas de saber, así que haría lo que fuera por conseguir la información que el viejo tenía. Los de la DEA son tipos duros y Thomson estaba al otro lado de la ley. Tenía muy claro que iba a interrogarlo él mismo, lejos de la policía de Las Vegas. El cómo y cuándo, bueno, el cuándo, era fácil. Orquesté lo de la fiesta para que Sanders lo supiese y acudiera, tenía que darle la oportunidad de acercarse a Ella, pero debía ser en un lugar en el que estuviese protegida, muy protegida. ¿Fiesta de cumpleaños para treinta y pico niños? Yo veía a ese mismo número de hombres que trabajan en una empresa de seguridad, fieles, armados y totalmente motivados para proteger a sus hijos. Si Sanders llega a sacar un arma, hubiera muerto. Era un tipo listo y no lo hizo. Sí, soy un cabrón manipulador, llevo al límite las situaciones, pero son riesgos calculados, muy calculados. Que algo salga mal, puede ocurrir, pero nunca sería contra los míos, me cuidaba de eso.

Cuando Thomsom llegó al museo, sabía que la otra mitad del plan estaba en marcha. Sus ojos decían que le iba a sacar toda la información que pudiese a Sanders y cuando este se subió a la parte trasera de su vehículo, supe que nuestra oportunidad se acercaba.

Hay muchas maneras de seguir a un coche y no siempre es ir detrás de él. Cuando tomó aquella carretera hacia ninguna parte, sabía que debíamos actuar, porque algo iba a ocurrir. El operativo lanzó el pequeño dron con cámara y adelantó al coche de Thomsom, para tomar una posición táctica adecuada. Teníamos planos en la sala de control de operaciones y solo Bobby y yo estábamos allí, así que nadie vería lo que no debía.

Íbamos a encontrar un lugar y acabar con aquello. Había algunas elevaciones rocosas, alguna garganta, varias opciones que una mente rápida podría aprovechar, hasta que Thomsom detuvo el coche a un lado de la carretera. El lugar no podía ser mejor, porque si bien lo protegía a él de los ojos curiosos de otros posibles conductores, también ofrecía una posición estratégica a nuestro equipo. Tardaron pocos minutos en alcanzar un lugar apropiado para nuestro francotirador, mientras el coche de refuerzo, con nuestro chico y una inocente amiga, se detenía en otra posición y se encargaba de grabar lo que estaba sucediendo con un sencillo teléfono. Podría parecer un vídeo de jóvenes, salvo que de fondo aparecía Thomsom y lo que estuviese haciendo. Poca calidad de imagen para conseguir detalles, pero la suficiente.

En el momento en que el gilipollas sacó su arma para amenazar al viejo, yo sabía que no iba disparar sobre él, Thomsom era temerario, pero no estúpido. Pero eso no quería decir que no me aprovechara de ello. Tenía muy claro que el viejo estaba mejor muerto que vivo, porque si su hijo había sido un continuo dolor de cabeza con recursos, qué no sería capaz de hacer un padre con más años de experiencia y con ansias de venganza. Matarlo era la mejor opción y la orden de hacerlo estaba ahí desde un principio. Thomsom solo escogió la peor manera de hacer hablar al

tipo, porque era perfecta para inculparlo por su muerte.

Lo teníamos grabado: Thomson con su arma apuntándole y Sanders siendo alcanzado por una bala y cayendo al suelo junto a él. Con un poco de suerte, el viento arrastraría un poco de sangre hasta la ropa de Thomson, pero eso solo era un detalle.

Después, las pruebas de balística. El arma que había sido disparada recientemente, la bala cuyas estrías dirían que había salido de ella. ¿Quién pediría una prueba de residuos para comprobar que Thomson había sido el que disparó el arma si estaba grabado en vídeo? Llevar al tipo a aquel lugar solitario ya demostraba premeditación, el polígrafo, si llegaba a solicitarlo, demostraría que mentía, porque no sería tan estúpido como para decir que se llevaba a un detenido al desierto para interrogarlo, saltándose todas las normas. Y si decía la verdad serían las pruebas contra su palabra, para el juez seguiría mintiendo.

¿Necesitábamos más pruebas? La vida real no es el CSI de las películas, las pruebas periciales de laboratorio son caras y no hace falta realizarlas todas cuando las evidencias demuestran lo ocurrido sin lugar a duda. Me explico: bocadillo de crema de chocolate en un plato, niño sentado frente a él. Cierras la habitación y los dejas a solas a ambos. Cuando regresas a la habitación y encuentras el plato vacío y manchas de chocolate cerca de la boca del niño, no necesitas revisarle la boca o su estómago para saber que el niño se ha comido el bocadillo, aunque él lo niegue. Pues aquí ocurría lo mismo, salvo que, al niño le había visitado el tío Viktor, que se había colado por la ventana, había cogido el bocadillo, manchado un dedo con chocolate, arrastrado después esa crema por la comisura de la boca del pequeño y se había largado de allí sin dejar rastro de su presencia. Resultado: Viktor 1 - pruebas periciales 0.

¿Retorcido? Sí, pero ¿qué esperaban? Soy de la mafia rusa y lo que no estaba dispuesto a hacer por el negocio, sí lo haría por la familia.

Y hablando de mafia y familia...

—¿Cómo tú por aquí, papá? ¿Ocurre algo? —Yuri caminó hacia la mesa de mi despacho y se sentó frente a mí.

—¿No puede venir un abuelo a ver a su nieta? —Aquella simple frase ocultaba algo más, un Vasiliev podía reconocerlo fácilmente y ambos lo sabíamos. Activé el cierre de seguridad de la puerta de mi despacho, lo que impedía que alguien interrumpiera nuestra charla, que es lo que podía ocurrir cuando uno tenía un despacho en su propia casa, donde las normas se relajaban considerablemente y se iban a la mierda cuando tenías a una niña de tres años.

—Es seguro, ¿qué quieres contarme? —Yuri soltó el aire y apoyó su barbilla en su mano.

—Tengo cincuenta y cuatro años, Viktor, y aunque aún me queden unos cuantos años para dar guerra, ha llegado el momento de ceder el trono a mi heredero. —Sabía que ese momento llegaría, porque lo habíamos hablado en varias ocasiones, aunque no creí que fuese tan pronto.

—Convocaré una reunión con la familia y trataremos el asunto.

—El caso es que ya lo he hecho. He hablado con tus hermanos y les he transmitido mi decisión. Y he de decirte que todos estuvieron plenamente de acuerdo.

—Bien, entonces ten...

—Eres tú, Viktor. A partir de este momento vas a ser el que dirija a esta familia.

¿Sorprendido? Sí y no. No, porque conocía a mis hermanos y tenía muy claro que Andrey no deseaba ocuparse del puesto y Nick estaba centrado en otras cosas que le parecían más importantes. Geil, aunque fuese hijo político, también podría haber ocupado el puesto, pero él mismo sabía que el puesto le quedaba grande, demasiada responsabilidad. Y Lena, bueno, ella era un infierno, le gustaba organizar y no vacilaba, pero no sería capaz de llegar a los extremos que exigía el puesto. Si añadimos que hacía años que yo era el ejecutor de la familia, mi ascenso a la

corona parecía normal, solo quedaba la cesión de Yuri y ahí la tenía. Pero sí estaba sorprendido, porque aún veía a mi padre con la garra y energía suficiente como para seguir al mando unos cuantos años más.

—¿Por qué ahora? aún soy demasiado joven para la corona.

—Treinta y uno no es demasiado joven, Viktor. Que yo la recibiera siendo más mayor, no quiere decir que tú tengas que esperar. Estás preparado y es el momento, así que acéptalo, porque si tengo que esperar a que tu hermano Andrey cambie de idea o a que Nick madure, me veo en el puesto hasta los noventa, y no tengo intención de morir con la corona puesta. —Asentí con la cabeza y sonreí.

—De acuerdo, ¿cómo lo hacemos? ¿Me tienes que poner la corona en la cabeza en una ceremonia con unción de oleos y todo eso? ¿O basta con un apretón de manos? —Mi padre se puso en pie y yo le imité. En un segundo, estaba metido en un abrazo de los que rompen huesos. ¡Diablos! ¿Quién dijo que estaba en las últimas? Después me soltó, se sacó el anillo de la familia del dedo y me lo puso en el mío.

—Listo. Pero podemos hacer una reunión familiar con cena y esas cosas, para celebrarlo si quieres. —Esta vez lo abracé yo a él.

—Soy un Vasiliev, papá. Añádele vodka a eso y el trato está cerrado.

Epílogo

Ella

Nada más cerrar la puerta de la habitación de Drake, Serg empezó a quitarme la ropa de encima con descaro. Le palmeé la mano, pero él solo se sonrió de esa manera suya de medio lado. Empecé a caminar deprisa para escapar de sus manos, mientras nos alejaba de la habitación de nuestro hijo. Me moriría de vergüenza si Drake nos sorprendiese a su padre y a mi teniendo relaciones sexuales. Un niño no debería ver eso, no hasta que esté preparado para ello, y con cinco años no lo estaba.

Ya casi estábamos junto a la piscina, donde astutamente me guio Serg, cuando empezó a saltar sobre una de sus piernas para quitarse el pantalón lo más rápidamente posible. Yo estaba retirándome el sostén cuando un gruñido me hizo volver la mirada hacia mi esposo. Un segundo, lo justo para ver cómo se mordía su labio inferior y luego se lanzaba a tomarme en brazos y tirarnos a ambos dentro de la piscina. El agua estaba algo fresquita, aunque eso dejó de importar en el momento en que Serg empezó su ataque.

No recuerdo cómo consiguió quitar lo que quedaba de mi ropa interior, solo que la vi volando hasta caer sobre las baldosas y, segundos después, su calzoncillo se había añadido al montón. Cuando empezó a penetrarme de aquella manera tan... Uf, ¿cómo explicarlo? Definitivamente, la piscina era una gran opción para el sexo, porque las posturas ganaban en variedad y comodidad. Sabía que Serg no tenía que soportar mi peso y podía centrar sus fuerzas en lo realmente importante. ¡Señor! Mis pensamientos se iban a tomar un descanso con todas aquellas sensaciones con las que mi cuerpo estaba saturando a mi cerebro. ¿Sería demasiado pronto para decirle que llevaba cuatro días de retraso con el período? Podría estar embarazada a estas alturas, pero... ¡Al diablo! No se puede interrumpir a un chico ruso cuando está en medio de una misión.

Drake

Me gustan mi mami med y mi papi Serg. Ellos me quieren y me cuidan, no como mi otra mamá. Ellos sonríen y juegan, conmigo y solos, como ahora en la piscina. Me gusta verlos cuando se quieren, porque ríen. Mi otra mamá no reía, ella gritaba y me decía que me fuera a mi cuarto y no molestara. Me llamaba hijo del demonio, bicho raro. Solo estaba feliz cuando fumaba y bebía de esas latas verdes que amontonaba después en la basura.

Mi papi y mi mami med no son así. Ellos me compran muffins con pepitas de chocolate, se enfadan con los otros niños que son malos conmigo, no me riñen a mí. Ellos no me gritan todo el tiempo y mami med me hace muñecos para que me acompañen por la noche y no dormir solo.

Me gusta estar aquí, no me quiero ir, pero he escuchado cosas que decía el señor Mihail. Él tenía miedo de que el señor malo me encontrara, por eso me trajo con mis nuevos papás, para que el señor malo no me encontrara.

Dejé de mirar por la ventana, porque sabía que papá y mamá querían jugar a esas cosas de mayores juntos y sin que yo les molestase, como quería mi otra mamá, pero ellos no me gritaron, ni me encerraron en mi cuarto ni me decían que no hiciese ruido. Ellos me acostaron en mi cama, me dieron mi beso de buenas noches y se fueron a la piscina para que sus ruidos no me despertaran. Sé esas cosas, tengo cinco años y sé por qué la gente hace muchas cosas. También sé

que con el tiempo olvidaré algunas, y eso es bueno, porque hay cosas que quiero olvidar para poner cosas nuevas en mi cabeza, cosas bonitas.

Y otras sé que no debo olvidarlas. Por eso escribí su nombre, el del señor malo. Tengo escondido el papel en el que mami med me enseñó a dibujar perritos de caras graciosas, porque allí escribí el nombre del señor malo. Sé que es mi padre, se lo oí decir a mi mamá de antes al señor Mihail una vez, y luego cuando conocí a mami med y a papi Serg lo escuché otra vez. Mihail dijo entonces todo su nombre y yo lo apunté. Cogí el papel que había guardado en mi nuevo escondite, y lo abrí. Allí estaba. Constantin Jrushchov, mi padre se llama Constantin Jrushchov y es un hombre malo y mi mamá de antes decía que la había destrozado la vida. Y yo no quiero que ese señor también destroce la vida de mis nuevos papás. Voy a aprender a golpear como he visto a mi papá hacer algunas veces. Él golpea un saco, pero yo golpearé al señor malo si viene aquí, golpearé a Constantin Jrushchov para que no nos haga daño. Papi y yo vamos a cuidar de mami med, nadie va a hacer daño a mi mami med. Papi y yo somos sus chicos rusos y vamos a cuidar de ella, siempre.

Adelanto — Préstame tu protección

Phill

Hay cosas contra las que es imposible luchar: los huracanes, los terremotos y la terquedad de esta mujer. Cuando accedí a protegerla, cuando dejé que los Vasiliev orquestaran aquel matrimonio falso para mantenerla a salvo, no pensé que ese fuera el problema, pero me equivoqué. Irina era más que una cara hermosa con un cuerpo a juego, era una mujer que sabía lo que quería, sabía dónde quería llegar. Y era de las que luchaban contra lo que fuera con tal de alcanzarlo. Y no, yo no era su objetivo, ella solo tenía una cosa en la cabeza y era demostrarles a todos que podía ser condenadamente buena en su trabajo. ¿Sacudir algunos avisperos para conseguir su objetivo? ¿Por qué preocuparse? Tenía aun maldito guardaespaldas para proteger su caliente culo.

La mujer que conocí en Rusia, la que descubrí en Las Vegas, no tenía nada que ver a la que estaba pisando fuerte en Miami, y estaba acabando con mi cordura. ¿Puedes desear a alguien que te saca de tus casillas constantemente? Al parecer sí, porque no podía sacarla de mis sueños más calientes y tampoco podía dejar de querer estranglarla cuando me arrojaba esa mirada desafiante.

Irina Sokolov... No, Irina Hendrick iba a acabar conmigo.

¡Préstame tu protección!
Disponible abril 2020 en Amazon,
gratis con Kindle Unlimited